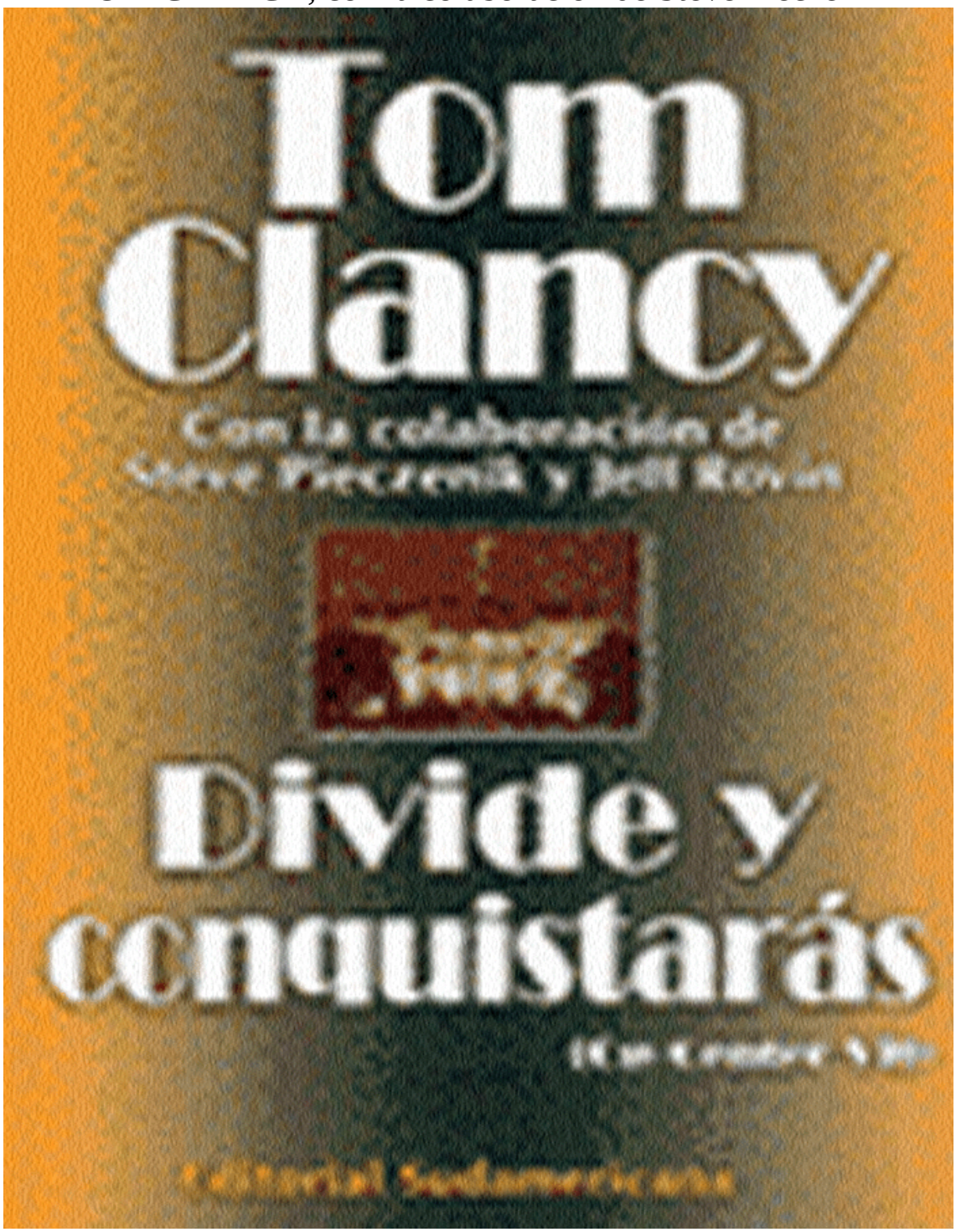
Divide y conquistarás (Op-Center VII)
TOM CLANCY, con la colaboración de Steve Pieczenik



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AGRADECIMIENTOS

Deseamos agradecer a Jeff Rovin por sus ideas creativas y sus invalorables contribuciones durante la elaboración del manuscrito. También queremos agradecer la ayuda que nos prestaron Martin H. Greenberg, Larry Segriff, Robert Youdelman, Esq., Tom Mallon, Esq., y a toda la maravillosa gente de Penguin Putnam, Inc., entre ellos Phyllis Grann, David Shanks y Tom Colgan. Como de costumbre, queremos agradecer a Robert Gottlieb de la William Morris Agency, nuestro agente y amigo, sin cuya valiosa ayuda este libro jamás hubiera sido concebido. Pero nuestro mayor agradecimiento está dirigido a ustedes, nuestros lectores, porque son ustedes quienes decidirán si nuestra común empresa es digna de alcanzar el éxito.

TOM CLANCY Y STEVE PIECZENIK

PRÓLOGO

Washington, D. C. Domingo, 13.55 hs.

Los dos hombres de mediana edad se sentaron en sendos sillones de cuero en un rincón de la biblioteca. La enorme habitación se encontraba en el ala más silenciosa de una mansión situada sobre Massachusetts Avenue. Alguien había cerrado las cortinas para proteger las pinturas centenarias de los rayos directos del primer sol de la tarde. La única luz provenía de un fuego casi apagado cuyas brasas ardían bajo las cenizas en la chimenea. El fuego otorgaba a la antigua habitación un aroma levemente ahumado.

Uno de los hombres era alto y corpulento, usaba ropa informal y tenía el cabello gris y quebradizo y la cara magra. Bebía café negro de un jarro Camp David azul mientras estudiaba una hoja de papel. El otro, sentado de espaldas a la biblioteca, era una especie de bull-dog enano de cabello rojo cortado al ras, vestido con un traje gris de tres piezas. Sostenía entre las manos un vaso vacío que, apenas un momento antes, había rebasado de scotch. Tenía las piernas cruzadas y balanceaba el pie con nerviosismo; en las mejillas y el mentón lucía las huellas de una afeitada rápida y poco eficaz.

El hombre más alto cerró la carpeta y sonrió.

—Es un comentario maravilloso. Simplemente perfecto.

—Gracias —dijo el pelirrojo—. Jen es un excelente escritor. —Con suma lentitud descruzó las piernas y se inclinó hacia adelante, haciendo crujir el cuero del sillón—. Junto con el informe de esta tarde, esto realmente va a acelerar las cosas. Tú lo sabes, ¿no es cierto?

—Por supuesto —dijo el hombre alto. Apoyó el jarro de café sobre la mesa ratona, se levantó y fue hacia la estufa a leña—. ¿Eso te asusta? —preguntó socarronamente, levantando un atizador.

—Un poco —admitió el pelirrojo.

—¿Por qué? —preguntó el hombre alto, arrojando la carpeta a las reavivadas llamas. El papel ardió instantáneamente—. Nuestras huellas han sido borradas.

—No es por nosotros que estoy preocupado. Esto *tendrá* un precio, como todo en la vida —dijo con tristeza el pelirrojo.

—Ya lo hemos discutido antes —dijo el hombre alto—. Los de Wall Street quedarán más que satisfechos. Estamos corrigiendo lo que tanto los aflige. La gente se recuperará. Y si alguna potencia extranjera intenta sacar provecho de la situación maldecirá el momento en que se le ocurrió hacerlo. —Clavó el atizador en la carpeta quemada.— Jack desarrolló los perfiles psicológicos. Sabemos dónde están todos los sitios problemáticos en potencia. El único que saldrá lastimado es el hombre que creó el problema. Y él también se recuperará. Demonios, hará algo mejor que recuperarse. Escribirá libros, dará discursos, ganará millones.

Las palabras del hombre alto sonaban frías, aunque el pelirrojo sabía que no lo eran. Hacía casi treinta y cinco años que lo conocía, desde que habían estado juntos en Vietnam. Habían peleado codo a codo en Hue durante la ofensiva Tet, defendiendo un depósito de municiones luego de que el resto del pelotón había muerto. Ambos amaban apasionadamente a su país y lo que estaban haciendo era una muestra de ese profundo, más que profundo amor.

—¿Qué noticias tenemos de Azerbaiján? —preguntó el hombre alto.

—Todos están en sus puestos. —El pelirrojo miró su reloj.— Estarán vigilando al blanco de cerca, indicándole lo que tiene que hacer. No esperamos el próximo informe hasta dentro de siete horas.

El hombre alto asintió. Se produjo un breve silencio, solamente interrumpido por los crujidos de la carpeta al quemarse.

El pelirrojo suspiró, dejó el vaso sobre la mesa y se levantó.

—Tienes que prepararte para el informe. ¿Necesitas algo más?

El hombre alto apuñaló las cenizas y destruyó lo que quedaba de la carpeta. Volvió a poner el atizador en su lugar y miró al pelirrojo directamente a los ojos.

—Sí —dijo—. Necesito que te relajes. Hay una sola cosa a la que debemos temer.

El pelirrojo sonrió. Había captado el mensaje.

—Al miedo mismo —murmuró.

—No —dijo el otro—. Sólo debemos temer al pánico y la duda. Sabemos lo que queremos y sabemos cómo conseguirlo. Si estamos tranquilos y seguros, lo conseguiremos.

El pelirrojo asintió. Después levantó el maletín de cuero que estaba junto al sillón.

—¿Acaso no fue eso lo que dijo Benjamín Franklin? Que la revolución siempre es legal en primera persona, como cuando decimos "nuestra" revolución. Y que sólo es ilegal en tercera persona, cuando decimos "su" revolución. La de "ellos".

—Jamás lo había escuchado —dijo el hombre alto—. Es una buena observación.

—Cada segundo que pasa me digo que estamos haciendo lo mismo que hicieron los Padres Fundadores. Cambiar una mala forma de gobierno por otra mejor.

—Y así es —dijo el otro—. Ahora quiero que vayas a tu casa, te relajes y mires un partido de fútbol. Deja de preocuparte. Todo saldrá bien.

—Desearía poder tener tanta confianza.

—¿Acaso no fue Franklin el que dijo: "No puede decirse que nada sea seguro en este mundo, salvo la muerte y los impuestos"? Hicimos lo mejor que pudimos e hicimos todo lo que pudimos. Tenemos que depositar nuestra confianza en lo que hemos hecho.

El pelirrojo asintió.

Se dieron la mano y el más bajo abandonó sin ganas la inmensa habitación.

La joven asistente que trabajaba en un gran escritorio de caoba cerca de la puerta de la biblioteca le sonrió, y el hombre pelirrojo se alejó por el largo pasillo alfombrado dando grandes zancadas en dirección a la puerta de salida.

Estaba convencido de que la cosa funcionaría. Sinceramente convencido. De lo que no estaba convencido era de que las repercusiones fueran tan fáciles de controlar.

No es que tenga importancia, pensó mientras el guardia de seguridad le abría la puerta. Al salir a la imprevista luz del sol, sacó sus anteojos oscuros del bolsillo de la

camisa y se los puso con el vigor de quien acaba de tomar una decisión. *Hay que hacerlo, y hay que hacerlo ahora.*

Mientras caminaba por el pavimento en busca de su automóvil, el pelirrojo se aferró a la idea de que los Padres Fundadores habían cometido lo que muchos consideraban "actos de traición" para poder forjar la nación. También pensó en Jefferson Davis y los líderes sureños que formaron la Confederación para protestar contra lo que consideraban "verdadera represión". Lo que él y su gente estaban haciendo no carecía de precedentes ni tampoco era algo inmoral.

Pero era *peligroso,* no sólo para ellos sino para la nación. Y eso seguiría aterrándolo más que todo hasta que el país estuviera indiscutiblemente bajo control.

1

Bakú, Azerbayán Domingo, 23.33 hs.

David Battat miró su reloj con impaciencia. Estaban llegando más de tres minutos tarde. *Lo cual no es para preocuparse,* masculló para sus adentros el ágil y menudo norteamericano. Mil cosas podrían haberlos retenido, pero seguramente llegarían de un momento a otro. Llegarían en lancha o en bote a motor, posiblemente desde otro bote, posiblemente desde el muelle que estaba a su derecha. Pero *llegarían.*

Más les vale, pensó. No podía permitirse fallar dos veces. Aunque el primer fracaso no había sido culpa suya.

Battat, de cuarenta y tres años, era el director de una pequeña oficina de campo de la CÍA en Nueva York, ubicada exactamente frente al edificio de las Naciones Unidas. Battat y su poco numeroso equipo eran responsables de las actividades electrónicas EAE: "espiar a espías". Seguirles el rastro a los "diplomáticos" extranjeros que usaban sus consulados como bases de vigilancia y de reuniones de inteligencia. Battat también había tenido la responsabilidad de supervisar las actividades de la agente novata Annabelle Hampton.

Diez días antes había visitado la embajada norteamericana en Moscú. La CÍA estaba probando en el centro de comunicaciones una conexión con un nuevo satélite acústico. Si el satélite funcionaba en el Kremlin, la CÍA planeaba usarlo en Nueva York para obtener una mejor y más eficaz "escucha" de lo que sucedía en los consulados extranjeros. Sin embargo, mientras Battat estuvo en Moscú, Annabelle ayudó a un grupo de terroristas a infiltrarse en las Naciones Unidas. Lo más doloroso de todo fue que la joven lo hizo por dinero, no por principios. Battat podía respetar a un idealista desorientado. Pero no podía respetar a una vulgar buscavidas.

Aunque no lo culparon por lo que hizo Annabelle, él había sido quien la había respaldado y entrenado. El mismo la había contratado. Y su "acción de secundamiento" —así la habían clasificado oficialmente— había ocurrido bajo su égida. Battat necesitaba reparar ese error, psicológica y políticamente. De lo contrario, había grandes probabilidades de que, al regresar a los Estados Unidos, descubriera que el agente de campo que había sido trasladado desde Washington para conducir la oficina durante su ausencia era a partir de ahora el director permanente de la oficina de Nueva York. Battat podía imaginarse nuevamente asignado a Moscú, y no quería que eso sucediera. El FBI tenía todas las "conexiones" con los jeques del mercado negro que actualmente gobernaban Rusia y no estaba dispuesto a compartir su información ni sus contactos con la CÍA. No habría nada que hacer en Moscú, excepto indagar a aburridos *aparatchiks* que no tenían nada que decir, salvo que añoraban los viejos tiempos y si por favor podían conseguirles una visa para cualquier lugar al oeste del Danubio.

Battat observó los altos pastos y las aguas oscuras de la bahía de Bakú, que conducía al mar Caspio. Levantó su cámara digital y escrutó el *Rachel* con ayuda de la lente telefotográfica. No había actividad en la cubierta del yate a motor. Sólo un par de luces en la cubierta inferior. Debían estar esperando. Bajó la cámara. Se preguntó si los pasajeros serían tan impacientes como él.

Probablemente, decidió. Los terroristas solían ser irritables pero concentrados. Una combinación nada habitual... y una de las maneras que tenían las fuerzas de seguridad de detectar a los agitadores potenciales en medio de una multitud.

Battat volvió a mirar su reloj. Ya llevaban cinco minutos de retraso. Tal vez fuera mejor así. La tardanza le estaba dando la oportunidad de sentir la adrenalina, de concentrarse en el trabajo. Era difícil.

Hacía casi quince años que Battat no participaba de una operación. Había sido el contacto de la CÍA con los guerrilleros mujadines durante los últimos días de la guerra en Afganistán. Había reportado desde el frente todo lo relativo a los soviéticos: cantidad de fuerzas terrestres, armamento, despliegue, tácticas y otros detalles del campo de batalla. Todo lo que los militares necesitarían saber si los Estados Unidos alguna vez peleaban contra los soviéticos o contra soldados entrenados por los soviéticos. Pero eso era antes, cuando los Estados Unidos todavía tenían gente encargada de reunir inteligencia sólida y de primera mano *in situ* en vez de satélites que tomaban fotos y captaban transmisiones de audio que luego debían ser interpretadas por equipos de expertos. Los ex operativos como Battat, que habían sido entrenados en HUMINT —inteligencia humana—, consideraban a esos expertos "adivinos eruditos", dado que se equivocaban y acertaban con la misma frecuencia.

Con sus botas negras, sus jeans, sus guantes de cuero y su polera y su gorra de béisbol negras, Battat estaba a la caza de un posible enemigo nuevo. Uno de esos satélites que él tanto detestaba había captado una comunicación durante una prueba realizada en Moscú. Por razones todavía desconocidas, un grupo llamado "Dover Street" se estaba reuniendo en el *Rachel,* presumiblemente una embarcación, para recoger al "Arponero". Si se trataba del mismo Arponero que la CÍA no había logrado atrapar en Beirut y Arabia Saudita, quería ponerle las manos encima. El Arponero era responsable de las muertes de cientos de norteamericanos ocasionadas por bombas terroristas durante los últimos veinticinco años. Luego de analizar los contenidos del mensaje con Washington, se decidió que Battat fotografiara a los individuos comprometidos y regresara al consulado norteamericano en Bakú para identificarlos. Después, el yate sería seguido vía satélite y se enviaría un equipo de operaciones especiales desde Turquía para dar caza al Arponero. Nada de debates de extradición, nada de discusiones políticas. Lo borrarían de la faz de la Tierra a la vieja usanza. Harían lo que siempre había hecho la CÍA antes de que los episodios de Irán y los Contras ensuciaran la reputación de los operativos en negro. Antes de que la expresión "haga algo" fuera reemplazada por "proceso debido". Antes de que los buenos modales reemplazaran al buen gobierno.

Battat había volado a Bakú. Luego de pasar por la aduana, había tomado el atestado pero limpio subterráneo hasta la estación Khatayi, junto al mar. El viaje costaba el equivalente de tres centavos de dólar y todos eran excesivamente corteses, y se ayudaban unos a otros sosteniendo las puertas para que pudieran subir los retrasados de siempre. Antes de abandonar Moscú, Battat había notificado a la embajada de los Estados Unidos en Bakú que se haría presente por si algo andaba mal. La embajada mantenía una pequeña oficina de campo de la CÍA con sólo dos agentes en servicio. Supuestamente la policía de Azerbaiján los conocía y por eso rara vez salían personalmente a realizar una operación de campo. Cuando era necesario, contrataban personal externo. A la embajada no le agradó que se le presentara el hecho como un *fait accompli.* Pero había tensiones crecientes entre los Estados Unidos y Azerbaiján por el petróleo del mar Caspio. La joven república estaba tratando de inundar el mercado con petróleo barato para vigorizar su débil economía. Eso implicaba un enorme perjuicio potencial para las empresas petroleras norteamericanas, que sólo estaban representadas marginalmente en Azerbaiján: un rezago de los tiempos de la Unión Soviética. En Moscú, la CÍA no quería inflamar esas tensiones.

Battat pasó la tarde recorriendo un sector de la playa, buscando una embarcación particular. Cuando la encontró, anclada a unas trescientas yardas de la costa, se sentó cómodamente sobre una roca baja y chata semioculta entre los juncos. Con su mochila en la espalda, una botella de agua y una vianda al costado y la cámara colgándole del cuello, esperó.

El olor del aire salado y del petróleo de los pozos costeros era fuerte, más fuerte que nada en el mundo. Casi le quemaba los orificios nasales. Pero le encantaba. Amaba la arena bajo las suelas de goma, la brisa fresca contra las mejillas, el sudor en las palmas de las manos y el latido acelerado de su corazón.

Se preguntó cuántos invasores extranjeros se habrían erguido en esas mismas playas, acaso en ese mismo lugar. Los persas en el siglo XI. Los mongoles en los siglos XIII y XIV. Los rusos en el siglo XVIII. Luego otra vez los persas, y después los soviéticos. No pudo decidir si era parte de una espectacular competencia histórica o de una violación atroz, interminable.

No era que tuviera importancia, dijo para sus adentros. No estaba allí para salvaguardar a Azerbaiján. Estaba allí para redimirse y para proteger los intereses norteamericanos.

En cuclillas entre los altos juncos de ese aislado sector de la playa, Battat sintió que jamás había abandonado el campo de acción. Era el efecto del peligro. Era como una canción conocida o el aroma de una comida familiar: una marca en el alma. También amaba el peligro. Y se sentía a gusto con lo que estaba haciendo. No solamente porque iba a reparar lo que había hecho Annabelle, sino porque era justo.

Hacía ya casi tres horas que Battat estaba allí. Las comunicaciones por teléfono celular que habían interceptado decían que se encontrarían con el Arponero a las 23.30. Se suponía que el Arponero examinaría la parcela, fuera lo que fuese, pagaría y se iría tal como había llegado.

Justo en ese momento ocurrió algo en el yate. Se abrió una compuerta y un hombre trepó a la cubierta. Battat clavó la vista en el agua. El hombre encendió una radio. Aparentemente estaban pasando música folclórica local. Tal vez fuera una señal. La mirada de Battat barrió el agua oscura.

Como salido de la nada, un codo apretó la garganta de Battat desde atrás y lo hizo caer de rodillas. Sentía que se asfixiaba. Trató de clavar el mentón en el codo para aliviar la presión en la garganta y respirar. Pero el atacante estaba bien entrenado. Había trabado su brazo derecho en torno a la garganta de Battat y estaba empujando la cabeza de su víctima con el izquierdo para impedir todo movimiento. Battat intentó pegarle un codazo en el bajo vientre, pero el atacante se hizo a un lado. En un último esfuerzo, trató de aferrar el hombro del brazo que lo estaba sofocando para hacer caer a su atacante.

Pero el desconocido respondió echando el cuerpo hacia atrás y levantando a Battat del suelo. Aunque el norteamericano pudo aferrar el hombro de su atacante, no pudo hacerlo caer. Los pies de Battat estaban suspendidos en el aire y no tenía manera de hacer palanca.

La lucha duró cinco segundos. El brazo del atacante presionó lateralmente la carótida del norteamericano, impidiendo la circulación de la sangre hacia la cabeza y provocándole un desmayo. Para no correr riesgos ni dejar absolutamente nada librado al pavoroso azar, el atacante siguió presionando las arterias durante medio minuto más. Luego dejó caer el cuerpo inconsciente sobre la arena.

El Arponero metió la mano en el bolsillo de su rompevientos. Sacó una jeringa, hizo saltar la tapa de plástico e inyectó un líquido en el cuello de Battat. Luego de limpiar la diminuta gota de sangre, sacó una linterna del bolsillo de su pantalón y la encendió. La prendió y la apagó varias veces seguidas. Otra linterna respondió desde el *Rachel.*

Después, las dos linternas se apagaron. Casi al mismo tiempo. Unos segundos más tarde bajaron del yate un chinchorro a motor que raudamente se dirigió a la costa.

2

Camp Springs, Maryland Domingo, 16.12 hs.

Paul Hood estaba sentado en un sillón, en un rincón del pequeño cuarto de hotel iluminado por el televisor. Las pesadas cortinas estaban cerradas y en la pantalla se definía un partido de fútbol, pero Hood no lo estaba mirando en realidad. Estaba viendo repeticiones en su mente. Repeticiones de más de dieciséis años de vida matrimonial.

Viejas películas en mi nuevo hogar, pensó.

El "hogar" era una suite anónima en el quinto piso del Days Inn sobre Mercedes Boulevard, localizado a poca distancia de la Base Andrews de la Fuerza Aérea. Hood se había mudado allí el viernes por la noche, tarde. Aunque podría haberse alojado en un motel vecino a la base donde se encontraba el Op-Center, había elegido la posibilidad de "alejarse" del trabajo. Lo cual era una ironía. Porque la dedicación de Hood al Op-Center le había costado su matrimonio.

O eso decía su esposa.

Durante los últimos años, Sharon Hood se había sentido cada vez más frustrada por las largas horas que su esposo pasaba en el Op-Center. Se ponía tensa y furiosa cada vez que una crisis internacional lo obligaba a perderse uno de los conciertos de violín de su hija Harleigh o un partido de fútbol de su hijo Alex. Le producía amargura que casi todas las vacaciones que habían planeado juntos hubieran sido canceladas por un intento de golpe de Estado o un asesinato que exigían toda la atención de su esposo. Se resentía porque él pasaba mucho tiempo hablando por teléfono con el subdirector Mike Rodgers, incluso cuando estaba con su familia, acerca del desempeño del Op-Center Regional móvil en las pruebas de campo o discutiendo con el jefe de inteligencia Bob Herbert lo que podían hacer para fortalecer la relación con la contraparte rusa del Op-Center en San Petersburgo.

Pero Hood jamás había creído que su trabajo fuera el verdadero problema. Era algo más viejo y más profundo que eso.

Incluso cuando renunció a su puesto de director del Op-Center y fue a Nueva York para escuchar a Harleigh en una recepción en

las Naciones Unidas, Sharon siguió descontenta. Tuvo celos de las atenciones que le prodigaron las otras madres de concertistas. Sharon se dio cuenta de que Hood atraía a las mujeres porque había sido alcalde de Los Ángeles. Y después había tenido un trabajo poderoso en Washington, donde el poder era la moneda del reino. A Sharon no le importaba que Hood no hubiera apostado a la fama y el poder. No le importaba que las respuestas que daba a otras mujeres fueran siempre corteses pero breves. Lo único que Sharon sabía era que tendría que compartir a su esposo una vez más.

Después, la pesadilla. Harleigh y otros jóvenes músicos fueron tomados como rehenes en las cámaras del Consejo de Seguridad por pacifistas renegados de las Naciones Unidas. Hood había dejado a Sharon en el despoblado centro de crisis del Departamento de Estado para supervisar el exitoso esfuerzo encubierto del Op-Center, que finalmente culminó con el rescate de los adolescentes y los delegados extranjeros cautivos. Pero, a ojos de Sharon, él la había abandonado una vez más. Cuando regresaron a Washington inmediatamente se llevó a los chicos a la casa de sus padres en Oíd Saybrook, Connecti-cut, aduciendo que quería mantener a Harleigh alejada del zoológico mediático que los venía persiguiendo desde Nueva York.

Hood no había podido contrarrestar esa acusación. Harleigh había visto a una de sus amigas herida de gravedad y había presenciado la ejecución de otras personas. Casi la habían matado. Había sufrido las consecuencias clínicas del clásico "síndrome de estrés postraumático": amenazas a su propia integridad física y la de otros; temor e indefensión; sentimiento de culpa por haber sobrevivido. Después de todo eso, estar rodeada por cámaras de televisión y periodistas gritones hubiera sido lo peor que podía pasarle.

Pero Hood también sabía que ésa no era la única razón por la que Sharon había regresado a Oíd Saybrook. Su esposa necesitaba alejarse, huir. Necesitaba el consuelo y la seguridad de la casa de su infancia para poder pensar en el futuro.

En el futuro de *ambos.*

Hood apagó el televisor. Dejó el control remoto sobre la mesa de noche, acomodó la cabeza en la pila de almohadas y contempló la blancura del cielo raso. Pero no vio lo que veían sus ojos. No vio un cielo raso. Vio el rostro pálido y los ojos oscuros de Sharon. Recordó la mirada de esos ojos cuando Sharon le había anunciado que quería el divorcio.

No había sido una sorpresa. En cierto sentido, hasta había sido un alivio. A su regreso de Nueva York, Hood había tenido un breve encuentro con el presidente para discutir la mejor manera de reparar la brecha entre los Estados Unidos y las Naciones Unidas. El solo hecho de haber vuelto a pisar la Casa Blanca, de estar conectado nuevamente

con el mundo, hizo que anhelara retirar su renuncia a la dirección del Op-Center. *Le gustaba* su trabajo: amaba el desafío, las implicancias, el riesgo. El viernes por la noche, luego de que Sharon le comunicara su decisión, pudo retirar su renuncia con la conciencia limpia.

Cuando volvió a hablar con su esposa el sábado, el distancia-miento emocional ya había comenzado. Acordaron que Sharon podía recurrir al abogado de la familia. Paul le pediría al legista del Op-Center, Lowell Coffey III, que le recomendara a un buen divorcista. Todo había sido muy cortés, muy maduro, muy formal.

Los grandes temas que todavía les quedaban por resolver eran cuándo y cómo decírselo a los niños y si Hood debía abandonar la casa inmediatamente. Había llamado a Liz Gordon, la psicóloga del Op-Center que había atendido a Harleigh antes de derivarla a un psiquiatra especializado en casos de SEPT. Liz le había aconsejado ser extremadamente amable cada vez que estuviera cerca de Harleigh. Hood era el único miembro de la familia que había estado con ella durante el atentado terrorista. Harleigh asociaría la fuerza y la tranquilidad de su padre con una sensación de seguridad. Eso aceleraría su recuperación. Liz agregó que la sensación de inestabilidad que indudablemente provocaría su partida sería menos peligrosa que la lucha muda pero visible entre Hood y su esposa. Esa tensión constante no revelaría al Hood que Harleigh necesitaba ver. Liz también le dijo que Harleigh debía comenzar un tratamiento intensivo lo más pronto posible. Tenían que ocuparse ya mismo del problema que aquejaba a su hija... o corrían el riesgo de que quedara psicológicamente debilitada por el resto de su vida.

Luego de haber analizado la situación con Liz Gordon, Hood y Sharon decidieron contarles a sus hijos lo que estaba ocurriendo, con calma y sin subterfugios ni mentiras de ninguna clase. Se reunieron por última vez como familia en "la guarida": la habitación en la que armaban todos los años el árbol de Navidad y donde los niños

habían aprendido a jugar al ajedrez y al Monopoly y celebraban fiestas de cumpleaños. Alexander pareció tomarlo bien... una vez que sus padres le aseguraron que su vida no cambiaría demasiado. En un principio Harleigh reaccionó mal porque creía tener la culpa de la separación. Hood y su esposa le aseguraron que no era así y que ambos estarían siempre junto a ella para lo que necesitara.

Cuando terminaron de conversar, Sharon cenó con Harleigh en la casa y Hood llevó a Alexander a comer a su pocilga favorita: el Córner Bistró. Sharon, siempre pendiente de la salud de su familia, solía llamarlo el "Bistró Coronarias". Hood puso su mejor cara y compartió un momento divertido con su hijo. Luego volvió a la casa, empacó rápidamente y en silencio algunas cosas, y partió rumbo al que sería su nuevo hogar.

Miró el cuarto de hotel como quien debe hacer el inventario de sus bienes. Había un escritorio con tapa de vidrio y sobre él un papel secante, una lámpara y una carpeta llena de tarjetas postales. Una cama *queen-size.* Una alfombra resistente a las pisadas y las patas de los muebles que combinaba con las cortinas opacas. Una pintura de un arlequín cuyo atuendo combinaba con la alfombra. Un vestidor con un gabinete para el minibar y otro gabinete para el televisor. Y, por supuesto, un cajón con una Biblia adentro. También había una mesa de noche con una lámpara exactamente igual a la del escritorio, cuatro cestos para residuos varios, un reloj y una caja de pañuelos de papel que Hood había traído del baño.

Mi nuevo hogar, pensó por enésima vez.

Excepto por la laptop que reposaba sobre el escritorio y las fotos de sus hijos —fotos de la escuela, todavía enmarcadas en cartón—, ese cuarto de hotel no tenía nada de "hogar". Las manchas de la alfombra no eran las del jugo de manzana que Alexander había derramado cuando niño. Harleigh no había pintado el cuadro del arlequín. La pequeña heladera no estaba repleta de hileras de recipientes de plástico llenos de ese espantoso yogur de kiwi y frutilla que a Sharon tanto le gustaba. Por la pantalla del televisor jamás habían pasado videos caseros de fiestas de cumpleaños, partidos de pool o celebraciones de aniversarios, ni tampoco familiares o compañeros de trabajo ya fallecidos. Hood jamás había visto salir o ponerse el sol desde esa ventana. Jamás había tenido gripe ni sentido las patadas de su hijo aún no nacido en esa cama. Sus hijos no acudirían si los llamaba.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se dio vuelta para mirar el reloj y ese solo movimiento bastó para interrumpir la constante sucesión de pensamientos e imágenes. Pronto tendría que levantarse. El tiempo —y el gobierno— no esperaban a nadie. Todavía tenía obligaciones profesionales. *Pero Santo Dios,* pensó, *no tengo ganas de ir.* Tendría que hablar y poner cara de contento como había hecho con su hijo mientras se preguntaba quién lo sabría y quién no lo sabría en ese transmisor instantáneo de mensajes comúnmente llamado Washington.

Miró el cielo raso. Una parte de él había deseado que pasara lo que pasó. Hood quería libertad para hacer su trabajo. Quería dejar de ser juzgado y criticado por Sharon. También quería dejar de decepcionar constantemente a su esposa.

Pero otra parte de él —la más grande, de lejos la más importante— sentía una profunda tristeza y una terrible amargura por lo que había ocurrido. No habría más experiencias compartidas y los niños tendrían que sufrir las deficiencias de sus padres.

El carácter definitivo del divorcio lo golpeó duramente, allí donde más le dolía, y Hood no pudo ni quiso seguir conteniendo el llanto.

3

Washington, D.C. Domingo, 18.32 hs.

La Primera Dama Megan Catherine Lawrence, de sesenta y un años de edad, se detuvo frente al espejo dorado a la hoja de fines del siglo XVII colocado sobre una cómoda de la misma época. Revisó por última vez su lacio y platinado cabello corto y su vestido largo de satén color marfil antes de recoger sus guantes blancos y abandonar el salón del tercer piso. Satisfecha, la alta y grácil mujer atravesó con paso elegante la alfombra sudamericana atesorada por el presidente Herbert Hoover y entró al dormitorio presidencial. El vestidor del presidente estaba justo frente a ella. Al entrar, contempló las paredes blancas y las cortinas azul claro elegidas por los Kennedy, la cama estrenada por Grover y Francés Cleveland, la mecedora donde la delicada y devota Eliza Johnson esperó recibir noticias del juicio celebrado contra su esposo Andrew en 1868, y la mesa de luz donde cada noche el séptimo presidente, Andrew Jackson, apoyaba el retrato de su difunta esposa Rachel —retrato que durante el día guardaba junto a su corazón— para asegurarse de que el rostro de su bienamada y piadosa mujer fuera lo primero que viera al despertar.

Megan sonrió. Cuando se había mudado a la Casa Blanca, sus amigos y conocidos no paraban de decirle: "Debe ser maravilloso tener acceso a toda la información secreta sobre el cerebro desaparecido del presidente Kennedy y los extraterrestres Roswell". Ella les había dicho que el gran secreto era que *no había* información secreta. La única "maravilla" era que luego de haber vivido casi siete años en la Casa Blanca Megan aún sentía escalofríos al pensarse allí, entre los fantasmas, la grandeza, el arte y la historia.

Su esposo, el ex gobernador Michael Lawrence, era presidente de los Estados Unidos durante su primer período cuando una serie de desastres bursátiles ayudó a que los conservadores moderados perdieran la elección contra los *outsiders* Ronald Bozer y Jack Jordán. Los suspicaces de siempre sostenían que la fortuna familiar maderera del "Oregon Redwood" había convertido al presidente en

blanco de las críticas, dado que en realidad no se había visto directamente afectado por el revés electoral. Michael Lawrence no estuvo de acuerdo y obviamente no era de los que abandonan el campo de batalla. En vez de asociarse a algún estudio jurídico o unirse a la junta directiva de la empresa familiar, el ex presidente se quedó en Washington y creó un tanque de pensamiento extrapartidario: el "American Sense", del que fue gerente. Invirtió los ocho años siguientes en buscar maneras de corregir o afinar todo aquello que, a su entender, había sido errado en su primer mandato... desde la economía hasta la política exterior y los programas sociales. Los miembros del tanque de pensamiento hicieron el circuito dominical de charlas matutinas, escribieron artículos periodísticos, publicaron libros y dieron discursos. Con un vicepresidente débil y poco comprometido como figura opositora, y un nuevo vicepresidente que sólo se ocupaba de su carrera —el senador neoyorquino Charles Cotten—, Michael Lawrence ganó por muerte la reelección. Su nivel de popularidad era del sesenta por ciento y la reelección se consideró desde un comienzo un *fait accompli.*

Megan atravesó el cuarto en dirección al vestidor del presidente. La puerta estaba cerrada; era la única manera de mantener caliente el baño debido a las corrientes de aire y la humedad que siempre acompañan a las viejas paredes y la historia. Eso quería decir que su marido todavía estaba en la ducha, lo que no dejó de sorprenderla. Los invitados llegarían al estudio del segundo piso a las siete para una recepción breve

antes de la cena. A su esposo le gustaba estar listo quince minutos antes para poder sentarse con su gruesa carpeta personal y revisar los gustos, disgustos, pasatiempos y datos familiares de los invitados extranjeros. Esa noche debía recibir a los nuevos embajadores de Suecia e Italia antes de la cena oficial con los delegados clave de las Naciones Unidas. Los predecesores de ambos embajadores habían sido asesinados durante el atentado reciente y los reemplazos habían sido nombrados rápidamente para demostrarle al mundo que el terrorismo no podría jamás detener u obstruir la búsqueda de la paz por la vía diplomática. El presidente quería tener la oportunidad de encontrarse con ambos en privado. Luego bajarían juntos al Salón Azul para compartir la recepción oficial con otros influyentes delegados de las Naciones Unidas. Después tendría lugar la cena propiamente dicha, cuyo objetivo era fortalecer la unidad y el apoyo mutuo luego del atentado terrorista de la semana anterior.

El presidente había llegado poco antes de las seis de la tarde, con tiempo suficiente para tomar una ducha y afeitarse. Megan no podía entender su demora. Tal vez estuviera hablando por teléfono.

Su staff trataba de reducir al mínimo los llamados a su residencia privada, pero en los últimos días su esposo había atendido infinidad de comunicaciones telefónicas... a veces a primera hora de la mañana. Megan no quería dormir en uno de los cuartos de huéspedes, pero debía reconocer que ya no era una jovencita. Años atrás, cuando su esposo comenzó a hacer campaña para desempeñarse en la función pública, podía dormir dos o tres horas por día y seguir en marcha. Ya no. Seguramente debía ser mucho peor para su marido. Parecía más agotado que de costumbre y era obvio que necesitaba un buen descanso. La crisis en las Naciones Unidas los había obligado a cancelar sus vacaciones en el noroeste del país y todavía no habían podido reprogramarlas.

La Primera Dama se detuvo frente a la puerta de seis paneles y escuchó. La ducha estaba cerrada. La canilla del lavabo también. Tampoco parecía que nadie estuviera hablando por teléfono.

—¿Michael?

Su marido no respondió. Megan hizo girar el picaporte de bronce reluciente y abrió la puerta.

Para llegar al baño había que atravesar un pequeño vestíbulo, angosto y largo. En el rincón de la derecha se erguía un ropero de cerezo en el que el valet del presidente dejaba la ropa correspondiente a cada día. En el rincón de la izquierda había una mesa, también de madera de cerezo, coronada por un enorme espejo de pared iluminado a pleno. El presidente tenía puesta su bata de baño azul marino. Estaba de pie, respirando pesadamente, con una mirada iracunda en sus pequeños ojos azules. Tenía los puños apretados y el ritmo de su respiración era cada vez más duro y profundo.

—¿Michael? ¿Estás bien?

El presidente la miró. Jamás lo había visto tan enojado ni tan... desorientado. Desorientado, sí, ésa fue la primera palabra que le vino a la mente. Tuvo miedo, terror de lo que podría estar pasando.

—¿Qué pasa, Michael?

El presidente clavó los ojos en el espejo. Aflojó las manos y relajó la mirada. Comenzó a respirar más serenamente. Luego se dejó caer en una silla de nogal frente a la mesa.

—No es nada —dijo—. Estoy bien.

—No pareces estar bien —dijo su esposa.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Hace un instante parecías querer comerte a alguien —dijo Megan.

El presidente negó con la cabeza.

—Sería el sobrante de energía que siempre queda después de hacer ejercicio —murmuró.

—¿Estuviste haciendo ejercicio? Creía que estabas en una reunión.

—Hice un poco de isométricos —explicó el presidente—. El senador Samuels los hace durante diez minutos todas las mañanas y todas las noches. Dice que ayudan a aliviar la tensión cuando uno no puede ir al gimnasio.

Megan no le creyó. Su marido transpiraba copiosamente cuando hacía ejercicios. Y tenía la frente y el labio superior secos. Algo estaba pasando. En los últimos días había estado muy distante y eso comenzaba a asustarla.

Caminó hasta donde él estaba y le acarició la cara.

—Algo te está preocupando, querido —dijo dulcemente—. ¿Por qué no me cuentas qué es?

El presidente la miró.

—No es nada —dijo—. Los últimos dos días fueron muy difíciles, eso es todo.

—Te refieres a los llamados nocturnos y...

—A eso... y a todo lo que está pasando —dijo el presidente.

—¿Es peor que de costumbre?

—En cierto sentido —masculló Lawrence.

—¿Te gustaría que habláramos de eso?

—Ahora no —dijo, obligándose a sonreír un poco. Su voz profunda había recuperado algo de vigor y confianza y sus ojos habían adquirido cierto brillo. El presidente tomó la mano de su esposa entre las suyas, la sostuvo allí un momento, y luego se levantó. Era apenas un poco más alto que Megan. La miró admirado.

—Estás bellísima —dijo.

—Gracias —dijo ella—. Pero me tienes preocupada.

—No te preocupes —dijo él. Miró a su derecha. Sobre un estante había un reloj de oro que había pertenecido a Thomas Jefferson—. Es tarde. Será mejor que me vista.

—Te esperaré afuera —dijo Megan—. Y será mejor que hagas algo con tus ojos.

—¿Con mis ojos? —preguntó azorado, mirándose al espejo. Esa mañana se había levantado más temprano que ella y tenía los ojos inyectados en sangre. Un individuo en su posición no podía parecer débil o cansado—. Anoche no dormí muy bien —dijo, tirando de la piel que rodeaba sus ojos—. Me pondré unas gotas y nadie se dará cuenta de nada. —El presidente se acercó a su esposa y la besó suavemente en la frente.— Todo está bien, te lo juro —dijo. Luego sonrió y le dio la espalda.

Megan lo observó caminar lentamente hacia el baño y cerrar la puerta. Lo escuchó abrir la ducha. Prestó atención. Michael acostumbraba tararear viejos temas de rock and roll mientras se bañaba. A veces incluso cantaba. Pero esta noche estaba mudo.

Por primera vez en mucho tiempo Megan no creyó una palabra de lo que le había dicho su marido. Ningún político decía toda la verdad jamás, ni siquiera a sus allegados más íntimos. Aveces, los políticos tenían que decir lo que los votantes y los rivales querían oír. Pero Michael era un hombre sincero de puertas adentro, al menos con su esposa. Cuando ella lo miraba a los ojos sabía si le estaba ocultando algo. Y si Michael efectivamente le estaba ocultando algo, Megan generalmente se las ingeniaba para que le dijera la verdad.

Pero esta vez no lo había logrado y se sentía profundamente perturbada. De golpe, tuvo mucho miedo por él.

Volvió lentamente a su vestidor. Se puso los guantes y trató de concentrarse en lo que debería hacer durante las próximas cuatro horas. Tendría que ser una anfitriona cálida y extrovertida. Tendría que ser amable y elogiosa con las esposas de los delegados. Por lo menos estaría con gente a la que no conocía. Le resultaba más fácil ocultar sus sentimientos en compañía de extraños. Ellos no sabrían que estaba actuando.

Pero estaría *actuando.*

Volvió al dormitorio. Había un pequeño escritorio de caoba de comienzos del siglo XIX de su lado de la cama. Tomó una carpeta y releyó la lista de invitados, prestando particular atención a los nombres de los delegados extranjeros y sus esposas. Junto a cada nombre había una guía fonética; Megan repitió los nombres en voz alta para mejorar su pronunciación. No le resultó para nada engorroso. La Primera Dama tenía facilidad para los idiomas y planeaba convertirse en traductora antes de conocer a su marido y casarse con él. Irónicamente, en aquella época su mayor deseo era trabajar para las Naciones Unidas.

Megan cerró la carpeta y la dejó sobre el escritorio. Miró a su alrededor. La magia seguía intacta, puntuada por los espíritus acechantes y las resonancias del gran drama. Pero Megan estaba sintiendo algo que jamás había sentido entre esas paredes. En esa casa que era literalmente observada por todos los ojos del mundo.

Sintió una repentina, dolorosa, inmensa soledad.

4

Bakú, Azerbayán Lunes, 2.47 hs.

David Battat despertó lentamente.

El aire del mar era helado y cruel. David estaba acostado boca abajo, con la cara vuelta hacia los juncos que bordeaban el agua. Una humedad pegajosa le cubría los pómulos: la condensación del Caspio.

Trató de moverse pero sentía la cabeza pesada, como llena de plomo. Tenía la garganta seca y le dolía el cuello. Lo tocó apenas y pegó un salto. Tenía la piel lastimada, casi en carne viva. Su cámara había desaparecido. El equipo de la CÍA en Moscú no podría estudiar las fotografías que había tomado para averiguar quién más había estado en la embarcación o calcular cuánto peso llevaba a partir de la marca del agua. La artillería y los misiles pesaban mucho más que los explosivos, el dinero o las drogas.

Battat trató de incorporarse. Al hacerlo, sintió como si le hubieran clavado una lanza en la nuca. Se dejó caer, esperó unos segundos y volvió a intentarlo... esta vez con mayor lentitud. Se las ingenió para quedar de rodillas y en esa posición escrutó el agua oscura.

El *Rachel* había desaparecido. Había perdido su única oportunidad. Le gustara o no, tendría que informar a Moscú lo más pronto posible.

Le dolía tanto la cabeza que volvió a acostarse sobre la arena. Estiró los brazos y apoyó la frente sobre el suelo fresco para aliviar un poco el dolor. También trató de comprender, al menos en parte, lo que había sucedido.

¿Por qué seguía con vida? El Arponero jamás dejaba a nadie con vida. ¿Por qué a él?

Entonces se le ocurrió que tal vez se había desmayado antes de que llegara el Arponero. Tal vez un merodeador orillero había pasado por allí por pura casualidad y, al ver su cámara y su mochila, había decidido robarlas. Battat no sabía qué era peor: si haber dejado que su blanco se evaporara o haber sido asaltado. No era que tuviera importancia. Ambas opciones eran igualmente malas.

Respiró hondo y se levantó lentamente, primero se puso de rodillas y luego de pie. Apenas podía mantener el equilibrio y le latían las sienes. Miró a su alrededor en busca de su mochila. También había desaparecido. Y con ella su linterna y la posibilidad de buscar huellas u otras pistas.

Miró su reloj. Le temblaba la muñeca y usó la mano libre para reprimir el temblor. Amanecería en menos de tres horas. Pronto comenzarían a llegar los pescadores y Battat no quería que lo vieran allí. Suponiendo que su agresor no esperara que hubiera sobrevivido al atentado, no quería que nadie supiera que efectivamente había sobrevivido. Se alejó de la orilla a paso lento, con la cabeza a punto de estallar. Tragar saliva era un tormento y el cuello de la polera lastimaba aun más su cuello estragado.

Pero ése no era el peor dolor.

El peor dolor era saber que había fracasado.

5

Washington, D.C. Domingo, 20.00 hs.

Al entrar a la Casa Blanca por la Puerta Este, Paul Hood recordó la primera vez que había llevado allí a sus hijos. Hood había viajado a Washington para una conferencia de alcaldes. Harleigh tenía ocho años y Alexander seis. Su hijo no se sintió impactado por el imponente retrato de Abraham Lincoln por G. P. A. Healy ni por las magníficas sillas del Salón Azul adquiridas por James Monroe... y ni siquiera por los agentes del servicio secreto. Alexander había visto pinturas, sillas y agentes secretos en Los Ángeles. La espectacular araña del Comedor Oficial apenas mereció una mirada de soslayo y el Jardín de Rosas no fue para él más que un montón de pasto y flores. Pero cuando iban caminando hacia E Street, el niño vio algo que realmente lo impactó.

Castañas.

Las castañas verdes y oscuras que crecían en los árboles añosos parecían pequeñas minas flotantes con sus cuernos de Hertz proyectados en todas direcciones. Alexander estaba convencido de que eran bombas en miniatura destinadas a disuadir a los merodeadores. En cuanto un merodeador asomara la cabeza, las castañas explotarían. Hood jugó con la idea e incluso arrancó un par de castañas... con mucho cuidado, por supuesto, para plantarlas luego en el jardín de atrás de la casa familiar. Pero Harleigh "delató" a su padre al tropezar con una de las castañas recién plantadas ¡y no volar por el aire!

Sharon jamás había aprobado el engaño. Pensaba que era una manera de estimular el militarismo. Hood pensaba que todo había sido pura imaginación infantil en acción, nada más.

Era raro que Paul Hood entrara en la Casa Blanca sin recordar el episodio de las castañas. Esa noche no fue diferente, excepto que por primera vez en muchos años sintió unas ganas enormes de salir a arrancar unas cuantas. Para luego llevárselas a su hijo como un talismán, como un recuerdo de los buenos tiempos que habían compartido. Además, caminar entre los castaños hubiera sido preferible a hacer lo que estaba haciendo.

Se había puesto el esmoquin, había llegado a la Casa Blanca en su automóvil y había presentado su invitación de puño y letra en la Puerta Este. Un agente del servicio secreto lo había recibido y escoltado hasta el Salón Rojo, vecino al Comedor Oficial. El presidente y la Primera Dama todavía estaban en el Salón Azul. Aunque nadie lo decía, el Salón Rojo —generalmente utilizado como recepción por las primeras damas— estaba destinado a los invitados clase B.

Hood reconoció a muchos, pero en realidad no conocía a la mayoría de las personas allí reunidas. A algunos los conocía de conferencias, a otros de informes, y a muchos otros de cenas celebradas allí mismo. La Casa Blanca ofrecía doscientas cincuenta cenas oficiales por año y Hood era invitado a por lo menos quince de ellas. Su trayectoria en el gobierno de Los Ángeles —lo que en realidad significaba su "familiaridad con las estrellas de cine"—, las finanzas y el espionaje lo convertían en el invitado ideal. Podía hablar con generales, líderes mundiales, diplomáticos, periodistas, senadores... y sus esposas, e informarlos y entretenerlos sin ofenderlos. Eso era importante.

Sharon generalmente lo acompañaba a esas cenas. Como estaba en el negocio de la comida sana, casi siempre quedaba insatisfecha con el menú... aunque amaba los ambientes decorados por las distintas administraciones en distintos siglos. Cuando su esposa no podía acompañarlo, era reemplazada por la encargada de prensa del Op-Center, Ann Farris. A ella le gustaban todos los platos que le ponían enfrente y, a diferencia de Sharon, disfrutaba hablando con todo el mundo.

Esta era la primera vez que Hood llegaba sin compañía. Independientemente de cómo intentara definirlo la Casa Blanca, él no consideraba que Mala Chatterjee fuera su acompañante. La secretaria general de las Naciones Unidas también asistiría sola a la cena y le habían asignado una silla en la mesa de Hood, exactamente a su izquierda.

Hood abrió la puerta y observó el largo comedor iluminado a pleno por una inmensa araña. Habían puesto catorce mesas redondas para la ocasión. A cada una de las mesas se sentarían diez invitados. La invitación de Hood decía que debía sentarse en la mesa dos, cerca del centro del salón. Eso era bueno. Rara vez se había sentado tan cerca del presidente. Si las cosas se ponían tensas con Chatterjee, siempre podría intercambiar una mirada cómplice con la Primera Dama. Megan Lawrence se había criado en Santa Bárbara, California. Había pasado un tiempo con Hood cuando él era alcalde de Los Ángeles y llegaron a conocerse bien. Era una mujer elegante y con clase, dueña de un seco sentido del humor.

Bajo la mirada vigilante del personal jerárquico, los camareros

de la Casa Blanca acomodaban con mano sabia los centros florales. Vestían chaquetas negras y representaban a todas las etnias, cosa que era dable esperar en esta clase de reunión.

La Casa Blanca los había seleccionado entre una gran cantidad de empleados, previamente blanqueados por seguridad. Y aunque a nadie le agradaba admitirlo, la composición del personal había sido determinada por la naturaleza de la cena. Los jóvenes y atractivos camareros se dedicaban mientras tanto a llenar de agua las copas de cristal y se aseguraban de que la vajilla de plata y porcelana estuviera exactamente a la misma distancia de un comensal a otro.

El salón estaba presidido por el imponente retrato de Abraham Lincoln, pintado en 1869, que no había impresionado a Alexander en lo más mínimo. Era la única pintura en el comedor. En la repisa del hogar estaba inscripto un pasaje escrito por John Adams a su esposa Abigail antes de mudarse a la mansión del ejecutivo recién terminada. Franklin Roosevelt había leído la frase y le había gustado tanto que se convirtió en la plegaria oficial de la Casa Blanca. La inscripción decía:

Ruego al cielo que otorgue la mejor de sus bendiciones a, esta, casa y a todos los que la habiten de aquí en más. Y que sean sólo hombres honestos y sabios quienes gobiernen el país bajo este techo.

Lo siento, Sr. Adams, pensó Hood. *Le fallamos en eso.*

Uno de los maitres se acercó a él. Enfundado en un par de pantalones blancos y un chaleco también blanco con galones dorados, cerró la puerta con amabilidad no exenta de firmeza. Hood volvió al Salón Rojo. Se había puesto más ruidoso y atestado debido a la cantidad de gente que estaba llegando desde el Salón Azul. Hood no quería imaginar cómo habrían sido las cosas antes de la invención del acondicionador de aire.

Por casualidad estaba mirando la puerta que daba al Salón Azul cuando Mala Chatterjee entró. Iba tomada del brazo del presidente, quien avanzaba seguido de la

Primera Dama y dos delegados. El vicepresidente y la señora Cotten entraron inmediatamente después, seguidos por Barbara Fox, la senadora por California. Hood la conocía bien. Pero esa noche parecía confundida, lo que era extraordinario en ella. No llegó a preguntarle por qué. Precisamente en ese momento se abrió la puerta que conducía al Comedor Oficial. En el interior del salón ya no había movimientos apresurados. Los veinte camareros formaban una hilera a lo largo de la pared noroeste y los asistentes esperaban en fila junto a la puerta para acompañar a los invitados a sus correspondientes mesas.

Hood no hizo ningún esfuerzo para entablar comunicación con

Chatterjee. Era una mujer intensa y parecía estar absorta en la conversación que mantenía con el presidente. Dio media vuelta y entró al comedor.

Observó entrar a los invitados, casi radiantes bajo la luz dorada de la araña que pendía del techo. La procesión tenía algo fantasmal: le gente se movía en cámara lenta, envarada por la dignidad y casi sin expresión en la cara; las voces bajas y huecas hacían eco en el salón, apenas interrumpidas por alguna carcajada de cortesía; las sillas eran levantadas y movidas en el más completo silencio por los asistentes, de modo de no arrastrarlas sobre el piso de madera. Hood tuvo la sensación de que esta escena se había repetido infinitas veces a lo largo de los años, a lo largo de los siglos, siempre con la misma gente: los que tenían poder, los que querían tener poder, y aquellos que como Hood oficiaban de "amortiguadores" entre ambos.

Bebió un sorbo de agua. Se preguntó si el divorcio volvería cínicos a todos los hombres.

Chatterjee había dejado la compañía del presidente y estaba siendo guiada a su mesa. Hood se puso de pie para saludar a la nativa de Nueva Delhi. El asistente corrió la silla para que Chatterjee la ocupara. La secretaria general le agradeció y tomó asiento. Sin ignorarlo flagrantemente, la mujer de cuarenta y tres años se las ingenió para no mirarlo. Hood perdió la paciencia.

—Buenas noches, señora secretaria general —dijo.

—Buenas noches, señor Hood —replicó ella, todavía sin mirarlo.

Otras personas comenzaron a llegar a la mesa. Chatterjee dio vuelta la cara para sonreírles al secretario de Agricultura, Richard Ortiz, y a su esposa. Así, Hood se quedó mirando la nuca de la secretaria general. Superó lo espantoso del momento tomando su servilleta, colocándola sobre sus rodillas y mirando hacia otro lado.

Trató de ponerse en la posición de Chatterjee. Hacía poco tiempo que la "abogada devenida diplomática" había asumido su cargo cuando los terroristas atacaron. Chatterjee se había unido a las Naciones Unidas como una ardiente defensora de la paz y debió enfrentar a una horda de terroristas que ejecutaban diplomáticos y amenazaban con matar niños. Sus tácticas de negociación habían fracasado, y Hood la había avergonzado públicamente infiltrándose en el Consejo de Seguridad y poniendo fin a la crisis con una acción rápida y violenta. Chatterjee también se había sentido humillada por la sonora aprobación que otros miembros de las Naciones Unidas habían dado al ataque perpetrado por Hood.

Pero se suponía que ambos —la secretaria general y el propio Hood— debían dejar atrás el malestar en vez de alimentarlo con nuevos desafíos y desdenes. Chatterjee siempre había abogado por lo que se denomina el "primer paso de detente", estrategia

en la que una de las partes demuestra su confianza siendo la primera en deponer las armas o rendir su territorio.

O tal vez sólo creía en esa, estrategia, cuando intentaba, persuadir a, otros a, dar el difícil primer paso, pensó Hood.

De pronto, alguien se le acercó por la espalda y pronunció su nombre. Hood giró la cabeza y levantó la vista. Era la Primera Dama.

—Buenas noches, Paul.

Hood se puso de pie.

—Señora Lawrence. Siempre es un placer verla.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez —dijo ella, tomando la mano de Hood entre las suyas y estrechándola con fuerza—. Extraño aquellas reuniones para recolectar fondos que solíamos compartir en Los Ángeles.

—Nos divertíamos mucho, ¿no? —dijo Hood—. Hicimos un poco de historia... y espero que también hayamos hecho el bien a los más necesitados.

—Me alegra pensar que así fue —dijo la Primera Dama—. ¿Cómo está Harleigh?

—El golpe fue muy duro para ella y lo está pasando bastante mal —admitió Hood.

—Ni siquiera puedo imaginarlo —dijo la Primera Dama—. ¿Quién la está atendiendo?

—Hasta el momento sólo Liz Gordon, la psicóloga del staff del Op-Center —dijo Hood—. Liz está logrando que recobre la confianza, poco a poco. Si Dios quiere, dentro de una o dos semanas comenzarán a atenderla otros especialistas.

Megan Lawrence sonrió con ternura.

—Paul, creo que podríamos ayudarnos mutuamente. ¿Tiene tiempo para almorzar conmigo mañana?

—Claro —dijo Hood.

—Muy bien. Lo espero a las doce y treinta —la Primera Dama sonrió, dio media vuelta y regresó a su mesa.

Esto sí que es raro, pensó Hood. *Creo que podríamos ayudarnos mutuamente.* ¿Para qué podría necesitar su ayuda Megan Lawrence? Fuera lo que fuese, debía ser importante. El calendario social de la Primera Dama se preparaba con meses de anticipación. Megan seguramente tendría que cancelar algunos compromisos para entrevistarse con él.

Volvió a sentarse. El subsecretario de Estado Hal Jordán y su esposa Barri Allen-Jordan se habían unido a los comensales, junto con dos diplomáticos y sus esposas a quienes Hood no tenía el gusto de conocer. Mala Chatterjee no se molestó en presentarlos... de modo que Paul se presentó. La secretaria general continuó ignorándolo, incluso después de que el mismísimo presidente visitara la mesa para brindar con ellos y comentar en pocas palabras su esperanza en que esa cena de unidad y fraternidad sirviera para transmitir a los terroristas el mensaje de que las naciones civilizadas del mundo jamás se someterían a sus desmanes y atropellos. Mientras el fotógrafo de la Casa Blanca disparaba constantemente su flash y el camarógrafo del C-

SPAN registraba el evento desde el extremo sudoeste del enorme salón, el presidente subrayó su fe en la Organización de las Naciones Unidas anunciando oficialmente, y bajo una lluvia de aplausos, que los Estados Unidos pensaban condonar la deuda de casi dos billones de dólares del organismo internacional.

Hood sabía que la condonación de la pena de muerte tenía muy poco que ver con los terroristas. La existencia de la ONU no los asustaba y el presidente lo sabía, aun cuando Mala Chatterjee pareciera ignorarlo. El efecto que produciría la condonación de los dos billones de dólares sería sacar a los Estados Unidos del "papel del villano" en países pobres como Nepal y Liberia. Si se producía el deshielo de las relaciones económicas en los países del Tercer Mundo, el gobierno de los Estados Unidos podría convencerlos de la ventaja de solicitar préstamos... con la condición insoslayable de que compraran mercaderías, bienes, servicios e inteligencia militar norteamericanos. La estrategia se convertiría en una perpetua fuente de ganancias para las empresas norteamericanas, aun cuando otras naciones comenzaran a invertir también en esos países. Eso era lo grandioso de tener un presupuesto estatal sobreabundante y transitar un momento políticamente oportuno. Cuando ambas instancias convergían en tiempo y espacio, el gobierno podía "parecer benévolo" con los más necesitados y al mismo tiempo sumar puntos en el mercado cambiario.

Hood estaba escuchando a medias el discurso cuando el presidente dijo algo que lo obligó a abandonar sus cavilaciones.

—Por último —dijo Lawrence—, me alegra poder comunicarles que los líderes de inteligencia de nuestro país están actualmente reuniendo personal y recursos para una nueva iniciativa de vital importancia. Su intención es trabajar codo a codo con los gobiernos del mundo para garantizar que atentados como el que se perpetró contra las Naciones Unidas *no vuelvan a producirse.*

Se escucharon algunos aplausos moderados provenientes de las mesas donde había delegados de la ONU. Mala Chatterjee también aplaudió. Pero las palabras del presidente habían llamado la atención de Hood porque Hood sabía algo que, aparentemente, el presidente ignoraba.

Lo que acababa de decir no era cierto.

6

Estación Hellspot, mar Caspio Lunes, 3.01 hs.

Un Cessna U206F blanco sobrevolaba las oscuras aguas del mar Caspio, impulsado por un solo motor que rugía como la turba desaforada de un moderno circo romano. Sus únicos ocupantes eran un piloto ruso y el hombre que viajaba sentado a su lado, un inglés de complexión media y rasgos en nada destacables.

El vuelo había comenzado en la costa de Bakú. Luego del despegue el Cessna se había dirigido al nordeste y en los últimos noventa minutos había recorrido casi doscientas millas. Había sido un vuelo tranquilo y sin contratiempos. Ni el piloto ni su pasajero habían dicho palabra. Aunque el cuarentón Maurice Charles hablaba ruso —además de otros nueve idiomas—, no conocía bien al piloto y cultivaba el saludable hábito de no confiar ni siquiera en aquellas personas a quienes conocía bien. Ése era indudablemente uno de los motivos de su supervivencia como mercenario durante casi veinte años.

Cuando por fin llegaron a destino, lo único que dijo el piloto fue:

—Abajo; son las cuatro en punto.

Charles miró por la ventana. Sus ojos, de un azul claro y gélido, se clavaron en el blanco. Era hermosa. Alta, iluminada a pleno, majestuosa.

Y estaba sola.

La plataforma petrolera semisumergible se encontraba a aproximadamente ciento cincuenta pies sobre el nivel del agua, rodeada por el mar insondable. En el extremo norte de la plataforma había un helipuerto y, junto a la pequeña pista, en el extremo noroeste, una torre perforadora y una red de tanques, grúas, antenas y otros equipos en el área de procesamiento del petróleo.

La plataforma era como una dama solitaria, parada en medio de una avenida desierta bajo la luz de la calle, pasada la medianoche. Charles podía hacer con ella lo que se le antojara. Y lo haría.

Levantó la cámara que llevaba sobre las rodillas. Apretó el

botón de la funda de cuero y retiró la parte superior. La cámara era la misma reflex 35mm que había usado en su primera misión: Beirut, abril de 1983. Comenzó a tomar fotos. Una segunda cámara —la que le había quitado al operativo de la CÍA en la playa— reposaba entre sus pies en el piso de la cabina, junto a la mochila del desconocido al que había atacado. Dentro de la mochila seguramente habría números telefónicos o nombres que podrían resultarle útiles. El operativo también le resultaría útil... y por eso, sólo por eso, lo había dejado con vida.

El Cessna sobrevoló dos veces la plataforma en círculo: la primera vez a quinientos pies de altura, la segunda vez a sólo doscientos pies. Charles tomó tres rollos de fotos y luego le ordenó al piloto que abandonara el lugar. El Cessna retomó su altitud crucero de dos mil pies y viró en dirección a Bakú. Una vez allí, Charles se reuniría con la tripulación del *Rachel,* que para entonces habría arriado la bandera blanca con el nombre falso. Ellos lo habían llevado hasta el Cessna y serían sus socios en la próxima parte del plan.

Pero ése sería apenas el comienzo. En los Estados Unidos, sus empleadores tenían metas muy específicas... y el equipo que había formado Charles era experto en

alcanzar esa clase de metas. Enemistar a los países vecinos, enemistar a las naciones hermanas utilizando como único medio una ola de asesinatos y atentados terroristas. Antes de que terminaran, la región estaría bañada en sangre y fuego.

Y aunque Charles ya había ganado muchísimo dinero en el juego del terrorismo, había gastado gran parte de su malhabida riqueza comprando armas, pasaportes, medios de transporte, anonimato. Con esta misión se haría más rico de lo que jamás se había atrevido a imaginar. Y eso que tenía una imaginación fértil.

Durante sus primeros años en Liverpool, a menudo había soñado con la riqueza y fabulado cómo obtenerla. En eso pensaba cuando barría los andenes de la estación ferroviaria donde Perry, su padre, atendía la boletería. Pensaba en la riqueza cuando dormía con sus dos hermanos y su padre en el living de un departamento de dos ambientes, una pocilga que siempre olía a transpiración y a la basura del callejón vecino. Pensaba en la riqueza cuando ayudaba a su padre a entrenar a los nuevos jugadores del equipo de fútbol local. Charles, el mayor de los hermanos, sabía cómo comunicar, cómo armar una estrategia, cómo ganar. Era un líder nato. Pero su padre, su familia, sus compañeros de la clase trabajadora eran constante y cruelmente oprimidos por la clase alta. Les estaba vedado asistir a los mejores colegios, aunque pudieran pagarlos. Les estaba vedado ocupar los puestos de mayor nivel en el sistema bancario, en las comunicaciones, en la política. Hablaban con un acento vulgar que movía a risa, tenían las espaldas encorvadas y las caras curtidas por el sol y, en definitiva, nadie los tomaba en serio.

Charles creció pensando que la única válvula de escape, la única alegría de su padre era el fútbol. De muchacho también idolatraba a Los Beatles porque habían logrado emerger del pantano de la pobreza, porque habían podido "levantar cabeza"; irónicamente, ésa era la misma razón por la que su padre y muchos de sus contemporáneos odiaban a "esos jóvenes punks". Charles se había dado cuenta muy pronto de que no podría escapar de la miseria dedicándose a la música... primero, porque no tenía talento musical; segundo, porque ya lo habían hecho otros. Entonces decidió hacerlo a su manera y dejar una marca única en la historia. ¿Cómo podría haber sabido en aquel momento que encontraría su talento oculto uniéndose a los Royal Marines, 29 Commando Regiment, Royal Artillery y aprendiendo a construir y manejar explosivos? ¿Descubriendo el placer y el genio de hacer pedazos las cosas?

Poner en movimiento esa clase de acontecimientos le provocaba una sensación de gloria. Era como crear una obra de arte: un arte vivo, jadeante, poderoso, sangrante, cambiante, imposible de olvidar. En todo el mundo no había nada comparable a la estética de la destrucción. Y lo más reconfortante de todo era que la CÍA lo había ayudado sin querer al enviar a ese pobre tipo a vigilarlo. La agencia llegaría a la razonable conclusión de que el atacante furtivo de la playa no podía haber sido el Arponero. Porque nadie había sobrevivido jamás a un encuentro frente a frente con el Arponero.

Charles se acomodó en su asiento mientras el Cessna iba dejando atrás las luces de la plataforma petrolera.

Ésta, es la, belleza, de ser artista, pensó en silencio.

El derecho y el privilegio de sorprender al mundo entero.

7

Camp Springs, Maryland Lunes, 12.44 hs.

El edificio de dos pisos localizado cerca del sector de vuelo de la Reserva Naval en la Base Andrews de la Fuerza Aérea había sido un área de prueba y simulacro para los pilotos y sus tripulaciones durante toda la Guerra Fría. En caso de ataque nuclear, su trabajo habría sido evacuar a los funcionarios clave del gobierno y el Ejército y trasladarlos a un complejo seguro en las montañas Blue Ridge.

Pero el edificio color marfil, con su césped verde prolijamente cortado, no era sólo un monumento a la Guerra Fría. Los setenta y ocho empleados de jornada completa que trabajaban allí habían sido contratados por el Centro Nacional de Manejo de Crisis, conocido familiarmente como Op-Center, una agencia independiente cuya función era reunir, procesar y analizar información relativa a "puntos de crisis" en potencia, dentro del territorio norteamericano o en el extranjero. Una vez evaluada la información, el Op-Center decidía la mejor manera de "esfumarlos" preventivamente a través de medios políticos, diplomáticos, periodísticos, económicos, legales o psicológicos, o bien —luego de obtener la autorización correspondiente del Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso— se abocaba a terminar con los puntos conflictivos a través de medios militares. Para este fin, el Op-Center tenía a su disposición una fuerza táctica de ataque integrada por doce personas: el equipo Striker. Bajo el mando del coronel Brett August, el Striker tenía su base en la vecina Academia del FBI, Quantico.

Además de las oficinas de los pisos superiores, el edificio contaba con un sótano seguro en el que se alojaban los sistemas de reunión de inteligencia más sensibles y el personal. Allí trabajaban Paul Hood y sus asesores más importantes.

Allí fue Hood luego de la cena en la Casa Blanca. No se había cambiado el esmoquin, lo que le valió que el oficial naval que vigilaba la entrada murmurara un "Buen día, señor Bond" a manera de saludo. La broma le arrancó una sonrisa. Era la primera vez que sonreía en muchos días.

Las palabras del presidente habían sumido a Hood en una extraña inquietud. No podía imaginar *por qué* el presidente había dicho que los Estados Unidos ofrecerían ayuda de inteligencia a las Naciones Unidas. Si algo temían las naciones miembro era precisamente que los Estados Unidos estuvieran utilizando el organismo internacional para espiarlas.

El breve discurso del presidente norteamericano había complacido a algunas personas, especialmente a los delegados que podían convertirse en blancos potenciales de un atentado terrorista. Pero a otros les había parecido extraño. El vicepresidente Cotten parecía sorprendido, lo mismo que el secretario de Estado Dean Carr y el embajador norteamericano ante las Naciones Unidas, Don Meriwether. Y Mala Chatterjee no había disimulado su malestar ante el discurso. Tan afectada estaba por las palabras del presidente que le había preguntado a Hood si las había entendido correctamente. El le había respondido que probablemente sí. Lo que no le había dicho era que el Op-Center tendría que estar involucrado o al menos haber sido informado acerca de la perspectiva. Tal vez hubieran arreglado algo mientras él estuvo ausente, pero Hood lo dudaba. Cuando había pasado por su oficina el día anterior para ponerse al tanto de todo lo que había ocurrido durante su ausencia no había visto ni escuchado nada relativo a un emprendimiento de inteligencia multinacional.

Hood no se tomó la molestia de hablar con nadie después de la cena. Se retiró temprano y fue directamente al Op-Center, donde investigó en mayor profundidad el asunto. Era la primera vez que veía a la guardia nocturna de los fines de semana desde su regreso. Todos se alegraron de verlo, especialmente el director Nicholas Grillo. Grillo, de cincuenta y tres años, era un ex SEAL de la Marina experto en inteligencia que se había ido del Pentágono en la misma época en que Hood había ingresado al Op-Center. Grillo lo felicitó por el buen trabajo que había realizado junto al general Rodgers en Nueva York y le preguntó cómo se encontraba su hija. Hood agradeció el cumplido y respondió que Harleigh muy pronto estaría bien.

Lo primero que hizo fue acceder a los archivos del DIC, el Director de Inteligencia Central. Ese cuerpo independiente era el punto neurálgico donde convergía la información reunida por otros cuatro departamentos de inteligencia: la Agencia Central de Inteligencia (CÍA), el Op-Center, el Departamento de Defensa (que incluía las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas, la Oficina Nacional de Reconocimiento, la Agencia Nacional de Seguridad y la Agencia Nacional de Imágenes y Mapas) y el Departamento de Inteligencia (compuesto por el FBI, el Departamento de Estado, el Departamento de Energía y el Departamento del Tesoro).

Apenas ingresó en la base de datos del DIC, Hood pidió información acerca de acuerdos o iniciativas recientes con respecto a la ONU. Casi cinco mil entradas aparecieron en pantalla. Hood eliminó todas las que no incluían información de inteligencia contra las Naciones Unidas y sus miembros. La lista se redujo a veintisiete. Hood estudió rápidamente todas las entradas. La última tenía fecha de la semana anterior e incluía un informe preliminar sobre el fracaso del oficial de la CÍA que no había logrado detectar las actividades de apoyo a terroristas llevadas a cabo por Annabelle Hampton en Nueva York. La culpa recaía sobre David Battat, titular de la oficina de campo en Nueva York, y su supervisor en Washington, el subdirector Wong. Wong había recibido una advertencia por escrito que no había sido ingresada en el archivo. Battat se había hecho acreedor a una reprimenda más severa que pasó a integrar su dos-sier permanente. Battat "quedaría en remojo" durante un tiempo, haciendo lo que Bob Herbert llamaba tareas de "destapación de cloacas": trabajo sucio en la línea de fuego. La clase de trabajo que por lo general quedaba a cargo de los agentes novatos.

En los archivos no había nada acerca de una operación con las Naciones Unidas que involucrara a alguna de las catorce agencias de inteligencia. Teniendo en cuenta la nueva *detente* que el presidente estaba intentando establecer con la ONU, no era para sorprenderse que buscara una manera de ayudar al organismo internacional. Pero mencionar un deseo o una posibilidad como si se tratara de un hecho era, en el mejor de los casos, una manera de confundir la realidad.

El presidente habría necesitado la cooperación del director de por lo menos una de esas agencias solamente para realizar un *análisis* de la propuesta... y no había rastros de nada semejante en los archivos. Ni siquiera había mensajes, electrónicos o de otro tipo, que solicitaran dicho análisis. La única respuesta que se le ocurría a Hood era un trato personal entre el presidente y la CÍA, el FBI o cualquiera de los otros grupos. Pero de ser así, el interesado habría asistido a la cena en la Casa Blanca... y el único representante de la comunidad de inteligencia había sido el propio Hood. Tal vez el presidente estaba tratando de forzar las cosas, tal como lo había hecho John F. Kennedy al anunciar públicamente su deseo de que el Congreso otorgara fondos a la NASA para que el hombre llegara a la Luna. Pero la sola posibilidad de que los Estados Unidos se ocuparan de reunir inteligencia internacional era un tema por demás delicado. Cualquier presidente hubiera manifestado su reticencia a proponer una operación de amplio

espectro como ésa sin la seguridad de que era posible, seguridad que sólo podía brindarle una agencia de inteligencia.

Todo podía ser el resultado de una serie de malentendidos. Tal vez el presidente creía contar con el apoyo de la comunidad de inteligencia. Ese tipo de confusiones no era poco frecuente en el gobierno. La cuestión era qué hacer ahora que la idea había sido presentada al mundo. Las opiniones de la comunidad de inteligencia de los Estados Unidos indudablemente estarían divididas. Algunos expertos darían la bienvenida a la oportunidad de ingresar directamente a las fuentes de información de países como China, Colombia y varias ex repúblicas soviéticas a las que habitualmente tenían restringido el acceso. Otros —Hood entre ellos— temerían que, en el caso de unir fuerzas con otras naciones, éstas entregaran información falsa... información falsa que pasaría a integrar el "evangelio" de la inteligencia norteamericana con perspectivas potencialmente desastrosas. En cierta ocasión, Herbert le había comentado un episodio ocurrido en 1978, justo antes del derrocamiento del sha de Irán, cuando las fuerzas antiextremistas le entregaron a la CÍA un código utilizado por los partidarios del ayatollah Khomeini para comunicarse vía telefax. El código era correcto... en aquel entonces. En cuanto el ayatollah subió al poder, los archivos del sha fueron saqueados y los iraníes descubrieron que el código estaba en poder de los Estados Unidos. El código siguió dentro del sistema de la CÍA y fue utilizado para interceptar comunicaciones secretas. Sólo en el año 1989, cuando murió el ayatollah —mientras los comunicados secretos juraban y perjuraban que se estaba recuperando a paso acelerado—, la CÍA pudo regresar a Irán y echar un vistazo al famoso código y a la información falsa que había estado recibiendo todo el tiempo. Tuvieron que revisar diez años de información... y tirar a la basura la mayor parte.

Hood no quería ni siquiera imaginar lo que diría Teherán acerca de esta nueva red antiterrorista. *Por supuesto, nos anotamos. Y no se olviden de usar este nuevo código para monitorear a los terroristas sunnis que están trabajando en Azerbaiján.* Bien podría tratarse de un código verdadero empleado para transmisiones verdaderas... o los iraníes podrían usar transmisiones falsas para generar aun más desconfianza respecto a los sunnis. Los Estados Unidos no podrían negarse a ayudar a los iraníes porque el presidente había ofrecido hacerlo... pero tampoco podría confiar en la autenticidad del código. ¿Y qué pasaría si el código resultara ser genuino y por desconfianza lo ignoráramos?

Todo apuntaba a un desastre en potencia. Sin amilanarse,

Hood trató de contactar a Stuart Tarses para averiguar qué sabía del tema. No conocía demasiado a Tarses, pero sabía que el treintañero graduado en Harvard había sido uno de los genios del tanque de pensamiento de Lawrence y una de las piezas fundamentales para instrumentar la reelección del presidente. Tarses no había asistido a la cena en la Casa Blanca, pero no había emprendi-miento político en el que no participara.

Hood volvió al motel, durmió unas horas y regresó al Op-Center a las 5.30. Quería estar allí cuando llegara el staff.

Había hablado con la psicóloga Liz Gordon acerca de Harleigh y con el abogado Lowell Coffey acerca del divorcio, de modo que ambos sabían que había recuperado su puesto. También había hablado con el general Rodgers, quien a su vez había informado al jefe de inteligencia, Bob Herbert.

Herbert fue el primero en llegar. En 1983 había perdido a su esposa y la movilidad de sus piernas por la explosión de una bomba en la embajada norteamericana en Beirut. Pero había transformado el revés en ventaja: su silla de ruedas hecha a medida era un minicentro de comunicaciones con teléfono, fax e incluso una conexión vía satélite que lo habían convertido en uno de los recolectores y analistas de inteligencia más eficaces del mundo. Rodgers fue el segundo en entrar. Aunque el militar de cabello entrecano había desempeñado un rol clave en la finalización del sitio terrorista a las Naciones Unidas, todavía se estaba recuperando emocionalmente de las torturas sufridas a manos de los terroristas kurdos en Oriente Medio. El fuego de su mirada no era el mismo desde aquel lamentable episodio... e incluso había perdido cierta grandeza al caminar. Aunque no se había quebrado, una parte vital y orgullosa de su ser había muerto en una cueva en el valle del Bekaa.

Rodgers y Herbert se alegraron al verlo. Luego de darle la bienvenida, escucharon atentamente lo que Hood les contó sobre la cena en la Casa Blanca. Herbert quedó estupefacto al enterarse de la promesa del presidente.

—Es como si dijeran que el dirigible Goodyear va a transmitir lo que hacen las hordas de fanáticos en lugar de transmitir la Super Copa —farfulló Herbert—. Nadie puede creer algo semejante. Nadie.

—Estoy de acuerdo —dijo Hood—. Por eso tenemos que averiguar por qué el presidente dijo semejante cosa. Si tiene un plan oculto que desconocemos, tenemos que sacarlo a la superficie. Comuniqúese con los otros grupos de inteligencia y averigüelo.

—Ya mismo —dijo Herbert, y abandonó la habitación.

Rodgers le dijo a Hood que se pondría en contacto con los jefes

de inteligencia del Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea y los Marines para averiguar qué sabían ellos al respecto.

Cuando Herbert y Rodgers se retiraron, Hood recibió la visita de los únicos miembros clave del equipo que no estaban al tanto de su reincorporación: el contacto con la Interpol y el FBI, Darrell McCaskey, y la jefa de prensa, Ann Farris. McCaskey acababa de regresar de una larga estadía en Europa, donde había trabajado con sus socios de la Interpol y vivido un apasionado romance con María Corneja, una agente con la que había trabajado en España. Hood tenía una particular percepción de la gente y su instinto le decía que Darrell presentaría su renuncia en poco tiempo para regresar junto a María. Como McCaskey no había estado durante la breve ausencia de Hood, no había extrañado a su jefe.

El caso de Ann Farris era muy diferente. La bella divorciada siempre había estado cerca de Hood y había lamentado profundamente su alejamiento. Hood sabía que ella sentía algo por él, aunque nadie lo hubiera dicho. Farris, una elegante mujer de treinta y cuatro años, había aprendido a poner su mejor "cara de poker" frente a los periodistas. No existía pregunta, revelación o anuncio capaz de sobresaltarla. Pero en opinión de Hood sus enormes ojos oscuros eran más elocuentes que cualquier orador o moderador televisivo que hubiera escuchado en toda su vida. Y ahora mismo esos ojos le estaban diciendo que estaba contenta, triste y sorprendida... todo a la vez.

Ann caminó hacia el escritorio. Llevaba puesto lo que socarro-namente llamaba "su uniforme": pantalón y chaqueta negros, blusa blanca y collar de perlas. El abundante cabello cobrizo, sujeto con un par de hebillas para despejar la cara, le llegaba a los hombros. En la oficina de Hood no había un solo detalle personal. No había tenido

tiempo de poner en su lugar de siempre las fotos y los recuerdos. No obstante, después de todas las peleas con Sharon y la frialdad de su cuarto de hotel, la llegada de Ann transformó como por ensalmo la desierta oficina en un "hogar".

—Mike acaba de contarme —dijo ella.

—¿Acaba de contarte qué?

—Lo de Sharon —respondió Ann—. Lo de tu regreso. ¿Estás bien, Paul?

—Estoy un poco golpeado, pero me repondré.

Ann se detuvo frente al escritorio. *¿Sólo han pasado diez días desde que estuvo allí mismo, parada en ese preciso lugar, mientras yo empacaba, mis cosas?* pensó Hood. Parecía que hubiera pasado mucho más tiempo. ¿Por qué el dolor prolongaba el tiempo y la felicidad parecía acortarlo?

—¿Qué puedo hacer, Paul? —preguntó Ann—. ¿Cómo están Sharon y los chicos?

—Todos estamos tratando de capear el temporal. Liz está ayudando a Harleigh, Sharon y yo nos comportamos de manera civilizada, y Alexander es Alexander. Él está bien. —Hood pasó los dedos entre su abundante cabello negro—. En cuanto a lo que puedes hacer... acabo de darme cuenta de que tendremos que dar una conferencia de prensa sobre mi retorno.

—Lo sé —Ann esbozó una sonrisa—. Hubiera sido *muy conveniente* que me avisaras un rato antes.

—Lo siento —se disculpó Hood.

—No te preocupes —respondió Ann—. Tenías otras cosas en la cabeza. Escribiré algo y te lo mostraré.

Ann lo miró a los ojos. Su largo cabello cobrizo era el marco perfecto para sus rasgos angulosos. Hood siempre había sentido la tensión sexual latente entre ambos. Diablos, pensó. Todos los que los conocían la sentían. Bob Herbert y Lowell Coffey no paraban de hacerle bromas al respecto. La decisión de Hood de no dar rienda suelta a esa tensión siempre había mantenido a Ann a distancia. Pero estaba empezando a sentir que la distancia se acortaba.

—Sé que tienes mucho que hacer —dijo Farris—, pero quiero que sepas que estoy aquí... para lo que necesites. Si necesitas hablar o no quieres estar solo, no seas tímido. Hace años que nos conocemos.

—Gracias —musitó Hood.

Ann lo miró largamente.

—Lamento lo que están pasando tú y tu familia, Paul. Pero has hecho un maravilloso trabajo aquí y me alegra que hayas vuelto.

—Es bueno estar de regreso —admitió Hood—. Creo que eso era lo más frustrante de todo.

—¿Qué cosa? —preguntó Ann.

—No poder terminar el trabajo que había comenzado —respondió Paul—. Puede sonar cursi, pero el trabajo en equipo de hombres y mujeres excepcionales sentó las bases de esta nación. Y el Op-Center es parte de esa tradición. Aquí tenemos un gran

equipo que hace un importante trabajo... y realmente odié abandonar este barco en su mejor momento.

Ann no le sacaba los ojos de encima. Parecía querer decir algo más, pero no lo hizo. Se alejó del escritorio.

—Bueno, tengo que ponerme a trabajar en el comunicado de prensa —murmuró—. ¿Quieres que diga algo acerca de tu situación con Sharon?

—No —dijo Hood—. Si alguien pregunta, respóndele la verdad. Si nadie pregunta, diles simplemente que cambié de opinión.

—Eso hará que parezcas un tipo voluble —le advirtió ella.

—La opinión del *Washington Post* no afectará en nada mi desempeño laboral —retrucó Hood.

—Tal vez no en este momento —insistió Ann—. Pero podría afectarte si decidieras postularte nuevamente para la función pública.

Hood la miró admirado.

—Diste en el blanco —admitió.

—¿Por qué no les decimos que el presidente te pidió que regresaras? —propuso Ann.

—Porque no lo hizo —dijo Hood.

—Tuviste una reunión privada con él cuando regresaste de Nueva York —dijo ella—. El presidente no negará haberte pedido que regresaras a tu puesto en el Op-Center. Sería una muestra de lealtad de su parte. Y todo el mundo sale beneficiado.

—Pero no es cierto —insistió Hood.

—Entonces lo diremos de este modo —dijo Ann—. Después de tu reunión con el presidente decidiste reconsiderar tu renuncia. Eso sí es cierto.

—Estás decidida a meter al presidente en este asunto.

—En todos los asuntos —dijo Ann—. La sola mención del presidente le da peso a la información.

—¿Peso? —la interrumpió Hood—. Querrás decir sustento.

—¿Perdón?

—Nick Grillo acaba de decirme que la palabrita de moda es "sustento".

—A decir verdad, tu información no es del todo correcta —se burló Ann—. "Peso" es cuando alguien tiene credibilidad. "Sustento" es cuando alguien tiene influencia. Como verás, hay cierta diferencia entre ambos conceptos.

—Ya veo —suspiró Hood. Intercambiaron una sonrisa cómplice... pero él miró hacia otro lado—. Será mejor que me ponga a trabajar —dijo—. Tengo millones de cosas que hacer.

—No lo dudo —dijo Ann—. Te mandaré por correo electrónico una copia del comunicado de prensa antes de enviarlo.

—Gracias nuevamente —dijo Hood—. Por todo.

—De nada —Ann vaciló un instante. Miró a Hood a los ojos y se fue.

Hood clavó la mirada en el monitor de la computadora. No quería verla irse. Ann Farris era una mujer bella, inteligente, extremadamente sensual. Hacía cinco años que se conocían... y hacía cinco años que se seducían uno al otro, aunque ella lo hacía más abiertamente que él. Ahora que estaba a punto de divorciarse le resultaba inquietante continuar el juego de la seducción. Ya no había nadie que se interpusiera entre ellos. La seducción había dejado de ser un juego.

Pero no tenía tiempo para pensar en eso ahora. Tenía muchísimo que hacer. Debía revisar los reportes diarios que había recibido Mike Rodgers la semana anterior... reportes que incluían información de inteligencia de todo el mundo y datos sobre las operaciones encubiertas que se estaban llevando a cabo. También tendría que analizar los informes del resto del staff y echar un vistazo al plan de actividades de la semana entrante antes de ir a almorzar con la Primera Dama. Vio que Rodgers iba a entrevistar a los posibles candidatos para reemplazar a Martha Mackall, la mediadora política que había sido asesinada en España, y también a los candidatos para el nuevo puesto de asesor financiero. Debido a los crecientes y múltiples vínculos financieros entre las naciones —Lowell Coffey había bautizado "megallizos" al singular fenómeno—, la política se estaba volviendo un costado problemático de la fuerza que verdaderamente movía al mundo.

Hood decidió dejar que Mike contratara a los nuevos integrantes del Op-Center. No solamente porque Rodgers había iniciado el proceso de selección sino porque Hood estaría muy ocupado resolviendo el resto de las cosas. Pero, más allá de todo lo que estaba ocurriendo, algo era indudablemente cierto.

Paul Hood amaba ese trabajo, ese lugar.

Era bueno estar de regreso.

8

Bakú, Azerbayán Lunes, 18.00 hs.

Azerbaiján es una nación en proceso de fusión y derretimiento.

Debido al conflicto político en la región de Nagorno-Karabaj, el veinte por ciento del país —principalmente en el sudoeste, a lo largo de las fronteras con Armenia e Irán— está ocupado por fuerzas rebeldes. Aunque desde 1994 se ha observado el cese del fuego, suelen producirse tiroteos casi a diario. En su fuero íntimo, los diplomáticos temen que la autoproclamada república de Nagorno-Karabaj se convierta en el nuevo Kosovo. En Bakú y otras ciudades estallan protestas, a menudo violentas, sin previo aviso. Algunas de ellas pertenecen al ámbito político... otras a la inquietud general que domina al país. Desde el colapso de la Unión Soviética, la región ha padecido una extrema escasez de artículos de consumo masivo, entre ellos medicamentos, productos agrícolas y tecnología de punta. El dinero en efectivo —preferentemente dólares estadounidenses— es la única forma de intercambio reconocida en la mayor parte del país, incluyendo la ciudad capital.

Los Estados Unidos se las han ingeniado para apoyar abiertamente al gobierno legítimo de Azerbaiján, sin ofender a las poderosas fuerzas insurgentes. El gobierno norteamericano otorga con regularidad diversos préstamos a Bakú y vende mercaderías sin intermediarios al "pueblo": es decir, primordialmente a los rebeldes. En caso de que se produzca una revuelta generalizada, el coloso del Norte quiere mantener abiertas las vías de comunicación con ambos bandos.

Mantener ese delicado equilibrio es la tarea principal de la pequeña embajada norteamericana. Desde marzo de 1993, los quince empleados y los diez marines allí destinados operan desde un edificio de piedra ubicado en el número 83 de la calle Azadlig. En la parte de atrás de ese edificio, en una sala sin ventanas, funciona el Departamento del Servicio de Noticias. A diferencia del minúsculo Departamento de Prensa —cuya función es emitir comunicados y organizar entrevistas y sesiones fotográficas con diputados, senadores y otros funcionarios del gobierno norteamericano—, oficialmente, la tarea del DSN es reunir las noticias de toda Rusia y archivarlas para posteriores consultas.

Oficialmente.

En realidad, el DSN está compuesto por un par de operativos de la CÍA que reúnen inteligencia proveniente de todo el país. La mayor parte de la información es recolectada por el sistema de vigilancia electrónica, conducido vía satélite desde la oficina y también desde combis en circulación constante. Parte de la información es proporcionada por personas a las que se les paga por vigilar, escuchar y fotografiar a los funcionarios del gobierno... a veces en situaciones comprometedoras. A veces, algunas de esas situaciones son previamente "arregladas" por el propio DSN.

Como estaba herido, David Battat no intentó regresar a Moscú. En cambio, prefirió ir caminando a la embajada. Una vez allí lo llevaron a ver a la embajadora adjunta Dorothy Williamson, quien inmediatamente llamó al primer investigador Tom Moore. Williamson era una mujerona de cabello negro rizado. Battat supuso que debía orillar los cuarenta años. Moore era un gigante flacucho de treinta y pocos años, de cara alargada y desvaída y expresión lúgubre. Battat pensó que, de haber sido destinado a Bakú, su expresión sería igualmente sombría.

El asistente de Williamson era un joven bastante despierto llamado Ron Friday. Fue el único que le sonrió amistosamente a Battat. Y el magullado agente apreció su gesto.

Mientras Battat informaba rápidamente a Moore acerca de lo ocurrido, Williamson llamó al médico de los marines para que revisara sus heridas. Battat tenía la garganta inflamada y había rastros de sangre en su saliva, aunque el daño general aparentemente no era grave. Cuando el médico terminó de revisarlo, Battat fue conducido al salón del DSN. Lo dejaron solo para que llamara a Moscú. Habló con Pat Thomas, el subdirector de Información Pública de la embajada. Thomas también trabajaba como director de campo OTR —Off The Record— para la CÍA. Eso quería decir que no estaba registrado en los cuarteles generales de la agencia. Sus informes eran enviados directamente a Washington por valija diplomática.

Thomas no recibió bien la noticia. Si Battat hubiera podido identificar al Arponero, Thomas se habría convertido en un héroe. Pero como no era el caso, tendría que explicarles a su par en Bakú y a su superior en Washington cómo se las había ingeniado para echar a perder la relativamente simple tarea de vigilancia.

Thomas anunció que interrogaría a Battat cuando regresara a Moscú. Alguien trajo comida. Battat comió aunque había dejado el apetito en la playa... junto con su autoestima, toda su energía, su misión y su carrera. Luego se sentó a descansar en una silla hasta que Williamson y Moore regresaron para mantener con él una segunda y más exhaustiva conversación. Moore tenía una mueca maliciosa. El proceso iba a ser doloroso, evidentemente.

Los sistemas acústicos de las paredes hacían que las voces sonaran como estática en los sistemas de espionaje auditivo que los azerbaijanos habían colocado estratégicamente en los edificios vecinos.

Battat les dijo que en Moscú sospechaban que el Arponero estaba en Bakú y por eso lo habían enviado a tratar de identificarlo. La noticia no obtuvo la aprobación del primer investigador.

—Es obvio que el oficial de campo de Moscú no creyó que fuera necesario involucrarnos en esta operación —se quejó Moore—. ¿Podría decirme por qué motivo?

—Temían que nuestro blanco tuviera gente vigilando la embajada —dijo Battat.

—No tenemos a todo el personal *en* la embajada —señaló Moore—. Como sabrá, tenemos recursos externos.

—Comprendo —dijo Battat—. Pero, en opinión de Moscú... cuanta menos gente estuviera en la mira, más posibilidades tendríamos de sorprender al blanco.

—Estrategia que obviamente no funcionó, ¿no le parece? —se burló Moore.

—No funcionó.

—El que lo atacó obviamente sabía que usted estaría allí.

—Aparentemente sí... aunque no entiendo cómo —dijo Battat—. Me había escondido bien y no tenía nada que transmitiera pulso electrónico. La cámara era digital. No tenía flash, ni cristal delantero para reflejar la luz, ni partes móviles que hicieran ruido.

—¿Podría ser que el Arponero o su gente hubieran hecho un barrido de la playa? —preguntó la embajadora adjunta.

—Eso era lo que estaba observando —dijo Battat—. Fui temprano al lugar, que habíamos seleccionado anticipadamente vía satélite. Lo elegimos especialmente, de modo tal que yo pudiera ver y escuchar el ir y venir de la gente.

—¿Entonces por qué no vio ni escuchó llegar al maldito atacante? —preguntó Moore, no sin sorna.

—Porque me atacó justo cuando empezaba a pasar algo en la embarcación que estaba vigilando —dijo Battat—. Alguien subió a cubierta y encendió una radio. La distracción perfecta.

—Lo cual indica que alguien sabía que usted estaba en ese lugar, señor Battat —dijo Moore.

—Probablemente.

—Posiblemente lo sabía incluso antes de que usted llegara allí —prosiguió Moore.

—No veo cómo, pero no puedo negar la posibilidad —admitió Battat.

—Sin embargo, lo que realmente querría saber es si su atacante fue o no el Arponero —insistió Moore.

—¿A qué se refiere? —preguntó la embajadora adjunta.

—El Arponero ha sido el terrorista más temido del mundo en las últimas dos décadas —le explicó Moore—. Sabemos que ha dirigido o participado personalmente en por lo menos quince atentados terroristas... y probablemente en muchos más que hasta el momento desconocemos. Ha eludido incontables intentos de atraparlo gracias, en gran parte, a su capacidad de movilidad perpetua. No tiene domicilio permanente, contrata en el momento a la gente que necesita, y raramente usa a las mismas personas más de una vez. Sólo conocemos su aspecto físico porque uno de sus proveedores de armas nos entregó una foto suya. El cadáver del sujeto fue hallado unos meses después en un velero, abierto del mentón al bajo vientre con un cuchillo para destripar pescados... Y eso ocurrió *después* de que nosotros lo habíamos reubicado y le habíamos dado una nueva identidad.

—Ya veo —dijo la embajadora adjunta.

—Dejó el cuchillo en el lugar del hecho —prosiguió Moore—. Siempre deja el arma que utilizó en el lugar del hecho, desde rifles arpones hasta estribos de bolina.

—Cosas relacionadas con el mar —acotó Williamson.

—Casi siempre —dijo Moore—. Sospechamos que estuvo en la armada de algún país... lo que parece bastante obvio. De todos modos, no hemos podido seguirle el rastro. Como sea... en todo este tiempo el Arponero jamás dejó un testigo con vida. Lo cual significa que no fue el Arponero quien atacó al señor Battat... o bien que el Arponero lo quiere vivo.

La embajadora adjunta miró de soslayo a Battat.

—¿Por qué motivo lo querría vivo? —preguntó.

—No se me ocurre ninguno —admitió Battat.

Los tres se quedaron callados un instante. El único sonido era el zumbido de la ventilación.

—Señor Battat, la presencia de un hombre como el Arponero en esta región podría tener terribles consecuencias para todos nosotros —resopló la embajadora adjunta.

—¡Otra razón por la que deberían habernos informado de sus intenciones! —estalló Moore—. Demonios, nosotros *sabemos* quiénes son los agentes encubiertos que nos vigilan... y hace tiempo que no los vemos por aquí. Están demasiado ocupados tratando de encontrar a un espía ruso que escapó de la cárcel hace dos días.

—Una vez más, lo lamento —dijo Battat.

—¿Le importaría quedarse en Bakú mientras tratamos de discernir lo que está ocurriendo? —preguntó la embajadora adjunta.

—En absoluto —dijo Battat—. Quiero colaborar.

—Ojalá no sea demasiado tarde —masculló el irascible Moore.

Los tres se pusieron de pie.

—¿Qué pasó con el *Rachel?* —quiso saber Battat.

—Envié un avión pequeño a buscarlo —respondió Moore—. Pero nos llevan varias horas de ventaja y sólo Dios sabe qué dirección habrán tomado. Decididamente, no soy optimista al respecto.

—¿No puede rastrear el nombre? —preguntó Battat—. ¿No existe un registro local de embarcaciones?

—Existe —resopló Moore— ...y el *Rachel* no figura en él. Estamos chequeando los registros de Dagestán, Kalmyk y otras repúblicas del Caspio, pero estoy seguro de que es un nombre falso.

Moore condujo a Battat a un pequeño cuarto de huéspedes en el segundo piso del edificio. Había un catre en un rincón y Battat se acostó a pensar un poco. La embarcación, la música que escuchaban, el breve instante en que pudo ver al hombre en la cubierta... Repitió mentalmente los sonidos y las imágenes, una y otra vez, hasta el cansancio, en busca de más información. En busca de algo que le dijera quiénes eran los tripulantes del *Rachel,* cómo estaban vestidos, o de dónde podían venir. En las sesiones de IS —Informe Subconsciente—, entrevistadores capacitados guiaban a los agentes a través de experiencias que los ayudaban a recordar los detalles perdidos. Los entrevistadores les preguntaban por el color del cielo, el aspecto del agua, la fuerza del viento y los olores que la brisa llevaba. Una vez que el agente volvía a estar inmerso en la escena, el entrevistador lo orientaba, le pedía que describiera marcas o detalles distintivos en el casco de la embarcación, que le dijera si había banderas en el mástil o la proa o si se escuchaban sonidos provenientes de la cubierta o los camarotes. A Battat siempre lo había sorprendido la cantidad de información almacenada por el cerebro a la que la conciencia humana no tenía acceso inmediato.

Aunque cerró los ojos y respiró lenta y profundamente y repasó la lista de chequeo IS, no pudo recordar nada que lo acercara a los tripulantes del yate ni al momento en que apareció su atacante. Ni siquiera podía recordar la sensación de la tela que cubría el brazo que intentó asfixiarlo o el olor del hombre que lo había atacado. No podía recordar si la mejilla del desconocido lo había rozado... y por lo tanto no sabía si tenía barba o estaba afeitado. Battat se había concentrado exclusivamente en tratar de sobrevivir.

Mantuvo los ojos cerrados. Dejó de mirar el pasado y contempló el porvenir. Se quedaría en Bakú, pero no sólo porque la embajadora adjunta se lo había pedido. Hasta que no descubriera a sus atacantes, su confianza en sí mismo estaría quebrada y su propia vida no le pertenecería a él... sino a ellos.

Tal vez precisamente por eso lo habían dejado vivo, pensó Battat con un escalofrío.

9

Washington, D.C. Lunes, 11.55 hs.

A Hood siempre lo había sorprendido lo diferente que era Washington durante el día. Por la noche, las blancas fachadas históricas eran iluminadas a pleno y parecían erguirse solitarias, envueltas en un halo de esplendor olímpico. Durante el día, situadas en medio de los modernos edificios de oficinas, los puestos de los vendedores ambulantes y los brillantes carteles de los restaurantes, y bajo el ruidoso y omnipresente tráfico aéreo y las barricadas de seguridad hechas de concreto y acero, los "hitos históricos" casi parecían antiguos en vez de atemporales.

No obstante, ambas percepciones eran suscitadas por la misma ciudad: Washington. Representaban la vieja y cada vez más monolítica burocracia que era necesario transitar y, al mismo tiempo, una visión de grandeza que era imposible ignorar o despreciar.

Hood estacionó en la Elipse, cruzó E Street y caminó hasta la Entrada Este. Ingresó por la puerta de hierro y, luego de pasar el riguroso examen del detector de metales, esperó a uno de los asistentes de la Primera Dama en el ala este.

Entre todos los edificios importantes de Washington, Hood siempre había preferido el Capitolio. Primero, porque era el emblema de "las entrañas" del gobierno, el lugar donde el Congreso ponía la visión del presidente sobre ruedas. Con frecuencia eran ruedas cuadradas o de distintos tamaños, pero era imposible mover algo sin ellas. Segundo, porque el edificio era en sí mismo un inmenso museo de arte e historia, rebosante de tesoros donde el visitante posara los ojos. Allí... una placa señalaba el lugar donde había estado el escritorio del congresal Abraham Lincoln. Más allá se erguía una estatua del general Lew Wallace, antaño gobernador del territorio de Nuevo México y autor de *Ben Hur.* Más allá todavía... un cartel indicaba el estado de la búsqueda de la piedra fundamental del edificio, colocada más de doscientos años atrás en una ceremonia sencilla y accidentalmente enterrada y perdida durante las numerosas modificaciones que debió soportar la construcción original.

La Casa Blanca no era tan imponente como el Capitolio. Si bien su estructura era mucho más pequeña, sus jardines y columnas, sus salones y sus ángulos familiares estaban entrelazados en la memoria colectiva de los norteamericanos con las imágenes de los grandes líderes capaces de hacer grandes cosas... o, a veces, cosas infames y muy humanas. Siempre sería el corazón simbólico de los Estados Unidos.

El joven asistente de la Primera Dama se acercó a recibirlo. Lo condujo hasta el ascensor que llevaba al tercer piso. No dejaba de sorprenderlo que la Primera Dama quisiera verlo en el tercer piso. Megan Lawrence tenía una oficina en el primer piso y cultivaba la sana costumbre de recibir allí a quienes la visitaban.

Hood fue amablemente guiado a la sala de estar de la Primera Dama, adyacente al dormitorio presidencial. Era una habitación pequeña cuya puerta principal daba al pasillo. La otra puerta, supuso Hood, debía dar al dormitorio. Contra la pared opuesta había un canapé dorado, enmarcado por dos sillas al tono. Entre las sillas se destacaba una elegante mesa ratona. En el otro extremo de la habitación había un elegante secretaire con una laptop. La alfombra persa era blanca, roja y dorada; las cortinas, blancas y cerradas. Una lámpara pequeña arrojaba brillantes dardos luz sobre las paredes.

Hood contempló los dos retratos que las adornaban. Uno era el de Alice Roosevelt, hija de Theodore. El otro era una pintura de Hannah Simpson, madre de Ulysses S. Grant. Justo cuando comenzaba a preguntarse por qué estarían allí esos dos cuadros, la Primera Dama hizo su aparición. Vestía pantalones beige y sweater al tono. Su asistente cerró la puerta y los dejó solos.

—Nancy Reagan los encontró en el sótano —dijo Megan.

—¿Perdón?

—Los retratos —dijo ella—. Los encontró ella misma, en persona. Detestaba la idea de que dejaran a las mujeres juntando polvo en el sótano.

Hood sonrió. Luego de un abrazo formal, Megan lo invitó a sentarse en el canapé.

—El sótano está lleno de cosas maravillosas —prosiguió—. Muebles, libros, documentos, *cosas* tales como la pizarra para escribir de Tad Lincoln y un diario íntimo que perteneció a Florence Harding.

—Creía que la mayor parte de esos recuerdos estaba a salvo en el Smithsonian —acotó Hood.

—La mayoría lo está. Pero muchos objetos familiares siguen en este lugar. La gente se ha dejado obnubilar por los escándalos de los últimos años —dijo Megan con un suspiro—. Olvidan que la Casa Blanca fue y sigue siendo un hogar. Aquí nacieron y se criaron muchos niños, aquí se festejaron bodas, cumpleaños y Navidades.

Llegó el café. Megan dejó de hablar mientras lo servían. Hood la observó atentamente mientras el camarero de la Casa Blanca acomodaba con elegancia la vajilla de plata y servía la primera taza... para luego retirarse tan silenciosa y discretamente como había llegado.

La pasión que embargaba la voz de Megan era exactamente la misma que Hood recordaba. Jamás hacía nada que no le importara profundamente, ya fuera arengar a una multitud, pedir más presupuesto para educación o hablar de la Casa Blanca con un viejo amigo. Pero había algo en su expresión... algo que Hood jamás había visto antes. El antiguo entusiasmo había desaparecido de sus ojos. Ahora tenía una mirada asustada. Confundida.

Hood levantó su taza, bebió un sorbo de café y miró a Megan.

—Le agradezco que haya venido a verme —dijo la Primera Dama. Había apoyado el pocilio y el plato en su regazo y tenía la vista baja—. Sé que está muy ocupado y que tiene problemas personales. Pero esto no se trata exclusivamente de mí o del presidente, Paul —lo miró a los ojos—. Se trata de la nación.

—¿Qué pasa? —preguntó Hood.

Megan suspiró profundamente.

—Hace ya varios días que mi esposo se comporta de manera muy extraña.

Megan se quedó callada. Hood no la instó a seguir hablando. Esperó a que bebiera otro sorbo de café.

—Hace más de una semana que está como... distraído —prosiguió Megan—. Ni siquiera ha preguntado por nuestro nieto, cosa que en él es completamente inusual. Dice

que son cosas del trabajo, y tal vez lo sean. Pero ayer pasó algo muy raro —miró a Hood a los ojos—. Esto debe quedar entre nosotros.

—Por supuesto.

La Primera Dama respiró hondo para darse ánimo.

—Antes de la cena de anoche lo encontré sentado en su vestidor. Se estaba haciendo tarde. No se había duchado ni vestido. Estaba mirándose al espejo, con la cara enrojecida como si hubiera llorado. Cuando le pregunté qué le pasaba, me dijo que había estado haciendo ejercicios. Me dijo que tenía los ojos inyectados en sangre porque no había dormido bien últimamente. No le creí... pero tampoco me pareció prudente insistir. Luego, en la reunión previa a la cena, parecía un flan. Sonreía y trataba de ser amable, pero no tenía el menor entusiasmo. Estaba literalmente desinflado. Hasta que recibió un llamado telefónico. Lo atendió en su oficina y volvió dos minutos después. Era otro hombre. Extrovertido y lleno de confianza en sí mismo.

—Así lo vi yo durante la cena —dijo Hood—. Cuando dice que el presidente "parecía un flan"... ¿a qué se refiere exactamente?

Megan lo pensó un momento.

—¿Ha notado cuando la gente queda verdaderamente agotada, exhausta, luego de viajar en avión? —preguntó—. ¿Ha visto que tienen los ojos vidriosos y que reaccionan tardíamente a todo lo que se les dice?

Hood asintió.

—Así estaba él hasta que recibió esa llamada —dijo Megan.

—¿Usted sabe *quién* llamó? —preguntó Hood.

—El presidente me dijo que era Jack Fenwick.

Fenwick era un hombre silencioso y sumamente eficaz que había sido director de presupuesto durante el primer período presidencial de Lawrence. También había formado parte del tanque de pensamiento "American Sense", lo que le había permitido incorporar temas de inteligencia a su repertorio. Cuando el presidente fue reelecto, Fenwick fue nombrado director de la Agencia Nacional de Seguridad, una división independiente de inteligencia dentro del Departamento de Defensa. A diferencia de otras divisiones de inteligencia militar, la ANS contaba entre sus múltiples funciones la de brindar apoyo a actividades del Poder Ejecutivo "no relacionadas con Defensa".

—¿Qué le dijo Fenwick al presidente? —inquirió Hood.

—Que todas las piezas estaban en su lugar —respondió Megan—. Eso fue todo lo que dijo.

—¿Tiene idea de a qué o a quién se estaba refiriendo?

Megan negó con la cabeza.

—El señor Fenwick partió esta mañana rumbo a Nueva York, y cuando le pregunté a su asistente el motivo del llamado telefónico... ella me dio una respuesta bastante inquietante. Me preguntó: "¿Cuál llamado?"

—¿Chequeó los mensajes recibidos?

Megan asintió.

—El único llamado que entró por esa línea a esa hora provino del hotel Hay-Adams.

El antiguo y elegante hotel estaba situado al otro lado de Lafayette Park, literalmente "en la vereda de enfrente" de la Casa Blanca.

—Uno de mis asistentes visitó el hotel esta mañana por pedido mío —prosiguió Megan—. Averiguó todos los nombres del personal nocturno, fue a sus casas y les mostró fotos de Fenwick. Ninguno de ellos lo había visto.

—Podría haber entrado por la puerta de atrás —dijo Hood—. ¿Revisó el registro de entradas y salidas del hotel?

—Sí —respondió Megan—. Pero eso no tiene ninguna importancia. Cualquiera puede tener varias identidades falsas. Los congresales suelen utilizar ese hotel para reuniones privadas.

Hood sabía que Megan no se estaba refiriendo únicamente a reuniones de carácter político.

—Pero eso no es todo —prosiguió Megan—. Cuando bajamos al Salón Azul, Michael vio a la senadora Fox y fue directamente a hablar con ella. La señora Fox parecía muy sorprendida y le preguntó *por qué* le estaba dando las gracias. Michael respondió: "Por financiar la iniciativa". Me di cuenta de que la senadora no sabía de qué le estaba hablando mi esposo.

Hood asintió. Eso explicaba la confusión que él mismo había advertido en la senadora Fox. Las cosas se estaban poniendo poco a poco en su lugar. La senadora Fox era miembro del Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso. Si se había aprobado alguna operación de inteligencia, ella debía estar al tanto. Pero aparentemente se había sorprendido tanto como el propio Hood al enterarse de la decisión presidencial de compartir inteligencia a nivel internacional. No obstante, el presidente suponía —o alguien se lo había dicho, posiblemente Jack Fenwick— que la senadora había ayudado al éxito de la propuesta.

—¿Cómo estuvo el presidente después de la cena? —preguntó Hood.

—Eso es lo peor de todo, a decir verdad —se lamentó Megan. Estaba empezando a perder la compostura. Dejó la taza de café a un costado y Hood la imitó. Se acercó un poco a ella para lograr una sensación de mayor confianza e intimidad—. Cuando estábamos a punto de meternos en la cama Michael recibió un llamado de Kirk Pike.

Pike, ex jefe de inteligencia naval, era el nuevo director de la CÍA.

—Atendió el llamado en el dormitorio —prosiguió Megan—. La conversación fue breve y cuando Michael colgó... se quedó sentado en la cama, mirando el vacío. Parecía desconcertado.

—¿Qué le dijo Pike?

—No lo sé —admitió Megan—. No quiso decírmelo. Pero no creo que haya pegado un ojo en toda la noche. Cuando me desperté esta mañana ya se había ido y ha estado reunido con gente todo el día. Generalmente hablamos alrededor de las once, aunque sea para saludarnos... pero el día de hoy ha sido la excepción a nuestra regla de oro.

—¿Le ha comentado sus preocupaciones al médico del presidente? —preguntó Hood.

Megan hizo un gesto negativo.

—Si el doctor Smith no encuentra nada malo en la salud física de Michael, probablemente le recomendará una consulta con el doctor Benn.

—El psiquiatra de Walter Reed —dijo Hood.

—Correcto —dijo Megan—. Ambos trabajan a la par. Paul, usted sabe lo que pasaría si el presidente de los Estados Unidos fuera a consultar a un psiquiatra. Aunque intentáramos mantenerlo en secreto, el riesgo es demasiado alto.

—El riesgo es todavía más alto si el presidente no se encuentra bien —la alertó Hood.

—Lo sé —admitió Megan—, y precisamente por eso quería hablar con usted. Paul... están pasando muchas cosas que no tienen sentido. Si mi marido estuviera desestabilizado emocionalmente yo sería la primera en instarlo a consultar a un psiquiatra... y al diablo con el descrédito político. Pero antes de pedirle a Michael que se someta a eso me gustaría saber si está pasando algo más... algo que desconocemos.

—Fugas en el sistema de comunicaciones o un hacker que busca divertirse —dijo Hood—. Tal vez más espías chinos.

—Sí —dijo Megan—. Exactamente.

Vio que la Primera Dama se relajaba al escuchar sus palabras. Si era algo "de afuera"... evidentemente podría solucionarse sin lastimar ni perjudicar al presidente.

—Veré qué puedo averiguar —prometió Hood.

—Con la mayor discreción —advirtió Megan—. Por favor, no quiero que esto se sepa.

—No se sabrá —le aseguró Hood—. Mientras tanto, intente hablar con Michael. Trate de que se abra un poco. Cualquier información, cualquier otro nombre, además de los que ya me dio, sería de gran ayuda en este momento.

—Lo haré —dijo Megan, esbozando una sonrisa—. Sólo puedo confiar en usted, Paul. Gracias por estar aquí.

Hood le devolvió la sonrisa.

—Usted me está brindando la posibilidad de ayudar a una vieja amiga y a mi país. Pocas personas tienen oportunidades como ésta.

Megan se puso de pie. Hood hizo otro tanto y sellaron el trato con un cálido apretón de manos.

—Sé que usted tampoco está pasando por un buen momento —dijo la Primera Dama—. Si necesita algo, por favor no dude en hacérmelo saber.

—Así lo haré —prometió Hood.

Megan Lawrence salió de la habitación y su asistente acompañó a Hood hasta la puerta.

10

Bakú, Azerbayán Lunes, 21.21 hs.

Pat Thomas experimentó dos milagros en un solo día.

Primero, el Aeroflot TU-154 que debía salir de Moscú a las 18.00 horas despegó puntualmente. Con la posible excepción de Uganda Royal Airways, Aeroflot era la compañía aérea más impuntual en la que había viajado en su vida. Segundo, el avión aterrizó en Bakú a las 20.45 hs... cinco minutos antes de lo previsto. Durante sus cinco años de servicio en la embajada norteamericana en Moscú, Thomas jamás había experimentado ninguno de esos dos notables acontecimientos. Más aún, a pesar de que el avión estaba casi lleno, la aerolínea no había hecho reservas dobles o triples de pasajes como era costumbre.

Thomas, un hombre alto y delgado de cuarenta y dos años, era subdirector de Información Pública de la embajada. La actividad real de un SIP era la de espía: un investigador privado con pasaporte diplomático. Los rusos lo sabían, por supuesto, y por ese motivo Thomas era seguido constantemente por uno o dos agentes de esa nacionalidad. Estaba seguro de que alguien lo estaría esperando en Bakú. Técnicamente, la KGB había sido desmantelada. Pero el personal y la infraestructura de la agencia de inteligencia seguían tan vigentes y en uso como el Servicio Federal de Seguridad y otros "servicios".

Thomas llevaba puesto un traje gris de invierno que lo mantendría caliente a pesar de la corriente de aire frío proveniente de la bahía de Bakú. Sabía que necesitaría algo más que un fuerte café georgiano o un todavía más fuerte cognac ruso para calentarse luego de la recepción que esperaba recibir en la embajada. Desafortunadamente, el trabajo de espía implicaba guardar el secreto incluso ante los del mismo bando. Era de esperar que ladraran un poco... a lo que Thomas respondería con una actitud contrita... y luego cada uno volvería a lo suyo. Como si nada hubiera pasado.

Vio que lo estaba esperando un vehículo de la embajada. Thomas no se apresuró a arrojar su única valija en el baúl abierto.

No quería que ningún agente ruso o azerbaijano pensara que estaba apurado. Se detuvo para meterse un caramelo en la boca, estiró un poco las piernas, se desperezó ostensiblemente y luego, como quien no quiere la cosa, entró en el automóvil. Parecer aburrido. Aburrir al prójimo. Ésa era la clave cuando uno sospechaba que lo estaban vigilando. De ese modo, si había que apretar repentinamente el acelerador, habría grandes posibilidades de sorprender y dejar en el camino a los perseguidores.

El trayecto entre el Aeropuerto Internacional de Bakú y el área de la bahía donde estaban las embajadas y el distrito comercial era de treinta minutos. Thomas nunca había pasado más de dos días seguidos allí, aunque no le faltaban ganas de hacerlo. Había visitado los bazares locales, el templo de los Adoradores del Fuego, el Museo Estatal de Alfombras —un museo con semejante nombre merecía ser visitado— y el edificio más famoso de la ciudad: la Torre de la Doncella. Ubicada en la histórica Ciudad Vieja y con por lo menos dos mil años de antigüedad, la torre de ocho pisos había sido construida por una joven que quería encerrarse allí para siempre o lanzarse al mar desde lo alto... nadie sabía cuál era la versión auténtica de la leyenda. Thomas sentía que podía comprender perfectamente a aquella desdichada.

Una vez en la embajada, un asistente lo llevó a ver a la embajadora adjunta Williamson, que acababa de cenar y estaba sentada frente a su escritorio... esperándolo. Luego de un corto apretón de manos, intercambiaron un par de comentarios banales. La embajadora adjunta tomó una lapicera y anotó la hora en un registro legal. En ese momento entraron Moore y Battat. El cuello del agente exhibía una lastimera sucesión de manchas negras y grises. Además de los magullones, parecía exhausto.

Thomas le tendió la mano.

—¿Se siente bien? —preguntó solícito.

—Un poco atontado —respondió Battat—. Lo lamento muchísimo, Pat.

Thomas hizo una mueca.

—En este trabajo no hay garantías, David. Veamos cómo podemos solucionarlo.

Thomas miró a Moore, que no se había movido del lado de Battat. Moore y Thomas se habían cruzado varias veces en conferencias y funciones en distintas embajadas asiáticas. Moore era un buen hombre, lo que en la jerga denominaban un 24-7: un agente que vivía para trabajar veinticuatro horas por día, los siete días de la semana. Por eso tal vez no hacía el menor esfuerzo por disimular su malestar por lo ocurrido.

Thomas le tendió la mano. Moore la estrechó.

—¿Cómo van sus cosas? —preguntó Thomas.

—Eso no tiene la menor importancia —le espetó Moore—. Pero sí quiero decirle que no estoy para nada contento. No había ningún motivo para que pasara lo que pasó.

—Tiene razón, señor Moore —dijo Thomas—. Mirándolo en retrospectiva, obviamente tendríamos que haber actuado de otro modo. La pregunta del millón es: ¿cómo haremos ahora para solucionarlo?

Moore esbozó una sonrisa burlona.

—No crea que saldrá tan fácilmente del entuerto —dijo—. Su equipo montó una pequeña operación en nuestra área y no tuvo la delicadeza de informarnos. Su hombre dice que usted estaba preocupado por la seguridad y otros factores. ¿Qué cree, señor Thomas... que tenemos a los azerbaijanos metidos como larvas en el sistema? ¿O acaso cree que no podemos realizar una operación de vigilancia sin que ellos nos descubran?

Thomas fue hasta el sillón que estaba frente a Williamson y se dejó caer con gracia.

—Señor Moore, señora Williamson, tuvimos poco tiempo para tomar una decisión rápida —empezó—. Tomamos una mala decisión, nos equivocamos. La pregunta es: ¿qué haremos ahora? Si el Arponero está aquí, ¿tenemos posibilidades de encontrarlo e impedirle escapar?

—¿Quiere saber cómo haremos para sacarlo a usted del pozo? —preguntó Moore.

—Si así lo prefiere —concedió Thomas. Cualquier cosa con tal de remediar el error y seguir adelante.

Moore se relajó.

—No será fácil —dijo—. No encontramos ningún rastro de la embarcación que el señor Battat dice haber visto y tenemos un hombre vigilando el aeropuerto. Hoy no salió nadie que se parezca a la descripción que tenemos del Arponero.

—¿Y si pensamos un poco? —dijo Thomas—. ¿Qué motivos tendría el Arponero para estar en Bakú?

—Aquí hay numerosos blancos para el ataque de un terrorista mercenario —dijo Moore—. También podría haber pasado por Bakú camino a otra república o a Oriente Medio. Usted sabe cómo son estos tipos. Casi nunca toman una ruta directa para llegar al lugar al que se dirigen.

—Si Bakú era solamente un lugar de paso, es probable que el Arponero ya se haya ido —dijo Thomas—. Concentrémonos en los posibles blancos de la región y pensemos razones para atacarlos.

—Nuestras mayores preocupaciones son Nagorno-Karabaj e Irán —intervino Williamson—. El pueblo de Nagorno-Karabaj ha votado la república independiente, pero Azerbaiján y Armenia están luchando por anexar el territorio. Es probable que estalle un conflicto en toda la región cuando Azerbaiján consiga dinero suficiente para comprar armas más avanzadas para su ejército. Eso ya sería bastante perjudicial para ambas naciones... pero con la proximidad de Irán, a sólo veintiocho kilómetros al sur, el conflicto podría terminar en un verdadero caos. En cuanto a Irán, incluso sin la situación de Nagorno-Karabaj, Teherán y Bakú vienen peleando hace años por el acceso a todo: desde el petróleo en aguas territoriales hasta el caviar y el esturión del mar Caspio. Cuando la Unión Soviética regía sobre el Caspio, se llevaban lo que querían. Y éstos no son los únicos problemas que tenemos en la región —suspiró Williamson—. Las excavaciones petroleras realizadas por Azerbaiján dieron origen a una película de petróleo bastante espesa en algunos sectores del mar donde Irán pesca esturiones. La contaminación está matando a los peces.

—¿Cuál es exactamente la situación del petróleo? —preguntó Thomas.

—Hay cuatro zonas petrolíferas importantes —dijo Williamson—. Azeri, Chirag, Guneshli y Azerbaiján. Azerbaiján y los Miembros del Consorcio Occidental que suscriben las excavaciones están convencidos de que la ley protege su derecho exclusivo a explotar los pozos. Pero su reclamo se basa en fronteras definidas por los derechos de pesca, derechos que tanto Rusia como Irán se niegan a respetar. Hasta el momento, el conflicto sólo se ha discutido a nivel diplomático.

—Pero si alguien perpetrara un nuevo atentado en algún lugar —dijo Thomas—, por ejemplo una bomba en una embajada o un asesinato...

—Podría producirse una desastrosa reacción en cadena que abarcaría a por lo menos seis naciones vecinas, afectaría el abastecimiento y las reservas de petróleo a nivel mundial, y arrastraría a los Estados Unidos a una guerra extranjera de gran calibre —pronosticó Williamson.

—Por eso nos gustaría que nos mantuvieran informados acerca de las acciones encubiertas que piensan llevar a cabo en nuestro humilde puesto de retaguardia —añadió sarcásticamente Moore.

Thomas sacudió la cabeza.

—*Mea culpa* —murmuró—. Ahora... ¿podemos ponernos de acuerdo en mirar hacia adelante y no hacia atrás?

Moore lo miró un momento y luego asintió.

—Bueno —dijo Williamson mientras revisaba sus anotaciones—. A mi entender, hay dos posibilidades. Primera posibilidad: el individuo que atacó al señor Battat no era el Arponero, en cuyo caso sólo tendríamos a un traficante de drogas o de armas entre las manos. Un individuo lo bastante hábil como para robarle al señor Battat y luego escapar.

—Correcto —dijo Thomas.

—¿Podría haber sido así? —preguntó Williamson.

—Es improbable —dijo Thomas—. Un agente de la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado que estaba volando de Londres a Moscú en un avión de Turkish Airlines pudo hacer una identificación tentativa del Arponero. Trató de seguir el objetivo pero lo perdió.

—¿Está insinuando que un agente de la Olí y el terrorista más buscado del mundo coincidieron en el mismo avión... por pura casualidad? —se asombró Moore.

—No puedo hablar por el Arponero, pero sí por el agente del Departamento de Estado —replicó Thomas—. Pero estamos descubriendo que cada vez es mayor la cantidad de terroristas y espías que toman rutas diplomáticas. Tratan de robar inteligencia de las laptops y los llamados telefónicos. El Departamento de Estado ha lanzado varios alertas al respecto. Tal vez haya sido pura coincidencia; tal vez había un diskette o un número telefónico que el Arponero planeaba robar en cuanto el agente se descuidara o tuviera necesidad de ir al baño. No lo sé.

—¿En qué se basó el agente para identificar al Arponero? —preguntó Williamson.

—En la única fotografía que tenemos —respondió Thomas.

—Es una buena foto, muy confiable —aseguró Moore.

—El Departamento de Estado nos notificó e hicimos algunas averiguaciones —prosiguió Thomas—. El pasajero viajaba con nombre falso y pasaporte británico también falso. Revisamos los registros de taxis y descubrimos que lo habían pasado a buscar por el Kensington Hilton en la ciudad de Londres. Se alojó allí sólo una noche... pero tuvo tiempo suficiente para encontrarse con varias personas que, según el conserje, parecían ser oriundas de Oriente Medio. Tratamos de seguirle el rastro en Moscú, pero nadie lo vio salir de la terminal. De modo que chequeamos los vuelos a otras áreas. Un individuo parecido a él, con pasaporte ruso a nombre de Max Stravinsky, había tomado un vuelo a Bakú.

—*Es* un barco —dijo la embajadora adjunta Williamson.

Los hombres la miraron sin entender.

—¿Escuchó hablar de él? —preguntó Thomas.

—Sí. Para algo fui a la universidad —dijo Williamson—. Gardner es el capitán del *Rachel* en el libro *Moby Dick.* El *Rachel* era uno de los barcos que trataban de cazar a la escurridiza Ballena Blanca. Debo agregar que no logró su cometido.

Thomas miró a Battat con desconsuelo.

—El Arponero —masculló—. Maldita sea. Por supuesto. Plantó esa evidencia para que la descubriéramos.

—Estamos frente a un terrorista inteligente —dijo Moore—. Si usted reconocía la alusión y la consideraba una broma... no se molestaría en perseguirlo. Si, por el contrario, usted decidía que la cosa iba en serio... el Arponero sabría dónde iría a buscarlo. Y allí estaría, esperándolo.

—Pero el barco *existe de verdad* —interrumpió Battat—. Yo vi el nombre...

—Un nombre que fue puesto expresamente para llamarle la atención durante un rato —dijo Thomas—. Carajo. Nos dejamos engañar como criaturas. Es grandioso....

—Lo que nos conduce a la segunda y muy probable hipótesis —dijo Williamson—. Si el Arponero estuvo en Bakú, necesitamos averiguar dos cosas a la velocidad del rayo. Primero, qué quería; segundo, dónde está en este momento. ¿Les parece bien?

Thomas asintió.

Moore se puso de pie. Estaba empezando a recuperar el vigor.

—Apuesto a que ya no está usando el pasaporte ruso. Ingresaré en las computadoras del hotel y compararé los nombres de los huéspedes con nuestra base de datos de pasaportes. Veremos si saltan algunos nombres.

—También podría estar trabajando con gente de aquí, en cuyo caso no tendría necesidad de alojarse en un hotel —dijo Thomas.

—Le daré una lista de células extranjeras conocidas o sospechosas —dijo Moore—. Battat y usted podrán compararlas con las listas de personas que puedan haber colaborado con el Arponero en el pasado.

Battat prometió hacerlo.

—Hay otra cosa que deberíamos intentar —dijo Moore—. Antes de que Battat viajara recurrimos a nuestros informantes con base en Moscú. No fue muy productivo, pero no tuvimos tiempo para nada más. ¿Qué pasa con los otros gobiernos de la región?

—No hemos iniciado tratativas de inteligencia con ninguno de ellos —admitió Williamson—. No tenemos personal apropiado para iniciar las relaciones y muchas de las repúblicas, entre ellas Azerbaiján, han limitado sus recursos a los problemas internos.

Todas las repúblicas están muy ocupadas espiándose unas a otras, especialmente a Chechenia.

—¿Por qué Chechenia? —preguntó Battat.

—Porque a pesar del gobierno de coalición que proclaman los papeles, Chechenia está controlada por milicias islámicas que intentan desestabilizar y derrocar a las otras repúblicas, Rusia incluida —explicó Williamson—. Espero que la iniciativa anunciada anoche por el presidente en Washington remedie esta situación.

—¿Qué iniciativa? —preguntó Battat.

—Una cooperativa de inteligencia con las Naciones Unidas —dijo Moore—. Lo anunció anoche en Washington.

Battat clavó los ojos en el cielo raso.

—¿Saben algo? Hay *un* lugar en el que podríamos intentarlo —dijo Thomas—. Recuerdo haber escuchado hace un par de años que el Centro Nacional de Manejo de Crisis estaba en contacto con un grupo ruso con base en San Petersburgo.

—Un grupo de manejo de crisis ruso —dijo Moore—. Sí, recuerdo haberme enterado de su remota existencia.

—Puedo llamar a Washington y pedir que se comuniquen con el Op-Center —dijo Moore—. Así sabremos si todavía mantienen la relación con los rusos.

—Cuando llame a Washington, pídales que se pongan en contacto con Bob Herbert —sugirió Thomas—. Es el jefe de inteligencia del Op-Center... un tipo realmente capaz según dicen. Creo que el nuevo director del Op-Center, el general Rodgers, es un hueso duro de roer.

—Rodgers no está dirigiendo el Op-Center —dijo Williamson.

—¿Quién manda entonces? —preguntó Thomas.

—Paul Hood —dijo la embajadora adjunta—. Esta mañana recibimos un comunicado. Retiró su renuncia.

—Apuesto a que Hood no tiene nada que ver con el programa de inteligencia de las Naciones Unidas —saltó Moore.

—Independientemente de eso —dijo Thomas— llamaré a Herbert. El Arponero podría tratar de abandonar la región por el norte, a través de Escandinavia. Si lo hiciera, los rusos podrían ayudarnos.

Thomas estuvo de acuerdo. Todos se levantaron de sus asientos y Thomas le tendió la mano a la embajadora adjunta.

—Gracias por todo —dijo—. Realmente lamento lo ocurrido.

—Hasta el momento no ha pasado nada grave.

—Nos ocuparemos de que las cosas sigan tal como están —dijo Thomas.

—Haré que les preparen un cuarto —dijo Williamson—. No

será el mejor de los lugares, pero siempre tendrán una cama donde aterrizar.

—Gracias —dijo Thomas—. Pero tengo la sensación de que no podré conciliar el sueño hasta que no hayamos encontrado a nuestro hombre.

—Ninguno de nosotros podrá conciliar el sueño, señor Thomas —le aseguró Williamson—. Si me disculpan, el embajador Small regresará de Washington a las diez. Seguramente querrá recibir mi informe lo antes posible.

Thomas fue caminando por el pasillo hasta la oficina de Moore. Odiaba haber perdido el rastro del Arponero. Pero más odiaba saber que el miserable se estaría riendo de ellos por haberse tragado el anzuelo de la ballena. Se preguntó si el Arponero podría haberse enterado de que Battat llegaría desde Moscú. Tal vez por eso lo había dejado con vida, para crear conflictos entre las oficinas de la CÍA localizadas en Moscú y Bakú. O tal vez sólo lo había hecho para confundirlos, para que perdieran tiempo preguntándose por qué no había matado a Battat.

Negó con la cabeza. *Tu mente está repartida en mil pedazos,* pensó con desgano. *Basta. Tienes que concentrarte.* Pero concentrarse iba a ser difícil, porque obviamente el

Arponero era un hombre al que le gustaba desconcertar a sus perseguidores mezclando los juegos con la realidad.

Y hasta el momento lo había logrado.

11

Washington, D.C. Lunes, 15.00 hs.

El teléfono celular sonó en la oficina del hombre pelirrojo, quien inmediatamente ordenó a sus dos jóvenes asistentes que lo dejaran solo. Luego empujó su silla, de modo tal que el alto respaldo de cuero quedara apoyado contra la puerta que acababa de cerrarse. Miró por la ventana, sacó el teléfono celular del bolsillo interior de su ambo y atendió al quinto campanillazo. El que llamaba tenía instrucciones de cortar si el teléfono había sido perdido o robado y alguien contestaba antes de tiempo.

—¿Sí? —dijo suavemente el pelirrojo.

—Ha completado la fase uno —dijo una voz—. Todo está saliendo tal como lo programamos.

—Gracias —dijo el pelirrojo y cortó la comunicación. Inmediatamente marcó otro número. Su llamado fue atendido al quinto campanillazo.

—¿Hola? —dijo una voz de ultratumba.

—Estamos en camino —dijo el pelirrojo.

—Muy bien —respondió el otro.

—¿Se sabe algo de Benn? —preguntó el pelirrojo.

—Todavía nada —dijo el otro—. Tiempo al tiempo.

Colgaron.

El pelirrojo volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su ambo. Miró su escritorio y el resto de la oficina. Las fotos con el presidente y los jefes de Estado extranjeros. Las condecoraciones. La bandera norteamericana que le había regalado su madre. El pelirrojo la había llevado, prolijamente doblada, en el bolsillo del pantalón cuando había peleado por su país en Vietnam. Ahora colgaba de la pared, prolijamente enmarcada, todavía manchada de sudor y barro, los lubricantes de todo combate.

Cuando el pelirrojo llamó nuevamente a sus dos ayudantes, la naturaleza de ese acto cotidiano, la vuelta a la rutina, puso de manifiesto la naturaleza extrema y compleja de lo que planeaba hacer con sus compañeros. Replantear el mapa social y económico internacional era una cosa. Pero hacerlo rápidamente, de un solo golpe —como pensaban hacerlo—, era un acontecimiento sin precedentes.

La tarea era aterradora y excitante por partes iguales. Si la operación llegaba a tomar estado público, algunos la considerarían monstruosa. Pero en su momento muchos habían pensado lo mismo de la Revolución Norteamericana y la Guerra de Secesión. También habían dicho que era monstruoso que los Estados Unidos participaran en la Segunda Guerra Mundial... antes de Pearl Harbor, por supuesto. El pelirrojo albergaba la esperanza de que si sus acciones llegaban a conocerse alguna vez, el pueblo norteamericano comprendería *por qué* habían sido necesarias. Esperaba que sus compatriotas comprendieran que el mundo en el que existían los Estados Unidos era radicalmente diferente del mundo en el que habían nacido los Estados Unidos de Norteamérica. Que para poder crecer a veces era imprescindible destruir. En algunos casos leyes, en otros casos vidas.

En algunos casos ambas.

12

Camp Springs, Maryland Lunes, 15.14 hs.

Paul Hood llamó a la senadora Fox al regresar de la Casa Blanca. Fox admitió estar totalmente confundida por las palabras del presidente y comentó que lo había llamado para conversar sobre el asunto. Hood le pidió que pospusiera la charla con el presidente hasta que él evaluara la situación. Fox aceptó. Hood llamó a Bob Herbert y le transmitió las preocupaciones de la Primera Dama. Luego le pidió que averiguara todo lo posible acerca del llamado telefónico realizado desde el hotel y también si alguien más había notado algún desorden de conducta en el presidente. Como Herbert estaba en contacto con muchas personas —sin jamás pedirles nada, sólo viendo cómo estaban, cómo andaban las cosas en la familia— no le resultaba difícil deslizar preguntas importantes en la charla... sin dejar traslucir que estaba "pescando información" como el mejor de los pescadores.

Los dos hombres estaban reunidos en la oficina de Hood. Pero el Herbert que había atravesado el umbral en su silla de ruedas no era el mismo de siempre.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Hood.

El habitualmente extrovertido nativo de Mississippi no respondió de inmediato. Tenía una expresión absorta y parecía estar contemplando algo que sólo él podía ver.

—¿Bob? —insistió Hood.

—Pensaron que lo tenían —dijo Herbert.

—¿De qué estás hablando?

—Un amigo mío que trabaja para la CÍA me pidió ayuda desde la embajada norteamericana en Azerbaiján —dijo Herbert—. Quieren que nos pongamos en contacto con tu amigo Sergei Orlov.

—¿El del Op-Center ruso?

Herbert asintió.

—¿Por qué?

Herbert respiró hondo.

—Aparentemente, tienen evidencia sólida de que el Arponero estuvo en Bakú.

—Dios santo —murmuró Hood—. ¿Para qué?

—No lo saben —dijo Herbert—. Y lo perdieron. Enviaron a un tipo a hacer el reconocimiento y... ¡oh sorpresa!... el Arponero lo pescó con las manos en la masa. No puedo culparlos por querer mantener un perfil bajo, pero con un tipo como el Arponero es imprescindible llevar refuerzos.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Hood—. ¿Podemos hacer algo?

—No tienen la menor idea de dónde está —admitió Herbert. Sacudió la cabeza lentamente e hizo girar el monitor de la computadora adosada al apoyabrazos de su silla de ruedas—. Durante casi veinte años he deseado, más que nada en la vida, tener la garganta de ese miserable entre las manos, apretar fuerte... muy fuerte, y mirarlo a los ojos mientras muere. Si no puedo cumplir ese deseo, por lo menos quiero saber que se está pudriendo en un agujero sin ninguna esperanza de volver a ver la luz del sol. No es mucho pedir, ¿no te parece?

—Teniendo en cuenta lo que hizo, no —dijo Hood.

—Lamentablemente, Papá Noel no nos está escuchando —dijo Herbert con amargura. Giró el monitor para poder verlo—. Pero basta de hablar de ese hijo de puta. Mejor hablemos del presidente.

Herbert se revolvió en su silla. Hood percibió la furia en sus ojos, en su forma de apretar los labios, en los movimientos tensos de sus dedos.

—Hice que Matt Stoll chequeara los llamados telefónicos del Hay-Adams.

Matt Stoll era el genio en computadoras del Op-Center.

—Entró en los registros de la Bell Atlantic —dijo Herbert—. El llamado fue hecho desde el hotel, sí, pero no se originó en ninguna de las habitaciones. Se originó en el sistema mismo.

—¿Lo que significa...?

—Lo que significa que alguien no quiso estar en uno de los cuartos, del que podrían haberlo visto entrar o salir —dijo Herbert—. De modo que hizo un trabajito con los cables.

—¿Qué quiere decir "hacer un trabajito"? —preguntó Hood.

—Quiere decir que invadieron un modem para transferir un llamado realizado desde otro lugar —dijo Herbert—. Es la misma tecnología que usan algunos ladrones para generar falsos tonos de discado en los teléfonos públicos y averiguar números de cuentas bancarias y tarjetas de crédito. Lo único que se necesita es acceder al cableado en algún punto del sistema. Matt y yo conseguimos un plano del hotel. El lugar más fácil para hacerlo hubiera sido la cabina telefónica del sótano. Ahí es donde están todos los cables.

Pero el sótano tiene una sola entrada monitoreada por una cámara de seguridad... demasiado riesgoso. Suponemos que el hacker hizo su tarea desde uno de los dos teléfonos públicos del bar Off the Record.

Hood conocía bien el bar. Los teléfonos se encontraban justo al lado de la puerta que daba a H Street. Estaban en cabinas cerradas y sin cámaras de seguridad. Cualquiera podría haberse deslizado en una de ellas e invadido el sistema sin ser visto.

—Eso quiere decir que con la ayuda de esa tecnología Jack Fenwick podría haber llamado al presidente desde cualquier lugar —dijo Hood.

—Correcto —dijo Herbert—. Ahora bien, en lo que a nosotros respecta, la Primera Dama tiene razón. En este momento Fenwick se encuentra en Nueva York, supuestamente participando en reuniones de alto nivel con los embajadores de las Naciones Unidas. Conseguí el número de su teléfono celular y llamé varias veces, pero siempre me atendió el contestador automático. Dejé varios mensajes pidiéndole que me llamara, diciendo que era urgente. Dejé exactamente el mismo mensaje en su casa y su oficina. Hasta el momento no he tenido noticias de él. Mientras tanto, chequeamos con Mike los otros departamentos de inteligencia. El anuncio del presidente fue una novedad para todos. Solamente uno de ellos estaba involucrado en este emprendimiento cooperativo con las Naciones Unidas.

—La Agencia Nacional de Seguridad —dijo Hood.

Herbert asintió.

—Lo que significa que el señor Fenwick debe haberle vendido un buzón al presidente para convencerlo de que podrían manejar solos la operación.

Herbert tenía razón, aunque en cierto sentido la Agencia Nacional de Seguridad hubiera sido la agencia perfecta para tratar con nuevos socios en el campo de inteligencia. Las funciones primordiales de la ANS se desarrollan en las áreas de criptología y protección y recolección de señales de inteligencia. A diferencia de la CÍA y el Departamento de Estado, la ANS no mantiene personal encubierto en suelo extranjero. Por lo tanto, no genera la clase de paranoia enloquecida que haría que los gobiernos extranjeros se mostraran renuentes a cooperar. Si la Casa Blanca estaba buscando un grupo de inteligencia que pudiera tratar de igual a igual con las Naciones Unidas, ese grupo era la ANS. Sin embargo, era sorprendente que el presidente no hubiera notificado a las otras agencias. Por lo menos tendría que haber informado a la senadora Fox. El Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso es directamente responsable por la aprobación de programas de antiproliferación nuclear, antiterrorismo, antinarcóticos, contrainteligencia y actividades secretas en el extranjero. La propuesta del presidente obviamente caía bajo su jurisdicción.

Pero dado que la ANS opera independientemente y en áreas muy específicas, también es la agencia peor equipada para organizar y supervisar un emprendimiento masivo como el que había descripto el presidente. Por esa razón Hood no le había creído a Lawrence cuando éste anunció la iniciativa durante la cena. Y por eso seguía sin creerle.

—¿Hablaste con Don Roedner acerca de esto? —preguntó Hood. Roedner era el asesor segundo de Seguridad Nacional, lo que equivalía a decir que era la mano derecha de Fenwick.

—Está con Fenwick y tampoco pude hablar con él por teléfono —respondió Herbert—. Pero sí hablé con el asistente asesor de Seguridad Nacional Al Gibbons. Y ahí fue donde la cosa se puso realmente espesa. Gibbons dijo que asistió a una reunión de la ANS el domingo por la tarde y que Fenwick ni siquiera mencionó la posibilidad de un emprendimiento cooperativo de inteligencia con otras naciones.

—¿El presidente participó de la reunión?

—No —dijo Herbert.

—Pero pocas horas después Fenwick llamó al presidente y le anunció que tenían un acuerdo de inteligencia con varios gobiernos extranjeros —dijo Hood.

Herbert asintió.

Hood consideró los hechos. Era posible que la "iniciativa Naciones Unidas" estuviera basada en la necesidad de conseguir información y que Gibbons no supiera nada al respecto. O tal vez hubiera una contienda burocrática entre las distintas divisiones de la ANS. La situación no carecía de precedentes. Una vez concretado su ingreso al Op-Center, Hood se había dedicado a estudiar los dos informes de 1997 que habían autorizado la creación de la agencia. El informe 105-24, emitido por el Comité de Inteligencia del Senado, y el informe 105-135, publicado por el Comité Permanente de Inteligencia de Diputados —las dos ramificaciones del Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso—, proclamaban que la comunidad de inteligencia estaba sobrecargada al extremo de *peleas intramuros, derroche y personal no uniformado carente de profundidad, envergadura y experiencia en análisis político, militar y económico.* Cuando se organizó el Op-Center por ley del Congreso, el mandato de

Hood fue contratar a "los mejores y más brillantes" mientras la CÍA y los demás grupos de inteligencia se dedicaban a poner la casa en orden. Pero lo que estaba ocurriendo ahora era absolutamente inusual, incluso para los estándares de la comunidad de inteligencia. Sobre todo si el staff jerárquico de la ANS no sabía lo que se estaba cocinando en sus hornallas.

—Nada de todo esto tiene sentido —masculló Herbert—. Oficialmente, entre el Op-Center y la CÍA ya tenemos planes cooperativos de inteligencia con veintisiete países. También tenemos relaciones de inteligencia extraoficiales con otros once gobiernos a través de nuestras conexiones con funcionarios de alto nivel. Inteligencia militar ha metido mano en otras siete naciones. Quienquiera que sea el que haya metido al presidente en este baile... evidentemente quiere tener un contacto de inteligencia discreto y exclusivo.

—O eso... o quiere hacerlo pasar vergüenza —dijo Hood.

—¿Cómo?

—Vendiéndole un proyecto, haciéndole creer que ha sido analizado por las otras agencias y los gobiernos extranjeros... y sometiéndolo a un aplastante papelón público.

—¿Por qué?

—No lo sé —suspiró Hood.

No lo sabía, pero no le gustaba el rumbo que estaban tomando las cosas. En otros tiempos, el Op-Center había llevado a la práctica un juego llamado "Realidad alternativa", cuyo objetivo era poner paranoico a Saddam Hussein para que desconfiara de sus asesores más confiables. ¿Qué pasaría si un gobierno extranjero hacía algo parecido con el presidente norteamericano?

Era una idea bizarra... pero también lo era que la KGB asesinara a un disidente clavándole un paraguas envenenado o que la CÍA intentara enviarle a Fidel Castro un cigarro ponzoñoso. No obstante, ambas cosas habían ocurrido.

Pero había otra opción que ni siquiera quería considerar. Que no fuera un gobierno extranjero sino el propio gobierno de Estados Unidos. Era posible.

También podía tratarse de algo menos siniestro. La Primera Dama le había dicho que su marido no era el mismo de siempre. ¿Y si tenía razón? Lawrence había pasado cuatro años muy duros en la Casa Blanca y luego otros ocho años muy duros tratando de regresar. Ahora estaba de vuelta en el sillón presidencial. Demasiada presión para un solo hombre.

Hood sabía que varios presidentes habían dado señales de quebranto emocional o psicológico durante períodos de estrés prolongados: Woodrow Wilson, Franklin Roosevelt, Richard Nixon y Bill Clinton. En el caso de Nixon, sus asesores más cercanos le aconsejaron renunciar... no sólo por el bien de la nación sino por su propia salud mental. En el caso de Clinton, el staff y los amigos del presidente decidieron no apelar a médicos ni psiquiatras, vigilarlo de cerca y esperar que superara la crisis. Y así lo hizo.

Pero, por lo menos en dos de los casos, permitir que el presidente llevara toda la carga de la toma de decisiones no había sido la mejor política. Wilson sufrió un ataque cerebral mientras trataba de que el Congreso votara la Liga de las Naciones. Y al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el círculo íntimo de Roosevelt temía por su salud debido a la enorme presión que significaba haber ganado la guerra y tener que hacer

planes para un mundo de posguerra. Si sus amigos y asesores hubieran logrado convencerlo de la absoluta necesidad de delegar algunas tareas, probablemente no hubiera muerto a causa de una hemorragia cerebral.

Todas las posibilidades podían ser certeras o completamente falaces. Pero Hood siempre había creído que era mejor considerar todas las opciones, incluso las más improbables, para no ser fatalmente sorprendido. Especialmente cuando, de tener razón, el resultado podía ser cataclísmico. Tendría que proceder con sumo cuidado. Si lograba hablar con el presidente tendría la oportunidad de poner sus pocas cartas sobre la mesa, observar la reacción de Lawrence y comprobar si las preocupaciones de Megan tenían sustento. Lo peor que podía ocurrir era que el presidente le pidiera la renuncia. Afortunadamente, todavía tenía la que había presentado en el archivo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Herbert.

Hood levantó el teléfono.

—Tengo que ver al presidente.

—Bravo —aplaudió Herbert—. Ir de frente siempre ha sido mi estrategia favorita.

Hood marcó la línea directa del presidente. El teléfono sonó en el escritorio de la secretaria del Ejecutivo, Jamie Leigh, sin pasar por el conmutador. Hood le preguntó a la señora Leigh si el presidente podría concederle unos minutos entre una reunión y otra. Leigh le pidió una "frase clave" para que Lawrence pudiera conocer el motivo del breve encuentro. Hood dijo que tenía que ver con la posibilidad de que el Op-Center tuviera un rol en el programa de inteligencia de las Naciones Unidas.

A la señora Leigh le gustaba Hood, y probablemente por eso le arregló una cita para ver al presidente durante cinco minutos, desde las dieciséis diez hasta las dieciséis quince.

Hood le dio las gracias y miró a Herbert.

—Debo irme —dijo—. Tengo una cita con el presidente dentro de cuarenta minutos.

—No pareces muy contento —dijo Herbert.

—No lo estoy —respondió Hood—. ¿Podemos hacer que alguien averigüe con quién está reunido Fenwick en Nueva York?

—Mike pudo conectarse con alguien del Departamento de Estado cuando ustedes dos estuvieron allí —dijo Herbert.

—¿Con quién?

—Lisa Baroni —dijo Herbert—. Fue el contacto con los padres durante la crisis.

—No llegué a conocerla —se extrañó Hood—. ¿Cómo la encontró Mike?

—Haciendo lo que hubiera hecho cualquier buen espía —dijo Herbert—. Cuando llega a un lugar nuevo detecta a los empleados descontentos y les promete algo mejor si colaboran. Ha llegado el momento de comprobar si la señorita Baroni puede colaborar.

—Muy bien —dijo Hood levantándose—. Dios santo. Me siento exactamente igual que cuando voy a la misa de Navidad.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Herbert—. ¿Te sientes culpable por no ir a la iglesia más seguido?

—No —replicó Hood—. Siento que está pasando algo que es mucho más grande que yo. Y tengo miedo de que, cuando por fin descubra de qué se trata... lo que descubra me deje mudo de terror.

—¿Ésa no es acaso la razón de ser de la iglesia? —preguntó Herbert.

Hood lo pensó un segundo. Luego sonrió.

—*Touché* —murmuró al salir.

—Buena suerte —dijo Herbert. Y salió de la oficina.

13

Gobustán, Azerbayán Lunes, 23.56 hs.

Gobustán es una aldea pequeña y rústica ubicada ochenta kilómetros al sur de Bakú. La región, que empezó a poblarse hacia el año 8000 AC, está tachonada de cavernas y elevadas formaciones rocosas. Las cavernas conservan muestras del arte prehistórico y también formas de expresión más recientes: graffitis trazados dos mil años atrás por las legiones romanas.

Al pie de las colinas, justo debajo de las cuevas, hay varias chozas de pastores. Dispersas sobre una vasta extensión de pasturas, fueron construidas a principios del siglo XX y la mayoría de ellas todavía son habitables, aunque sus moradores no siempre son pastores de rebaños. Detrás de la enorme mole de roca que domina toda la extensión de la aldea se oculta una choza bastante grande. La única forma de acceder a ella es un escabroso camino de tierra abierto en la piedra por milenios de pisadas humanas y erosión.

En el interior de la choza había cinco hombres sentados en torno a una destartalada mesa de madera. Otro hombre vigilaba el camino sentado en una silla junto a la ventana. Tenía una Uzi sobre las rodillas. El séptimo hombre todavía estaba en Bakú, vigilando el hospital. No sabían con precisión cuándo llegaría el paciente, pero Maurice Charles quería que su hombre estuviera allí cuando llegara.

La ventana abierta dejaba entrar una suave brisa. Salvo el grito ocasional de algún buho o el ruido de las piedras que rascaban los zorros para atrapar ratones de campo, todo era silencio en el paisaje que rodeaba la choza... una clase de silencio que el Arponero rara vez escuchaba en sus viajes por el mundo.

Con la única excepción de Charles, los demás hombres estaban en calzoncillos, dedicados a estudiar unas fotografías que habían recibido vía satélite. Habían montado la fuente portátil de seis pulgadas en el techo de la choza, desde donde podían verse sin obstáculos el sector sudeste del cielo y el GorizonT3. Ubicado a 35.736 kilómetros sobre 21° 25' N, 60° 27' E, el GorizonT3 era el satélite utilizado por la Oficina Nacional de Reconocimiento de Estados Unidos para vigilar el mar Caspio. Un contacto norteamericano le había dado a Charles el nombre del website restringido y el código de acceso... y gracias a esa invalorable ayuda habían estado bajando imágenes durante las últimas veinticuatro horas.

El decodificador que utilizaban, un StellarPhoto Judge 7, también había sido provisto por el contacto de Charles a través de una de las embajadas. Era una unidad compacta del tamaño y el aspecto de una máquina de fax. Las fotografías impresas por el SPJ 7 sobre grueso papel de base oleosa no podían ser faxeadas ni transmitidas electrónicamente. Tratar de hacerlo equivalía a ejercer presión sobre un cristal líquido. El receptor sólo vería una mancha. La unidad también magnificaba las imágenes con una resolución de diez metros. Combinada con las lentes infrarrojas del satélite, le permitió leer los números grabados en el ala del avión.

Charles sonrió. Su avión estaba en la imagen. Mejor dicho, el avión azerbaijano que habían comprado.

—¿Estás seguro de que los norteamericanos lo encontrarán cuando busquen pistas? —preguntó uno de los hombres. Era un individuo moreno, bajo y fornido, de

cabeza afeitada y ojos oscuros y hundidos. De sus labios resecos colgaba un cigarrillo hecho a mano. En el antebrazo izquierdo tenía tatuada una serpiente.

—Nuestro amigo se ocupará de que lo encuentren —dijo Charles.

Por supuesto que lo haría. Por esa razón estaban organizando un atentado contra una plataforma de petróleo iraní. En cuanto se produjera el atentado, la Oficina Nacional de Reconocimiento de los Estados Unidos investigaría la base de datos satelitales de la región petrolera del Caspio. Los expertos en vigilancia analizarían las imágenes de los días inmediatamente anteriores para averiguar quién había realizado tareas de reconocimiento cerca de la plataforma. Encontrarían las imágenes del avión de Charles. Luego encontrarían algo más.

Poco después de perpetrar el atentado arrojarían un cuerpo al mar: el del terrorista ruso Sergei Cherkassov. Cherkassov, quien había sido capturado por Azerbaiján en Nagorno-Karabaj y liberado de la cárcel por los hombres de Charles, actualmente estaba encerrado en el *Rachel.* Sería asesinado poco antes del atentado: la bala de un rifle Gewehr 3 de fabricación iraní le atravesaría el corazón. Era la misma clase de bala que habría disparado el personal de seguridad de la plataforma. Cuando el cadáver del ruso fuera hallado —gracias a la inteligencia que filtrarían en la CÍA—, los norteamericanos encontrarían algunas fotos en sus bolsillos. Las fotos que el propio Charles había tomado desde el avión. Una de esas fotos mostraría parte del ala del avión y los mismos números de la imagen satelital. Otra estaría marcada con lápiz, indicando el lugar que supuestamente habría atacado el terrorista muerto.

Con las fotografías satelitales y el cadáver del terrorista ruso, Charles no tenía la menor duda de que los Estados Unidos y el resto del mundo llegarían a la conclusión a la que sus patrocinadores y él querían que llegaran.

Obviamente, a la conclusión equivocada.

Pensarían que Rusia y Azerbaiján habían unido sus fuerzas para expulsar a Irán de los lucrativos yacimientos petrolíferos de Guneshli.

14

Nueva York, Nueva York Lunes, 16.01 hs.

El Departamento de Estado tiene dos oficinas vecinas al edificio de la ONU en la ciudad de Nueva York. Una es la Oficina de Misiones Extranjeras y la otra es la Oficina de Seguridad Diplomática.

Lisa Baroni, una abogada de cuarenta y tres años, era directora asistente de Reclamos Diplomáticos de la Oficina de Relaciones Diplomáticas. Eso significaba que cada vez que un diplomático tenía problemas con el sistema legal de los Estados Unidos Lisa estaba involucrada. Un problema legal podía ser cualquier cosa, desde la denuncia de la revisión ilegal del equipaje de un diplomático en uno de los aeropuertos locales hasta un accidente de tránsito que comprometiera a un diplomático o el reciente sitio terrorista al Consejo de Seguridad.

Diez días atrás, Baroni —especialmente entrenada para ofrecer asesoramiento a los diplomáticos— se había visto en la difícil situación de consolar a los padres de los chicos tomados como rehenes durante el atentado. Así había conocido al general Mike Rodgers. El militar había mantenido una breve conversación con ella al finalizar el sitio. Le había dicho que estaba muy impresionado porque ella había logrado mantener la calma y al mismo tiempo había sido comunicativa y responsable en medio de la crisis. También le había explicado que era el nuevo director del Op-Center en Washington y que estaba buscando gente capaz y dispuesta a trabajar. Luego le había preguntado si podía llamarla para arreglar una entrevista. Rodgers le había parecido un funcionario extraordinario, más interesado en su talento que en su sexo, más concentrado en sus capacidades que en el largo de su falda. Eso le había gustado. Lo mismo que la perspectiva de volver a Washington D.C. Baroni se había criado en esa ciudad, había estudiado Derecho Internacional en la Universidad de Georgetown, y todos sus familiares y amigos seguían viviendo allí. Después de tres años en Nueva York, Baroni no veía la hora de regresar a Washington.

Pero cuando el general Rodgers la llamó por fin... no fue la clase de llamado que Baroni esperaba.

El teléfono sonó a las siete de la mañana en su departamento de Stuyvesant City, en el bajo Manhattan. Ya duchada y trabajando mientras bebía su primera taza de café, Baroni supo por boca de Rodgers que su superior, Paul Hood, había retirado su renuncia. Pero Rodgers seguía buscando gente capaz y le hizo una propuesta. Había revisado sus registros en el Departamento de Estado y pensaba que sería una buena candidata para reemplazar a Martha Mackall, la funcionaría política asesinada en España. Rodgers prometió conseguirle una entrevista en Washington si ella lo ayudaba con un problema que tenía en Nueva York.

Baroni quiso saber si la ayuda que necesitaba era legal. Rodgers le aseguró que lo era. Más relajada, Baroni prometió ayudarlo. Así se forjaban las relaciones en Washington. A los ponchazos.

Rodgers le explicó que necesitaba el itinerario de Jack Fenwick, quien se encontraba en Nueva York para participar en distintas reuniones con los delegados de las Naciones Unidas. También le aclaró que no quería el itinerario "público". Quería saber dónde había estado Fenwick.

En principio, a Baroni le hubiera resultado fácil averiguarlo. Fenwick tenía una oficina en su edificio y generalmente la usaba cuando viajaba a Nueva York. Estaba en el séptimo piso, al lado de la oficina del secretario de Estado. Pero... Fenwick había anunciado que no utilizaría la oficina durante ese viaje y que mantendría todas las reuniones proyectadas en distintos consulados.

Sin rendirse, Baroni revisó el archivo de patentes de autos utilizados por funcionarios del gobierno. Esta lista funcionaba como reaseguro en caso de que secuestraran a un diplomático. Fenwick siempre usaba el mismo vehículo cuando viajaba a Nueva York. Baroni anotó el número de patente y le pidió a su amigo, el detective Steve Mitchell de Midtown South, que tratara de encontrar el auto en la calle. Luego averiguó el número de seguridad electrónica grabado en el parabrisas del auto. Este número o NSE permitía que los vehículos ingresaran a los garajes de las embajadas y los edificios del gobierno con una demora mínima, cosa que garantizaba que los potenciales asesinos tuvieran menos tiempo para emboscarlos.

El NSE no apareció en ninguna de las listas de verificación de los Estados Unidos, que eran inmediatamente transmitidas a los archivos de seguridad del Departamento de Estado. Eso quería decir que Fenwick estaba visitando embajadas extranjeras. Más de doscientos países transmitían el NSE al Departamento de Estado en cuestión de minutos. La mayoría de ellos eran aliados de los Estados Unidos, entre ellos Gran Bretaña, Japón e Israel. Fenwick todavía no había visitado ninguna de esas embajadas. Antes del mediodía, Baroni le informó a Rodgers *dónde no había estado Fenwick* por correo electrónico seguro.

Más tarde, justo después de las dieciséis horas, Baroni recibió una llamada del detective Mitchell. Uno de sus vehículos había detectado el auto de Fenwick saliendo de un edificio ubicado en el 622 de la Tercera Avenida. Justo debajo de la calle 42. Baroni buscó la dirección en su guía de misiones permanentes.

El nombre del ocupante la sorprendió.

15

Washington, D.C. Lunes, 16.00 hs.

Paul Hood llegó al ala oeste de la Casa Blanca a las cuatro en punto de la tarde. Antes de que terminara de pasar por los controles de seguridad, un becario presidencial se apersonó para conducirlo a la Oficina Oval. Hood se dio cuenta de que el becario llevaba por lo menos siete meses en la Casa Blanca. Como la mayoría de los becarios que llevaban cierto tiempo trabajando, el joven prolijamente afeitado tenía un aire ligeramente engreído. Ahí estaba él, un chico de veintipocos años, trabajando en la Casa Blanca. La placa identificatoria que llevaba colgada del cuello era su carta de triunfo con las mujeres en los bares, con los vecinos charlatanes en los aviones, con sus hermanos y primos cuando regresaba a casa durante las vacaciones. Más allá de lo que cualquiera de ellos hiciera o dijese, él estaba interactuando a diario con el presidente, el vicepresidente, los miembros del gabinete y los líderes del Congreso. Estaba expuesto al poder verdadero, conectado a pleno con el mundo y llamaba la atención de los ojos y oídos de todos los medios, para los que las expresiones y palabras casuales de gente aparentemente tan insignificante como él podían producir acontecimientos capaces de hacer historia. Hood recordaba haber sentido algo parecido en su juventud, cuando había trabajado en Los Ángeles para el gobernador de California. Aun así, apenas podía imaginar lo que debía sentir ese muchacho estando en el centro del universo.

La Oficina Oval está ubicada en el extremo sudeste del ala oeste de la Casa Blanca. Hood siguió al joven becario en silencio a través de los transitados corredores, cruzándose con personas que no parecían en absoluto envanecidas. Por el contrario, tenían el aspecto y la actitud de la gente que llega muy tarde al avión. Los dos hombres pasaron frente a las oficinas del asesor de Seguridad Nacional y el vicepresidente, y luego doblaron en dirección este y pasaron frente a la oficina de la secretaria de Prensa. Después doblaron en dirección sur y pasaron frente al Salón de Gabinete. Siguieron caminando en silencio. Hood se preguntó si el joven no le hablaba porque sabía ubicarse en su lugar o porque él no era lo suficientemente célebre como para merecer su atención o sus palabras. Decidió otorgarle el beneficio de la duda.

Pasando el gabinete, la primera oficina era la de la señora Leigh. La mujer estaba sentada frente a su escritorio y a sus espaldas se veía, cerrada, la única puerta que daba a la Oficina Oval. El becario se excusó. Hood saludó a la alta y entrecana secretaria presidencial con una sonrisa. La señora Leigh era oriunda de Texas y poseía el temple, el equilibrio, la paciencia y el humor seco y punzante de todo buen guardián de puertas. Había estado casada con el difunto senador Titus Leigh, un ganadero legendario.

—El presidente se ha atrasado unos minutos —dijo la señora Leigh—. Pero casi es mejor que se haya retrasado. Así podrá decirme cómo se encuentra.

—Luchando —dijo Hood—. ¿Y usted?

—Bien —replicó llanamente—. Mi fuerza es la fuerza de diez porque mi corazón es puro.

—Creo haber escuchado eso en alguna parte —dijo Hood.

—Es de Lord Tennyson —replicó ella—. ¿Cómo está su hija?

—También es fuerte —dijo Hood—. Y mucha gente la está ayudando a recuperarse.

—No lo dudo —dijo la señora Leigh, todavía sonriendo—. Si necesita algo, no dude en hacérmelo saber.

—Lo haré —dijo Hood, mirándola fijamente—. Sin embargo, hay algo que sí puede hacer por mí.

-¿Yes...?

—¿Extraoficialmente?

—Por supuesto —le aseguró Leigh.

—Señora Leigh... ¿le parece que el presidente se encuentra bien? —preguntó Hood con toda franqueza.

La sonrisa de la mujer se evaporó. Bajó la vista.

—¿Ese es el motivo de este encuentro?

—No —dijo Hood.

—¿Por qué me hace una pregunta como ésa?

—Las personas cercanas al presidente están preocupadas —dijo Hood.

—¿Y le han pedido que se ocupe de ponerle el cascabel al gato? —preguntó ella.

—No fue tan deliberado —dijo Hood. Justo en ese momento sonó su celular. Buscó el teléfono en el bolsillo de su saco y atendió el llamado.

—Habla Paul.

—Hola, Paul. Soy Mike.

—¿Qué pasa, Mike? —Si Rodgers lo estaba llamando allí, y ahora, tenía que ser algo importante.

—El blanco fue visto saliendo de la delegación iraní en las Naciones Unidas hace aproximadamente tres minutos.

—¿Sabemos dónde estuvo el resto del tiempo? —preguntó Hood.

—Negativo —dijo Rodgers—. Estamos intentando averiguarlo. Pero aparentemente el auto no pasó por las embajadas de nuestros principales aliados.

—Gracias —dijo Hood—. En cuanto tengas algo más, házmelo saber.

Hood cortó la comunicación y volvió a guardar el teléfono en su bolsillo. Eso sí que era extraño. El presidente había anunciado una iniciativa de inteligencia que involucraba a las Naciones Unidas y una de las primeras visitas del asesor de Seguridad Nacional tenía como destino la delegación iraní. Dado que Irán patrocinaba la clase de terrorismo a la que se oponían las Naciones Unidas, la situación no tenía el menor sentido.

Se abrió la puerta de la Oficina Oval.

—¿Me haría un favor, señora Leigh? —dijo Hood.

—Sí.

—¿Podría conseguirme el itinerario de Jack Fenwick en Nueva York?

—¿Fenwick? ¿Por qué?

—Fenwick es una de las razones que motivaron la pregunta que le hice antes —replicó Hood.

La señora Leigh lo miró con sus intensos ojos gris acero.

—De acuerdo. ¿Quiere que lo consiga mientras usted está con el presidente?

—Lo antes posible —dijo Hood—. Y cuando tenga el número del archivo por favor dígame qué otras cosas hay adentro. No necesito documentos específicos... sólo las fechas en que fueron archivados.

—Muy bien —dijo Leigh—. Y... Paul. En cuanto a lo que preguntó antes... sí, he notado un cambio.

Hood le sonrió.

—Gracias. Si hay un problema, sea lo que fuere, trataremos de resolverlo rápidamente y con la mayor discreción posible.

La señora Leigh asintió y volvió a concentrarse en su computadora. En ese mismo momento, el vicepresidente salió de la Oficina Oval. Charles Cotten era un hombre alto y fornido, de rostro alargado y fino cabello canoso. Saludó a Hood con un cálido apretón de manos y una sonrisa, pero no se detuvo a hablar con él. La señora Leigh activó el intercom. El presidente respondió. La secretaria anunció la presencia de Hood y el presidente le pidió que lo hiciera pasar. Hood dio la vuelta al escritorio y entró en la Oficina Oval.

16

Bakú, Azerbayán Martes, 12.07hs.

David Battat estaba acostado en el catre desvencijado, contemplando el oscuro cielo raso del cuarto de herramientas en el húmedo sótano del edificio. Pat Thomas dormía boca arriba en otro catre igualmente destartalado contra la otra pared del cuartucho. Su respiración era suave y regular. Pero Battat no podía dormir.

Todavía le dolía el cuello y estaba furioso consigo mismo por haberse dejado atrapar, pero no era eso lo que le impedía dormir. Antes de acostarse, Battat había estudiado la información original recibida por la CÍA acerca del Arponero. No podía sacársela de la cabeza. Todas las señales, entre ellas un testigo presencial confiable, indicaban que el Arponero era el terrorista que el *Rachel* había ido a buscar. Y si efectivamente era así, si el Arponero había pasado por Bakú cuando iba camino hacia otro lugar, una inquietante pregunta preocuparía eternamente a Battat.

¿Por qué sigo con vida?

¿Por qué un terrorista célebre por la crueldad de sus atentados y su conducta netamente homicida habría de dejar con vida a un enemigo? ¿Para confundir a sus perseguidores? ¿Para hacerlos creer que no era el Arponero el que había pasado por allí? Ésa había sido su reacción inicial. Pero era probable que el temible terrorista lo hubiera dejado vivo por otra razón. Y el desvelado Battat se devanaba los sesos tratando de descubrir cuál podría ser esa misteriosa razón.

Lo único que se le ocurría era que, luego del ataque, él podría haber comunicado información errónea a sus superiores. Pero Battat no había comunicado a sus superiores ninguna clase de información que desconocieran: sólo les había dicho que el *Rachel* estaba allí donde supuestamente debía estar. Y como no sabían quién había subido a la embarcación ni a dónde se había dirigido, esa información no les serviría para nada.

La ropa de Battat había sido cuidadosamente revisada por expertos en busca de transmisores electrónicos o rastreadores

radiactivos. No habían encontrado nada, pero igualmente habían destruido la ropa como medida precautoria. Si alguien hubiera encontrado alguna prenda de Battat, podría haberla usado para divulgar datos equívocos o confundir al enemigo. Moore le había revisado el cabello y había mirado debajo de sus uñas, en el interior de su boca y en todos los demás lugares posibles en busca de un microtransmisor que pudiera ser usado para localizar a Battat o captar sus conversaciones. Tampoco había encontrado nada.

Es que no había nada que encontrar, pensó con desazón. Eso lo preocupaba mucho, porque no creía estar vivo por obra de un error u oportuna intervención del azar. Estaba vivo por alguna razón.

Cerró los ojos y se puso de costado en el catre. Seguir pensando en eso cuando estaba mortalmente exhausto no lo llevaría a ninguna parte. Tenía que dormir. Se obligó a pensar en algo agradable: pensó en lo que haría cuando por fin encontrara al Arponero.

Ese solo pensamiento lo ayudó a relajarse. Empezó a sentir calor. Lo atribuyó a la mala ventilación del cuartucho y al desasosiego que sentía por todo lo que había ocurrido.

Unos minutos después se había dormido.

Unos minutos después de haberse dormido... comenzó a transpirar.

Unos minutos después de comenzar a transpirar... estaba despierto y jadeando por la falta de aire.

17

Washington, D.C. Lunes, 16.13 hs.

El presidente estaba escribiendo algo sobre un papel con membrete oficial cuando Hood entró en la Oficina Oval. Le pidió que tomara asiento, ya que necesitaba hacer algunas anotaciones más antes de que comenzaran a conversar. Hood cerró suavemente la puerta y avanzó hacia el sillón de cuero color tabaco ubicado frente al escritorio presidencial. Apagó su teléfono celular y se sentó.

El presidente llevaba puesto un traje negro y una corbata a rayas plateadas y negras. A sus espaldas, una suntuosa luz bermeja se filtraba a través de los paneles de vidrio a prueba de balas. Afuera, el Jardín de Rosas prodigaba su riqueza y su inconfundible perfume. Todo parecía estar tan bien allí, las cosas parecían ser tan saludables y normales, que por un momento Hood dudó de sí mismo.

Pero sólo por un momento. Su instinto lo había guiado hasta allí; no había ninguna razón para empezar a dudar de él. Además, la batalla siempre se desarrollaba en otro lugar, nunca en la tienda de comando.

El presidente terminó de escribir, dejó a un costado la lapicera y miró fijamente a Hood. Tenía la cara cansada y pálida, pero sus ojos no habían perdido un ápice del brillo que los caracterizaba.

—Qué sucede, Paul —dijo en un susurro.

Hood sintió que le ardían las orejas. No iba a ser fácil. Aunque tuviera razón, no iba a ser fácil convencer al presidente de que algunos miembros de su staff podrían estar organizando una operación por su cuenta y riesgo. Hood no tenía muchas pruebas en que basarse para acusarlos y deseó con todo su ser haber ido a ver a la Primera Dama antes de enfrentar al presidente. Hubiera sido más fácil que ella lo pusiera al tanto de sus sospechas en privado. Pero si la inteligencia recibida por Herbert era genuina, tal vez no habría tiempo para dilaciones ni cortesías. Irónicamente, Hood tendría que dejar fuera del juego a Megan Lawrence. No quería que el presidente supiera que su esposa había estado hablando de él a sus espaldas.

Se inclinó hacia adelante y tosió un poco antes de empezar a hablar.

—Señor presidente, tengo algunas dudas acerca de la operación de inteligencia con las Naciones Unidas.

—Jack Fenwick se está encargando de todo —dijo el presidente—. Cuando regrese de Nueva York me dará un informe abarca-tivo.

—¿La ANS dirigirá el proyecto?

—Sí —anunció el presidente—. Jack se reportará conmigo a diario. Paul, espero sinceramente que su visita no se deba a una controversia territorial entre el Op-Center y la ANS...

—No, señor —aseguró Hood.

Sonó el intercom. El presidente contestó el llamado. Era la señora Leigh. Dijo tener algo para Paul Hood. El presidente frunció el ceño y le pidió que llevara a la Oficina Oval lo que tenía para Hood. Luego miró a Hood y enarcó una ceja.

—¿Qué está pasando, Paul?

—Espero que nada —dijo Hood.

La señora Leigh entró en ese momento y le entregó una hoja de papel a Hood.

—¿Esto es todo? —preguntó Hood.

La mujer asintió.

—¿Y el archivo?

—Vacío —respondió ella.

Hood le dio las gracias y la secretaria lo dejó solo con el presidente.

—¿Cuál archivo está vacío? —preguntó el primer mandatario, sin ocultar su irritación—. ¿Qué diablos está pasando, Paul?

—En seguida se lo diré, señor presidente —replicó Hood. Miró atentamente el papel que le había entregado la señora Leigh—. Hoy, entre las once de la mañana y las cuatro de la tarde, Jack Fenwick debía encontrarse con representantes del gobierno de Irán en su misión permanente en Nueva York.

—Imposible —dijo el presidente.

—Señor, su secretaria obtuvo esta información en la oficina de la ANS —replicó Hood, entregándole el papel al presidente—. Tiene el número de archivo de la ANS en la parte superior. Y, de acuerdo a la inteligencia recibida por Bob Herbert, Fenwick pasó gran parte de la tarde con la delegación iraní.

El presidente le echó un vistazo al papel y permaneció en silencio durante un buen rato. Luego sacudió lentamente la cabeza.

—Supuestamente, Fenwick debía encontrarse con los sirios, los vietnamitas y otros seis delegados —murmuró—. Eso fue lo que me

dijo anoche. Diablos, ni siquiera hemos dado los primeros pasos para llegar a un acuerdo de inteligencia con Irán.

—Lo sé —dijo Hood—. Pero Fenwick estuvo allí. Y, salvo por este documento, el archivo está vacío. En lo que concierne a la ANS, la iniciativa de inteligencia cooperativa con las Naciones Unidas no existe.

—Tiene que ser mentira —dijo el presidente con desdén—. Más y más mentiras —apretó el botón del intercom—. Señora Leigh, comuníqueme ya mismo con Jack Fenwick...

—No creo que convenga que hable con nadie de la ANS, señor —le advirtió Hood.

—¿Perdón?

—Todavía no. Por favor —dijo Hood.

—Un momento, señora Leigh —dijo el presidente—. Paul, acaba de decirme que mi asesor de Seguridad Nacional no está respetando las reglas del juego. ¿Y ahora me pide que no me moleste en averiguar si lo que me dijo es verdad?

—Sería mejor que habláramos un poco antes de que compruebe la veracidad de mis palabras —dijo Hood.

—¿Acerca de qué?

—No creo que lo que ocurre con Fenwick sea producto de la falta de comunicación —le espetó Hood.

—Yo tampoco —dijo el presidente—. Mis conversaciones con él fueron muy explícitas. Por eso necesito comunicarme con Fenwick ahora mismo.

—Pero... ¿qué pasaría si algo anduviera verdaderamente mal? —preguntó Hood.

—Expliqúese.

—¿Qué pasaría si ésta fuera una operación clandestina? —insistió Hood.

—Usted no está en sus cabales —dijo el presidente. Parecía anonadado—. ¡Dios santo, Paul, conozco a la mayoría de esta gente desde hace quince o veinte años! ¡Son mis amigos!

Hood comprendió. Sólo se le ocurrió murmurar:

—*Et tu, Brute?*

El presidente se quedó mirándolo.

—¿Qué diablos está diciendo, Paul?

—Cuando Julio César fue asesinado por los republicanos en el Senado, fue su amigo más íntimo y más antiguo el que organizó el homicidio —dijo Hood.

El presidente lo miró a los ojos. Un instante después le pidió a la señora Leigh que no hiciera la llamada. Luego negó suavemente con la cabeza.

—Lo escucho —dijo—. Pero más vale que valga la pena.

Hood lo sabía. Lo que no sabía era por dónde comenzar. Tenía entre manos una posible conspiración y la posibilidad de una enfermedad mental. Tal vez ambas cosas. Decidió empezar por el principio y seguir como pudiera.

—¿Por qué lo llamó Fenwick anoche, señor presidente? —preguntó.

—Acababa de terminar la última reunión del día con los embajadores en el Hay-Adams —dijo el presidente—. Varios gobiernos clave se oponían fuertemente a la iniciativa de inteligencia. Supuestamente debía avisarme en cuanto lograra convencerlos a todos de la viabilidad y necesidad del proyecto.

—Señor presidente —dijo Hood—, no creemos que Jack Fenwick haya estado anoche en el hotel Hay-Adams. La llamada que usted recibió aparentemente fue realizada desde otro lugar.

—¿Desde dónde? —preguntó el presidente.

—No lo sé —admitió Hood—. Tal vez ya estaba en Nueva York. ¿Fenwick también se ocupó de las conversaciones con el Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso?

—No —dijo el presidente—. Obtener la aprobación del Comité de Supervisión era responsabilidad del asistente de Fenwick, Don Roedner, y de Red Gable.

Hood no conocía a Roedner y tampoco había tenido mucho contacto con Burt "Red" Gable, el jefe de gabinete del presidente. Gable tenía muy bajo perfil tanto en su trabajo como en su vida personal.

—Señor —prosiguió Hood—, la senadora Fox no se enteró de lo que ocurría hasta anoche, cuando usted le agradeció el apoyo brindado a la iniciativa del señor Fenwick.

El presidente Lawrence frunció el ceño, pero sólo un instante. Su expresión fue cambiando paulatinamente. Durante un momento pareció otra persona, una mezcla de anciano y niñito perdido en la oscuridad. Lawrence se irguió contra el respaldo del sillón presidencial.

—Gable no haría nada a mis espaldas —dijo con un suspiro—. De eso estoy seguro. Y si lo hiciera, yo me daría cuenta con sólo verle la cara.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó Hood.

El presidente tuvo que pensarlo antes de contestar.

—El viernes, en la reunión de gabinete —dijo por fin.

—Hubo mucha gente en esa reunión, y muchos temas para discutir y analizar —dijo Hood—. Si pasaba algo raro con Gable, tal vez usted no se haya dado cuenta. También es posible que la ANS haya engañado a Gable.

—Eso sí que no puedo creerlo —dijo el presidente.

—Ya veo —dijo Hood—. Bien, si Fenwick y Gable no están organizando una operación ilegal, sólo se me ocurre una posibilidad.

—¿Cuál?

Hood tendría que tener mucho cuidado al decirlo. Ya no se trataba de lanzar ideas como dardos sobre los allegados al presidente sino sobre el presidente mismo.

—Tal vez nada de esto haya ocurrido —dijo resueltamente—. La iniciativa Naciones Unidas, los encuentros con delegados de gobiernos extranjeros... nada de eso.

—Usted está diciendo que yo lo imaginé todo —dijo el presidente.

Hood no respondió.

—¿De verdad lo cree posible? —preguntó el presidente.

—No —replicó Hood con toda sinceridad. A falta de otra evidencia, todavía le quedaba el llamado telefónico supuestamente realizado desde el Hay-Adams... y estaba seguro de que el presidente no lo había imaginado—. Pero no quiero mentirle, señor presidente —prosiguió—. Últimamente se lo ve muy tenso, a la defensiva, distraído. Como si no fuera el mismo de siempre.

El presidente respiró hondo, comenzó a decir algo y se interrumpió en seco.

—Muy bien, Paul. Ha logrado convencerme. ¿Qué tenemos que hacer ahora?

—Sugiero que procedamos bajo la sospecha de que tenemos un problema grave —dijo Hood—. Continuaré con la investigación desde nuestra sede. Veremos qué podemos averiguar sobre la conexión iraní. Investigaremos todo lo que estuvo haciendo Fenwick, con quién más habló, etcétera.

—Me parece bien —dijo Lawrence—. Fenwick debe regresar esta noche a última hora. No hablaré con él ni con Red hasta no haber tenido noticias suyas. En cuanto averigüe algo, por favor hágamelo saber.

—Así lo haré, señor —prometió Hood.

—¿Pondrá a la senadora Fox al tanto de lo que está ocurriendo?

Hood dijo que lo haría y se puso de pie. El presidente lo imitó. Parecía sentirse un poco mejor, más al mando. Pero Hood seguía preocupado por lo que le había dicho Megan.

—Señor presidente —empezó—, tengo otra pregunta para hacerle.

El presidente lo miró con gran atención, como escrutándolo, y asintió.

—Hace unos minutos usted dijo que esto era "una mentira más" —dijo Hood—. ¿A qué se estaba refiriendo?

El presidente no apartó los ojos.

—Antes de responder esa pregunta, permítame preguntarle algo a mi vez.

—Claro.

—¿De verdad no conoce la respuesta a su pregunta? —lo interrogó el presidente.

Hood respondió que no.

—¿Vino a verme pura y exclusivamente por lo que ocurrió anoche? —insistió el presidente.

Hood titubeó. El presidente sabía que la Primera Dama y él eran viejos amigos. A Hood no le correspondía decirle al presidente que su esposa estaba preocupada por él. Pero tampoco quería sumarse a la lista, aparentemente larga, de los que ejercitaban el arte de la mentira con el primer mandatario.

—No —respondió Hood, haciendo honor a la verdad—. Ésa no fue la única razón que me impulsó a venir a verlo.

El presidente esbozó una sonrisa débil, cansada.

—Es suficiente, Paul —musitó—. No quiero presionarlo.

—Gracias, señor.

—Pero le diré una cosa acerca de la mentira —continuó el presidente—. Éste no es el único entuerto que hemos tenido aquí últimamente. Ha sido muy frustrante —Lawrence le tendió la mano por encima del escritorio—. Gracias por venir, Paul. Y gracias por insistirme.

Hood sonrió y estrechó la mano del presidente. Luego dio media vuelta y abandonó la Oficina Oval.

Afuera había un grupo de inquietos boy scouts esperando en compañía de un fotógrafo. A juzgar por sus fajas y bandas, acababan de ganar alguna clase de premio. Hood les guiñó el ojo y saboreó por un instante el estupor boquiabierto y la inocencia de los muchachitos. Le dio las gracias a la señora Leigh al pasar junto a su escritorio. La mujer lo miró preocupada y Hood le hizo saber que pronto se pondría en contacto con ella. Leigh le agradeció con los labios antes de hacer pasar a los boy scouts.

Hood volvió rápidamente a su auto. Encendió el motor e inmediatamente prendió su teléfono celular para chequear los mensajes. Sólo había uno. De Bob Herbert. Hood lo llamó en seguida.

—Bob, soy Paul —dijo—. ¿Qué novedades hay?

—Muchas —dijo Herbert—. En primer lugar, Matt rastreó el llamado supuestamente realizado desde el Hay-Adams.

—¿Y?

—El llamado se originó en el teléfono celular de Fenwick.

—¡Bingo! —replicó Hood.

—Tal vez sí, tal vez no —lo tranquilizó Herbert.

—No entiendo —dijo Hood.

—Hace unos minutos recibí un llamado... que no esperaba en absoluto recibir —dijo Herbert.

—¿De...?

—Fenwick —replicó Herbert—. No estuvo para nada reticente y pareció sorprenderse cuando le dije lo que sospechaba. Me dijo que anoche no había hablado con el presidente. También dijo que le habían robado el maletín, y que por eso no había recibido los llamados que hice a su celular. Solamente recibió el que hice a su oficina.

—No estoy de ánimo para comprar esa versión de las cosas —replicó Hood —. El presidente recibió una llamada realizada desde ese maldito hotel.

—Es cierto —concedió Herbert—. Pero... ¿recuerdas a Marta Streeb?

—¿La mujer que tuvo una aventura amorosa con el senador Lancaster? —preguntó Hood.

—La misma que viste y calza —replicó Herbert.

—¿Qué pasa con ella?

—Hacía sus llamados desde un teléfono bancario en Union Station para que nadie pudiera rastrearlos —dijo Herbert.

—Ya recuerdo —dijo Hood—. Pero el presidente no está teniendo una relación extramatrimonial.

—¿Estás seguro? —preguntó Herbert—. Su esposa dijo que últimamente estaba actuando de manera extraña. Podría deberse a la culpa...

—Podría ser, pero primero tendríamos que esclarecer los temas de seguridad nacional —le espetó Hood.

—Claro —replicó Herbert.

Hood respiró hondo para calmarse. La magnitud de su enojo lo sorprendió. Jamás había tenido una relación extramatrimonial pero, por alguna razón, el comentario de Herbert lo había hecho sentir culpable respecto a Sharon.

—¿Qué más te dijo Fenwick? —preguntó.

—Que no sabe nada acerca de una iniciativa de cooperación con las Naciones Unidas —dijo Herbert—. No recibió ningún llamado al respecto ni leyó nada en ningún informe ni en los diarios. Me dijo que lo enviaron a Nueva York para ayudar a los iraníes con la situación que involucra al Arponero y posiblemente a terroristas azerbaijanos en el Caspio. Creo que hasta podría ser cierto —señaló Herbert—. Si la CÍA estuvo metida en la región, es probable que los iraníes necesiten pedirle ayuda a otra agencia. O a alguien que les ofrezca capacidades de inteligencia.

—¿Los iraníes estuvieron trabajando con la CÍA en esto?

—Estoy tratando de averiguarlo —dijo Herbert—. Ya conoces a esos empresarios de la inteligencia. No les gusta compartir. Pero piénsalo un poco. El Op-Center ha trabajado con otros gobiernos, algunos de ellos hostiles. Nos meteríamos en la cama con Teherán si supiéramos que sólo íbamos a mimarnos un poquito.

Hood tuvo que admitir que era cierto.

—Y Fenwick estuvo con la delegación —prosiguió Herbert—. Eso es seguro.

—Es lo único seguro que tenemos hasta el momento —replicó Hood—. Bob, dijiste que Fenwick fue enviado a Nueva York. ¿Te dijo quién lo envió?

—Sí —replicó Herbert—. Y no creo que la respuesta vaya a gustarte. Fenwick dice que el presidente lo mandó a Nueva York.

—¿OEO? —preguntó Hood. OEO era la sigla de "órdenes orales exclusivamente". Se daban cuando un funcionario no quería dejar testimonio escrito de la orden o cuando estaba manejando una situación potencialmente explosiva.

—OEO —confirmó Herbert.

—Dios santo —musitó Hood—. Mira... tiene que haber alguien más en este asunto con Irán.

—Seguro —coincidió Herbert—. Algún VIP, probablemente. El jefe de gabinete...

—Llama a la oficina del vicepresidente Cotten —lo interrumpió Hood—. Quiero que averigües qué tiene para decir al respecto. Pasaré a verte lo más pronto posible.

—Pediré una pizza, entonces —prometió Herbert.

Hood cortó la comunicación y se concentró en escapar cuanto antes de los embotellamientos de tránsito de la hora pico.

Teniendo en cuenta la densidad extrema del momento, era una bienvenida diversión.

18

Gobustán, Azerbayán Martes, 1.22 hs.

Los otros hombres dormían plácidamente en las colchonetas raídas que habían comprado de segunda mano en Bakú. Pero Maurice Charles todavía estaba despierto, sentado frente a la misma destartalada mesa de madera en la choza levantada por los pastores. Aunque jamás había tenido problemas para dormir antes de una misión, siempre había tenido problemas para esperar que otros hicieran ciertas cosas. Cosas de las que dependía la misión. Hasta que todo estuviera en orden no podría —ni quería— descansar.

Cuando por fin sonó el teléfono, sintió una sacudida eléctrica. Casi como si se hubiera electrocutado. Ya estaba hecho. Y era lo último que restaba por hacer antes de la hora H.

Charles caminó hasta el tablero. Junto al StellarPhoto Judge 7 había una unidad Zed-4 desarrollada por la KGB en 1992. El sistema telefónico seguro tenía el tamaño y el formato general de un libro de tapa dura. El receptor, pequeño y chato, encajaba perfectamente en el costado. Era un adelanto notable respecto a las radios "punto a punto" que Charles había utilizado en sus comienzos. Esas radios tenían un alcance de cuatro kilómetros y medio. El Zed-4 usaba una serie de vínculos satelitales para captar transmisiones celulares de todo el mundo. Una serie de amplificadores de audio y elevadores de tensión internos eliminaban virtualmente los cortes y las señales perdidas.

El Zed-4 también tenía la ventaja de ser completamente seguro. La mayoría de los llamados telefónicos seguros, incluyendo las unidades norteamericanas Tac-Sat, estaban encriptados con un número de 155 dígitos. Para violar el código, los espías debían factorear ese número en sus dos números primos componentes. Aun cuando usaran computadoras sofisticadas como la Cray 916, el procedimiento podía llevar varias semanas. La CÍA había conseguido hacerlo más rápidamente robando tiempo de computadora a las computadoras personales. En 1997, la CÍA empezó a utilizar servidores de Internet para transportar los números a sistemas de computadoras personales. De este modo, podía apropiarse de pequeñas cantidades de memoria para trabajar en la resolución del problema sin que el usuario se enterara jamás. Conectada a un sistema de millones de PC, la CÍA estuvo en condiciones de agregar gigas de energía computarizada al problema. Esta situación también les creó un problema a los contraprogramadores, ya que imposibilitó la entrada al Sistema Clandestino de Campo de la CÍA. De este modo, el Zed-4 se creó usando un complejo código de encriptado de 309 dígitos. Incluso el SCC carecía de energía suficiente para violar ese código en un período razonable.

Charles atendió al tercer campanillazo.

—B agudo —dijo. Ése era el nombre codificado del receptor.

—C natural —dijo el que había llamado.

—Adelante —respondió Charles.

—Estoy en la vereda de enfrente al blanco —dijo la voz—. Van a traerlo a la puerta lateral.

—¿Sin ambulancia?

—Sin ambulancia —respondió la voz.

—¿Quién está con él? —preguntó Charles.

—Dos hombres —contestó el otro—. Ninguno de los dos lleva uniforme.

Charles sonrió. Los norteamericanos eran tan predecibles. Cuando había más de un operativo invariablemente recurrían al manual del usuario. "Cómo ser soldado o espía", Regla 53: colocar al hombre por encima de la misión.

—¿Los refuerzos están en su lugar?

—Sí, señor.

—Entonces procedan —ordenó Charles.

—Délo por hecho —dijo el otro—. Cambio y fuera.

La línea quedó muerta. Charles colgó el receptor.

Eso era todo. La última pieza del rompecabezas acababa de ser colocada en su lugar. Había dejado con vida al agente para liquidar a los otros. Una inyección en el cuello, una neumonía bacteriana galopante, y todo el elenco local saldría tristemente de escena. No quedaría nadie para terminar lo que esos infelices habían comenzado, nadie para impedirle concluir exitosamente su misión.

Debía hacer un último llamado antes de acostarse. A una línea segura en Washington, al único hombre que sabía que Charles estaba involucrado en esa operación.

A un hombre que no cumplía las reglas ni obedecía ciegamente los lineamientos del manual del usuario.

Al hombre que había concebido uno de los planes más audaces de los tiempos modernos.

19

Bakú, Azerbayán Martes, 1.35 hs.

El trayecto al hospital VIP tomó menos de diez minutos. El VIP era el único hospital que, en opinión de la embajada, respondía a los estándares de salud occidentales. Por lo tanto, habían llegado a un acuerdo con el doctor Kanibov, uno de los pocos médicos angloparlan-tes de la ciudad. Kanibov, un afable cincuentón, recibía cierta suma de dinero "en negro" a cambio de estar disponible en caso de emergencia y recomendar especialistas calificados cuando era necesario.

Tom Moore no sabía si necesitarían un especialista. Lo único que sabía era que Pat Thomas lo había despertado hacía veinte minutos. Thomas había escuchado a David Battat gemir en su catre. Cuando fue a ver qué ocurría, encontró a Battat empapado en transpiración y temblando como una hoja. La enfermera de la embajada lo revisó y le tomó la temperatura. Tenía casi cuarenta grados de fiebre. La enfermera sugirió que Battat podía haberse golpeado la cabeza o sufrido daño en los vasos capilares cuando fue atacado. En vez de llamar a una ambulancia, Thomas y Moore metieron a Battat en uno de los vehículos de la embajada y lo llevaron al hospital. El médico llamó al doctor Kanibov para anticiparle que tenían un probable caso de shock neurológico.

Justo lo que necesitamos, perder un hombre en este momento, pensaba Thomas mientras atravesaban las calles oscuras y desiertas de la embajada y el distrito comercial. Ya era bastante malo tener tan poco personal para realizar las tareas de inteligencia cotidianas. Pero encontrar al Arponero, uno de los terroristas más escurridizos del mundo, requeriría un esfuerzo monumental. La única esperanza de Thomas era que su llamado a Washington posibilitara la cooperación del Op-Center a través de su filial en San Petersburgo.

El doctor Kanibov vivía a una cuadra del hospital. El médico alto y entrecano los estaba esperando en la puerta. Battat tosía como un desesperado y le castañeteaban los dientes. Cuando dos paramédicos lo acostaron en una camilla apenas cruzado el umbral, los labios y las uñas del norteamericano ostentaban un desalentador color azul.

—La corriente sanguínea está muy restringida —dijo Kanibov a uno de los paramédicos—. Necesitará oxígeno —miró el interior de la boca de Battat—. Restos de mucosa. Succiónenlos y luego tómenle la temperatura por vía bucal.

—¿Qué cree que está pasando, doctor? —preguntó Thomas.

—Todavía no lo sé —dijo Kanibov.

—La enfermera de la embajada dijo que podía tratarse de un shock neurológico —dijo Thomas.

—Si fuera un shock neurológico el paciente tendría el rostro pálido, no violáceo —dijo el médico con preocupación. Miró a Thomas y Moore—. Caballeros, pueden esperar aquí o regresar y esperar en...

—Nos quedaremos aquí —lo interrumpió Thomas—. Por lo menos hasta saber qué le pasa.

—Muy bien —dijo el médico. Los paramédicos empujaron la camilla de Battat hacia la sala de emergencias.

Thomas pensó que, para tratarse de una sala de emergencias, el lugar tenía una calma excesiva. Cada vez que había llevado a uno de sus tres hijos al hospital en

Washington o en Moscú, las salas de emergencia eran como el ala oeste de la Casa Blanca: un caos ruidoso y con propósito. Imaginó que las clínicas situadas en los barrios más pobres de Bakú debían ser más parecidas a su recuerdo. No obstante, el silencio era casi mortuorio.

Miró a Moore.

—No tiene sentido que ambos nos quedemos aquí —dijo—. Convendría que alguno de los dos durmiera un poco.

—Yo no estaba durmiendo —dijo Moore—. Estaba haciendo los contactos que discutimos antes y revisando archivos.

—¿Encontró algo? —preguntó Thomas.

—Nada —dijo Moore.

—Razón de más para que regrese a la embajada —dijo Thomas—. Yo soy responsable por David. Esperaré aquí.

Moore consideró la propuesta de Thomas.

—De acuerdo —dijo—. ¿Me llamará apenas tenga alguna novedad?

—Por supuesto —prometió Thomas.

Moore le palmeó el hombro para reconfortarlo y se fue caminando lentamente hasta la entrada del hospital. Abrió la puerta de un empujón y subió al auto.

Un minuto después, Tom Moore giró la cabeza hacia la derecha y subió al asfalto.

20

Washington D. C. Lunes, 18.46 hs.

Paul Hood llegó al Op-Center para encontrarse con Bob Herbert y Mike Rodgers. También llamó por teléfono a Liz Gordon. Le pidió que lo esperara porque quería hablar con ella más tarde. Su intención era ponerla al tanto de lo que podía estar ocurriéndole al presidente desde el punto de vista médico.

Hood se topó con Ann Farris camino a su oficina. La bella mujer lo acompañó a través del angosto y sinuoso laberinto de cubículos hasta el ala ejecutiva. Como había dicho Herbert al ver por primera vez el Op-Center, el ala ejecutiva era el lugar donde los cubículos tenían techo.

—¿Tenemos algo interesante en puerta? —preguntó Ann.

—La confusión de siempre —dijo Hood—. Sólo que esta vez está sucediendo en Washington, no en algún país de ultramar.

—¿Se trata de algo realmente preocupante o perjudicial?

—Todavía no lo sé —admitió Hood—. Aparentemente hay un cabo suelto en algún lugar clave de la ANS. —Hood no quería decir nada acerca de los posibles lapsus mentales del presidente. No porque no tuviera confianza en Ann. Pero Megan le había pedido absoluta discreción al respecto. Por eso, por el momento quería compartir esa información con la menor cantidad de gente posible—. ¿Cómo andan las cosas en tu departamento?

—Con la eficacia y la experta coordinación de siempre —dijo ella con una sonrisa arrebatadora.

—Eso quiere decir que no pasa nada.

—Exactamente —dijo Ann. Esperó un momento y luego preguntó—: ¿Piensas quedarte un rato en el Op-Center?

—Un par de horas —dijo Hood—. No tengo motivos para volver al hotel. Me sentaré en mi oficina y veré alguna telecomedia lamentable.

—¿Puedo invitarte a cenar? —ofreció la dama.

—Te advierto que la noche puede ser larga —dijo Hood.

—Yo tampoco tengo planes —dijo ella—. Esta semana mi hijo se quedará con el padre. No tengo ninguna razón para volver a casa... excepto un gato malcriado y las mismas, lamentables telecomedias.

El corazón de Hood comenzó a latir un poco más rápido que de costumbre. Se moría de ganas de aceptar la invitación de Ann. Pero todavía era un hombre casado y salir con una compañera de trabajo divorciada podría traerle problemas, tanto en el plano legal como en el plano ético. Y el Op-Center no necesitaba esa clase de distracciones. El equipo de inteligencia era brillante en lo que hacía a descubrir y hacer circular la información. A la mañana siguiente, todo el mundo se habría enterado de que Hood había cenado con Farris. Además, la expectativa de cenar con Ann le impediría concentrarse en la crisis del Poder Ejecutivo.

—Ojalá pudiera aceptar, Ann —dijo sinceramente—. Pero no sé cuándo terminaremos aquí. ¿En otra ocasión tal vez?

—Claro —dijo ella con una sonrisa triste. Luego le acarició el dorso de la mano—. Que tengas una reunión productiva.

—Gracias —dijo Hood.

Ann se alejó lentamente por el pasillo y Hood continuó su camino.

Se sentía verdaderamente mal. No había hecho lo que deseaba hacer con todo su corazón: cenar con Ann. Y además había herido sus sentimientos.

Se detuvo en seco. Quería salir corriendo tras ella y decirle que cenarían juntos. Pero sabía que una vez que empezara a recorrer esa senda no habría vuelta atrás. Perplejo, siguió caminando hacia su oficina.

Apenas llegó, convocó a Rodgers y Herbert. Rodgers dijo que estaría allí en unos segundos. Herbert estaba en la computadora y prometió reunirse con ellos pocos minutos más tarde.

Rodgers mantenía todo el tiempo una actitud alerta y profesional. Era obvio que siempre había querido dirigir el Op-Center. Si albergaba algún resentimiento por el hecho de que le hubieran otorgado la dirección del centro y luego se la hubieran quitado, no lo demostró en ningún momento. Por sobre todas las mezquindades y recelos humanos, Rodgers era un buen hombre y un jugador leal a su equipo.

El general Rodgers había pasado la mayor parte del día supervisando las actividades del Op-Center mientras Hood se ocupaba del presidente y la iniciativa Naciones Unidas. Mientras Hood lo informaba acerca de la conversación que habían mantenido Herbert y Fenwick, el jefe de inteligencia entró en la oficina a bordo de su silla de ruedas. Estaba sonrojado y transpiraba ligeramente. Era obvio que había tenido que apurarse para llegar a tiempo.

—¿Cómo está tu relación con Sergei Orlov del Op-Center ruso? —preguntó casi sin aliento.

La pregunta sorprendió a Hood.

—Hace más de seis meses que no hablo con él —dijo—. ¿Por qué?

—Acabo de recibir un mensaje vía correo electrónico enviado desde la embajada de los Estados Unidos en Bakú —explicó Herbert—. Uno de los agentes de la CÍA que están trabajando allí, Tom Moore, está convencido de que el Arponero anduvo de visita por Bakú. Moore no sabe por qué diablos ese miserable estuvo allí...

—El motivo de su visita podría estar relacionado con lo que me estabas contando —le dijo Rodgers a Hood—. La conversación de Bob con Fenwick —aclaró.

—Acerca del temor de Irán de que se produzcan ataques terroristas desde Azerbaiján —completó Hood.

Rodgers asintió.

—Estoy de acuerdo en que es una de las posibilidades aceptables —dijo Herbert—. Paul, si efectivamente se trata del Arponero, Moore quiere impedir a toda costa que salga de la ex Unión Soviética. Espera que el Op-Center ruso preste su colaboración para resolver el caso.

—¿Cómo? —preguntó Hood—. Orlov y yo compartimos nuestros archivos hace unos años. No había nada en ellos acerca del Arponero.

—La organización de Orlov era novata en aquel entonces —lo interrumpió Herbert—. Es probable que, con el paso de los años, él o sus hombres hayan encontrado algo en los viejos archivos de la KGB. Algo que tal vez no nos haya comentado.

—Es posible —admitió Hood. El Op-Center padecía una gran escasez de personal y la situación de su equivalente ruso era todavía peor. Por eso se tornaba difícil mantener un flujo regular de información.

—Además de brindarle inteligencia sobre el Arponero —prosiguió Herbert—, Moore espera que la gente de Orlov vigile los sectores norte y noreste de Rusia. Piensa que el Arponero podría tratar de abandonar la región a través de Escandinavia.

Hood miró su reloj.

—Son aproximadamente las tres de la mañana en Rusia —dijo, no sin cierta consternación.

—¿Puedes llamarlo a su casa? —insistió Herbert—. Esto es importante. No creo tener necesidad de recordártelo.

Herbert tenía razón. Independientemente de su deseo personal de ver capturado, juzgado y ejecutado al malévolo y escurridizo terrorista, era innegable que el Arponero era un individuo que merecía salir de circulación.

—Lo llamaré —anunció Hood.

—Antes de que lo hagas, me gustaría saber qué pasó con el presidente Lawrence —intervino Rodgers—. ¿Cómo anduvieron las cosas por ese lado?

—Te informaré después de hablar con Orlov —dijo Hood. Acto seguido, ingresó a su lista computarizada de teléfonos seguros. Encontró el número de Orlov—. Pero, a juzgar por la primera impresión, andamos sobre terreno fangoso. O el presidente está padeciendo alguna clase de fatiga o agotamiento mental... o estamos frente a un grupo de funcionarios de primer nivel embarcados en una operación en negro cuyos motivos y alcances desconocemos por el momento...

—O ambas cosas a la vez —dijo Herbert.

—O ambas cosas a la vez —coincidió Hood—. Le he pedido a Liz Gordon que pase a verme más tarde para discutir lo que podría estar pasándole al presidente.

Antes de marcar el número particular de Orlov, Hood llamó a la oficina de lingüística del Op-Center y pidió que Orly Turner esperara en línea. Hood quería que Orly —una de las cuatro traductoras e intérpretes del Op-Center, especializada en Europa Oriental y Rusia— participara de su conversación con el ruso. Aunque Orlov hablaba inglés con notable fluidez, Hood quería estar completamente seguro de que no habría malas interpretaciones ni demoras debidas a la explicación de algún término técnico.

—¿Quieres saber qué me dice mi instinto? —preguntó Herbert.

—¿Qué? —preguntó Hood, marcando el número de Orlov.

—Que todo esto está relacionado —dijo Herbert—. El presidente que parece estar fuera de sus cabales, Fenwick que hace acuerdos secretos con Irán, el Arponero que se presenta en Bakú. Todo es parte de un gran cuadro que todavía no hemos logrado vislumbrar.

Hood estaba de acuerdo con Herbert. De hecho, su instinto lo llevaba un paso más allá.

Cada vez estaba más convencido de que el "gran cuadro" al que había aludido Herbert era más grande de lo que imaginaban.

21

Bakú, Azerbayán Martes, 3.58 hs.

Al ver bajar a Tom Moore, Pat Thomas corrió hacia la puerta del hospital. Se hallaba a mitad de camino cuando vio saltar un chorro de sangre del costado de la cabeza del agente. Thomas se detuvo en seco y pegó un salto hacia atrás en el preciso instante en que una bala atravesaba la puerta de vidrio. La bala penetró en su muslo izquierdo y lo hizo caer. Thomas aterrizó sentado y continuó retrocediendo. Una segunda bala destrozó las baldosas verdes a pocos milímetros de sus pies. Thomas siguió arrastrándose por el suelo, impulsándose con las palmas de las manos y el tobillo derecho. La herida ardía como fuego y cada movimiento era una agonía. Thomas iba dejando un largo rastro de sangre a su paso.

Pocos segundos después, el personal del hospital se dio cuenta de lo que había pasado. Una de las enfermeras, joven y esbelta, corrió a ayudar al herido seguida por varios paramédicos. Entre todos lo llevaron en andas hasta el mostrador de admisión. Otra enfermera llamó a la policía.

Un médico de cráneo calvo se arrodilló junto a Thomas. Llevaba puesto un par de guantes blancos de cirugía y gritaba instrucciones en azerbaijano a los otros empleados del hospital que se habían amontonado en torno al mostrador. Sin dejar de gritar, el médico sacó una navaja de su impecable chaqueta blanca y con sumo cuidado cortó la tela que rodeaba la herida.

Thomas cerró los ojos cuando el médico retiró la tela color caqui que cubría malamente su herida. Observó con atención las maniobras del doctor.

—¿Viviré? —preguntó en un susurro.

El médico no respondió. Sin previo aviso, comenzó a levantarse. Pero en vez de ponerse de pie, se montó sobre las piernas del norteamericano. Se sentó encima de la herida, transmitiendo el terrible ardor hasta la cintura del paciente. Thomas quiso gritar pero no pudo. Un segundo después, el médico deslizó una mano por detrás de su cabeza para mantenerla firme y le hundió la navaja en la

garganta. El metal atravesó la piel justo debajo del mentón, obligándolo a mantener la boca cerrada. La afilada hoja siguió su mortífero camino hasta que Thomas pudo sentir la punta del acero bajo su lengua.

La boca se le llenó de sangre y sintió que se asfixiaba. En un desesperado esfuerzo por salvar su vida, levantó las manos y trató de sacarse de encima al hombre calvo. Pero estaba demasiado débil. Sin perder la calma y con toda rapidez, el hombre calvo hundió la navaja hasta el mango, hasta llegar a la laringe de Thomas. Una vez allí, velozmente abrió un tajo de derecha a izquierda, siguiendo la línea de la mandíbula hasta las orejas. Luego retiró la navaja, se puso de pie y dejó que Thomas cayera al suelo como un muñeco desarticulado. El hombre calvo guardó la navaja en su bolsillo y se alejó caminando... sin volver la vista atrás.

El norteamericano quedó tendido sobre las baldosas, con los brazos sin fuerza y los dedos moviéndose sin propósito. Podía sentir el fluir de la sangre caliente a ambos lados de su garganta. También podía sentir que la carne se le estaba enfriando. Trató de gritar pero su voz era un murmullo pegajoso. Se dio cuenta de que, a pesar de que su pecho se movía, el aire no estaba entrando en sus pulmones. Tenía la garganta llena de sangre.

Su cabeza era un torbellino. De golpe vio todo negro. Pensó en el vuelo a Bakú, recordó su primer encuentro con Thomas... se preguntó quién era Thomas. Y luego pensó en sus hijos. Por un instante se vio jugando a la pelota con ellos en el jardín de su casa.

Después, todo desapareció en una bruma informe.

22

San Petersburgo, Rusia Martes, 4.01 hs.

El general Sergei Orlov estaba parado sobre la nieve en la pequeña ciudad de Nar'yan Mar, sobre el océano Ártico, cuando el chillido de un pájaro lo sobresaltó. Se dio vuelta para buscarlo y se encontró mirando con ojos vacuos su despertador.

Estaba en su departamento de dos ambientes en San Petersburgo.

—Maldito seas —dijo Orlov al tercer campanillazo del teléfono. El ex cosmonauta no soñaba a menudo con la ciudad donde se había criado. Odiaba que lo sacaran de sus calles amables, detestaba que lo arrancaran de los amorosos brazos de sus padres.

—¿Sergei? —murmuró su esposa Masha en un bostezo.

—Yo atiendo —la tranquilizó Orlov. Levantó el receptor del teléfono inalámbrico y lo apretó contra su pecho para sofocar el ruido—. Sigue durmiendo.

—Está bien —dijo su esposa.

No sin cierta envidia, Orlov oyó el suave crujido de las sábanas cuando Masha volvió a acurrucarse. Saltó de la cama, tiró de la bata que colgaba de la puerta y se la echó sobre los hombros mientras entraba al living. Aun cuando se tratara de un llamado equivocado, Orlov sabía que tendría enormes dificultades para volver a conciliar el sueño.

Finalmente atendió el llamado.

—Hola —dijo sin disimular su molestia.

—¿General Orlov? —dijo una voz al otro extremo de la línea. Era un hombre.

—¿Sí? —respondió Orlov, restregándose vigorosamente los ojos con la mano libre—. ¿Quién habla?

—Soy Paul Hood, general.

Orlov se despertó de golpe.

—¡Paul! —gritó—. Paul Hood, amigo mío. ¿Cómo está? Supe que había renunciado. Y supe lo que ocurrió en Nueva York. ¿Se encuentra bien?

Orlov caminó hasta el sillón mientras la intérprete traducía sus palabras. El general tenía un buen dominio del inglés, resultante de los años que había pasado como embajador de buena voluntad del programa espacial ruso al concluir su etapa de cosmonauta. No obstante, permitió que la intérprete hiciera su trabajo para evitar posibles confusiones.

Orlov se dejó caer en el sillón. Era un hombre de baja estatura cuyos hombros estrechos y complexión compacta lo habían convertido en el cosmonauta ideal. Pero tenía presencia. Sus deslumbrantes ojos color miel, sus altos pómulos y su piel oscura eran, al igual que su espíritu aventurero, parte de su herencia manchú. Cojeaba un poco al caminar debido a que se había roto la pierna y la cadera izquierdas cuando su paracaídas falló en la que debía ser su última misión espacial.

—Estoy bien —respondió Hood—. Retiré mi renuncia por pedido expreso del presidente.

Mientras Turner traducía, Orlov encendió la lámpara que estaba junto al sillón. Tomó el anotador y el lápiz que siempre tenía a mano sobre la mesa.

—¡Bien, bien! —dijo Orlov.

—Escuche, general —prosiguió Hood—. Lamento mucho tener que llamarlo a esta hora y a su propia casa.

—No es ninguna molestia, Paul —replicó Orlov—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Se trata del terrorista que se hace llamar "el Arponero" —dijo Hood—. Alguna vez hablamos de él.

—Sí, me acuerdo como si fuera hoy —dijo Orlov—. Lo estuvimos buscando por su vinculación con las bombas terroristas colocadas en Moscú hace algunos años.

—Tenemos motivos para creer que está en Azerbaiján, general.

Orlov apretó los labios.

—No me sorprendería —dijo—. Hace dos días creímos haberlo localizado en Moscú. Un guardia apostado en las proximidades de la tumba de Lenin estaba seguro de haberlo identificado. Llamó inmediatamente a la policía, pero cuando los policías llegaron el sospechoso había desaparecido.

—¿Me está diciendo que la policía lo perdió o que el sospechoso sabía que lo estaban vigilando y se las ingenió para escapar? —preguntó Hood.

—Los policías desarrollan las tareas de vigilancia con gran eficiencia —replicó Orlov—. El sujeto dobló la esquina y simplemente desapareció... como por arte de magia. Podría haberse cambiado de ropa, no sé cómo. Hay una entrada al subterráneo Kievskaya cerca de donde lo vieron por última vez. Es posible que se haya escabullido por allí.

—Es más que posible —dijo Hood—. Fue precisamente allí donde lo detectó el personal de nuestra embajada.

—Expliqúese, por favor —dijo Orlov.

—Nos habían dicho que el Arponero estaba en Moscú —prosiguió Hood—. El funcionario de la embajada siguió a un hombre que respondía a su descripción hasta el subterráneo. El Arponero bajó del subte al llegar a una estación de combinación de líneas. Abordó otro tren, bajó en la estación Paveletskaya y se evaporó, literalmente.

Orlov parecía sumamente interesado en el derrotero del terrorista.

—¿Está seguro de que era la estación Paveletskaya? —preguntó.

—Sí —respondió Hood—. ¿Eso tiene alguna importancia?

—Tal vez —dijo Orlov.

—General Orlov —prosiguió Hood—, aunque el Arponero haya abandonado Moscú en esa oportunidad, es probable que regrese allí o bien se dirija a San Petersburgo. ¿Cree que podría ayudarnos a encontrarlo?

—Me encantaría atrapar a ese monstruo —replicó Orlov—. Me pondré en contacto con Moscú y averiguaré qué información tienen ellos. Mientras tanto, por favor envíe todos los datos que tenga a mi oficina. Estaré allí dentro de una hora a más tardar.

—Gracias, general —dijo Hood—. Nuevamente, le pido disculpas por haberlo despertado. No quería perder tiempo.

—Hizo lo que debía hacer —le aseguró Orlov—. Fue bueno hablar con usted. Volveremos a comunicarnos durante el día.

Orlov se levantó del sillón y volvió a su dormitorio. Colgó el teléfono, besó a su preciosa y durmiente Masha en la frente y, en puntas de pie, se acercó al ropero y buscó su uniforme. Lo llevó al living y volvió a buscar el resto de su ropa. Se vistió rápidamente, en el más absoluto silencio, y luego escribió una nota para su querida esposa. Después de casi treinta años de matrimonio, Masha estaba acostumbrada a sus idas y venidas en mitad de la noche. Cuando era piloto de guerra, a menudo lo llamaban para cumplir misiones en horarios totalmente bizarros. Durante sus años de cosmonauta, era común que empezara a vestirse cuando todavía estaba oscuro. Antes de su primer vuelo orbital, le había dejado una nota que decía: "Querida mía... estaré fuera de la Tierra durante varios días. ¿Podrías pasar a buscarme por la estación espacial el domingo por la mañana? Tu amante esposo, Sergei. P.D.: Si puedo, intentaré traerte una estrella fugaz."

Masha había ido a buscarlo, por supuesto.

Orlov salió de su departamento y bajó las escaleras que conducían al garaje del subsuelo. Finalmente, y dado que no se podía confiar en el transporte público, el gobierno le había otorgado un vehículo luego de tres años de insistencia. Con todo lo que estaba pasando dentro y fuera de Rusia, desde la creciente inquietud en las repúblicas vecinas hasta el gangsterismo rampante en las grandes ciudades, era imperativo que Orlov pudiera llegar a tiempo a los cuarteles generales del Op-Center ruso.

Debía llegar cuanto antes a su oficina. Porque había algo que el general Orlov no le había dicho a Hood. Algo que no podía decirle porque podría comprometer la seguridad militar de Rusia.

La estación Paveletskaya estaba junto al río de Moscú. Allí, desconocido por todos con la sola excepción de los funcionarios gubernamentales de alto rango, se encontraba uno de los secretos mejor guardados de toda Rusia. Si el Arponero conocía ese secreto, eso explicaría muchas cosas... muchas más que su mortífera eficacia como terrorista.

Explicaría por qué nadie había podido encontrarlo jamás.

23

Washington, D.C. Lunes, 19.51 hs.

Liz Gordon entró en la oficina de Hood después de la conversación mantenida con Orlov. Gordon, una mujer fortachona de mirada brillante y cabello corto y rizado, estaba masticando un chicle de nicotina y llevaba en la mano su sempiterna taza de café. Mike Rodgers se quedó para la charla.

Hood le comentó a Gordon la impresión que le había causado el presidente durante el breve encuentro que habían tenido. También la informó, sin entrar en detalles, acerca de las posibles actividades encubiertas que podrían explicar las aparentes distracciones y los olvidos del presidente.

Cuando Hood terminó de hablar, Gordon volvió a llenar su taza de café. Aunque Paul albergaba serias dudas acerca de la psiquiatría cuando se incorporó al Op-Center, el perfil laboral de Gordon lo había impactado de manera favorable. Su exhaustividad y su franqueza también habían ganado su corazón. Gordon infundía un rigor matemático a la totalidad del proceso. Esa característica cuasi abstracta, sumada a su compasión por el sufrimiento humano, la había convertido en uno de los miembros más valiosos y respetados del equipo. Hood tampoco había tenido ningún problema para confiarle a su propia hija.

—La conducta del presidente no parece extrema —dijo Gordon—, de modo que podemos eliminar las formas más graves de demencia que indicarían una pérdida total o casi total de la capacidad intelectual. Nos quedaremos entonces con ciertas formas de delirio, bastante peligrosas y mucho más engañosas, de las que conocemos básicamente seis tipos. Primero está la orgánica, cuya causa son enfermedades tales como la epilepsia o las lesiones cerebrales. Segundo, la inducida por sustancias... es decir por la ingesta de drogas. Tercero, la somática, que implica una suerte de hipercon-ciencia del propio cuerpo... como en los casos de anorexia nerviosa o hipocondría. Los síntomas que usted describió no tienen reminiscencias de ninguna de estas formas de delirio. Además, el médico del presidente los hubiera descubierto durante uno de sus chequeos habituales. También podemos descartar el delirio de grandeza o megalomanía, ya que se manifestaría en público. Y hasta el momento no hemos visto nada parecido en las actuaciones públicas del presidente Lawrence.

"Las únicas dos posibilidades factibles son el delirio de referencia y el delirio de persecución —prosiguió Gordon—. El delirio de referencia es en realidad una forma moderada del delirio de persecución. Su característica más visible es que el enfermo considera que los comentarios inocentes son críticos. Pero ése no parece ser el caso. No obstante, no estaría tan dispuesta a descartar el delirio de persecución.

—¿Por qué no? —preguntó Hood.

—Porque quien lo padece sufre horrores tratando de ocultarlo —dijo Gordon—. La persona afectada por esta clase de delirio cree que los demás intentan detenerla o lastimarla de algún modo. A menudo imagina que existe alguna clase de conspiración en su contra. Si el presidente tiene miedo de que sus allegados quieran "atraparlo"... obviamente no querrá confiar en ninguno de ellos.

—Pero el estrés podría manifestarse en pequeños estallidos —acotó Rodgers.

—Exactamente —dijo Gordon—. Llanto, reticencia, distracción, malhumor... todos los síntomas que Paul acaba de describir.

—Hubo un momento en el que pareció querer confiar en mí —dijo Hood.

—Eso es cierto y es otra de las características de la enfermedad —dijo Gordon—. El delirio de persecución es una forma de paranoia. Pero, como dijera el sabio: "A veces, hasta los paranoicos tienen enemigos".

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Hood—. Más allá de los sentimientos de la Primera Dama, tendremos que hacer algo si el presidente no puede funcionar bajo esas circunstancias.

—Sea lo que fuere, aparentemente está en su primera etapa —lo tranquilizó Gordon—. Es improbable que los efectos sean permanentes.

Sonó el teléfono de Hood.

—Si existe una conspiración y estamos en condiciones de exponerla rápidamente —prosiguió Gordon—, tenemos todas las razones para creer que el presidente podrá retomar sus funciones luego de un breve período de descanso. Es probable que la situación no ocasione efectos colaterales a breve ni a largo plazo.

Hood asintió y atendió el teléfono.

—¿Hola?

—Soy Bob, Paul —dijo Herbert.

—¿Qué pasa?

—Una situación importante —dijo Herbert—. Acabo de recibir un llamado del tipo de la CÍA que me transmitió el pedido de Moore desde Bakú. Moore y el agente de la CÍA en Moscú, Pat Thomas, fueron eliminados. Habían llevado a Battat al hospital... Battat es el tipo que atacó el Arponero durante su huida. Moore fue alcanzado por la bala de un francotirador al salir del hospital y Thomas fue degollado en la entrada.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Hood.

—No lo sabemos.

—¿Nadie lo vio? —insistió Hood.

—Aparentemente no —replicó Herbert—. O tal vez, si alguien lo vio, no volverá a verlo.

—¿Dónde está Battat?

—Todavía está en el hospital. Por eso me llamó mi contacto de la CÍA—dijo Herbert—. La embajada pidió protección policial, pero no sabemos si la policía estuvo involucrada o no en el ataque. La CÍA se ha quedado sin hombres y teme que Battat sea la próxima víctima dentro de muy poco tiempo. Nosotros no tenemos a nadie en Bakú, pero pensé que...

—Orlov —lo interrumpió Hood—. Lo llamaré ahora mismo.

24

Khackmas, Azerbayán Martes, 4.44 hs.

A Maurice Charles no le agradaba repetirse.

Si llegaba en auto a algún lugar, le gustaba irse en ómnibus. Si iba al oeste en avión, prefería ir al este en tren. Si usaba sombrero por la mañana, al caer la tarde andaba a cabeza descubierta. Si destruía un vehículo con una bomba casera, atentaba contra el siguiente vehículo con una C-4. Si había estado vigilando la línea de la costa durante un tiempo, se retiraba durante un breve período a tierras altas. La repetición era el cáncer de los emprendimientos independientes en cualquier campo. Los patrones y modelos de conducta permitían que pensadores menos avezados se adelantaran a los verdaderos genios. La única excepción a esta regla de oro eran las ciudades densamente pobladas donde alguien podía detectar su presencia. Si descubría una ruta relativamente oscura en un lugar de esas características, obviamente la utilizaba más de una vez. El riesgo de ser detectado e identificado era mayor que el riesgo de volver a utilizar un camino o un túnel para escapar.

Dado que había vigilado la plataforma petrolera del Caspio en avión, Charles decidió volver al lugar en barco. Era probable que los satélites norteamericanos y rusos estuvieran buscando el avión en el que podría estarse trasladando. Por esa razón, Charles y sus hombres subirían otra vez al yate a motor, cuyo nombre naturalmente había cambiado. Uno de los miembros del equipo se había encargado de todos los arreglos en Bakú. El yate los estaría esperando en Khackmas, una ciudad costera situada a aproximadamente noventa y dos kilómetros al norte de Bakú. Habían contratado una tripulación free-lance en Bakú, comandada por uno de los marineros iraníes de Charles. Khackmas no sólo estaba más cerca del blanco sino que hacía improbable que alguien pudiera reconocerlos o reconocer la embarcación.

Después de un breve descanso —que, dicho sea de paso, era todo lo que necesitaba—, Charles y sus camaradas subieron a una combi estacionada detrás de la choza. Sus equipos ya estaban a

bordo e iniciaron el trayecto desde Gobustán a Bakú. Atravesaron caminos absolutamente desiertos a esa hora de la noche. Aunque no conducía el vehículo, Charles no se quedó dormido como el resto de sus compañeros. Viajaba en el asiento de atrás con una .45 sobre las rodillas. Si por alguna razón alguien tenía la mala idea de acercarse a la combi... el Arponero quería estar bien despierto para darle la bienvenida.

La combi arribó a la soñolienta Khackmas poco antes de las 4.30 hs. Habían recorrido los ciento treinta kilómetros que separan ambas ciudades sin detenerse. Nadie había tenido la desventura de acercarse a ellos.

El *Rachel* —rebautizado *St. Elmo*— los estaba esperando en un fondeadero ruinoso. El amarradero estaba cerca de la orilla. La tripulación contratada había sido despedida. Los marineros se habían ido en su propia embarcación, un barco pesquero que había acompañado al yate al norte.

Con ayuda de sus lentes de visión nocturna, Charles observó el traslado de los equipos desde la combi al *St. Elmo.* Cuando todo estuvo a bordo, uno de los miembros del equipo se llevó la combi. El vehículo sería pintado y trasladado a otra ciudad. Finalmente se encendió el motor del yate.

El viaje hasta el objetivo les llevaría cincuenta minutos. El sol estaría asomando cuando llegaran. Eso era importante. A Charles no le gustaba usar luz artificial cuando trabajaba en el mar. La luz artificial era demasiado fácil de detectar en la oscuridad y se reflejaba en el agua. Tampoco le agradaba trabajar a pleno sol, cuando los trajes de buzo emitían un reflejo cegador. El amanecer era el mejor momento. Tendrían tiempo suficiente para terminar el trabajo y partir sin ser vistos.

Luego se iría de Azerbaiján y no haría otra cosa que disfrutar de la vida durante uno o dos meses. Se dedicaría a saborear las ramificaciones y consecuencias internacionales de sus actos. Como era su costumbre, celebraría el hecho de que ningún líder mundial, ningún ejército, ningún negocio tuviera mayor impacto que él sobre los asuntos internacionales.

25

San Petersburgo, Rusia Martes, 4.47 hs.

Tras la caída de la Unión Soviética, numerosos funcionarios residentes en Moscú temían al Ministerstvo Bezopasnosti Ruskki o MBR, el Ministerio de Seguridad de Rusia. Tenían más miedo que en otras épocas, cuando la agencia de inteligencia conocida como KGB intervenía constantemente sus líneas telefónicas y violaba su correspondencia. Los funcionarios temían que los líderes del ex grupo de inteligencia soviético apoyaran a los comunistas derrocados con la intención de recuperar su antiguo poder o bien intentaran tomar el poder ellos mismos, sin intermediarios. Debido a esto, el nuevo régimen del Kremlin había creado una agencia de inteligencia autónoma fuera de Moscú, lejos del largo y temido brazo del MBR. La nueva agencia tenía su base en San Petersburgo. Y, cumpliendo el lema de "esconderse a la vista de todos", el Op-Center tenía sus cuarteles centrales en uno de los lugares más visitados de Rusia: el Hermitage.

El Hermitage fue construido por Catalina la Grande como palacio de descanso. El blanco edificio de estilo neoclásico era conocido con el nombre de Palacio de Invierno. Allí, Catalina solía disfrutar de sus piedras preciosas y de las pinturas, dibujos y esculturas de los grandes maestros que era tan aficionada a coleccionar. Literalmente, había adquirido todas sus obras de arte a razón de una por día entre los años 1762 y 1772. Cuando Catalina abrió por primera vez su residencia al público patricio, su único comentario fue que los visitantes debían disfrutar el privilegio. No obstante, agregó, "no deben tratar de dañar, romper o estropear ninguna de las obras". El Hermitage siguió albergando la colección imperial hasta 1917. Luego de la Revolución Rusa, sus puertas se abrieron al pueblo. Su colección fue aumentada y actualmente incluye arte de otras escuelas y arte moderno. Alberga más de 8.000 pinturas, 40.000 grabados y 500.000 ilustraciones. En términos de cantidad de piezas de colección, sólo es superado por el Museo del Louvre en París, Francia.

El Op-Center ruso fue construido debajo de un estudio de televisión. Aunque dicho estudio fue construido como pantalla del centro de inteligencia, las fuentes satelitales emitían los célebres programas del Hermitage a todo el mundo. Sin embargo, la mayor parte del tiempo eran utilizadas para que el Op-Center pudiera interconectarse con los satélites de comunicaciones electrónicas nacionales e internacionales. Las entradas y salidas del personal del museo y la notable afluencia de turistas ayudaban a disimular la presencia del personal del Op-Center. El Kremlin también había decidido que, en caso de guerra o revolución, el Hermitage no sería bombardeado. Aun cuando el enemigo no apreciara las obras de arte en tanto bienes estéticos, las pinturas y esculturas siempre podrían negociarse como moneda corriente.

Todavía estaba oscuro cuando Orlov, el general de cincuenta y tres años, llegó al museo. Como el Hermitage estaba cerrado, Orlov entró por una de las escasamente visibles puertas del estudio, situada sobre el lado nordeste del museo. Antes de entrar, contempló las oscuras aguas del río Neva. Al otro lado del río se erguían como sombras amables la Academia de Ciencias y el Museo de Antropología. Muy cerca de allí se encontraba la Escuela Naval Frunze. Además de entrenar cadetes, el histórico colegio alojaba a los doce soldados del Molot-Hammer, la fuerza especial de operaciones del Op-Center.

En el interior del estudio de televisión había un guardia sentado detrás de un escritorio. Orlov lo saludó al pasar. El anciano se levantó e hizo la venia. El general se

acercó a una puerta y utilizó su tarjeta para ingresar. Una vez adentro, atravesó el área de recepción, todavía a oscuras, y bajó un corto tramo de escaleras. Marcó el nuevo código de cuatro dígitos en un tablero y otra puerta se abrió. Al término de cada día de trabajo, el jefe de seguridad del centro le comunicaba a Orlov el código del día siguiente. Cuando el general cerró la puerta a sus espaldas, las luces del techo se encendieron automáticamente. Orlov bajó un segundo tramo de escaleras, más largo que el anterior, y luego de marcar nuevamente el código de cuatro dígitos en otro tablero ingresó al Op-Center propiamente dicho.

El Op-Center consistía en un largo pasillo con oficinas a derecha e izquierda. La oficina de Orlov se hallaba en el fondo del corredor, literalmente a orillas del Neva. En ocasiones, el general escuchaba pasar las barcazas sobre su cabeza.

Por lo general, Orlov llegaba alrededor de las nueve de la mañana. El escasísimo personal nocturno se sorprendió al verlo. El militar los saludó sin detenerse. Cuando entró a su pequeña oficina, cerró la puerta y fue directamente a su escritorio, que estaba frente a la puerta. De las paredes colgaban fotografías enmarcadas que el propio Orlov había tomado desde el espacio exterior. Pero no había ninguna foto del general. Aunque estaba orgulloso de sus logros, no le agradaba contemplar el pasado. Porque lo único que veía era que había estado a un paso de alcanzar la meta... paso que jamás había dado. Sus dos grandes sueños habían sido ser el primer hombre que pisara la Luna y comandar una misión tripulada a Marte. Había anhelado con toda su alma ver crecer y prosperar al cuerpo de cosmonautas. Tal vez, pensó Orlov con un dejo de amargura, si él hubiera usado su repentina celebridad de manera más constructiva, más agresiva, sus sueños se habrían realizado. Tal vez si hubiera hablado contra la guerra en Afganistán... Esa contienda había drenado los recursos y el orgullo de la nación y había precipitado la caída de la Unión Soviética.

En las paredes de su oficina no había fotos de sus hazañas espaciales porque el general Orlov prefería mirar hacia el futuro. El porvenir no conllevaba arrepentimientos ni lamentaciones, sólo promesas.

Vio que había recibido un mensaje de voz de Paul Hood. Bastante escueto, a decir verdad. Pero referido a un tema urgente. Orlov se dejó caer en el sillón y encendió su computadora. Mientras abría su lista de teléfonos seguros y marcaba el número de Hood, recordó que el Op-Center norteamericano lo había ayudado a evitar que un grupo de oficiales rusos de extrema derecha derrocara al gobierno. El contrataque le había costado a Hood uno de sus mejores operativos, el teniente coronel Charles Squires. Desde entonces, los dos Op-Center habían intercambiado información ocasionalmente. Pero jamás habían llegado a asociarse del todo, que era lo que Hood y Orlov hubieran querido. Lamentablemente, como había ocurrido con muchos de los sueños progresistas de Orlov, los burócratas habían desalentado por completo el proyecto. La desconfianza entre ambas naciones seguía siendo muy profunda.

El teléfono sonó una sola vez. Hood atendió.

—¿Hola? —dijo con voz ronca.

—Habla Sergei, Paul —dijo Orlov.

La intérprete del Op-Center estaba en espera. Apenas demoró unos segundos en unirse a la conversación.

—General, necesito su confianza, y la necesito ya mismo —dijo Hood. El tono imperativo de su voz no dejaba lugar para planteos o discusiones.

—Por supuesto —respondió Orlov.

—El equipo que estaba buscando al Arponero sufrió un golpe catastrófico en un hospital de Bakú —le informó Hood—. Ocurrió hace poco más de una hora. Dos de nuestros hombres fueron asesinados. El primero fue abatido por un francotirador al salir del hospital. El segundo fue degollado en la entrada del edificio. El que queda está internado en el hospital. Se llama David Battat y tiene un estado febril todavía no diagnosticado.

Orlov se tomó unos segundos para escribir el nombre del paciente.

—La policía ya está en el hospital pero no sabemos quién es el asesino —prosiguió Hood—. Es probable que todavía se encuentre en el edificio.

—El asesino podría ser un oficial de la policía —señaló Orlov.

—Precisamente —dijo Hood—. ¿Tiene alguna persona de confianza en Bakú, general?

—Sí, tenemos —dijo Orlov sin vacilar—. ¿En qué habitación está internado el señor Battat?

—En la 157 —dijo Hood.

—Enviaré a alguien inmediatamente —prometió Orlov—. No lo comente con nadie, por favor.

Hood le dio su palabra.

Orlov cortó la comunicación.

Los tres grupos de inteligencia rusos más poderosos tenían su propio personal. Dichos grupos eran el MBR; el Glavnoye Razvedyvatelnoye Upravlenie o GRU (directorio Central de Inteligencia), y el Ministerstvo Vnutrennikh Del o MVD (Ministerio de Asuntos Internos). El Op-Center ruso carecía de los recursos económicos necesarios para mantener su propia red de personal de inteligencia y contrainteligencia, por lo que debía compartir sus hombres con otras agencias rusas relativamente pequeñas. Estas agencias eran administradas por el Sisteme Objedinennovo Utschotya Dannych Protivniki o SOUD (Sistema Intervinculado para el Reconocimiento de Enemigos). SOUD también proveía de personal especializado al Sluzhba Vneshney Razvedki o SVR (Servicio de Inteligencia Extranjera); el Federal'naya Sluzhba Bezopasnosti o SB (Servicio Federal de Seguridad); el Federal'naya Sluzhba Kontr-razvedky o SK (Servicio Federal de Contrainteligencia); y el Federal'naya Sluzhba Okhrani o FSO (Servicio Federal de Protección).

Orlov accedió rápidamente a los archivos del SOUD. Ingresó el código de máxima prioridad: Rojo Trece. Eso significaba que el pedido no sólo provenía de un oficial de alto rango —nivel trece—, sino que comprendía un caso de emergencia nacional inmediata: la captura del Arponero. Mediante el código Rojo Trece, Orlov obtuvo los nombres, destinos y números telefónicos del personal de campo de todo el mundo. Aun cuando los operativos estuvieran involucrados en otras situaciones, Orlov estaba autorizado a comandarlos.

El general abrió el archivo de Bakú, Azerbaiján.

Encontró lo que estaba buscando.

Vaciló.

Estaba a punto de pedirle a un operativo ultrasecreto que encontrara y colaborara con un espía norteamericano. Si los norteamericanos estaban planeando una operación en Bakú, ésa sería la mejor y más rápida manera de exponer y neutralizar los recursos de inteligencia rusos. Pero, para creer en esa posibilidad, Orlov tendría que creer que Paul Hood lo estaba traicionando.

El general hizo el llamado.

26

Washington, D.C. Lunes, 21.00 hs.

Paul Hood no pudo disimular su enojo cuando cortó con Orlov.

Estaba furioso con el sistema, con la comunidad de inteligencia y consigo mismo. Los dos hombres que habían muerto en Bakú no pertenecían al Op-Center. El individuo que corría peligro no era uno de sus agentes. Pero habían fracasado —y, consecuentemente, el Arponero había triunfado— debido en gran parte a la manera de manejarse de los espías. El Arponero comandaba un equipo. La mayoría de los agentes norteamericanos formaban parte de un equipo. Teóricamente, el equipo proporcionaba a los operativos un sistema de apoyo. En la práctica, los obligaba a funcionar dentro de un sistema burocrático. Burocracia con reglas de conducta y normas de responsabilidad frente a directores que jamás habían pisado, ni siquiera de lejos o por error, el campo de batalla. Nadie podía luchar contra un hombre como el Arponero con semejante carga sobre los hombros. Y Hood se sentía culpable por respaldar un sistema tan injusto. Era tan culpable como sus pares de la CÍA, la ASN y otras agencias.

Lo más irónico de todo era que aparentemente Jack Fenwick había hecho algo ilegal. La tarea de Hood consistía en averiguar qué diablos había hecho.

Los burócratas vigilan la conducta de los burócratas, pensó Hood amargamente. Sin embargo sabía que, en ese momento, lo mejor era no pensar. Estaba cansado y la situación de Battat le había dejado una sensación de frustración. Ni siquiera había llamado a su casa para ver cómo seguía Harleigh.

Rodgers había estado con él desde su primer llamado a Orlov hasta el momento en que el general devolvió el llamado. Mientras esperaban el regreso de Bob Herbert, Mike salió a buscar un refresco. Hood decidió llamar a su casa. El llamado no mejoró su estado de ánimo.

Estaba haciendo exactamente lo que Sharon siempre había odiado. Se había quedado a trabajar después de hora. Y ahora llamaba a su casa porque tenía cargo de conciencia. Percibió la furia contenida en la voz de su esposa, en la dureza de su boca, en lo breve de sus respuestas.

—Estoy lavando la ropa —dijo Sharon—. Harleigh está en la guarida jugando al solitario en la computadora. Alexander está en su cuarto haciendo los deberes y estudiando para un examen de historia.

—¿Cómo ha estado Harleigh? —preguntó Hood.

—¿Cómo te parece que puede haber estado? —le espetó Sharon—. Tu propia psicóloga dijo que pasará bastante tiempo antes de que veamos algún cambio. Si es que llegamos a ver algún cambio —agregó—. Pero no te preocupes, Paul. Yo me ocuparé de todo, sea lo que fuere.

—No pienso irme a ninguna parte, Sharon —dijo Hood—. Quiero ayudar.

—Me alegro. ¿Quieres hablar con Alexander? —preguntó Sharon.

—No, prefiero que siga estudiando —dijo Hood—. Simplemente dile que llamé.

—De acuerdo.

—Buenas noches —dijo Hood.

Percibió la vacilación de Sharon. Fue apenas un instante... pero pareció eterno.

—Buenas noches, Paul —dijo ella, y cortó.

Hood permaneció inmóvil durante unos segundos, todavía con el receptor pegado a la oreja. Ahora no solamente era un burócrata, sino también un miserable. Apoyó el receptor en la horquilla, cruzó las manos y se sentó a esperar a Rodgers. Mientras esperaba, algo empezó a hacer tictac en su interior. No era un reloj ni una bomba. Era como una leva oscilante. Y con cada clic de la leva, algo se agrandaba en su pecho. El deseo de hacer algo... y no sólo debatir o pedirles ayuda a los rusos. Hood quería actuar. Algo no andaba bien y él necesitaba saber qué era.

Rodgers y Herbert llegaron al mismo tiempo. Encontraron a Hood contemplando la pared del fondo de su oficina, de la que colgaban placas honoríficas y fotografías enmarcadas... los recuerdos de sus años en el gobierno. Fotos en compañía de líderes mundiales y constituyentes. Fotos de Hood colocando la piedra fundamental de algún edificio o cocinando la sopa multitudinaria del Día de Acción de Gracias.

Su vida de vulgar burócrata. Eso era parte del problema, no de la solución.

—¿Te sientes bien? —preguntó Herbert.

—Sí —respondió ensimismado Hood.

—¿Tuviste noticias? —lo apuró Herbert.

—No —dijo Hood—. Pero quiero ser noticia.

—Sabes lo que opino al respecto —dijo Herbert—. ¿Qué estuviste pensando?

—Estuve pensando en Battat —dijo Hood. No era del todo cierto. Había estado pensando en que jamás tendría que haber retirado su renuncia. Tendría que haber salido del Op-Center para siempre, sin mirar atrás. Se preguntó si en realidad no habría renunciado por su propio bien y no para pasar más tiempo con su familia, como había pensado en un principio. Pero allí estaba, de vuelta en su sillón de mando, y no pensaba retractarse, rendirse ni retroceder.

Battat fue la siguiente parada en su proceso de pensamiento.

—Battat fue enviado al hospital con alguna clase de enfermedad... y en el hospital lo estaban esperando un par de asesinos —dijo—. No parece obra de la casualidad o pura coincidencia...

—Claro que no —masculló Herbert—. Mis ayudantes y yo estuvimos investigando esa supuesta y pérfida intervención del azar.

Los ayudantes de Herbert eran cuatro subdirectores de inteligencia —tres hombres y una mujer cuyas edades oscilaban entre los veintinueve y los cincuenta y siete años—provenientes de Inteligencia Militar, la ASN y la CÍA que habían sido recientemente incorporados al Op-Center. Con la inestimable colaboración de Darrell McCaskey, su contacto con el FBI y la Interpol, el Op-Center poseía el mejor equipo de inteligencia *per capita* en Washington.

—Te diré lo que estuve pensando —dijo Herbert—. La CÍA está un noventa y nueve por ciento segura de que el Arponero pasó por Moscú rumbo a Bakú. Un agente DOS cree haberlo visto en un vuelo a Moscú, pero eso pudo haber sido intencional.

—¿Por qué? —preguntó Rodgers.

—No sería la primera vez que un terrorista se deja ver —dijo Herbert—. En 1959, el espía soviético Igor Slavosk se dejó ver en la Grand Central Station, en Nueva York, para atraer la atención de la policía y hacer que los hombres del FBI visitaran su departamento. Cuando llegaron al lugar, situado en Jane Street, estalló una bomba. Slavosk volvió a su casa, juntó una buena cantidad de placas y documentos de identidad... y mandó hacer falsificaciones perfectas. Luego las usó para entrar a los cuarteles generales del FBI en Washington. De modo que... sí. Es posible que el Arponero se haya dejado ver por algún motivo.

—Adelante —dijo Hood en voz muy baja. Comenzaba a impacientarse. No con Bob Herbert; eljefe de inteligencia era tan sólo un blanco conveniente. Hood quería que Orlov volviera a llamarlo. Quería escuchar que todo estaba bien en el hospital. Quería una buena noticia para cambiar un poco.

—Lo siento —se disculpó Herbert—. Entonces, el Arponero nos hace saber de algún modo que se dirige a Bakú. Evidentemente ha planeado una operación. Sabe que en la embajada hay gente de la CÍA. También sabe que la CÍA probablemente no querrá exponer a sus hombres porque la policía del Ministerio de Seguridad Interior de Azerbaiján quizá está vigilando al personal de la embajada para detectar posibles operaciones de inteligencia extranjeras. Por lo tanto, la CÍA manda a un agente desde Moscú.

—Battat —dijo Hood.

—Battat —dijo Herbert. Parecía un poco incómodo—. David Battat era el director de la oficina de campo de la CÍA en la ciudad de Nueva York. Él fue quien contrató a Annabelle Hampton.

—¿La oficial que nos traicionó durante el sitio a las Naciones Unidas? —preguntó Rodgers.

Herbert asintió.

—En ese momento, Battat se encontraba en Moscú. Lo chequeamos. Está limpio. Uno de nuestros contactos en la CÍA me dijo que fue enviado a Bakú "en penitencia" por el desastre de Nueva York.

Hood asintió.

—De acuerdo. Tenemos a Battat en Bakú.

—Battat se dirige a la zona del blanco para atrapar al Arponero y es atacado —prosiguió Herbert—. Pero no lo matan, cosa que el Arponero podría haber hecho sin el menor problema. Aparentemente, Battat fue infectado con un virus o una sustancia química que lo hizo enfermar a una hora determinada. Su malestar fue lo suficientemente serio como para que decidieran llevarlo al hospital.

—Acompañado por los operativos de la CÍA —dijo Hood.

—Exactamente —replicó Herbert—. Una hilera de hermosas doncellas.

—De ese modo, el Arponero no tendrá que temer la interferencia de la CÍA en sus planes —acotó Hood.

—Así parece —admitió Herbert—. Nadie, excepto los Estados Unidos, Rusia y probablemente Irán, tiene personal de inteligencia en Bakú.

—¿Debido al petróleo del Caspio? —preguntó Rodgers.

Herbert asintió.

—Si el Arponero también aniquiló operativos en Moscú y Teherán, debo decirles que todavía no nos hemos enterado.

Hood lo pensó un momento.

—Irán —dijo en un susurro.

—¿Perdón? —dijo Herbert.

—Es la segunda vez que hablamos de Irán en un solo día —dijo Hood.

—Pero no por la misma... —empezó Herbert, pero se interrumpió en seco.

—¿No por la misma razón? —preguntó Hood.

—Diablos, no —dijo Herbert unos segundos después—. No.

—Un momento —intervino Rodgers—. ¿Me estoy perdiendo algo?

—Estás pensando que ese misterioso llamado telefónico pudo haber seguido el siguiente derrotero: Arponero - Teherán - Jack Fenwick - ANS - CÍA —dijo Herbert.

—Es posible —admitió Hood.

—Eso colocaría a Fenwick en la posición de estar involucrado con el Arponero —dijo Herbert.

—Si así fuese, obviamente no querrá que el presidente se entere —señaló Hood.

Herbert negó con la cabeza.

—No quiero que esté pasando esto —murmuró—. No quiero que estemos trabajando con Maurice Charles. No con el hijo de puta que mató a mi esposa.

—Bob, necesito que te tranquilices —dijo Hood.

Herbert tenía la vista clavada en el escritorio de Hood.

—Si el Arponero planea dar un golpe en Bakú, todavía estamos a tiempo de atraparlo —dijo Hood—. Pero sólo si nos concentramos en lo que debemos hacer.

Herbert no contestó.

—¿Bob?

—Te estoy escuchando —dijo Herbert—. Estoy concentrado.

Hood miró a Rodgers. Un minuto atrás había deseado hacer pedazos la oficina. Ahora, al ver que uno de sus amigos estaba sufriendo, el atroz deseo había desaparecido. Lo único que quería hacer era ayudar a Herbert.

¿Por qué nunca sentía lo mismo por Sharon cuando era ella la que se enfurecía?

—Mike —dijo Hood—. Tenemos que averiguar en qué se ha metido Fenwick y con quién está trabajando, si es que hay alguien más.

—Obtendré esa información —prometió Rodgers—. Por el momento, sólo puedo decirles que encontré dos memos electrónicos en los archivos de mi computadora. Fueron enviados hace seis meses. Fueron escritos por Jack Fenwick y Red Gable.

—¿De qué se trataban los memos? —preguntó Hood.

—Eran una respuesta a un informe del Pentágono —dijo Rodgers—. El informe se centraba en la amenaza mínima de una

posible alianza militar entre los rusos y algunos países vecinos que no hubieran sido parte de la Unión Soviética. Fenwick y Gable se interesaron en el tema.

—El director de la Agencia de Seguridad Nacional y el jefe de gabinete del presidente respondieron al informe, cada uno por su cuenta —dijo Hood.

—Correcto —dijo Rodgers—. Los memos fueron enviados a todos los miembros del Congreso y a varios jefes militares.

—Me pregunto si ambos se habrán conocido filosóficamente on-line —ironizó Hood—. ¿A qué hora fueron enviados los memos?

—Con unas pocas horas de diferencia —dijo Rodgers—. Aparentemente no hubo un acuerdo previo entre las partes. Pero ambos desaprobaron enérgica y agresivamente el informe.

—Supongo que averiguar si Fenwick y Gable enviaron independientemente esos memos o si descubrieron que tenían algo en común al leerlos es absolutamente irrelevante —dijo Hood—. Lo importante es saber si hicieron algo al respecto. Si se reunieron e idearon algún plan.

—¿Qué te hace pensar que podrían haberlo hecho? —preguntó Herbert, incorporándose nuevamente a la conversación.

—Hoy saltó el nombre de Gable durante mi conversación con el presidente —dijo Hood—. Gable y el asistente de Fenwick, Don Roedner, eran los responsables de informar al Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso sobra la iniciativa Naciones Unidas.

—Y no lo hicieron —dijo Herbert.

—No, no lo hicieron —Hood comenzó a marcar un ritmo golpeando el escritorio con la mano—. Tenemos dos cuestiones que averiguar —dijo unos segundos después—. Las actividades de Fenwick en Nueva York y las actividades del Arponero en Bakú.

—Suponiendo que actúen por separado —dijo Herbert—. Las dos operaciones tienen un factor común: Irán. El Arponero ha trabajado para Teherán en varias ocasiones.

Hood asintió.

—¿Podría estar trabajando nuevamente para los iraníes?

—Contra Azerbaiján —dijo Herbert.

—Es posible —acotó Rodgers—. Los iraníes tienen dos áreas potenciales de conflicto con Azerbaiján. Las reservas petroleras del Caspio y la frontera de la región Nagorno-Karabaj.

—¿Por qué querría Fenwick involucrarse en un asunto como ése? —preguntó Herbert—. ¿Solamente para demostrar que el Pentágono estaba equivocado? ¿Y después qué?

—No lo sé —dijo Hood. Miró a Rodgers—. Habla con él y haz que te diga la verdad. No sólo acerca de Irán. Quiero saber por qué le mintió al presidente.

—Dile que tienes cierta información que sólo puedes transmitirle personalmente —aconsejó Herbert.

—De acuerdo —dijo Hood—. Le pediré a Liz que prepare un perfil psicológico del presidente. Quiero que el perfil esté basado en observaciones de primera mano, entre ellas las mías, y que dé la sensación de que Lawrence está perdiendo la razón. Se lo llevarás a Fenwick, obviamente en categoría de secreto de Estado, y le preguntarás si sabe algo al respecto.

Rodgers asintió y salió de la oficina.

Hood miró a Herbert.

—Si los iraníes están dibujando algunas aventuras militares en la pizarra, es probable que hayan trasladado tropas y equipos al futuro lugar de los hechos —dijo—. Es posible que la ONR haya captado algo. ¿Stephen Viens ha vuelto a trabajar allí?

—La semana pasada —dijo Herbert.

La ONR era la Oficina Nacional de Reconocimiento, la organización ultrasecreta que maneja la mayor parte de los satélites espía norteamericanos. Como agencia dependiente del Departamento de Defensa, la ONR reúne personal de la CÍA, el Ejército y civiles DOD. Su existencia fue hecha pública en septiembre de 1992, veinte años después de que fuera creada la organización. Stephen Viens era un ex compañero de universidad de Matt Stoll, jefe de computación del Op-Center. Los había ayudado a obtener valiosa información para el Op-Center cuando grupos mejor establecidos como Inteligencia Militar, la CÍA y la ANS estaban peleando por el tiempo satelital. Viens había sido acusado de ocultar dinero durante una operación en negro, pero posteriormente su reputación había sido reconsiderada.

—Muy bien —dijo Hood—. Fíjate si Viens puede averiguar algo. Es probable que la ONR haya detectado actividad en Irán sin percibir por ello ningún peligro inmediato.

—Ya mismo —dijo Herbert, saliendo de la oficina.

Hood se recostó en su silla. Miró el teléfono. Quería recibir noticias de Orlov. Quería escuchar que el ruso tenía a alguien *in situ* y que Battat estaría a salvo. Quería enterarse de que habían puesto un freno a las malas noticias y podían comenzar a dar un giro favorable a la situación.

Tenemos que poder hacerlo, pensó Hood. Allá afuera había algo. Algo grande y peligroso. No sabía qué era ni quién estaba detrás. No sabía si las piezas que había logrado reunir el Op-Center encajarían en el rompecabezas. Sólo sabía una cosa.

Fuera lo que fuese, había que impedirlo.

27

Bakú, Azerbayán Martes, 5.01 hs.

David Battat sentía los huesos helados y la cabeza liviana. Podía escuchar el latido de su corazón en los oídos y sentirlo como un nudo en la garganta. Sabía que lo habían llevado a otro lugar. Había visto caras extrañas inclinadas sobre él. Y luces que se encendían y apagaban. Luego lo habían levantado y lo habían acostado en una cama, aunque todavía experimentaba la sensación de estar avanzando. No lo habían sujetado con tiras de cuero, pero habían colocado parantes metálicos al costado de la cama.

Cerró los ojos. No sabía qué le había pasado. Recordaba haber despertado en la embajada en mitad de la noche, empapado en sudor y temblando como una hoja al viento. Moore y Thomas lo habían metido en el auto. Probablemente se había dormido durante el trayecto. Todo lo que sabía era que se había despertado en una camilla.

Escuchó movimientos a su alrededor. Tosió y abrió los ojos. Un hombre de cabello blanco lo estaba observando con consternación.

—¿Puede oírme, señor Battat? —gritó el desconocido.

Battat asintió débilmente.

—Vamos a desvestirlo y a ponerle una bata —dijo el hombre—. Luego le pondremos suero intravenoso. ¿Comprende?

Battat asintió.

—¿Qué... pasó? —preguntó con un hilo de voz.

—Usted está enfermo —dijo el médico. Dos enfermeros se acercaron a la cama y comenzaron a desnudarlo—. Tiene fiebre muy alta. Haremos lo imposible por bajar su temperatura corporal.

—De acuerdo —dijo Battat. ¿Qué otra cosa podía decir? De haberlo deseado, no podría haberse resistido. Lo que no entendía era cómo se había enfermado. Hasta el ataque febril se había sentido en su mejor forma.

El equipo médico se ocupó de él. Battat no tenía plena conciencia de lo que estaban haciendo. Sólo sabía que lo levantaban, lo daban vuelta, le sacaban y le ponían cosas. Sintió un pinchazo en el brazo derecho, a la altura del codo, y el dolor desapareció. Empezó a arderle el cuerpo, pero sentía frío. La almohada estaba empapada en sudor. La fiebre calentó rápidamente la humedad. Tenía la cabeza embotada, como hundida en un remolino de arena que atenuaba los sonidos de la gente y sus quehaceres. Volvió a cerrar los ojos y dejó que su mente divagara en libertad.

Pronto todo estuvo en silencio y oscuro. Battat comenzó a sentir algo de calor, de consuelo. Ya no le retumbaban los oídos. Estaba despierto, pero sus pensamientos eran como sueños. Su mente retrocedió en el tiempo. Tuvo imágenes breves, borrosas de la embajada en Moscú, el viaje a Bakú, la orilla del mar, el repentino dolor del ataque. Un pinchazo en el cuello. No tenía conciencia del paso del tiempo ni de la habitación del hospital. Sólo la extraña sensación, para nada desagradable, de estar flotando a la deriva. El suero intravenoso debía tener algo. Algo que lo estaba relajando.

En ese momento escuchó un clic. Parecía el sonido del seguro de un arma. Abrió los ojos. Había una ventana a la izquierda de la cama, pero estaba cerrada. Miró en dirección a los pies de la cama. La última vez que había mirado la puerta estaba

entreabierta. Ahora estaba cerrada. El médico o uno de los enfermeros debía haberla cerrado. La habitación estaba más silenciosa que antes. Eso le gustaba. Volvió a cerrar los ojos. No tuvo más imágenes, sólo oscuridad. Battat se hundió rápidamente en un sueño sin sueños.

Se escuchó otro clic. El sonido despertó a Battat. Abrió los ojos. La puerta seguía cerrada. Pero ahora había alguien más en la habitación. Vio una silueta oscura parada frente a la puerta. La silueta se recortaba, negra, contra la oscuridad que la rodeaba.

Battat no estaba seguro de estar despierto.

—Hola —dijo. Oyó su propia voz. Definitivamente estaba despierto.

Lentamente, la sombra avanzó hacia él. Alguien había venido a ver cómo se encontraba.

—Está todo bien —dijo en un murmullo—. Puede encender la luz. Estoy despierto.

La sombra no habló. Battat no podía discernir si se trataba de un hombre o de una mujer. Parecía llevar puesta una bata de médico. Y sostenía algo largo y angosto en la mano. La silueta se agachó a su lado. Parecía un cuchillo.

—¿Habla inglés? —preguntó Battat.

Detrás de Battat había un monitor. La pantalla verde arrojaba una débil luz sobre la misteriosa figura. Era un hombre. Y tenía un cuchillo en la mano. La hoja, larga y afilada, relumbró en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —preguntó Battat. Su mente aturdida estaba

comenzando a comprender que el recién llegado no era médico. Intentó moverse, pero los brazos le pesaban como si estuvieran llenos de arena mojada.

El hombre levantó el brazo.

—Socorro —dijo Battat, tratando de alzar la voz—. Que alguien... me ayude.

Imprevistamente, el hombre desapareció.

Poco después se escucharon algunos sonidos. Parecían voces. Gruñidos bajos, charlas, y un alarido largo y lento. Después, sólo silencio.

Battat trató de incorporarse apoyándose en un codo. Pero el brazo le temblaba tanto que abandonó el intento y se dejó caer sobre la almohada.

Alguien apareció de golpe junto a la cama.

—Puede haber otros —dijo ese alguien—. Tenemos que irnos.

Era una voz aguda, de marcado acento; una voz de mujer. La habitación estaba llena de gente.

—Creía que éste era un cuarto privado —se quejó Battat.

Con movimientos rápidos y seguros, la mujer bajó la valla metálica que protegía la cama, retiró el suero intravenoso, y ayudó a Battat a sentarse sosteniéndole la espalda con la mano derecha.

—¿Puede caminar? —le preguntó.

—Si deja de sostenerme... ni siquiera estoy seguro de poder mantenerme sentado —respondió Battat con un suspiro.

La mujer lo obligó a acostarse y se alejó de la cama. Era alta y delgada, de espalda ancha. Llevaba uniforme de policía. Fue hacia la ventana y corrió las cortinas. Giró el picaporte y abrió una de las hojas de la ventana. Una fresca y salina brisa invadió la habitación. Battat sintió un escalofrío. La mujer miró por la ventana. Luego tomó una bata de baño que colgaba de un gancho detrás de la puerta y regresó a la cama. Ayudó a sentarse a Battat y le puso la bata sobre los hombros.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó él. Comenzaba a sentirse más animado sin el suero en el brazo. Pero le dolía la cabeza de estar sentado.

—No hable —dijo ella.

—Pero, espere un momento... —dijo él.

—Asesinaron a sus compañeros y están tratando de asesinarlo —gruñó ella—. Me enviaron a sacarlo de aquí.

—¿Los mataron?

—¡Silencio! —susurró la mujer.

Battat dejó de hacer preguntas.

Le dolía la cabeza. La mujer lo ayudó a pararse. Juntó la ropa de Battat, deslizó el brazo izquierdo del endeble agente por encima de sus hombros y lo llevó casi arrastrando hasta la ventana. Mientras maniobraban, Battat trató de concentrarse en lo que la desconocida acababa de decirle. ¿Thomas y Moore estaban muertos? Si eso era cierto, el Arponero los había matado. Tal vez creyera que sabían más de lo que en realidad sabían. Pero si ellos estaban muertos... ¿quién había enviado a esa mujer a socorrerlo? ¿Y cómo estar seguro de que no trabajaba para el Arponero? Podría estar llevándolo a algún lugar donde el asesino pudiera terminar lo que tan malamente había comenzado.

Pero Battat sabía que le convenía confiar en ella. Ciertamente, no estaba en condiciones de resistirse. Además, la mujer había sido bastante amable con él. Y si lo que quería era verlo muerto... podría haberlo asesinado allí mismo, en la cama. O podría haber dejado que el otro intruso lo matara.

Cuando por fin llegaron a la ventana, la mujer le ordenó que se apoyara en el alféizar. Así lo hizo, sintiendo que todo daba vueltas en torno a él. Sin abandonarlo a su tambaleante suerte, la mujer se dejó caer silenciosamente entre los arbustos que rodeaban los muros del hospital y lo ayudó a bajar. Se quedaron escuchando unos segundos.

Battat seguía temblando y le castañeteaban los dientes. Pero al menos estaba más despierto que antes. Unos segundos después, volvieron a ponerse en movimiento. Battat sentía que una fuerza lo arrastraba a través de la noche. Habían salido por la parte de atrás del hospital y debían completar la huida por el lado norte. Se detuvieron junto a un automóvil. Para sorpresa de Battat no era un vehículo policial o un patrullero sino un pequeño Hyundai negro.

Probablemente, la mujer que lo había rescatado ni siquiera era policía. Battat no sabía si eso era bueno o malo. Pero cuando ella lo acostó sobre el asiento trasero y se sentó al volante, tuvo una certeza absoluta.

Si no perdía la conciencia, lo averiguaría muy pronto.

28

Washington, D.C. Lunes, 22.03 hs.

El hombre pelirrojo se sentó detrás de su inmenso escritorio. La oficina estaba a oscuras, salvo por el resplandor de una lámpara de pantalla verde y la luz roja del teléfono. La luz indicaba que estaban utilizando la función scrambler.

—La gente anda preguntando por el viaje de Fenwick —dijo el pelirrojo.

—¿Qué gente? —dijo una voz al otro extremo de la línea.

—La unidad de inteligencia del Op-Center.

—El Op-Center no está tan cerca del presidente —dijo el otro—. No tiene el mismo acceso que la CÍA y...

—Yo no estaría tan seguro —lo interrumpió el pelirrojo.

—¿Qué quieres decir?

—Me dijeron que el director Hood pidió y tuvo una reunión a puerta cerrada con el presidente hace unas horas —dijo el pelirrojo.

—¿Sabe de qué hablaron?

—No, señor —respondió el pelirrojo.

—¿Por qué se involucró el Op-Center? —preguntó el otro.

—No lo sé —dijo el pelirrojo—. Anoche, Paul Hood tuvo un brevísimo intercambio de palabras con la Primera Dama. Chequeé su archivo. Se conocen desde hace tiempo.

—¿Se conocen de una manera que nos pueda servir?

—No —dijo el pelirrojo—. Fue platónico. De todos modos, es probable que la Primera Dama haya percibido un cambio en el presidente. Tal vez le haya comentado algo a Hood. Sinceramente no lo sé.

—Ya veo —dijo el otro.

Hubo un largo silencio. El pelirrojo aguardó. La inesperada presencia del Op-Center lo preocupaba mucho. Todas las otras agencias habían sido cubiertas. Sus socios y él habían contado, erróneamente tal vez, con la distracción que podría producir el período de transición entre Paul Hood y Mike Rodgers. Lamentablemente, eso no había ocurrido. Pero con la creciente proximidad de la Hora H en la operación extranjera no podían darse el lujo de que nadie los estuviera vigilando. El Arponero había hecho bien su trabajo. Ellos debían hacer bien el suyo.

—¿La otra documentación está lista? —preguntó el otro luego de la prolongada pausa.

El pelirrojo miró su reloj. Necesitaba anteojos para ver de cerca... pero lucharía hasta último momento para no usarlos. A decir verdad, estaba luchando contra un montón de cosas. Acercó la muñeca a los ojos para ver mejor.

—Lo estará aproximadamente dentro de una hora —replicó.

—Muy bien —dijo el otro—. No quiero que ataquemos al Op-Center en forma directa. No tenemos tiempo. Y si no lo planeamos con cuidado, corremos el riesgo de hacer más mal que bien.

—Estoy de acuerdo —dijo el pelirrojo.

—Entonces, sigamos con nuestro plan —dijo el otro—. Si los chicos del Op-Center están vigilando a Fenwick o al presidente sin tener una idea concreta de lo que deben buscar, eso los mantendrá lo suficientemente ocupados. Simplemente asegúrese de que Fenwick no haga ni diga nada que pueda serles útil en materia de información.

—Entendido —dijo el pelirrojo—. Se lo haré saber.

El otro le agradeció y colgó.

El pelirrojo decidió llamar a Fenwick un poco más tarde. El asunto que tenían entre manos era grave, sin precedentes. Se tomó unos minutos para recordar que lo estaban haciendo por una buena razón. La buena razón era garantizar que los Estados Unidos sobrevivieran al nuevo milenio.

A pesar de ese ínfimo revés, todo estaba saliendo tal como lo habían planeado. Los periodistas habían llamado a su oficina para informarse sobre la iniciativa Naciones Unidas. Una iniciativa de la que, aparentemente, sólo el presidente tenía noción. Los miembros del Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso e incluso la gente de las Naciones Unidas no sabían de qué se trataba. Un notero de TV lo había llamado esa misma noche para preguntarle si el presidente "había imaginado todo ese rollo". Y Red Gable, jefe de gabinete de Michael Lawrence, había respondido extraoficialmente: "Honestamente no lo sé, Sam. No sé qué le está pasando al presidente."

Aunque el suyo había sido un comentario extraoficial, Gable sabía que sus temores serían divulgados por televisión. El notero le había recordado que era la tercera vez en la semana que el presidente se equivocaba seriamente respecto a algo. La primera vez había sido durante un desayuno con periodistas. El presidente había comentado algo sobre una ley de subsidio a los pequeños agricultores que supuestamente había presentado al Congreso. No existía tal ley. La segunda vez, apenas dos días atrás, había sido durante una conferencia de prensa. El presidente inició la charla con un comentario acerca de un caso de derechos civiles que supuestamente había sido presentado ante la Corte Suprema. No existía tal caso. Lo que Gable no le dijo al reportero, por supuesto, fue que los documentos e informes que recibía diariamente Michael Lawrence eran completamente distintos de los que debía recibir: los verdaderos. El propio Gable se había encargado de deslizar los documentos genuinos en los archivos del presidente después de sus "confusiones" públicas. Cuando Lawrence pidió los archivos para verificar la información, no pudo comprender el motivo de su error. Las investigaciones realizadas por Gable y sus asistentes no lograron detectar ninguna actividad sospechosa.

Gable no sonrió al recordarlo. No podía. La situación era demasiado grave. Pero se sentía gratificado. El notero y muchos de sus colegas habían empezado a preocuparse seriamente por el estado mental del presidente Lawrence. Al día siguiente, en horas de la tarde, el resto de la nación también comenzaría a preocuparse. Los acontecimientos que estaban a punto de estallar a un mundo de distancia y en la mismísima Washington habían sido cuidadosamente orquestados. Esos acontecimientos serían malinterpretados por todos, salvo por el tercer miembro de su equipo: el vicepresidente. El presidente insistiría con que Azerbaiján había atacado un yacimiento petrolífero iraní. Recomendaría no participar en el conflicto porque se trataba de un asunto local. Cuando

Irán trasladara el grueso de sus fuerzas a la región, el vicepresidente exigiría públicamente otra estrategia. Diría que no confiaba en Irán y aconsejaría una pronta y eficaz presencia militar de los Estados Unidos en el mar Caspio. Fenwick respaldaría la opinión del vicepresidente. Informaría que durante sus reuniones con los iraníes, éstos habían hablado vagamente de ciertos eventos que se estaban gestando. Diría que los iraníes habían pedido la no intervención de los Estados Unidos mientras ellos fortalecían sus reservas de petróleo en la región.

Los iraníes negarían todo, por supuesto. Pero ningún norteamericano les creería.

El desacuerdo entre el presidente y el vicepresidente abriría una brecha muy obvia.

Y cuando los secuaces iraníes del Arponero fueran hallados muertos con fotos y otras evidencias del sabotaje en los bolsillos —luego de haber sido asesinados por el Arponero en persona—, el vicepresidente y Fenwick serían reivindicados.

Los periodistas discutirían abiertamente la cuestionable decisión tomada por el presidente Lawrence. Washington estaría plagada de rumores sobre la inestabilidad mental del presidente. Senadores como Barbara Fox no tendrían más alternativa que apoyar una moción de insania. Los escándalos sexuales eran una cosa. La enfermedad mental era otra, muy diferente. Muchos pedirían que Lawrence diera un paso al costado. Por el bien del país, Lawrence no tendría más opción que presentar su renuncia.

El vicepresidente Cotten asumiría la presidencia. Le pediría a Jack Fenwick que fuera su vicepresidente. El Congreso aprobaría inmediatamente su elección. Mientras tanto, los militares norteamericanos llegarían al Caspio. Ayudarían a los azerbaijanos a proteger sus reservas de petróleo.

El presidente Cotten no perdería el aplomo ante la tensión creciente.

Y entonces ocurriría algo. Algo que exigiría una respuesta tan firme, tan desvastadora por parte de los norteamericanos que los fanáticos religiosos jamás volverían a atacar un blanco protegido por los Estados Unidos.

Teniendo en cuenta el fin último, pensó Gable, valía la pena sacrificar la carrera de un presidente.

29

Bakú, Azerbaiján Martes, 6.15 hs.

Cuando Ron Friday, de cuarenta y siete años, llegó por primera vez a Bakú sintió que lo habían arrojado al medioevo.

No era una cuestión de arquitectura. Las embajadas estaban emplazadas en un sector muy moderno de la ciudad. Sus edificios bien podrían haberse visto en Washington D.C., Londres, Tokio o cualquier otra metrópolis contemporánea. Pero Bakú no se parecía en nada a esas ciudades en las que Friday había pasado tanto tiempo. Una vez que el paseante se alejaba del sector de embajadas y la zona comercial, Bakú parecía hundirse en la espiral de las eras. Muchos de sus edificios databan de la época en que Cristóbal Colón desembarcó en América.

Sin embargo, no era su arquitectura lo que otorgaba a Bakú ese aspecto tan antiguo, tan feudal. Era la sensación de entropía. Azerbaiján había sido gobernada por potencias extranjeras durante muchísimo tiempo. Ahora que los azerbaijanos eran libres e independientes, parecían carecer de motivaciones, parecían no tener dirección en la vida. De no ser por los petrodólares, probablemente estarían sumergidos en las más hondas grietas del Tercer Mundo.

Al menos, ésa era la impresión de Friday. Afortunadamente, cuando el ex ranger del Ejército y su gente terminaran la misión que les habían encomendado, Azerbaiján ya no sería tan independiente.

Friday entró a su edificio de siete pisos de departamentos. La construcción de ladrillo a la vista y diez años de antigüedad se hallaba a dos cuadras de la embajada. Subió rápidamente las escaleras de mármol. Vivía en el último piso, pero nunca le había gustado usar el ascensor. Siempre subía por la escalera, incluso cuando llegaba al edificio con algunos compañeros de la embajada que también vivían allí. Los ascensores le producían una sensación de claustrofobia y lo hacían vulnerable.

Friday caminó por el pasillo hasta la puerta de su departamento. Apenas podía creer que hacía menos de seis meses que vivía allí. Parecía mucho más tiempo, una eternidad... y lo alegraba saber que su estadía estaba llegando a su fin. Y no porque la embajadora adjunta Williamson no lo necesitara. Al contrario, Friday había demostrado ser muy valioso para la diplomática, especialmente en lo que respectaba a su decisión de moderar los reclamos azerbaijanos por el petróleo del Caspio. Los años trabajados como abogado de una gran empresa petrolera internacional le habían sido muy útiles. Pero el verdadero jefe de Friday necesitaría trasladarlo a otra parte, a algún lugar conflictivo. El se ocuparía de que Friday fuera transferido.

A India o Paquistán, tal vez. Allí era donde Friday realmente quería ir. Había numerosos asuntos petroleros que resolver en la región, en el mar de Arabia y en la frontera entre el Gran Desierto indio, localizado en la provincia de Rajastán, y el desierto de Tar en Paquistán. Pero más allá de eso, el subcontinente indio era el lugar donde se iniciaría la próxima gran guerra, tal vez desatada por un ataque nuclear. Friday quería estar allí para ayudar a manipular la política de la región. Ése había sido su sueño desde sus épocas de estudiante universitario. Desde el día en que entró a trabajar en la Agencia Nacional de Seguridad.

Metió la llave en la cerradura y escuchó. Oyó maullar a la gata. Su maullido era una buena señal de bienvenida. Era un indicio casi perfecto de que nadie lo estaba esperando adentro.

Friday había sido reclutado por la ANS cuando estudiaba Derecho. Uno de sus profesores, Vincent Van Heussen, había sido operativo OSS durante la Segunda Guerra Mundial. Después de la guerra, en el año 1947, Van Heussen había colaborado en la redacción de la Ley de Seguridad Nacional... ley que había llevado a la fundación de la CÍA.

El profesor Van Heussen vio en Friday algunas de las cualidades de las que había hecho gala en su propia juventud. Una de esas cualidades era la independencia. Friday había aprendido a ser independiente durante su infancia en los bosques de Michigan, cuando asistía a una escuela de una sola aula y salía de caza con su padre todos los fines de semana... no sólo con rifle sino con arco y flecha. Después de graduarse en NYU, Friday fue pasante en la ANS. Cuando, un año más tarde, fue contratado para trabajar en la industria petrolera, también comenzó a desempeñarse como espía. Además de establecer contactos en Europa, Oriente Medio y el mar Caspio, Friday pudo conocer los nombres de los operativos de la CÍA destinados en esas regiones. De vez en cuando le pedían que los vigilara: que espiara a los espías. Todo con el único fin de asegurarse de que trabajaban exclusivamente para los Estados Unidos.

Friday había abandonado el sector privado cinco años atrás, harto ya de trabajar para la industria del petróleo. Las petroleras estaban más interesadas en sus ganancias a nivel internacional que en la vitalidad de la economía norteamericana. Pero ése no había sido el motivo de su retiro. Había abandonado el ámbito privado por patriotismo. Quería trabajar tiempo completo para la ANS. Había visto desmoronarse muchas operaciones de inteligencia en los países de ultramar. El espionaje electrónico había reemplazado los recursos humanos. Eso había dado por resultado la recolección de inteligencia masiva menos eficiente. En opinión de Friday, la actual situación equivalía a comprar carne en el matadero en lugar de cazar la presa. La comida no era tan sabrosa cuando era producida en masa. La experiencia era menos satisfactoria. Y, con el correr del tiempo, los cazadores se suavizaban.

Friday no tenía la menor intención de suavizarse. Por eso, cuando su contacto en Washington le dijo que Jack Fenwick quería hablar con él, el valiente cazador estuvo más que dispuesto a concertar una entrevista con el funcionario. Fue a verlo al bar Off the Record del hotel Hay-Adams. El encuentro se produjo durante la semana de asunción del mando presidencial, por lo que el bar estaba atestado de gente y nadie prestó atención a los dos hombres. Fue entonces cuando Fenwick sugirió un plan tan audaz que incluso llevó a pensar al intrépido Friday que se trataba de una broma. O de una puesta a prueba.

No obstante, Friday accedió a encontrarse con otros miembros del grupo. Y entonces creyó.

Creyó... y cómo. El grupo lo envió a Bakú y, a través de ciertos contactos iraníes, lo puso en contacto con el Arponero. Los iraníes no se daban cuenta de que les estaban haciendo trampa. Que en cuanto los norteamericanos tuvieran una excusa para entrar en la zona del mar Caspio, el nuevo presidente de los Estados Unidos arremetería contra ellos.

¿Y el Arponero? Al Arponero le importaba un bledo. Friday había trabajado codo a codo con él en la organización del ataque contra Battat y el programa de desinformación de la CÍA.

Todavía llevaba puesta la ropa del día anterior. Si por casualidad alguno de sus compañeros llegaba a verlo, la ropa probaría la historia que pensaba contarles. Era una de las tantas historias que había pergeñado en el transcurso de los años para encubrir sus encuentros con otros agentes secretos.

O con posibles blancos.

Lo hacía feliz que el Arponero hubiera puesto a uno de sus hombres en el hospital de Bakú en calidad de refuerzo. Habían planeado que Friday eliminara a Thomas y Moore fuera del edificio del hospital. Pero el ángulo de la ambulancia no le permitió disparar certeramente contra Thomas. Esperaba que el asesino iraní hubiera podido eliminar al tercer hombre. Por supuesto que todo hubiera sido más sencillo si Friday hubiera eliminado a los tres hombres al salir de la embajada. Pero, en ese caso, habría corrido el riesgo de quedar expuesto. La embajada no era tan grande y alguien podría haberlo visto. Y además, había cámaras de seguridad por todas partes. De esta manera había sido más limpio, e incluso más fácil.

Luego de los disparos, Friday tiró el rifle que le había dado el Arponero. Era un G3, modelo Heckler & Koch, de fabricación iraní. Lo arrojó en un estanque cerca del hospital. Sabía que la policía local registraría el área en busca de huellas o pistas y probablemente lo encontraría. Friday quería que rastrearan su origen hasta Teherán. El grupo del que formaba parte quería asegurarse de que el mundo supiera que Irán había asesinado a dos funcionarios de la embajada de los Estados Unidos. Los iraníes negarían los cargos, por supuesto, pero los Estados Unidos no les creerían una palabra. La ANS se ocuparía de que así fuera.

Los iraníes que trabajaban con el Arponero se habían comunicado entre ellos por teléfono celular durante los últimos días. Habían discutido el atentado contra la plataforma de petróleo y descripto los dos pilares que debían ser destruidos: "Blanco uno" y "Blanco dos". Los iraníes no sabían que el Arponero había hecho que todos sus llamados fueran monitoreados por la ANS. Ni que sus conversaciones habían sido grabadas y modificadas digitalmente. Gracias al astuto procedimiento, en las grabaciones, los "blancos" mencionados por los iraníes eran empleados de la embajada norteamericana, no pilares de una plataforma.

Mediante un llamado telefónico de su autoría, el Arponero había agregado que esas muertes serían una advertencia destinada a desalentar a los norteamericanos que pudieran estar pensando en emprender acciones contra Irán en las próximas guerras por el petróleo. En la misma llamada, el Arponero señaló que si Washington insistía en involucrarse, ellos se verían obligados a asesinar a funcionarios norteamericanos a lo largo y lo ancho del mundo.

Claro que el tiro de la amenaza saldría por la culata. Tras la renuncia del presidente Lawrence, el nuevo presidente de los Estados Unidos utilizaría los brutales asesinatos como grito de guerra. No era un líder "vive y deja vivir" como el actual primer mandatario. No era un "tibio" dispuesto a cooperar con las Naciones Unidas en detrimento de su propia nación. Los asesinatos, junto con el atentado contra la plataforma petrolera, indicarían que los Estados Unidos habían dejado algunos negocios inconclusos en el siglo anterior: la imperiosa necesidad de dar un golpe decisivo y a

gran escala contra los regímenes terroristas y los grupos terroristas que dichos regímenes protegían.

Friday entró en su departamento. Vio que la luz roja de su contestador automático estaba titilando. Decidió escuchar los mensajes. Había uno solo, de la embajadora adjunta Williamson. Necesitaba que se presentara en la embajada ya mismo. También decía que lo había llamado a su celular, sin éxito.

Bueno... por supuesto que sin éxito. Su teléfono celular estaba en el bolsillo de su chaqueta, y su chaqueta había quedado sobre el respaldo de una silla en otra habitación. No había escuchado sonar el teléfono porque estaba en el dormitorio de una mujer que había conocido en el International Bar.

Friday llamó a la embajada. Williamson no se molestó en preguntarle dónde había estado. Se limitó a darle la mala noticia. Tom Moore había sido asesinado por un francotirador afuera del hospital. Pat Thomas había sido degollado por un asesino dentro del hospital.

Friday no pudo contener una sonrisa de satisfacción. El asesino del Arponero había cumplido su misión.

—Afortunadamente —prosiguió Williamson—, David Battat pudo detener al asesino.

El rostro de Friday se ensombreció.

—¿Cómo?

—Le cortó la garganta con su propio cuchillo —dijo ella.

—Pero estaba convaleciente...

—Lo sé —dijo Williamson—. Habrá sido obra del delirio o del miedo. Después de matar al asesino, escapó por la ventana del hospital. La policía lo está buscando. Hasta el momento sólo han podido encontrar el rifle utilizado para matar al señor Moore.

—Ya veo —dijo Friday. El asesino no hablaba inglés. Aunque Battat hubiera estado lúcido, no podría haberle sonsacado ninguna información. Pero Fenwick y el Arponero se pondrían furiosos al enterarse de que Battat seguía vivo—. Será mejor que me una a la búsqueda —murmuró.

—No —dijo Williamson—. Lo necesito aquí, en la embajada. Alguien tiene que hacer de contacto entre la policía de Bakú y Washington. Yo tengo que ocuparme de las consecuencias políticas.

—¿Cuáles consecuencias políticas? —preguntó Friday con un fingido dejo de inocencia. Eso sí que iba a ser dulce. Muy dulce. Más dulce que un manjar que rozara sus labios.

—La policía encontró el rifle que supuestamente mató a Moore —dijo ella—. No quiero hablar del tema por línea abierta. Le diré todo lo que sé cuando nos encontremos personalmente.

Ésas sí que eran buenas noticias. La embajadora adjunta había llegado a la conclusión de que los asesinatos eran políticos y no azarosos.

—Voy en camino —dijo Friday.

—Tenga cuidado —dijo Williamson.

—Siempre estoy alerta —replicó Friday. Colgó el receptor, dio media vuelta y salió del departamento.

Y era cierto: siempre estaba alerta.

30

Bakú, Azerbayán Martes, 6.16 hs.

El Arponero y sus hombres llegaron a la plataforma petrolera antes del alba. El barco apagó los motores a trescientos metros de distancia de la más próxima de las cuatro columnas. Luego, el Arponero y cuatro miembros de su equipo iraní se sumergieron en el agua. Todos llevaban trajes de neoprene y tubos de oxígeno. Deslizándose bajo la oscura superficie del mar, nadaron hacia la plataforma.

Dos de ellos llevaban mochilas a prueba de agua con gel explosivo de alta potencia. El Arponero en persona había inyectado cuidadosamente los bastoncillos azules con pentanitroanilina sensible al calor. Al salir el sol, el calor de sus rayos haría que el envoltorio se calentara. La luz del sol detonaría el explosivo.

Otros dos hombres llevaban un gomón inflable que los ayudaría a tener cierta estabilidad debajo de la plataforma. Muchas plataformas tenían sensores en las columnas y detectores de movimiento a lo largo del nivel del agua. La manera más segura de ingresar al perímetro era evitar las columnas y pasar por debajo de los detectores de movimiento. Una vez que los explosivos estuvieran colocados, sería prácticamente imposible que el personal de la plataforma pudiera retirarlos o desactivarlos a tiempo.

El Arponero llevaba un rifle arpón y lentes de visión nocturna. Utilizaría el rifle para clavar los paquetes de gel explosivo alrededor de los pilares de apoyo que sostenían la plataforma. Había llevado solamente una docena de bastoncillos explosivos de 7/8". Tiempo atrás había aprendido que para destruir algo grande no era necesario atacarlo con algo igualmente grande. En una lucha cuerpo a cuerpo, un puñetazo directo al mentón bastaba para hacer volar por el aire a un gigante. Pero la mejor manera de debilitarlo velozmente, con mayor eficacia y mayor control de la situación, era apretarle la garganta con un solo dedo... justo debajo de la laringe y encima de la clavícula. Y, para hacer caer a alguien, nada mejor que meterle la punta del pie detrás de la rodilla y empujarlo con el talón. Esa táctica era probadamente más eficaz que un golpe certero

con un bate de béisbol. Además, lo único que había que hacer para neutralizar el golpe de un bate era acercarse al atacante.

Las plataformas petroleras iraníes en el mar Caspio están, en su mayoría, semisumergidas. Reposan sobre cuatro gruesas columnas de macizos pontones sumergidos debajo del nivel del agua. Encima de las columnas se yergue la plataforma desde cuya torre perforadora baja el sistema de tuberías. La clave para destruir una plataforma de esas características no es volar las columnas que la sostienen sino debilitar su centro. Una vez debilitado el centro de la plataforma, el peso de las estructuras de superficie se encargará del resto. Los hombres del Arponero habían conseguido copias de los planos de la plataforma iraní. El Arponero sabía exactamente dónde colocar el gel explosivo para garantizar su absoluta eficacia.

Los terroristas llegaron a las entrañas de la plataforma sin inconvenientes. Aunque reinaba la oscuridad, los altos pilares reflejaban la primera luz del alba. Mientras el Arponero evaluaba el blanco, dos de sus hombres inflaron los gomones y otros dos adosaron un par de bastoncillos de gel explosivo a la punta de tres arpones. Los bastoncillos de treinta centímetros de largo fueron cuidadosamente colocados "panza con panza". Esta configuración permitió que el arpón encajara sin dificultad en la boca del rifle. También ayudaría a que los bastoncillos de gel explosivo no

modificaran el equilibrio del arpón. Aunque habría sido más fácil armar todo lo necesario en el barco, el Arponero había querido mantener los paquetes de gel explosivo lo más secos que fuera posible. Aunque la humedad no dañaba los explosivos, el sol tardaría más en calentar el envoltorio húmedo. Los paquetes quedarían expuestos a la luz directa del sol durante media hora. Ni más ni menos. Por eso debía asegurarse de que estuvieran lo suficientemente secos —y, por consiguiente, lo suficientemente calientes— como para explotar dentro de ese período.

El gomón, de formato hexagonal, tenía capacidad para seis hombres. El Arponero no necesitaba que soportara seis hombres, pero había elegido ese tamaño por razones de estabilidad. Los gomones más grandes ignoraban las olas más pequeñas. Eso sería muy importante cuando se tendiera de espaldas para disparar. Le había quitado el techo para que fuera más liviano. Arrojó a la deriva la enorme caja en la que lo habían transportado y trepó a bordo. Sus hombres permanecieron en el agua, colgados de los costados del gomón, para darle mayor estabilidad.

El rifle arpón era de acero inoxidable. Había sido pintado de negro mate para minimizar los reflejos de la luz solar. Los arpones también eran negros. El arma estaba compuesta por un tubo negro de un metro de largo, con un mango y un gatillo de punta amarilla.

De la boca del rifle emergía sólo una pequeña parte del arpón. Normalmente, los arpones tenían una soga en el extremo para que quienes los disparaban pudieran atrapar a sus presas. El Arponero había retirado las sogas en el barco.

Debajo de la plataforma había varios amortiguadores acústicos de quince centímetros de espesor. Localizados a catorce metros sobre el nivel del mar, los cojinetes de goma dura cumplían la función de atenuar los sonidos de la actividad submarina. Con esto se pretendía que la gente que vivía en la plataforma sufriera la menor cantidad de polución auditiva posible. El Arponero había elegido cuidadosamente sus blancos en el plano. Dispararía dos arpones. El primero se clavaría en el área insonorizada, debajo y al noreste de la torre perforadora. La torre perforadora se hallaba en el extremo sudoeste de la plataforma. Cuando se produjera la detonación, la torre caería hacia el centro de la plataforma. El Arponero dispararía su segundo arpón contra la plataforma, exactamente en el punto donde aterrizaría el pesado centro de la torre perforadora. La segunda explosión, sumada al impacto de la torre, haría temblar la plataforma... que se derrumbaría hacia adentro, como absorbida por un agujero negro marino. Todo se deslizaría hacia el centro destruido y caería inevitablemente al mar.

El Arponero no necesitaría el tercer arpón para destruir la plataforma... aunque no se lo había dicho a sus hombres.

Bajó los lentes de visión nocturna y se tendió de espaldas. El rifle arpón tenía un terrible rebufo, equivalente a doce disparos de revólver. Le daría un buen golpe. Pero su hombro podría soportarlo. Apuntó el arma y disparó. Se escuchó un sonido como de tos metálica y el arpón atravesó la oscuridad.

Dio en el blanco con un golpe seco. Aunque no pudo seguir su trayectoria en la oscuridad, no escuchó ruido de agua ni lo vio caer. El Arponero se reposicionó rápidamente para disparar el segundo arpón, que también dio en el blanco. Hizo señas a sus hombres para que regresaran. Cuando los otros se sumergieron bajo el agua, el Arponero arrancó la cinta de enmascarar que envolvía el tercer arpón, tomó una de las mochilas, y deslizó los bastoncillos de gel explosivo en su interior. Luego se sumergió en el agua y siguió a sus hombres de regreso al barco.

Antes de subir al yate, los hombres arrojaron al mar los restos de Sergei Cherkassov. En el camino habían quemado el cadáver. Parecería que había muerto en la explosión. Las fotografías tomadas desde el avión ya estaban en sus bolsillos. Los iraníes que trabajaban con el Arponero creían que la culpa del atentado recaería sobre los rusos y los azerbaijanos.

Pero el Arponero sabía que no sería así.

Una vez arrojado Cherkassov al agua, el barco comenzó a alejarse. Casi había desaparecido de la vista cuando explotó la plataforma.

El Arponero observó la explosión con sus poderosos binoculares. Vio la bocanada de humo amarillo rojizo debajo de la plataforma. Vio que la torre perforadora se sacudía y luego caía con una lenta pirueta hacia el centro. Un segundo después, el ruido sordo de la primera explosión llegó al barco.

Los iraníes festejaban en cubierta. Lo cual no dejaba de ser raro, pensó el Arponero. Aunque creyeran estar haciendo lo que hacían por el bien de su país, estaban festejando la muerte de por lo menos cien compatriotas.

El segundo paquete de gel explosivo estalló segundos antes de la caída de la torre. El Arponero los había colocado de modo tal que los dos explotaran casi al mismo tiempo. No hubiera sido bueno que la torre colapsara y arrancara en su caída el arpón clavado en los cojinetes de goma, arrojándolo al mar. Comenzó a formarse una segunda nube de humo rojo amarillento que desapareció cuando la torre cayó sobre la plataforma con un golpe seco y helado. El cielo de la mañana se llenó de cenizas que espantaron a las gaviotas distantes.

La plataforma entera tembló. El Arponero recordó una viñeta que había visto en su infancia. La tormenta había abatido un álamo, que cayó contra los cables de alta tensión. El álamo había golpeado los cables, rebotado y vuelto a golpearlos. Los cables se habían combado hacia abajo unos segundos antes de cortarse y quedar colgando de los postes a derecha e izquierda. Eso fue lo que ocurrió. La plataforma se sostuvo durante un instante luego de la caída de la torre perforadora. Luego, lentamente, el hierro y el concreto comenzaron a desprenderse en los lugares donde la segunda explosión los había debilitado. La plataforma se dobló hacia adentro. Hangares, grúas, tanques y hasta el helicóptero comenzaron a deslizarse hacia la grieta. El peso minó todavía más la endeble estructura. El Arponero escuchaba las horrendas colisiones a lo lejos y veía volar por el aire enormes pedazos de madera y metal.

Y entonces ocurrió. El peso de más resultó excesivo para la plataforma. Con un sordo crujido, la enorme estructura se hundió en el mar. El barco estaba demasiado lejos como para que el Arponero pudiera ver con precisión lo que estaba pasando. Desde esa distancia, el derrumbe le pareció una catarata, especialmente cuando la cascada de desechos blancos y plateados cayó al mar formando olas y espuma.

Cuando la plataforma desapareció por fin en el horizonte, lo único que vio el Arponero fue una enorme bola de niebla sobre el nuevo día.

Se dio vuelta y aceptó las felicitaciones de su equipo. Lo trataban como a un héroe futbolístico... pero él se sentía un artista. Utilizando el color de los explosivos y una tela de acero y concreto, el Arponero había creado la destrucción perfecta.

Bajó a lavarse. Siempre necesitaba lavarse después de una creación. Era un acto simbólico que indicaba la tarea cumplida y los preparativos para la próxima obra. Que tendría lugar muy pronto. Muy pronto.

Cuando el barco llegó al muelle, el Arponero les dijo a sus compañeros que quería bajar a tierra. Según él, quería asegurarse de que la policía azerbaijana no se hubiera enterado de la explosión. Si se habían enterado, era probable que revisaran las embarcaciones que ingresaran al puerto. Buscarían posibles terroristas y también testigos presenciales de la explosión.

Los hombres pensaron que era una buena idea.

El Arponero les dijo que si él no regresaba a la nave dentro de cinco minutos, debían alejarse del muelle y zarpar en dirección al mar abierto. También les dijo que si los policías interrogaban a la gente o le impedían abandonar el área, él encontraría una astuta manera de eludirlos.

Sus compañeros estuvieron de acuerdo. El Arponero bajó a tierra firme.

Seis minutos más tarde se produjo una violenta explosión en el puerto. El Arponero había colocado un detonador cronometrado en uno de los bastoncillos de gel explosivo. Una vez colocado el explosivo, había dejado el bulto debajo de una de las literas. La evidencia del atentado seguía estando a bordo. Llevaría un tiempo, pero las autoridades eventualmente encontrarían rastros de gel explosivo en el barco y en la plataforma petrolera y llegarían a la conclusión de que los iraníes habían atentado contra su propia operación con la inestimable ayuda de un terrorista ruso. Los iraníes negarían toda participación en los hechos y la tensión aumentaría notablemente. Los Estados Unidos sospecharían que los rusos y los iraníes habían unido esfuerzos para apoderarse de los yacimientos petrolíferos del mar Caspio. Llegado ese momento, no habría manera de evitar lo que sucedería.

El Arponero subió a la combi y se alejó del puerto. La policía no había llegado. No todavía. A esa hora del día, la fuerza policial de Bakú se ocupaba primordialmente de problemas de tránsito e investigación de accidentes. Además, nada indicaba que un barco hubiera atacado la plataforma petrolera ni tampoco que hubiera puesto proa a Bakú. Eso se descubriría más tarde, cuando se enteraran de que los rusos y los norteamericanos habían enviado fotos satelitales de la región.

El Arponero se dirigió a la Ciudad Vieja. Una vez allí, tomó la Inshaatchilar Prospekti hacia los hoteles de Bakihanov Kuchasi. Dos días antes había reservado un cuarto con nombre falso. A partir de ahora sería Iván Ganiev, consultor de telecomunicaciones. Había elegido con sumo cuidado el nombre y la profesión. Si tenía la mala suerte de ser interrogado por los funcionarios de la aduana o la policía, podría explicar de manera convincente y satisfactoria por qué viajaba con equipos de alta tecnología. Y ser ruso conllevaba otra ventaja, especialmente en Azerbaiján. Una ventaja que lo ayudaría a salir del país sin problemas cuando llegara el momento.

Había dejado ropa, equipos y dinero en el hotel. También había colgado un letrero de "No molestar" en la puerta del cuarto. Se bañaría, se teñiría el cabello y dormiría unas cuantas horas. Cuando despertara se colocaría un bigote falso, elegiría un par de lentes de contacto de otro color y llamaría a un taxi para que lo llevara a la estación ferroviaria. El taxista siempre sería un buen rehén en caso de que lo descubrieran e intentaran rodearlo. Si todo iba bien, utilizaría su pasaporte falso para salir de la ciudad.

Estacionó la combi en un callejón, cerca del hospital. Luego, sacó un paquete de hilo dental de su bolsillo. Frotó el hilo con fuerza entre dos dientes hasta que se le llenó la boca de sangre. Escupió la sangre sobre el piso, el tablero y el asiento del vehículo. Era la manera más rápida de conseguir sangre. Tampoco dejaba cicatrices, en caso de

que alguien decidiera detenerlo y buscar heridas o magulladuras en su cuerpo. No necesitaba demasiada cantidad de sangre. Sólo algunas manchas para que los forenses las encontraran. Cuando terminó, dejó caer un microchip plástico en el tanque de nafta. Luego cerró la tapa.

Una vez que hubo hecho lo que debía hacer en la combi, el Arponero tomó la valija que contenía el teléfono Zed-4 y bajó. Tenía que hacer algo más con el aparato antes de desarmarlo y arrojar los pedazos en distintos lugares. Cuando las autoridades encontraran el vehículo, en su interior encontrarían también evidencia vinculada a los iraníes de la embarcación. Dicha evidencia incluiría sus huellas dactilares en el volante, la guantera y las manijas. Los policías e investigadores llegarían a la conclusión de que uno o más de los hombres involucrados en el atentado a la plataforma petrolera habían logrado escapar. La sangre sería un indicio de que por lo menos uno de ellos había resultado herido. La policía perdería una enorme cantidad de tiempo revisando los registros de los hospitales en busca del supuesto terrorista.

El Arponero volvería a Moscú. Luego saldría de Rusia y se otorgaría un bien merecido descanso. Posiblemente unas vacaciones en algún país donde jamás hubiera perpetrado un atentado terrorista. Algún lugar del mundo donde no lo estuvieran buscando.

Algún lugar donde pudiera sentarse a decansar y leer el diario.

Donde pudiera disfrutar, una vez más, del impacto que su arte había dejado en el mundo.

31

Washington, D.C. Lunes, 23.11 hs.

Paul Hood estaba preocupado, confundido y cansado.

Bob Herbert acababa de hablar con Stephen Viens de la Oficina Nacional de Reconocimiento. Viens solía quedarse a trabajar después de hora para interiorizarse acerca de la información reunida durante su ausencia. Mientras se encontraba en la ONR, uno de los satélites había registrado una explosión en el mar Caspio. Viens había llamado inmediatamente a Herbert, dado que el jefe de inteligencia del Op-Center quería saber si había ocurrido algo fuera de lo habitual en el región. Herbert, por su parte, había llamado inmediatamente a Paul Hood.

—De acuerdo con nuestros archivos, las coordenadas de la explosión son las mismas de la plataforma petrolera iraní Majidi-2 —dijo Herbert.

—¿Podría tratarse de un accidente? —preguntó Hood.

—Lo estamos averiguando —respondió Herbert—. Hemos recibido algunas señales de radio, muy débiles, provenientes de la plataforma... lo que podría indicar que hay sobrevivientes.

—¿Es posible?

—Muchas de esas plataformas poseen mensajes automáticos para pedir socorro dentro del área en caso de que ocurra un accidente —dijo Herbert—. Eso podría ser lo que estamos escuchando. El audio se interrumpe constantemente, de modo que no podemos saber si es una grabación.

—Entendido —dijo Hood—. Bob, tengo un mal presentimiento. Fenwick visita a la delegación iraní y, casi al mismo tiempo, una plataforma petrolera iraní es atacada.

—Yo pensé lo mismo, Paul —dijo Herbert—. Traté de llamarlo pero no obtuve respuesta. Me pregunto si la ANS sabía algo acerca de este atentado y si Fenwick llevó inteligencia a la misión durante su viaje a Nueva York.

—¿Los iraníes no habrían tratado de evitar el atentado si Fenwick les hubiera llevado inteligencia? —preguntó Hood, no sin cierta lógica.

—No necesariamente —respondió Herbert—. Teherán ha estado buscando desde hace tiempo una buena razón para tener mayor presencia militar en el mar Caspio. Un ataque perpetrado por Azerbaiján podría proporcionar a los iraníes el motivo que están buscando. No se diferencia mucho de la posición de ciertos historiadores, cuando dicen que Franklin Roosevelt permitió el bombardeo de Pearl Harbor para tener una razón para entrar en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Pero entonces para qué querrían engañar al presidente? —preguntó Hood.

—¿Desmentida plausible? —sugirió Herbert—. El presidente ha estado recibiendo información errónea.

—Sí, pero Jack Fenwick no cargaría sobre sus hombros algo de esta magnitud —dijo Hood.

—¿Por qué no? —preguntó Herbert—. Ollie North dirigió una operación ultrasecreta durante Irán-Contras...

—Un militar puede tener pelotas para hacerlo, pero no Jack Fenwick —lo interrumpió Hood—. Le eché un vistazo a su dossier. Es el "Señor sistemas de apoyo". Ha instituido sistemas de apoyo para los sistemas de apoyo de la ANS. Hizo que el Congreso aumentara en un quince por ciento el presupuesto para el año que viene. La CÍA sólo obtuvo un aumento del ocho por ciento y nosotros un seis por ciento.

—Impresionante.

—Sí —admitió Hood a regañadientes—. Y debo decirte que no me parece la clase de tipo que correría un riesgo semejante. No sin el apoyo necesario.

—¿Entonces? —preguntó Herbert—. Tal vez haya conseguido apoyo.

Carajo, pensó Hood. Tal vez lo haya conseguido.

—Piénsalo un momento —prosiguió Herbert—. Obtuvo el doble de aumento que todos los demás. ¿Quién tiene tanta influencia sobre el Congreso? El presidente Lawrence no, eso es un hecho. No es lo suficientemente conservador para los que deciden el presupuesto.

—No, no lo es —coincidió Hood—. Bob, pregúntale a Matt si puede ingresar en los registros telefónicos y la agenda de Fenwick. Averigüen con quiénes habló y con quiénes se encontró en los últimos días y semanas.

—Dalo por hecho —dijo Herbert—. Pero será difícil sacar conclusiones válidas basadas en esa información. El director de la ANS se encuentra prácticamente con todo el mundo.

—Precisamente —dijo Hood.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Si Fenwick formara parte de una operación en negro probablemente se reuniría con su equipo de colaboradores fuera de la oficina. Tal vez si averiguamos con quién dejó de verse oficialmente podremos imaginar a quién ha estado viendo por izquierda.

—Buen tanto, Paul —dijo Herbert—. A mí no se me hubiera ocurrido.

—Pero no es eso lo que me preocupa —prosiguió Hood. Sonó el teléfono—. Perdóname, Bob. ¿Me harías el favor de actualizar a Mike respecto a esto?

—Dalo por hecho —dijo Herbert.

Hood cambió de línea. Escuchó la voz de Sergei Orlov en el otro extremo.

—Paul —dijo el ruso—, tengo buenas noticias. Tenemos a su hombre.

—¿Cómo que "lo tienen"? —preguntó Hood. Supuestamente, el operativo ruso debía limitarse a vigilarlo.

—Nuestro operativo llegó a tiempo para evitar que se reuniera con sus camaradas en el infierno —explicó Orlov—. El asesino fue eliminado y abandonado en la habitación del hospital. Su hombre fue trasladado a otra localidad. Y allí se ha quedado.

—No sé qué decir, general —murmuró Hood—. Gracias.

—Gracias está muy bien —bromeó Orlov—. ¿Pero qué haremos ahora? ¿Su hombre podrá ayudarnos a encontrar al Arponero?

—Eso espero —dijo Hood—. El Arponero todavía debe estar allí. De lo contrario no hubiera tenido que asesinar a esos hombres. ¿Sabe lo que ocurrió en el Caspio, general?

—Sí —dijo Orlov—. Destruyeron una plataforma petrolera iraní. Lo más probable es que les echen la culpa a los azerbaijanos... sean culpables o no. ¿Sabe algo más al respecto?

—Todavía no —masculló Hood—. Pero es probable que el operativo que usted salvó sepa algo. Si el Arponero está detrás de este atentado, debemos enterarnos lo antes posible. ¿Puede arreglar que el agente norteamericano me llame aquí?

—Sí —dijo Orlov.

Hood le dio las gracias y dijo que esperaría al lado del teléfono.

Orlov tenía razón. Todas las sospechas recaerían sobre Azerbaiján. Los azerbaijanos eran los únicos que disputaban la presencia de Irán en esa región del mar. Eran los que tenían más para ganar. Pero el Arponero había trabajado casi siempre para países de Oriente Medio. ¿Y si Azerbaiján no estaba detrás del atentado? ¿Y si otra nación estaba intentando por todos los medios que Azerbaiján pareciera estar involucrada?

Hood retomó su conversación telefónica con Herbert y Mike

Rodgers. Cuando terminó de contarles todo lo que sabía, suponía y sospechaba, se produjo un breve silencio.

—Francamente, estoy azorado —dijo Herbert—. Creo que necesitamos más inteligencia.

—Estoy de acuerdo —dijo Hood—. Pero es probable que tengamos más inteligencia de la que pensamos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Herbert.

—Quiero decir que tenemos a la ANS trabajando codo a codo con Irán —dijo Hood—. Tenemos un presidente engañado por la ANS. Tenemos un terrorista que trabaja para Irán eliminando agentes de la CÍA en Azerbaiján. Tenemos un atentado contra una plataforma de petróleo iraní en las proximidades de la costa de Azerbaiján. Tenemos muchísima información. Tal vez no la estamos combinando de la manera correcta.

—¿Sabemos cuál de los agentes de la CÍA descubrió que el Arponero estaba en Bakú? —preguntó Rodgers.

—No —dijo Hood—. Buen punto.

—Haré que alguien lo averigüe de inmediato —dijo Herbert.

Hood y Rodgers esperaron que Herbert hiciera la llamada. Hood trató de encontrarles sentido a los hechos... infructuosamente. Preocupado, confundido y cansado. Era una pésima combinación, especialmente para un hombre de más de cuarenta años. Antes podía pasar varias noches sin dormir. Ya no.

Herbert volvió a la línea.

—Conseguí que alguien llamara a la oficina del director, Código Rojo-Uno —anunció—. Pronto tendremos la información.

Código Rojo-Uno significaba emergencia inminente de interés nacional. A pesar de la competencia existente entre las distintas agencias, los CR1 no solían recibir una negativa por respuesta.

—Gracias —dijo Hood.

—Paul, ¿conoces la historia del "hombre que nunca fue"? —preguntó Rodgers.

—¿El cuento de la Segunda Guerra Mundial? Lo leí en la escuela secundaria —respondió Hood—. ¿Fue parte de la campaña de información falsa durante la Segunda Guerra?

—Correcto —dijo Rodgers—. Un grupo de inteligencia británico tomó el cadáver de un vagabundo, le inventó una identidad falsa y plantó evidencia en sus bolsillos diciendo que los aliados invadirían Grecia, no Sicilia. Dejaron el cadáver en un lugar donde los alemanes pudieran encontrarlo. La estrategia sirvió para desviar las fuerzas del Eje de Sicilia. Menciono este episodio porque uno de los personajes clave de la operación fue el general británico Howard Tower. Su participación fue crucial porque a él también le dieron información falsa.

—¿Por qué motivo? —preguntó Hood.

—Los comunicados del general Tower eran interceptados regularmente por los alemanes —dijo Rodgers—. La inteligencia británica se ocupó de que así fuera.

—Creo que me estoy perdiendo algo —intervino Herbert—. ¿Por qué demonios estamos hablando de la Segunda Guerra Mundial?

—Cuando Tower se enteró de lo que había ocurrido, apoyó el caño del revólver contra su sien izquierda y apretó el gatillo —dijo Rodgers.

—¿Porque sintió que lo habían usado? —preguntó Hood.

—No —dijo Rodgers—. Porque creyó que había fracasado.

—Sigo sin entender —admitió Herbert.

—Paul, dijiste que el presidente parecía muy molesto cuando hablaste con él —prosiguió Rodgers—. Y cuando te encontraste con la Primera Dama, ella lo describió como un hombre a punto de colapsar.

—Correcto —dijo Hood.

—Eso puede no tener la menor importancia —dijo Herbert—. Es el presidente de los Estados Unidos. Es un trabajo que hace envejecer a la gente.

—Un momento, Bob. Mike podría estar sobre una pista —dijo Hood. Algo le atenazaba el estómago. Algo que empeoraba cuanto más lo pensaba—. El presidente no parecía cansado cuando lo vi. Parecía perturbado.

—No me sorprende —insistió Herbert—. Le habían escatimado información y lo habían obligado a dar un paso en falso con las Naciones Unidas. Obviamente se sentía avergonzado.

—Pero hay algo más —prosiguió Hood—. Debemos tener en cuenta el impacto psicológico acumulativo de la información falsa. ¿Qué pasaría si el presidente no hubiera pisado en falso por motivos tales como una desmentida plausible o una confusión de índole burocrática? ¿Qué pasaría si hubiera otras razones?

—¿Por ejemplo? —preguntó Herbert.

—¿Qué pasaría si la información falsa no fuera el fin sino los medios? —dijo Hood—. ¿Qué pasaría si alguien estuviera tratando de convencer a Lawrence de que está perdiendo la razón?

—¿Estás diciendo que alguien quiere traicionar al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica? —se escandalizó Herbert.

—Sí —replicó Hood con toda serenidad.

—Bueno, tardarás mucho en convencerme de semejante hipótesis —declaró Herbert—. En primer lugar, el que se atreviera a intentarlo jamás se saldría con la suya. Hay demasiada gente en el entorno presidencial y...

—Bob, ya hemos decidido que esto es algo que Jack Fenwick no podría... y probablemente no estaría dispuesto a hacer solo —lo interrumpió Hood.

—Sí, pero para que el plan funcione tendría que tener un pequeño ejército de individuos muy cercanos al presidente —dijo Herbert.

—¿Por ejemplo quiénes? —insistió Hood—. ¿El jefe de gabinete?

—Por ejemplo —dijo Herbert—. Tiene acceso prácticamente a los mismos informes que recibe el presidente.

—Muy bien —dijo Hood—. El nombre de Red Gable surgió durante la conversación que mantuve con el presidente. El presidente no quería que hablara con él. Es obvio que no confía plenamente en Gable. ¿Quién más? ¿Quién sería absolutamente necesario para que funcionara un plan de estas características?

El teléfono sonó antes de que Herbert pudiera responder lo que Hood le había preguntado. Atendió el llamado y se reincorporó al debate menos de un minuto después.

—No vayas a decirme "Te lo dije" —se escudó Herbert.

—¿Por qué? —preguntó Hood.

—Un oficial de alto rango de la CÍA de Washington recibió inteligencia de la ANS sobre el Arponero —dijo Herbert—. La ANS no tenía a nadie en Bakú, de modo que notificó a la CÍA. La CÍA envió a David Battat.

—Un hombre al que el Arponero sabía exactamente dónde encontrar —dijo Rodgers—. En lugar de matarlo, el Arponero le contagió un virus. Y utilizó a Battat para hacer que Moore y Thomas fuesen al hospital.

—Aparentemente... sí —admitió Herbert.

—Paul, hace un momento hiciste una pregunta —dijo Rodgers—. Querías saber quién más sería imprescindible para llevar a cabo una maniobra de estas características contra el presidente. Es una buena pregunta, pero no es la primera que necesitamos responder.

—¿No? —preguntó Hood—. ¿Y cuál sería la primera?

—¿Quién saldría más beneficiado por la incapacidad mental del presidente? —dijo Rodgers—. Y al mismo tiempo, ¿quién estaría en la posición perfecta para ayudar a que la información errada siguiera su indebido curso?

El estómago de Hood parecía una zarza ardiente. La respuesta era obvia.

El vicepresidente de los Estados Unidos.

32

Washington, D.C. Lunes, 23.24 hs.

El vicepresidente Charles Cotten estaba en la sala de la planta baja de la residencia vicepresidencial. La mansión se hallaba emplazada en el predio del Observatorio Naval de los Estados Unidos. Veinte minutos en automóvil la separaban de las dos oficinas del vicepresidente: una en la Casa Blanca y la otra en el vecino Antiguo Edificio del Poder Ejecutivo. Pocas cuadras separaban a la mansión de la Catedral Nacional. Últimamente, Cotten había pasado más tiempo que de costumbre en la catedral.

Rezando.

Una asistente golpeó la puerta de la sala, entró y le anunció al vicepresidente que su automóvil estaba listo. Cotten le dio las gracias y se levantó del sillón de cuero. Salió al pasillo oscuro y fue directamente a la puerta principal. Su esposa y sus hijas dormían en el piso superior de la mansión.

Mi esposa y mis hijas. Cinco palabras que Cotten jamás había pensado que podrían formar parte de su vida. En sus épocas como senador por el estado de Nueva York, el actual vicepresidente había sido el peor de los mujeriegos. Siempre llevaba una mujer distinta, siempre bella, a cada acto público. La prensa se refería a las joven-citas como "las golosinas de Cotten". Todo el mundo bromeaba acerca de lo que había debajo del cinturón del senador. Hasta que un día conoció a Marsha Arnell en una reunión para recaudar fondos celebrada en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y todo cambió como por arte de magia. Marsha tenía veintisiete años, once menos que él. Era pintora e historiadora del arte. Le estaba hablando a un grupo de invitados acerca de las producciones artísticas de fines del siglo XX y de cómo la obra de artistas comerciales como Frank Frazetta, James Bama y Rich Corben había definido la nueva imagen norteamericana: el poder del rostro y el cuerpo humanos mezclado con paisajes oníricos y fantásticos. Cotten quedó hipnotizado por la voz y las ideas de la joven Marsha, y también por su visión optimista y vital de los Estados Unidos.

Se casaron cuatro meses más tarde.

Durante casi diez años, Marsha y las mellizas habían sido el centro de la vida de Charles Cotten. Eran su alma, su corazón, y jamás había dejado de pensar en el futuro que las esperaba.

Por ellas, sólo por ellas, el vicepresidente había concebido el plan que tenía entre manos. Preservar la nación por el bien de su familia.

El hecho era que los Estados Unidos corrían peligro. No solamente por la posibilidad de atentados terroristas, aunque éstos se estaban convirtiendo en una amenaza cada vez mayor. El peligro que enfrentaban los Estados Unidos era que estaban a punto de volverse irrelevantes. Los militares norteamericanos podían destruir el mundo varias veces. Pero los otros países sabían que jamás lo harían... y por eso ya no les tenían miedo. Ni respeto. La economía norteamericana era relativamente fuerte. Pero lo mismo podía decirse de las economías de muchas otras naciones y alianzas. El eurodólar era fuerte y la nueva Liga Sudamericana y su moneda estaban adquiriendo cada vez más poder e influencia. América Central y México estaban hablando de una nueva confederación. Canadá estaba siendo tentado para unirse a la economía europea. Esas uniones, esas naciones no debían enfrentar la suspicacia y el resentimiento que el

mundo entero deparaba a los Estados Unidos de Norteamérica. ¿El motivo? Los Estados Unidos eran un gigante que todos querían ver derribado. No destruido; los otros países lo necesitaban demasiado como policía internacional. Simplemente querían verlo humilde y humillado. Los Estados Unidos eran un villano cruel para sus enemigos y un hermano mayor imposible de soportar para sus supuestos aliados.

Esta clase de preocupaciones no perturbaban el devenir de los otros países en épocas de depresión internacional o guerra mundial. Era correcto invadir Francia para liberar a los franceses de Hitler. Pero no estaba bien sobrevolar Francia para bombardear Libia, la patria de un déspota de otro cuño. Era correcto mantener una presencia militar en Arabia Saudita para proteger al país de los desmanes de Saddam Hussein. Pero no era correcto que despegaran aviones de Ruyadh para proteger a las tropas norteamericanas con destino en esa región.

Los otros países no respetaban ni temían a los Estados Unidos. Eso tenía que cambiar. Y tenía que cambiar mucho antes de que Michael Lawrence concluyera su mandato dentro de tres años. Para entonces, sería demasiado tarde.

El problema no había sido causado por Michael Lawrence. El actual presidente era tan sólo el último portador de la antorcha del aislamiento arrogante. Durante su etapa de senador, Cotten había sentido la necesidad de que los Estados Unidos estuvieran más integrados con el resto del mundo. Había soñado con el país que Teddy Roosevelt había descripto. El que blandía un enorme palo y no tenía miedo de usarlo. Pero ése era un país que también sabía hablar con dulzura. Una nación que sabía emplear y ejercer la diplomacia y la presión económica. Un país resuelto a utilizar la extorsión y el asesinato anónimos en lugar de montar miniguerras públicas y denostadas por los pueblos.

Cuando le pidieron que aceptara compartir la fórmula presidencial con el candidato Michael Lawrence, Cotten aceptó. A los norteamericanos les gustaban el estilo y el eslogan —"Estoy con el pueblo"— de Lawrence, admiraban que hubiera salido del ruedo estrictamente político para servirlos. Pero Lawrence quiso equilibrar su estilo relativamente frontal e independiente con el de alguien que supiera manejar los trasfondos del Congreso norteamericano y los pasillos del poder en el extranjero.

Cotten salió de la mansión y subió al auto. El chofer cerró la puerta y ocupó su lugar detrás del volante. Avanzaron en la noche oscura, silenciosa. Cotten tenía el alma en llamas. No disfrutaría lo que estaba por hacer con sus aliados. Recordó la primera vez que se había acercado a cada uno de ellos y a otros posibles candidatos acaso capaces de ayudarlo a llevar a cabo el riesgoso plan que había concebido. Generalmente, hacía un comentario casual, aparentemente sin importancia. Si el comentario era ignorado, cambiaba de tema. Si no, arremetía con una andanada de comentarios cada vez más punzantes. En el fragor de la improvisada estrategia, Cotten se dio cuenta de lo que debería ser para un hombre casado pedirle a una mujer que se convirtiera en su amante. Si uno se pasaba de la raya con el individuo equivocado, podía perder todo en una sola jugada.

Todos sus "compañeros de ruta" se habían comprometido por la misma razón. Patriotismo. El deseo de crear un nuevo Estados Unidos que liderara a la comunidad mundial en vez de actuar reactivamente. Un país que premiara la paz con prosperidad y castigara a los agitadores belicosos... no con el descrédito y el encarcelamiento públicos sino con la muerte solitaria, muda. Lawrence no estaba dispuesto a traspasar el límite que separa la guerra legal del asesinato ilegal, aun cuando esa decisión pudiera salvar miles de vidas. Pero los albores del siglo XXI no estaban signados por el

armamentismo. El nuevo siglo prometía miseria a corto plazo y odio a largo plazo. El mundo se estaba volviendo demasiado pequeño, demasiado poblado para las bombas. Por desagradable que fuese, era imprescindible cambiar de rumbo. Por el bien de la nación y por el bienestar de sus habitantes. Por el bien de sus propias hijas.

El automóvil avanzaba a toda velocidad por las calles vacías. Washington siempre estaba desierta por la noche. Solamente los espías y los conspiradores salían a esa hora. Le resultaba raro pensarse a sí mismo como un conspirador. Siempre había sido un francotirador. Creía que si uno estaba convencido de algo debía manifestarlo abiertamente y defender sus ideas y creencias a capa y espada, como los antiguos caballeros. Pero si uno no estaba tan convencido, probablemente no valía la pena abrir la boca. Este caso era diferente. Esta operación debía mantenerse en el más absoluto secreto. Sólo debían conocerla aquellos que estuvieran activamente involucrados en su planeamiento y ejecución.

Por fin habían llegado a buen puerto, pensó Cotten. Sólo faltaba colocar la última pieza del rompecabezas. Según los allegados al presidente, el hecho de haber anunciado una iniciativa de inteligencia cooperativa inexistente había minado la fortaleza mental de Lawrence. Ese solo error lo había perturbado más que los otros "vidrios" que le habían hecho "comer" Fenwick y Gable... quienes luego negaban todo conocimiento o participación en el caso, generalmente durante una reunión de gabinete o un encuentro en la Oficina Oval.

—No, señor presidente —decía Cotten con suavidad, aparentemente avergonzado por la confusión del primer mandatario—. Jamás recibimos un informe del Pentágono que dijera que Rusia y China habían intercambiado fuego de artillería sobre el río Amur. Señor, nadie nos ha dicho que el director del FBI tenga intenciones de presentar su renuncia. ¿Cuándo ocurrió eso? ¿No lo recuerda, señor presidente? Habíamos acordado que el señor Fenwick compartiría toda la nueva inteligencia con Irán.

El tema de compartir inteligencia con Irán había sido importante durante la última etapa de la operación. Jack Fenwick le había dicho al embajador iraní que, de acuerdo con las fuentes de inteligencia de los Estados Unidos, Azerbaiján atacaría. No estaban seguros de cuál sería el blanco, pero probablemente se trataría de un atentado terrorista en el centro de Teherán. Fenwick le había asegurado a Irán que, si decidían devolver el golpe, los Estados Unidos no intervendrían. La nación norteamericana quería estrechar lazos con la República Islámica, no obstaculizar sus esfuerzos por defender lo que le pertenecía.

Por supuesto que instarían a Lawrence a tener una actitud menos tolerante o acomodaticia, por así decirlo. Y cuando se diera cuenta del rumbo que habían dado sus percepciones y sus tácticas equívocas al país... no tendría más remedio que renunciar.

El hecho de que Lawrence no supiera nada acerca de la reunión era absolutamente irrelevante. En el encuentro de esa noche, el denominado "Grupo Ojos Exclusivos" —integrado por Gable, Fenwick y Cotten— intentaría convencer al presidente de que lo habían mantenido debidamente informado. Le mostrarían memos que había leído y firmado. Le enseñarían la agenda que su secretaria mantenía actualizada en la computadora. La cita había sido agendada luego de que ella se retirara a su casa. Luego saltarían directamente a la crisis actual. El presidente sería el líder y ellos los pilares de su confianza. A la mañana siguiente, Michael Lawrence se habría comprometido públicamente a una confrontación con dos de los países más volátiles de la Tierra.

A la mañana siguiente, con la ayuda de fuentes anónimas de la ANS, el *Washington Post* publicaría en primera plana un sesudo y alarmante artículo sobre la salud mental del presidente. Aunque el artículo periodístico estaría ligado al fiasco de las Naciones Unidas, también contendría detalles exclusivos sobre algunos de los lapsus más dramáticos del presidente Lawence. El país no toleraría la inestabilidad mental de su comandante en jefe. Especialmente si su inestabilidad lo llevaba a declarar la guerra.

Después, todo sucedería muy rápido. La Constitución no preveía que el presidente pudiera tomar licencia por enfermedad. Y no había ninguna cura a corto plazo para las enfermedades mentales. Lawrence se vería obligado a renunciar... ya fuese por la creciente presión popular o por el voto del Congreso. Cotten sería nombrado presidente. Los militares norteamericanos se retirarían inmediatamente del mar Caspio y de la confrontación con Irán y Rusia. A continuación, mediante operaciones de inteligencia, demostrarían que Irán había sido el autor intelectual de la operación que había desencadenado la tragedia. Teherán protestaría, por supuesto, pero la credibilidad del gobierno iraní quedaría gravemente comprometida. Luego, a través de la vía diplomática, los Estados Unidos buscarían maneras de estimular a los iraníes moderados a tomar el poder. Mientras tanto, liberada del yugo de Irán y Rusia, Azerbaiján estaría en deuda con los Estados Unidos.

Una vez disipados los nubarrones de la guerra, el presidente Cotten se aseguraría de algo sumamente importante: Azerbaiján y los Estados Unidos compartirían de ahí en más las reservas petroleras del mar Caspio. Oriente Medio jamás volvería a tomar de rehén a los Estados Unidos de Norteamérica. Ni a sus embajadas ni a sus reservas de petróleo.

Restaurado el orden y en el apogeo de la influencia y la credibilidad norteamericanas, el presidente Charles Cotten convocaría a todos los países del mundo. Los invitaría a unirse a los Estados Unidos en una era de paz y prosperidad permanente. Cuando los pueblos oprimidos experimentaran por primera vez la libertad y el beneficio económico, derrocarían a sus gobernantes impunes. Llegaría un momento en el que la mismísima China se uniría al resto. Tendría que hacerlo. La gente era codiciosa y los comunistas de la vieja escuela no vivirían eternamente. Si los Estados Unidos dejaban de provocarlos —y, por lo tanto, de proveer al gobierno de Beijing de un "enemigo público"—, los chinos se debilitarían y finalmente evolucionarían.

Ese era el mundo que Charles Cotten quería para los Estados Unidos de Norteamérica. Ése era el mundo que quería para sus hijas. Lo había pensado durante años. Había trabajado para conseguirlo. Había rezado para tener la fuerza y el coraje de lograrlo.

Y muy pronto... ese mundo anhelado estaría en sus manos.

33

Bakú, Azerbayán Martes, 8.09 hs.

David Battat estaba acostado sobre una cama gemela bastante dura en un pequeño departamento-estudio escasamente amueblado. A su izquierda había una ventana. Aunque las persianas estaban cerradas, un rayo de luz se filtraba a través de las hendijas e iluminaba débilmente la habitación.

Battat temblaba de fiebre, pero estaba alerta. Su raptora, anfitriona o salvadora —todavía no se había decidido por una de las tres opciones— estaba en la kitchenette, a la derecha de la cama. Mientras preparaba huevos fritos, salchichas y té sonó el teléfono.

Battat deseó que el llamado fuera breve. La comida olía bien... y la sola idea de tomar un té le parecía una versión del paraíso. Necesitaba calentarse por dentro. Hacer algo para dejar de temblar. Se sentía como si tuviera gripe. Estaba débil y todo lo que veía o escuchaba parecía provenir del mundo de los sueños. Pero le dolían muchísimo la cabeza y el pecho. Más que durante cualquier estado gripal que pudiera recordar. Abrigaba la esperanza de que el té y la comida le permitieran concentrarse un poco. Tal vez así podría comprender lo que había pasado en el hospital.

La mujer se acercó a la cama. Todavía estaba hablando por teléfono. Se detuvo a menos de un metro y Battat pudo ver su rostro lánguido y moreno enmarcado por una negra cabellera tupida que le llegaba a los hombros. Tenía pómulos altos y ojos azules. Battat hubiera apostado que por sus venas corría sangre lituana. La desconocida le alcanzó el receptor.

—Alguien desea hablar con usted —dijo en un inglés bastante áspero.

—Gracias —dijo Battat. Su voz sonó como un graznido débil. Aceptó el teléfono inalámbrico. No se molestó en averiguar quién llamaba. En menos de un segundo lo sabría—. ¿Hola? —murmuró.

—¿David Battat? —preguntó una voz en el otro extremo de la línea.

—Sí...

—David, le habla Paul Hood, el director del Op-Center.

—¿Paul Hood? —Battat estaba confundido. ¿El Op-Center lo había localizado y lo estaba llamando para preguntarle acerca de... aquello?—. Señor, lamento sinceramente lo que ocurrió —dijo—, pero no sabía que Annabelle Hampton estaba trabajando para...

—No quiero hablar del sitio a las Naciones Unidas —lo interrumpió Hood—. Preste atención, David. Tenemos razones para creer que la ANS los inmoló, a usted y a sus colegas.

Battat tardó varios segundos para digerir lo que Hood acababa de decirle.

—¿Dice que nos entregaron a unos asesinos? ¿Por qué?

—No puedo responderle ahora —replicó Hood—. Lo importante es que por el momento usted está fuera de peligro.

La joven se acercó con una taza de té, que dejó sobre la mesa de noche junto a la cama. Battat intentó incorporarse apoyándose sobre el codo. Ella lo ayudó metiendo sus

fuertes manazas debajo del brazo del norteamericano y levantándolo, literalmente, de la cama.

—Lo que necesito saber es lo siguiente —dijo Hood—. Si logramos localizar al Arponero, ¿usted estaría en condiciones de ayudarnos a atraparlo?

—Si existe una manera de dar caza al Arponero, pueden contar conmigo —dijo Battat. La sola idea lo llenó de energía.

—Bien —dijo Hood—. Estamos trabajando con un grupo de inteligencia ruso. No sé cuándo tendremos más información. Pero en cuanto recibamos algo los pondremos al tanto... a usted y a su nueva compañera.

Battat miró a la joven. Estaba parada junto a la cocina, terminando de freír unos huevos. La última vez que Battat había entrado en acción, Rusia era el enemigo. Cómo cambiaba el mundo.

—Antes de cortar, ¿puede decirnos algo más acerca del Arponero? —preguntó Hood—. ¿Algo que haya visto o escuchado cuando lo estaba buscando? ¿Algo que Thomas o Moore puedan haber dicho?

—No —dijo Battat. Bebió un sorbo de té. Era más fuerte que lo habitual. Fue como una inyección de adrenalina—. Lo único que sé es que alguien intentó asfixiarme por la espalda. Después, me desperté tirado en el suelo. En cuanto a Moore y Thomas, estaban tan asombrados como yo.

—¿Porque...?

—Porque el Arponero me había dejado con vida —dijo Battat.

—Muy bien —dijo Hood—. Escuche. Utilice el tiempo que tiene para descansar. No sabemos dónde se aparecerá el Arponero ni cuánto tiempo tardará usted en llegar a él. Pero necesitamos que esté en condiciones de atraparlo.

—Estaré en condiciones de hacerlo —prometió Battat.

Hood le dio las gracias y colgó. Battat apoyó el teléfono sobre la mesa de noche. Luego bebió otro sorbo de té. Todavía se sentía débil, pero temblaba un poco menos que antes.

La joven se acercó con un plato de comida para él. Battat la observó mientras apoyaba el plato sobre sus rodillas temblorosas y colocaba una servilleta y cubiertos sobre la mesa de noche. Parecía exhausta.

—Me llamo David Battat —se presentó.

—Ya lo sé —dijo ella.

—¿Y usted es...? —insistió Battat.

—En Bakú, soy Odette Kolker —dijo ella. Había decisión en su voz. Eso indicaba dos cosas. Primero, que no era una azerbaijana reclutada por los rusos. Segundo, que no podría averiguar su verdadero nombre. No a través de ella, claro.

—Encantado de conocerla —dijo Battat, tendiéndole la mano—. Le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho.

—De nada —murmuró la joven.

Estrechó la mano del norteamericano con firmeza pero sin interés. Battat advirtió varias manchas de sangre, casi invisibles, en su uniforme blanco. No tenía heridas en la mano ni en el brazo. Aparentemente la sangre no era suya.

—¿Usted es una auténtica mujer policía? —preguntó Battat.

—Sí —respondió ella.

—¿Estaba trabajando como vigilancia nocturna? —insistió.

—No —replicó la joven—. Me llamaron especialmente para hacer esto —esbozó una débil sonrisa—. Y no me pagarán horas extra por el esfuerzo.

Battat bebió un poco más de té y sonrió.

—Lamento que la hayan sacado de la cama—. Apoyó el plato sobre la mesa de noche y comenzó a retirar las cobijas—. Probablemente no tendría que estar ocupando su cama...

—No, está bien —dijo ella—. Debo prestar servicio en menos de una hora. Además, estoy acostumbrada a recibir huéspedes imprevistos.

—Es uno de los peligros de nuestra actividad —dijo Battat.

—Sí —admitió Odette—. Ahora, si me disculpa, tengo que comer. Y usted podría imitarme. Coma un poco y luego descanse.

—Lo haré —prometió Battat.

—¿Necesita sal o alguna otra cosa?

—No, gracias.

Odette dio media vuelta y caminó lentamente hacia la kitchenette.

Hacía menos de una hora que había matado a un hombre. Y ahora le estaba sirviendo el desayuno a Battat. El suyo era un extraño oficio. Muy extraño, a decir verdad.

34

Washington, D.C. Martes, 0.10 hs.

—Hola, Paul.

La voz de Sharon sonaba dura y fría en el otro extremo de la línea. Hood miró el reloj de su computadora y maldijo en silencio. Había pensado en llamar a Sharon hacía más de una hora. Pero Herbert llamó para transmitirle el informe de Viens y Hood se distrajo.

—Lo lamento muchísimo, Sharon —se disculpó.

—¿Qué es lo que lamentas? —preguntó ella con tono cortante.

—Lamento no haberte llamado —replicó él—. Quería hacerlo pero...

—Paul, ya pasamos la etapa de las disculpas —dijo ella—. Sólo quería que supieras que acabo de volver del hospital.

—¿Del hospital? ¿Qué pasó?

—Para hacértela corta —prosiguió Sharon—, Harleigh se descompensó hace aproximadamente noventa minutos. Llamé una ambulancia... no sabía qué otra cosa hacer.

—Hiciste lo correcto —la tranquilizó Hood—. ¿Cómo está ahora?

—El doctor Basralian le aplicó un sedante y está durmiendo —dijo Sharon.

—¿Qué dijo el médico? —preguntó Hood—. ¿La descompensación es de origen físico o...?

—No está seguro —dijo Sharon—. Mañana por la mañana le harán varios estudios. El doctor dijo que, en ocasiones, un evento traumático puede tener repercusiones físicas. Puede afectar la tiroides, provocar hipertiroidismo o crear un exceso de adrenalina. De todos modos, no te llamé para que dejaras lo que estabas haciendo y vinieras corriendo a verla. Simplemente quería que estuvieras al tanto de lo que pasaba.

—Gracias —dijo Hood—. No obstante, iré a verla lo más pronto que pueda.

—Sé que lo harás. ¿Hay algún problema? —preguntó Sharon.

—¿Dónde?

—En el mundo —dijo Sharon.

—Siempre los hay —replicó Hood.

—Llamé primero al motel —dijo ella—. Como no estabas, supuse que estarías apagando algún incendio.

Hood no sabía cómo tomar el comentario de Sharon. Trató de no interpretarlo.

—Hay un problema en Oriente Medio —dijo—. Podría ser grave.

—Entonces, no te retengo más —dijo Sharon—. Pero no te mates, Paul. Ya no eres un chico. Tienes que dormir. Y tus hijos te necesitan.

—Me cuidaré —prometió Hood.

Sharon colgó. Cuando estaban juntos, Sharon solía sentirse frustrada y furiosa si él trabajaba después de hora. Ahora que estaban separados, Sharon parecía tranquila y preocupada. O tal vez estaba reprimiendo su enojo y su frustración por el bien de Harleigh. Fuera cual fuese la razón, era una broma muy triste la que el destino le había hecho a la familia Hood.

Pero Paul Hood no tenía tiempo para pensar en lo injusto de la situación. Ni siquiera tenía tiempo para pensar en el estado de salud de su hija. Sonó el teléfono. Otra esposa preocupada lo estaba llamando.

La esposa del presidente.

35

San Petersburgo, Rusia Martes, 8.30 hs.

El general Orlov se sentía orgulloso de que su agente le hubiera salvado la vida al norteamericano. Orgulloso, pero no sorprendido.

Hacía tres años que Odette —Natalia Basov— trabajaba con él. La joven de treinta y dos años era una ex experta en desciframiento de códigos encriptados que había comenzado su carrera en la GRU, la inteligencia militar soviética. Su marido Viktor era oficial de la Spetsnaz, la fuerza especial rusa. Cuando Viktor fue asesinado durante una misión especial en Chechenia, Basov se hundió en un pozo depresivo y quiso salir del escritorio. Como la GRU estaba siendo desmantelada y sus integrantes despedidos, Basov tuvo una entrevista con Orlov. El general se alegró de poder contarla en sus filas. Basov no solamente era experta en inteligencia electrónica sino que su esposo le había enseñado las técnicas de defensa personal del Systema... las mortíferas artes marciales de la Spetsnaz. El propio Orlov había estudiado los ejercicios básicos para mantenerse en forma. El Systema no confiaba en la práctica de los movimientos ni en la fuerza física. Enseñaba que durante un ataque el propio movimiento defensivo indicaba cuál debía ser el contrataque. Si uno era golpeado en el lado derecho del pecho, instintivamente cubría ese sector para protegerse del golpe. A raíz de esto, el lado izquierdo del cuerpo avanzaba automáticamente. Por lo tanto, era menester atacar con el brazo izquierdo. Y no era cuestión de dar un solo golpe. Debía ser una "trinidad". Tal vez un puñetazo al mentón, un codazo a la mandíbula y un golpe con el dorso de la mano... todos en rápida sucesión. Simultáneamente, uno debía posicionarse para lanzar la próxima "trinidad". Por lo general, un solo atacante no tenía más de una oportunidad de golpear. Y los atacantes múltiples estaban muy ocupados esquivando a sus camaradas caídos para poder moverse.

Basov era una verdadera maestra en artes marciales. Y en Azerbaiján había demostrado ser una valiosa ventaja. La gente de Orlov le había inventado una identidad falsa y la joven había obtenido un puesto dentro de la fuerza policial. Ese puesto le permitía vigilar e interrogar a los civiles y a otros oficiales, guardias y vigilantes nocturnos en las plantas y bases militares. De ese modo, Basov averiguaba lo que ocurría en Bakú, tanto en los pasillos del poder como en el ámbito militar. Como era una mujer hermosa los hombres se sentían a gusto hablando con ella, especialmente en los bares. Y también caían en el gravísimo error de subestimarla.

Basov le había dicho que ambos —ella y su huésped— estaban a salvo, pero eso no era lo que más preocupaba a Orlov. Su mayor preocupación era encontrar al Arponero. Basov le había dicho que la radio policial de Bakú estaba reportando una explosión en el puerto. Una embarcación había volado en pedazos y todos sus tripulantes habían muerto. Orlov estaba dispuesto a apostar que la embarcación pertenecía al Arponero. Ése era su estilo: destruir toda evidencia y, simultáneamente, eliminar a sus compañeros de trabajo. Los muertos serían culpados por la voladura de la plataforma petrolera. Orlov se preguntó quiénes serían. ¿Azerbaijanos? ¿Iraquíes? ¿Rusos? El Arponero podía haber reclutado gente de varias nacionalidades para esa misión. Siempre y cuando los desdichados no supieran lo que solía ocurrirles a sus empleados.

La mayoría de los hombres de Orlov comenzaron a llegar a las ocho y media. El general había enviado un e-mail a los dos miembros clave de su equipo de inteligencia, pidiéndoles que fueran a verlo lo antes posible. Si el Arponero era el responsable del

atentado del Caspio, probablemente no intentaría salir de Bakú de inmediato. En el pasado, el escurridizo terrorista tenía la costumbre de esperar uno o dos días después de cometido el atentado. Y, cuando por fin decidía moverse, generalmente pasaba por Moscú. Nadie sabía por qué. Lamentablemente, cuando las autoridades se enteraban de su presencia en la ciudad el Arponero ya se había evaporado. El general Orlov no quería que eso volviera a suceder. La cuestión era cómo hacer para encontrarlo. Era probable que Paul Hood le hubiera dado una pista sin saberlo.

Boris Grosky era un veterano de inteligencia malhumorado y canoso que extrañaba los tiempos de la Guerra Fría. Piotr Korsov era un novato bien dispuesto que había estudiado en Technion, en la ciudad de Haifa, Israel. Demostraba sin pudor su pasión por trabajar en un campo que amaba y para un hombre que había sido pionero de los viajes espaciales. Los dos entraron en la oficina sin ventanas con un minuto de diferencia. Se sentaron en el sofá, frente al escritorio de Orlov, Boris con un té en la mano y Korsov con una laptop sobre las rodillas.

Orlov les informó todo lo que sabía. Grosky manifestó un evidente interés cuando el general mencionó que la ANS y la CÍA podían estar involucradas de algún modo en la operación del Caspio.

—Lo que quiero saber es lo siguiente —dijo Orlov—. No es la primera vez que escuchamos comunicaciones por teléfono celular entre operativos de inteligencia norteamericanos. Hemos pinchado en más de una ocasión muchas de sus líneas seguras.

—Hemos pinchado la mayor parte de sus líneas telefónicas —acotó Grosky.

—Los norteamericanos tratan de impedirlo alterando la señal de segundo en segundo —dijo Korsov—. Las alteraciones se producen dentro de unos pocos megahertz en frecuencia superelevada. Hemos aprendido a detectar y pinchar la mayoría de las alteraciones.

—Lo más difícil es decodificar los mensajes electrónicos —agregó Grosky—. Las agencias norteamericanas usan códigos muy complejos. Nuestras computadoras no siempre logran descifrar los mensajes encriptados.

—¿Los que llaman suelen utilizar las mismas señales, los mismos patrones? —le preguntó Orlov a Korsov.

—Generalmente sí —replicó Korsov—. De lo contrario habría interferencias de audio. Los que llaman se toparían constantemente unos con otros.

—¿Tenemos registros de las llamadas? —preguntó Orlov.

—¿De las conversaciones? —preguntó Grosky—. Sí. Seguimos trabajando sobre las conversaciones, tratamos de decodificar...

—Me refiero a las señales —lo interrumpió Orlov.

—Absolutamente —dijo Grosky—. Las enviamos al Laika para que las siga detectando.

El Laika era el satélite centinela del Op-Center ruso. Bautizado en homenaje a la perra soviética pionera del espacio, el Laika se encontraba en una órbita geoestacionaria sobre Washington, D.C. Podía interceptar señales de los Estados Unidos, Europa y parte de Asia.

—Entonces, si el Arponero habló con una unidad de inteligencia en Washington, nosotros podríamos haber interceptado la señal... e incluso el contenido de la conversación —dijo Orlov.

—Correcto —dijo Korsov.

—Muy bien —prosiguió Orlov—. Revisen los registros de las computadoras de las últimas dos semanas. Busquen comunicaciones entre Azerbaiján y la Agencia Nacional de Seguridad en Washington. Tráiganme toda la información que tengan.

—¿Aunque no hayamos descifrado los códigos? —preguntó Korsov.

—Sí —replicó Orlov—. Quiero saber exactamente desde dónde hicieron sus llamados el Arponero o sus hombres.

—¿Qué hará cuando lo sepa? —preguntó Grosky.

—Llamaré al Op-Center norteamericano y les pediré que analicen todas las imágenes satelitales que tengan de la región —explicó Orlov—. El Arponero tuvo que trasladar explosivos y mano de obra al lugar del hecho. Si podemos detectar su ubicación geográfica, probablemente obtendremos un registro fotográfico...

—Y pistas sobre su actual paradero —agregó Grosky.

Orlov asintió.

—Conseguiremos la información lo antes posible —dijo el siempre bien dispuesto Korsov—. Sería un buen golpe echarle la red encima a semejante monstruo.

—Indudablemente —coincidió Orlov.

Los hombres abandonaron la oficina. Orlov mandó llamar a Paul Hood para ponerlo al tanto de su iniciativa.

Atrapar al Arponero sería todo un hito en su carrera. Pero lo que en realidad le interesaba era saber si la cooperación entre los dos Op-Center llegaría a convertirse en rutina. Si la confianza y la solidaridad podrían atenuar las sospechas y fomentar la seguridad internacional.

Ése sería el gran golpe. El verdadero hito en la historia de la humanidad.

36

Washington, D.C. Martes, 0.30 hs.

—Paul, creo que debería venir inmediatamente —dijo Megan Lawrence—. Está ocurriendo algo.

La voz de la Primera Dama sonaba tan calma como de costumbre. Pero Hood la conocía lo suficientemente bien como para saber que era la típica voz de "Tengo que ser fuerte" de Megan. La había escuchado durante la campaña, cuando la prensa la bombardeaba con preguntas insidiosas y crueles acerca de un aborto que se había practicado antes de conocer al presidente. Tal como lo había hecho años atrás, Megan estaba sacando fuerzas de lo más recóndito de su ser. Sólo claudicaría cuando el peligro hubiera pasado.

—Cuénteme —dijo Hood. Tendría que apelar a sus reservas emocionales y psicológicas para ocuparse debidamente del problema que aquejaba a la Primera Dama. La llamada de Sharon lo había conmovido hasta los huesos.

—Acabábamos de acostarnos cuando Michael recibió una llamada de Jack Fenwick —dijo Megan—. No sé lo que le dijo, pero mi esposo quedó perturbado. Mantuvo un tono calmo durante la conversación, y después también... pero volví a verle esa mirada.

—¿Qué clase de mirada? —preguntó Hood.

—Es difícil de describir —musitó ella.

—¿Diría que fue una mirada precavida, perpleja, suspicaz?

—Todo junto —replicó Megan.

Hood comprendió. Era la misma mirada que él había visto en la Oficina Oval.

—¿Dónde está ahora el presidente? —preguntó.

—Bajó a reunirse con Fenwick, el vicepresidente y Red Gable —dijo Megan.

—¿Comentó el motivo de la reunión? —preguntó Hood.

—No. Pero me dijo que no lo esperara despierta —dijo Megan.

Probablemente estarían discutiendo la situación del Caspio. Una parte de Hood —ínfima y para nada suspicaz— quería creer que no había motivos para preocuparse. Por otra parte, el presidente estaba

reunido con los mismos hombres que le habían dado información falsa en otras ocasiones. Tal vez fuera eso lo que Megan había visto en la expresión de su esposo. El miedo de que volviera a suceder.

—Paul, sea lo que fuere... creo que Michael necesita tener amigos cerca —prosiguió Megan—. Tendría que estar rodeado de personas que conozca bien y en las que pueda confiar. No sólo de asesores políticos.

Justo en ese momento sonó el intercom. Era Stef Van Cleef, la nueva asistente de Hood, diciendo que había un llamado del general Orlov. Hood le pidió que se disculpara con el general por la demora y dijo que lo atendería en unos minutos.

—Estoy de acuerdo con usted, Megan —dijo Hood—. Pero no puedo autoinvitarme a una reunión en la Oficina Oval...

—Usted tiene un pase de seguridad —dijo ella.

—Para ingresar al ala oeste, no a la Oficina Oval —le recordó Hood. Se detuvo en seco. Clavó los ojos en la lucecita roja del teléfono, que no dejaba de titilar. Tal vez no tendría necesidad de que lo invitaran.

—¿Paul?

—Aquí estoy —respondió Hood—. Escuche, Megan. Voy a atender un llamado y luego iré a la Casa Blanca. Más tarde la llamaré a su línea privada y le contaré cómo anduvieron las cosas.

—Muy bien —suspiró Megan—. Gracias.

Hood colgó y atendió el llamado de Orlov. El general ruso le comunicó su plan para localizar al Arponero. También mencionó la voladura del barco en el puerto de Bakú. Sospechaba que los oficiales azerbaijanos encontrarían cadáveres en el agua, ya fueran de los terroristas contratados por el Arponero o de infelices raptados que simularían ser terroristas.

Hood le dio las gracias y le informó que podía contar con la cooperación absoluta del Op-Center norteamericano. También le avisó que no estaría en su oficina durante un rato y que, si tenía nueva información, debía comunicarse inmediatamente con Mike Rodgers. Apenas colgó, Hood llamó a Herbert y Rodgers por teléfono celular. Los puso rápidamente al tanto de las novedades mientras corría hacia la playa de estacionamiento.

—¿Quieres que le avise al presidente que estás yendo para allá? —preguntó Rodgers.

—No —dijo Hood—. No quiero darle motivos a Fenwick para terminar temprano la reunión.

—Pero también le estás dando más tiempo para actuar —señaló Rodgers.

—Tenemos que correr ese riesgo —dijo Hood—. Si Fenwick y

Gable están a punto de mostrar sus últimas cartas, quiero darles el tiempo justo para que las pongan sobre la mesa. Tal vez podamos pescarlos en plena partida.

—Sigo pensando que es muy riesgoso —dijo Rodgers—. Fenwick presionará al presidente y lo obligará a actuar antes de consultar a otros asesores.

—Probablemente por eso organizaron una reunión a esta hora —señaló Herbert—. Las conspiraciones suelen tener lugar en mitad de la noche.

—Si esto está vinculado con la situación del Caspio, el presidente tendrá que actuar con rapidez —prosiguió Rodgers.

—Mike, Bob... estoy de acuerdo con lo que dicen ambos —dijo Hood—. Pero tampoco quiero darles a esos miserables la oportunidad de desacreditar lo que yo pueda decir antes de haber puesto mis pies en la Oficina Oval.

—Estás apostando fuerte —le advirtió Herbert—. Muy fuerte. Te falta muchísima información sobre la situación de ultramar.

—Ya lo sé —dijo Hood—. Si la suerte nos acompaña, pronto tendremos más inteligencia.

—Rezaré por ti —dijo Herbert—. Y si mis plegarias no dan resultado, verificaré otras fuentes.

—Gracias —dijo Hood—. Me mantendré en contacto con ustedes.

Hood atravesó a toda velocidad las calles desiertas rumbo a la capital de la nación. En la guantera había una lata de Coca-Cola. Hood la guardaba allí para casos de emergencia. Sacó la lata y la destapó. Realmente necesitaba una dosis de cafeína. Aunque estaba caliente, siempre era bueno tomar una Coca en situaciones límite.

Rodgers tenía razón. Hood estaba corriendo un gran riesgo. Pero ya había advertido al presidente sobre Fenwick. El llamado telefónico desviado, la visita a la delegación iraní, la falta de comunicación con la senadora Fox y el Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso. Con un poco de suerte, Lawrence analizaría exhaustivamente toda la información que le fuera presentada. También podría tomarse un tiempo para verificar la información a través del Op-Center.

Pero las esperanzas de Hood no modificaban un hecho: el presidente estaba estresado. Y había una sola manera de saber lo que haría Michael Lawrence. Para eso era imprescindible que Hood le proporcionara nueva inteligencia y que, mientras estuviera en la Oficina Oval, lo ayudara a analizar toda la información que Fenwick le hubiera presentado.

Y además tendría que hacer otra cosa. Rezar para que Mike Rodgers no tuviera razón.

Para que todavía quedara tiempo.

37

Bakú, Azerbayán Martes, 9.01 hs.

Maurice Charles se instaló en su pequeña habitación del Hyatt. Tenía una cama *queen-size* y un gabinete con televisor y minibar. A la izquierda había un escritorio, y a cada lado de la cama una mesa de noche. En el rincón opuesto al escritorio había un sillón bastante cómodo. En realidad, los muebles dejaban muy poco espacio para transitar, cosa que agradaba a Charles. No le gustaban las suites. Demasiado espacio libre. Demasiados lugares para esconderse.

Lo primero que hizo fue atar una cuerda de nylon a una de las patas del escritorio, ubicado cerca de la ventana. Su cuarto estaba en el tercer piso de un edificio de diez. Si quedaba acorralado por algún motivo, a la policía le resultaría difícil trepar desde la planta baja o deslizarse desde la terraza sin hacer ruido. Por consiguiente, la puerta era la única entrada posible. Y Charles estaba preparado para resistir cualquier embate por ese lado. Tenía varios aerosoles de crema de afeitar llenos de metanol líquido altamente inflamable. Si los arrojaba contra la puerta y les prendía fuego, arderían en segundos espantando a los indeseables. Eso le daría tiempo para eliminar de un disparo certero a cualquiera que estuviera esperándolo del otro lado de la ventana. Luego utilizaría la cuerda para escapar. El metanol también era un veneno letal. El humo que expulsaba era tan potente que una breve exposición a sus efluvios podía dejar ciego a cualquier intruso.

Charles encendió la lámpara de la mesa de noche y corrió las pesadas cobijas. Acto seguido, trabó la puerta que comunicaba su cuarto con el adyacente. Esa sería otra vía de escape en caso de necesidad. Luego empujó la silla del escritorio. Colocó la parte superior del respaldo bajo el picaporte de la puerta que separaba su habitación de la habitación contigua. No le resultaría difícil retirar rápidamente la silla para huir. Pero si alguien intentaba abrir la puerta desde el otro cuarto, pensaría que estaba cerrada con llave.

Los preparativos de seguridad le demandaron menos de media hora. Cuando terminó, Charles se sentó en la cama. Buscó en su equipaje y sacó una .45 que dejó sobre el piso, al lado de la cama. Sacó un cuchillo del ejército suizo de su bolsillo y lo apoyó sobre la mesa de noche. También sacó varios animales de peluche que había comprado al llegar a la ciudad. Todos los animales tenían disfraces. Si alguien le preguntaba, Charles respondería que eran juguetes para su hijita. Tenía varias fotos de una niña en la billetera. No era su hija, pero eso no tenía la menor importancia. Activó el Zed-4. Debía hacer un último llamado.

Llamó a la combi abandonada. El microchip que había colocado en el tanque de nafta era un detonador a control remoto. El chip podía recibir señales dentro de un radio de dieciocho kilómetros. Su inventor taiwanés lo había apodado "Celular kamikaze". El CK no tenía otra función que captar la señal, hacer su trabajo y morir. Ese CK en particular estaba programado para alcanzar una temperatura de 145 grados Fahrenheit al dispararse. Algunos chips podían programarse para emitir sonidos agudísimos que interfirieran con las señales electrónicas o incluso despistaran a los sabuesos. Otros chips podían utilizarse para crear estallidos magnéticos que enloquecieran a los radares y otros instrumentos de navegación.

Este chip se derretiría sin dejar rastro. También incendiaría el tanque de nafta. La policía y el cuerpo de bomberos tendrían que responder inmediatamente a los

llamados que anunciarían que una combi se estaba incendiando. Llegarían a tiempo para salvar parte del vehículo y, junto con él, la poca evidencia que Charles había puesto para ellos. La evidencia incluía rastros de sangre del propio Charles. El calor del fuego haría que el contenido acuoso de la sangre se evaporara, dejando manchas claramente definidas en la manija metálica de la puerta, la guantera y otros sectores de la combi que no hubieran sido pasto de las llamas. La policía llegaría a la conclusión de que un terrorista herido había tratado de destruir la combi y la evidencia antes de irse. Los incautos supondrían que su rápida respuesta les había permitido salvar algo que supuestamente no debían ver.

Charles marcó el número del CK. Esperó que su señal viajara cuarenta y seis kilómetros en el espacio y regresara a una calle desierta, a tan sólo tres cuadras de distancia. Se oyeron dos clics y luego volvió la señal de tono. Eso significaba que la llamada se había concretado. El chip estaba programado para desconectarse automáticamente del Zed-4 cuando comenzara a aumentar su temperatura.

Charles colgó.

Cinco minutos después, el Zed-4 estaba desmantelado. Su diseño permitía desarmarlo en módulos. El Arponero tomó los animales de peluche, les quitó los disfraces y les hizo pequeñas incisiones en la espalda con ayuda de su cuchillo. Luego introdujo cuidadosamente las cinco partes del Zed-4 en el cuerpo de los peluches y volvió a ponerles la ropa. El transporte ferroviario no empleaba el mismo sistema de resonancia magnética e imágenes que empleaban las compañías aéreas para detectar armas o explosivos en el equipaje de los pasajeros. Los módulos del Zed-4 no serían detectados.

Puso todas sus cosas sobre el escritorio, excepto la .45. Oyó el ulular de las sirenas, que se detuvieron exactamente donde debían hacerlo.

Cerca de la combi en llamas.

Reconfortado por la incomparable satisfacción del trabajo bien hecho, Maurice Charles concluyó los preparativos previos al merecido descanso. Tomó una de las almohadas de la cama y la colocó en el piso, entre la cama y la ventana, frente a la mesa de noche. Luego se acostó y miró a la derecha, hacia la cama. Los flecos del cobertor casi tocaban el piso. Eso le permitía ver la puerta desde su lugar. Si alguien tenía la mala idea de entrar en su cuarto, Charles le vería los pies. Eso era todo lo que necesitaba ver para detener al intruso.

Como medida precautoria, no se quitó la ropa ni los zapatos. Pero no le molestaban. Nada podía molestarlo ahora. Estos eran los momentos que más disfrutaba. Cuando se había ganado su descanso y su paga.

Poco después, ni el sonido de las sirenas de los bomberos podía penetrar su profundo, bien merecido sueño.

38

San Petersburgo, Rusia Martes, 9.31 hs.

A las 9.22 Piotr Korsov le envió un e-mail al general Orlov. El mensaje contenía un archivo. El archivo contenía una lista de las llamadas seguras que habían sido interceptadas entre Azerbaiján y Washington durante las últimas semanas. La mayoría de las llamadas habían tenido lugar entre la embajada norteamericana y la CÍA o la ANS. El Op-Center ruso no había podido desencriptar ninguna de las conversaciones, pero Orlov pudo borrarlas de su lista. Eran llamadas de rutina.

En los últimos días también habían llamado a la ANS desde Gobustán, una aldea situada al sur de Bakú. Todas las llamadas eran anteriores al atentando contra la plataforma petrolera. Las llamadas realizadas desde la embajada a los Estados Unidos se diferenciaban de las llamadas de Gobustán en una sola cosa: provenían de distintos teléfonos seguros. En una nota adjunta al archivo, Korsov decía que estaba a la espera de nuevas llamadas desde cualquiera de las líneas investigadas.

Orlov no albergaba muchas esperanzas. Era improbable que el Arponero se comunicara con sus aliados para avisarles que había completado exitosamente su misión. Obviamente, sus aliados se enterarían de lo ocurrido a través de sus propias fuentes de inteligencia.

Personalmente, Orlov se sentía perturbado por el solo hecho de que una comunicación satelital segura hubiera desempeñado un rol clave en el asunto. Esa era la clase de tecnología que sus vuelos espaciales habían contribuido a desarrollar: las comunicaciones satelitales. El hecho de que terroristas de la calaña del Arponero abusaran abiertamente del recurso lo obligaba a preguntarse si había valido la pena desarrollar la tecnología de las comunicaciones satelitales. Era la misma discusión que otras personas sostenían a favor y en contra de la división del átomo. La división del átomo había producido energía atómica relativamente limpia y en grandes cantidades, pero también había dado origen a la bomba atómica. No obstante, Orlov no había participado en los procesos que condujeron a la división del átomo. Sólo había colaborado en el desarrollo de las comunicaciones satelitales.

Volvió a recordar lo que Boris Pasternak había escrito en una de sus novelas favoritas, *Doctor Zhivago:* "No me gustan las personas que jamás han caído ni tropezado. Su virtud es inerte y carece por completo de valor. La vida no les ha revelado su belleza." El progreso debía permitir que ciertos monstruos como el Arponero asomaran a la superficie. De ese modo les enseñaba a los creadores dónde encontrar las grietas.

Orlov estaba terminando de revisar el material que le habían enviado cuando sonó su teléfono privado. Era Korsov.

—Interceptamos un zumbido —anunció con entusiasmo.

—¿Qué clase de zumbido? —preguntó Orlov. Sus oficiales de inteligencia denominaban "zumbido" a todo tipo de comunicación electrónica.

—El mismo que grabamos cuando supuestamente fue emitido desde Gobustán —replicó Korsov.

—¿El actual llamado proviene de Gobustán?

—No —respondió Korsov—. El llamado no salió de los límites de la ciudad. Fue realizado desde Bakú a un lugar muy cercano.

—¿Cuan cercano? —preguntó Orlov.

—El emisor y el receptor se encontraban a menos de quinientos metros de distancia —dijo Korsov—. No podemos medir distancias menores.

—Tal vez el Arponero llamó a sus cómplices a otra línea segura —sugirió Orlov.

—No creo —dijo Korsov—. El llamado duró apenas tres segundos. En lo que a nosotros respecta, no hubo comunicación verbal.

—¿Qué se transmitió?

—Una señal vacía —dijo Korsov—. Hemos ingresado información cartográfica en la computadora. Grosky está rastreando la señal para detectar la ubicación exacta.

—Muy bien —dijo Orlov—. Avísenme en cuanto la tengan.

El general cortó la comunicación y llamó a Mike Rodgers para ponerlo al tanto de la supuesta conexión ANS-Arponero y la posible ubicación geográfica del terrorista. Luego llamó a Odette. Tenía la esperanza de que el norteamericano al que le había salvado la vida estuviera en condiciones de moverse. No quería enviar a Odette a buscar al Arponero sin refuerzos. Pero lo haría si fuera necesario. Porque, por sobre todas las cosas, no quería que el Arponero volviera a evaporarse.

39

Teherán, Irán Martes, 10.07 hs.

El jefe del Supremo Consejo de Mando de las Fuerzas Armadas de la República Islámica de Irán había recibido un llamado telefónico en su hogar poco después del alba. Teherán mantenía puestos de escucha en varias de sus plataformas petroleras en el mar Caspio. Desde esos puestos interceptaban electrónicamente la presencia y las comunicaciones de los barcos extranjeros y los destacamentos militares de la costa del Caspio. Cada puesto enviaba un pulso cada cinco minutos para indicar que el sistema estaba en funcionamiento. El repentino silencio del Puesto Cuatro fue la primera señal que tuvo Teherán de que algo andaba mal en el Caspio.

Los iraníes despacharon inmediatamente un Tomcat F-14 desde la Base Aérea Doshan Tapeh en las afueras de Teherán. El Tomcat era uno de los diez que quedaban de los setenta y siete que habían conformado la fuerza aérea del sha. La aeronave de combate confirmó que la plataforma había sido destruida. Inmediatamente, un grupo de expertos en salvataje e ingenieros militares descendió en paracaídas sobre el área desde un transportador Kawasaki C-l. Mientras varias patrullas de rescate zarpaban desde los cuarteles generales de la flota del Caspio en Bandar-e Anzelli, los ingenieros encontraron marcas de quemaduras en la plataforma que podían haber sido producidas por explosivos de alta densidad. El hecho de que la estructura subacuática hubiera colapsado indicaba un ataque submarino que por algún motivo había eludido el sonar. A las nueve treinta, los expertos en salvataje encontraron algo más. El cadáver del terrorista ruso Sergei Cherkassov.

El informe conmovió a los a menudo reacios oficiales del SCMFA, así como también al ministro del Cuerpo de Guardia de la Revolución Islámica, al ministro de Relaciones Exteriores, al ministro del Interior y al ministro de Inteligencia. Los moderados unieron fuerzas con los extremistas y, hacia las diez en punto, la orden había sido dada: las Fuerzas Armadas de Irán debían defender a cualquier precio los intereses de la nación en el Caspio.

Por mar, la maniobra inicial fue organizar la defensa antisubmarinos mediante la presencia de aviones y helicópteros especialmente pertrechados. También se movilizaron los batallones de marinos destinados en la región. La segunda maniobra consistiría en anclar destructores y fragatas alrededor del resto de las plataformas. Numerosos misiles Gusano de seda, de fabricación china, se unieron a las fuerzas que defendían el Caspio.

Por aire, una flota de Shenyang F-6 —también de fabricación china— comenzó a patrullar la zona desde la Base Aérea Doshan Tapeh y la Base Aérea Mehrabad. Tres batallones misilísticos superficie-a-aire destinados en la región entraron en estado de alerta.

Al mismo tiempo, las embajadas iraníes en Moscú y Bakú recibieron la orden de notificar a los gobiernos ruso y azerbaijano que todo movimiento realizado mientras se estuviera investigando el atentado sería considerado como una declaración de guerra por parte de dichos gobiernos. Ambos gobiernos informaron a los diplomáticos iraníes que sus países no eran responsables del atentado contra la plataforma petrolera iraní. Los representantes de Moscú y Bakú agregaron que consideraban improcedente el aumento de la presencia militar iraní en la región del Caspio. También señalaron que sus fuerzas aéreas y navales entrarían en estado de alerta y aumentarían los patrullajes en la región.

Hacia el mediodía, las aguas que habían otorgado sus dones a pescadores y petroleros hasta la noche anterior tenían una nueva riqueza que ofrecer.

La promesa de la muerte.

40

Washington, D.C. Martes, 1.33 hs.

Mike Rodgers estaba en su oficina cuando llamó el general Orlov. Después de escuchar lo que el ruso tenía para contarle, Rodgers llamó a Paul Hood a su auto y le comunicó todo lo que habían averiguado acerca del Arponero.

—¿El general Orlov está seguro de que existe una conexión ANS-Arponero? —preguntó Hood.

—Se lo pregunté —dijo Rodgers—. Y me respondió que está muy seguro. Segurísimo. Pero yo no estoy seguro de que el presidente esté dispuesto a dar crédito a la palabra de un militar ruso.

—Especialmente si varios de sus asesores clave refutan esa información —acotó Hood.

—Paul, si Orlov está en lo cierto... tendremos que hacer algo más que avisarle al presidente —prosiguió Rodgers—. Habrá que organizar una limpieza masiva en la ANS. No podemos permitir que una agencia de inteligencia norteamericana contrate a un terrorista que atacó los intereses de nuestro país, que fue responsable de la muerte de nuestros ciudadanos.

—¿Acaso no hicimos lo mismo con los científicos espaciales alemanes después de la Segunda Guerra Mundial? —preguntó Hood.

—La frase clave es: "Después de la Segunda Guerra Mundial" —señaló Rodgers—. Quiero recordarte que no contratamos a los científicos alemanes mientras estaban construyendo misiles para atacar a Gran Bretaña.

—Tienes razón —dijo Hood.

—Paul, el Arponero es el mismo hombre que ayudó a matar a la esposa de Bob Herbert —insistió Rodgers—. Si la inteligencia de Orlov es correcta, la ANS tendrá que asumir su responsabilidad en el asunto.

—Entiendo —dijo Hood—. Mira, estoy a punto de llegar a la Casa Blanca. Ocúpate de conseguirme todo el respaldo que te sea posible. Fíjate si Bob puede obtener señales de inteligencia que respalden los dichos de Orlov.

—Se está ocupando de eso en este preciso momento —dijo Rodgers.

Hood colgó y Rodgers se puso de pie. Se sirvió un pocilio de café de una cafetera apoyada sobre una bandeja rodante contra la pared del fondo de su oficina. Era una bandeja de aluminio de la década de 1950. La había comprado en un remate del Pentágono diez años atrás. Se preguntó si los ecos de la crisis aún resonarían en las profundidades de su estructura molecular. Discusiones y decisiones sobre Corea, la Guerra Fría, Vietnam.

O serían discusiones para decidir a quién le tocaba servir el café y las galletitas, se preguntó Rodgers. Eso también era parte de la guerra, por supuesto. Los momentos de descanso y esparcimiento que permitían recuperar el aliento a quienes debían tomar las decisiones. Hacer algo real, no teórico. Recordar que estaban hablando de vidas humanas, no de estadísticas.

Volvió a sentarse y comenzó a revisar los archivos de los oficiales jerárquicos de la ANS. Buscaba individuos que hubieran estado relacionados con Jack Fenwick o

hubieran investigado grupos terroristas de Oriente Medio. La ANS no habría podido contactar al Arponero sin la mediación de algún miembro de esos grupos. Si Orlov estaba en lo cierto, Rodgers quería estar preparado para administrar la purga. Sería necesario hacer una buena limpieza. Habría que eliminar a los norteamericanos que habían colaborado con un hombre que había asesinado a tantos hombres y mujeres, militares o civiles, nativos de su país.

Quería estar preparado para la venganza.

41

Washington, D.C. Martes, 1.34 hs.

La Casa Blanca es un monumento añoso que necesita reparaciones constantes. La pintura de varias columnas está descascarada y la madera de las terrazas del tercer piso comienza a quebrarse.

Pero en el ala oeste, particularmente en la Oficina Oval, impera una sensación de renovación constante. Para los de afuera, el poder es parte fundamental del encanto de la Oficina Oval. Para los de adentro, el encanto radica en la idea de que cada día, a cada instante, vivirán un nuevo y siempre intenso drama. Ya se trate de una maniobra casi invisible contra un rival político o de la movilización del Ejército para una ofensiva masiva con posibilidad de bajas, cada situación tiene un principio, un desarrollo y un final. Para los que medran desplumando a sus adversarios o usufructuando los resultados a corto o largo plazo de las decisiones, la Oficina Oval constituye el mayor de los desafíos. El tablero de juego cambia segundo a segundo y ofrece una cascada de nuevas competencias con nuevas reglas. Algunos presidentes envejecen prematuramente y quedan exhaustos en el trayecto. Otros florecen y prosperan.

Hasta no hace mucho tiempo, Michael Lawrence salía fortalecido de los problemas que caían en avalancha sobre su escritorio. Las crisis no lo asustaban, ni siquiera aquellas que exigían una rápida acción militar y admitían posibles bajas y víctimas. Eso era parte de su trabajo. La tarea del presidente era minimizar los daños causados por la agresión inevitable.

Pero algo había cambiado en los últimos días. Lawrence siempre había creído que, por muy estresantes que fueran las situaciones que debía considerar, por lo menos podía controlar el proceso. Podía presidir las reuniones con confianza e integridad. Últimamente ya no era así. Hasta tenía dificultades para concentrarse.

Lawrence no conocía demasiado bien a Jack Fenwick ni a Red Gable, pero ambos eran viejos amigos del vicepresidente... y él confiaba ciegamente en Charles Cotten. Confiaba en su opinión y en su buen tino. De no ser así, jamás le hubiera propuesto compartir la fórmula presidencial. Como vicepresidente, Cotten se había involucrado en las actividades de la ANS más que ningún otro funcionario que hubiera ocupado anteriormente ese cargo. Lawrence lo había querido así. Durante años, la CÍA, el FBI e Inteligencia Militar habían desarrollado sus actividades independientemente. El Poder Ejecutivo necesitaba tener ojos y oídos en el exterior. Lawrence y Cotten prácticamente se habían apropiado de la ANS para tenerlos. Los militares podían seguir utilizando algunas ventajas de la ANS, entre ellas la coordinación centralizada y la dirección de las comunicaciones y funciones técnicas de inteligencia del gobierno de los Estados Unidos. Bajo la égida de Cotten, la ANS había aumentado en amplitud y detalle la información de inteligencia destinada al presidente. O, mejor dicho, a Fenwick y el vicepresidente... y luego al presidente.

Lawrence tenía los ojos clavados en la laptop abierta sobre su escritorio. Jack Fenwick estaba hablando de Irán. Simultáneamente, el presidente recibía información directa de la ANS. Fenwick mencionó algunos hechos y deslizó varias suposiciones. Evidentemente tenía un objetivo. Parecía estar dirigiéndose a algún lugar, aunque todavía no había dicho adonde.

A Lawrence le ardían los ojos y se le nublaba la vista. Le resultaba difícil concentrarse. Estaba cansado, sí, pero también distraído. No sabía a quién creerle. Ni

siquiera sabía qué creer. ¿La información de la ANS era verdadera o falsa? ¿La inteligencia que le traía Fenwick era genuina o falsificada?

Paul Hood sospechaba que Fenwick lo estaba engañando. Aparentemente, tenía evidencias. ¿Pero qué pasaría si las evidencias de Hood no eran confiables? Paul estaba pasando un momento absolutamente estresante. Había renunciado a la dirección del Op-Center... y a los pocos días había regresado. Se había visto afectado por la crisis de rehenes en las Naciones Unidas. Su hija padecía un severo desorden de estrés post traumático. Hood estaba a punto de iniciar los trámites de divorcio.

¿Y si fuera Hood el que lo estaba engañando, y no Fenwick? Lawrence no desestimó la hipótesis. Al llegar a la Casa Blanca, Fenwick había admitido su visita a la delegación iraní. La había admitido sin dobleces. Pero también había insistido en que el presidente había sido informado de su visita. El vicepresidente había corroborado los dichos de Fenwick... al igual que la agenda de la computadora presidencial. En cuanto a la llamada respecto a la iniciativa Naciones Unidas, Fenwick insistía en que jamás la había hecho. También había dicho que la ANS investigaría el origen de la misteriosa llamada. ¿Acaso habría sido obra de Hood?

—¿Señor presidente? —dijo Fenwick.

Lawrence lo miró. El asesor de Seguridad Nacional estaba sentado en un sillón a la izquierda del escritorio presidencial. Gable estaba a la derecha y Cotten en el centro.

—¿Sí, Jack? —replicó el presidente.

—¿Se siente bien, señor? —preguntó Fenwick.

—Sí —respondió Lawrence—. Prosiga, por favor.

Fenwick sonrió, asintió y prosiguió.

El presidente se irguió en su silla. Tenía que concentrarse. Cuando pasara la crisis tomaría unas breves vacaciones. Pronto. Muy pronto. Invitaría a su amigo de la infancia y compañero de golf, el doctor Edmond Leidesdorf, y a su esposa. Leidesdorf era un psiquiatra vinculado a Walter Reed. Lawrence no quería hacerle una consulta oficial por su problema porque la prensa armaría un escándalo. Si eso ocurría, su carrera política habría terminado. Pero ambos habían jugado al golf y salido a navegar en otras ocasiones. Podrían hablar en la cancha o en el bote sin despertar sospechas.

—La última inteligencia que hemos recibido coloca al terrorista ruso Sergei Cherkassov en el escenario de la explosión —prosiguió Fenwick—. Había escapado de la cárcel tres días antes del atentado contra la plataforma petrolera. Su cadáver fue encontrado en el mar. Tenía quemaduras producidas por explosivos. Tampoco estaba muy hinchado. Evidentemente, el cuerpo de Cherkassov no estuvo mucho tiempo en el agua.

—¿Los azerbaijanos tienen esa información? —preguntó Lawrence.

—Sospechamos que sí —replicó Fenwick—. La patrulla naval iraní que encontró el cadáver de Cherkassov transmitió el hallazgo por radio a la costa utilizando un canal abierto. Eso canales son monitoreados regularmente por los azerbaijanos.

—Tal vez Teherán quiera que el resto del mundo reciba esa información —sugirió el presidente—. Para que todos se pongan en contra de Rusia.

—Es posible —coincidió Fenwick—. También es posible que Cherkassov estuviera trabajando para Azerbaiján.

—Estaba encerrado en una cárcel azerbaijana —dijo el vicepresidente—. Tal vez lo hayan dejado escapar para atribuirle la responsabilidad del atentado.

—¿Esa posibilidad es atendible? —preguntó Lawrence.

—Estamos consultando a nuestros contactos —dijo Fenwick—. Pero creemos que es una posibilidad muy atendible.

—Lo que significaría que, en vez de que el atentado enfrente a Rusia e Irán, los azerbaijanos habrían logrado que ambos países se pongan en su contra —intervino el vicepresidente.

Fenwick se apoyó sobre el escritorio.

—Señor presidente... —murmuró—. Hay algo más. Sospechamos que el principal objetivo del gobierno azerbaijano podría ser crear una unión entre Rusia e Irán.

—¿Por qué demonios querrían algo semejante? —preguntó el presidente.

—Porque están prácticamente en guerra con Irán en la región de Nagorno-Karabaj —dijo Fenwick—. Y tanto Rusia como Irán están reclamando algunos de sus yacimientos petrolíferos en el Caspio.

—Azerbaiján no tendría la menor oportunidad contra ninguno de esos dos países —señaló el presidente—. ¿Por qué se molestaría en unirlos en su contra?

Antes de terminar la pregunta ya conocía la respuesta.

Para ganar aliados.

—¿Cuánto petróleo obtenemos de esa región? —preguntó Lawrence.

—Este año hemos obtenido el diecisiete por ciento de nuestro consumo, con una proyección del veinte por ciento para el año próximo —explicó Red Gable—. Conseguimos mejores precios en Bakú que en Oriente Medio. Eso nos fue garantizado por el acuerdo comercial que firmamos con Azerbaiján en marzo de 1993. Cabe señalar que los azerbaijanos han cumplido honestamente su parte del trato.

—Carajo —masculló el presidente—. ¿Y los otros integrantes del Commonwealth de Estados independientes? —preguntó—. ¿En qué posición quedarán si dos de sus miembros se enfrentan por una guerra?

—Antes de venir aquí, me tomé la libertad de hacer que mis asistentes llamaran a todos nuestros embajadores —dijo el vicepresidente—. Estamos en el proceso de definir exactamente en qué posición quedaría cada país. Pero suponemos que las simpatías estarán muy divididas. Cinco o seis de las repúblicas más pobres o más pequeñas apoyarán a Azerbaiján con la esperanza de formar una nueva unión y compartir los petrodólares. Las demás se aliarán con Rusia exactamente por la misma razón.

—De modo que nos arriesgamos a una guerra de mayores proporciones —señaló el presidente.

—Pero esta situación implica algo más para nosotros que la posibilidad de perder petróleo y observar el estallido de una guerra —acotó Fenwick—. Lo que me aterra es que Irán y el mercado negro ruso meterán mano en los petrodólares.

El presidente negó con la cabeza.

—Tendré que consultar a los comandantes en jefe —dijo.

El vicepresidente asintió.

—Tendremos que movernos con rapidez. Son aproximadamente las diez de la mañana en el Caspio. Todo se desencadenará muy rápido. Si nos sacan ventaja...

—Ya lo sé —lo interrumpió el presidente. La sangre volvía a correr por sus venas, estaba dispuesto a encarar la situación. Miró su reloj y le dijo a Gable—: Red, por favor notifica a los comandantes en jefe que los quiero aquí a las tres. También tendrás que levantar de la cama al secretario de prensa. Quiero tenerlo cerca —miró al vicepresidente—. Tendremos que alertar al Ala 39 en Incirlik y a los recursos navales en la región.

—Nuestros recursos navales son el Constellation en el mar de Arabia y el Ronald Reagan en el Golfo Pérsico, señor —dijo Fenwick.

—Los alertaré —prometió el vicepresidente. Acto seguido se excusó y fue al estudio privado del presidente, una habitación pequeña contigua a la Oficina Oval.

—También tendremos que informar al comando de la OTAN —le dijo el presidente a Gable—. No quiero que se interpongan si decidimos actuar. Y necesitaremos una evaluación completa, química y biológica, del ejército azerbaijano. Quiero saber hasta dónde están dispuestos a llegar si nosotros no intervenimos.

—Ya la tengo, señor —dijo Fenwick—. Por el lado químico tienen reservas de ántrax, metilcianido y acetonitrilo. También tienen sistemas de lanzamiento de misiles superficie-a-superficie. La mayoría de sus reservas están almacenadas en o cerca de Nagorno-Karabaj. Estamos vigilando constantemente por si las mueven.

El presidente asintió. Sonó el intercom. Era su secretaria ejecutiva segunda, Charlotte Parker.

—Señor presidente —dijo Parker—. Paul Hood necesita verlo. Dice que es muy importante.

Fenwick no dio muestras de reaccionar. Miró a Gable y comenzó a hablar con él mientras señalaba algunos datos que tenía anotados.

¿Están hablando del Caspio o de Hood? se preguntó el presidente. Lo pensó un segundo. Si Hood era el que se había desviado del camino —ya fuera intencionalmente o por presiones externas—, ése sería el mejor momento para averiguarlo.

—Dígale que pase —ordenó Michael Lawrence.

42

San Petersburgo, Rusia Martes, 9.56 hs.

—¡Localizamos al Arponero! —gritó Korsov.

Orlov levantó la vista al verlo irrumpir como una avalancha en su oficina. El joven oficial de inteligencia entró seguido de Boris Grosky, quien tenía un aspecto menos sombrío que de costumbre. No parecía feliz, pero tampoco parecía desdichado. Korsov tenía varios informes en la mano.

—¿Dónde está? —preguntó Orlov.

Korsov deslizó un papel impreso sobre el escritorio del general. Había un mapa y una flecha señalando un edificio. Otra flecha señalaba una calle a pocas cuadras de distancia.

—La señal se originó en un hotel de Bakú —dijo Korsov—. Desde allí fue a Suleyman Ragimov Kuchasi. Es una avenida que corre paralela a Bakihanov Kuchasi, la calle del hotel.

—¿Llamó a alguien por teléfono celular? —preguntó Orlov.

—Creemos que no —dijo Grosky—. Estuvimos monitoreando las transmisiones policiales dentro del área para obtener más información acerca de la explosión de la plataforma petrolera. Mientras lo hacíamos, escuchamos que había explotado una combi en Suleyman Ragimov. Están investigando el estallido.

—No parece obra de la coincidencia —añadió Korsov.

—No. Y no lo es —admitió Orlov.

—Supongamos que el Arponero está detrás de esa explosión —dijo Korsov—. Tal vez haya querido verla desde su cuarto de hotel...

—No creo que considerara necesario ver la explosión... siempre y cuando pudiera oírla —acotó Orlov—. No. Si el Arponero estuviera alojado en un hotel su mayor preocupación sería la seguridad. ¿Tenemos alguna manera de limitar aun más el perímetro de emisión de la señal?

—No —dijo Korsov—. Fue demasiado breve y nuestros equipos no son lo suficientemente sensibles como para determinar la altura en incrementos inferiores a los quinientos metros.

—¿Podemos conseguir un plano del hotel? —preguntó Orlov.

—Ya lo tengo —dijo Korsov. Sacó una hoja de su pila de papeles y la apoyó junto al mapa. Era un hotel de diez pisos.

—Natasha está tratando de entrar en la lista de reservas —dijo Grosky, aludiendo a la joven genio de las computadoras del Op-Center, Natasha Revsky—. Si lo consigue, nos dará los nombres de todos los huéspedes individuales de sexo masculino.

—Consigan también los nombres de los huéspedes individuales de sexo femenino —ordenó Orlov—. El Arponero es un mago de los disfraces.

Gorsky asintió.

—¿Consideran que esta información es confiable? —preguntó Orlov.

Korsov, que hasta entonces había estado apoyado sobre el escritorio, se irguió como un soldado y sacó pecho.

—Completamente —respondió con voz firme.

—Muy bien —dijo Orlov—. Déjenme el plano del hotel. Han hecho un excelente trabajo. Gracias.

Orlov levantó el teléfono apenas Grosky y Korsov abandonaron su oficina. Quería hablar con Odette acerca del hotel y pedirle que fuera en busca del Arponero. Esperaba que el norteamericano estuviera en condiciones de ayudarla.

El Arponero no era un hombre fácil de atrapar. Mucho menos si uno estaba solo.

43

Bakú, Azerbayán Martes, 10.07hs.

Odette Kolker estaba lavando los platos y tazas del desayuno cuando sonó el teléfono. Era el teléfono del departamento el que sonaba, no su celular. Eso quería decir que no era un llamado del general Orlov.

Dejó que atendiera el contestador automático. Era el capitán Kilar. El comandante de su unidad policial no estaba en el destacamento cuando Odette habló con el sargento de guardia para avisar que estaba enferma. Kilar la estaba llamando para decirle que la consideraba una excelente mujer policía y desearle una pronta recuperación. También dijo que se tomara todo el tiempo que necesitara para recuperarse.

Odette se sintió culpable. Efectivamente, era una excelente mujer policía. Y aunque el Departamento de Policía de Bakú pagaba relativamente bien —veinte mil manats, el equivalente a ocho mil dólares estadounidenses—, no siempre pagaba en fecha. Sin embargo, Odette no siempre trabajaba para el DPB y el pueblo de Bakú. Las horas que pasaba frente a la computadora o en la calle eran casi siempre al servicio del general Orlov. Bakú era el centro de operaciones de muchos de los terroristas y traficantes de armas que trabajaban en Rusia y las ex repúblicas soviéticas. El hecho de poder chequear los pedidos de visa, las actividades aduaneras y las listas de pasajeros de barcos, aviones y trenes le permitía rastrear a muchos de esos malvivientes.

Después de lavar la vajilla, Odette miró a su huésped. El norteamericano se había quedado dormido y respiraba tranquilo. Odette le había puesto un paño húmedo en la frente y estaba transpirando menos que al llegar. Había visto las marcas en su garganta. Parecían marcas de estrangulamiento. Obviamente, el incidente del hospital no había sido el primer intento de matarlo. También tenía un minúsculo punto rojo en el cuello. Parecía un pinchazo. Odette se preguntó si no le habrían inyectado un virus. La KGB y otros servicios de inteligencia de Europa Oriental solían utilizar ese método cuando deseaban eliminar a alguien, generalmente con virus letales o veneno. La toxina se colocaba dentro de pildoras microscópicas. Las pildoras eran esferas metálicas recubiertas de azúcar con numerosos orificios en la superficie. Se inyectaban mediante la punta de un paraguas, la punta de una lapicera o algún otro objeto puntiagudo. El cuerpo humano tardaba entre una y dos horas en asimilar la capa de azúcar. De ese modo, el asesino tenía tiempo de escapar. Si le habían inyectado alguna sustancia al norteamericano, probablemente no fuera mortífera. Lo habían usado para hacer salir a sus colegas. Los malhechores habían organizado muy bien la emboscada del hospital.

Como la emboscada en la que había muerto su marido en Chechenia, recordó con amargura. Su esposo, su amante, su mentor, su mejor amigo. Todos habían perecido cuando Viktor murió en la oscura y solitaria ladera de una montaña gélida.

Viktor había logrado infiltrarse en las fuerzas mujadines chechenas. Durante siete meses había podido obtener las frecuencias radiales eternamente cambiantes que utilizaban para comunicarse las distintas facciones rebeldes. Escribía la información y la dejaba en un lugar predeterminado, donde era recogida por un miembro de la KGB y transmitida por radio a Moscú. Pero el imbécil de la KGB cometió un error trágico. Confundió la frecuencia que debía usar con la que debía reportar. En vez de comunicarse con sus superiores, transmitió directamente a uno de los campamentos rebeldes. Fue capturado, torturado para obtener información... y asesinado. El infeliz no

conocía el nombre de Viktor, pero sabía en cuál unidad se había infiltrado y cuándo había llegado. Los líderes rebeldes no tuvieron dificultades para averiguar quién era el agente ruso. Viktor siempre dejaba la información obtenida bajo una piedra que colocaba de determinada manera. Una noche, mientras estaba de guardia, Viktor fue prendido por diez hombres y llevado a las montañas. Una vez allí, le cortaron los tendones de Aquiles y las muñecas. Viktor murió desangrado mientras se arrastraba para pedir ayuda. Pintó con sangre su último mensaje para Odette en el tronco de un árbol. Un corazoncito con las iniciales de su esposa.

Odette estaba tan ensimismada en sus recuerdos que apenas escuchó sonar su teléfono celular. Lo atendió desde la mesada de la cocina, de espaldas a su huésped, tratando de hablar en voz muy baja para no despertarlo.

—¿Sí?

—Creemos haber localizado al Arponero.

Odette irguió la espalda, alerta como un sabueso.

—¿Dónde? —preguntó.

—En un hotel, cerca de tu casa —dijo Orlov—. Estamos tratando de identificar su habitación.

Odette caminó lentamente hacia la cama. Tenía la obligación de devolver su arma reglamentaria todas las noches, al salir del cuartel de policía. Pero, mujer precavida al fin, tenía un arma extra en la mesa de noche. Siempre cargada. Las mujeres que vivían solas debían tener mucho cuidado. Y las mujeres espías debían ser mucho más cuidadosas. Sacó el revólver y el silenciador del cajón y los guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Cuál es la misión? —preguntó.

—Eliminarlo —dijo Orlov—. No podemos correr el riesgo de que se escape.

—Entendido —respondió Odette sin perder la calma. Creía en el trabajo que estaba haciendo, se había comprometido a proteger los intereses de su país. Matar no le importaba, siempre y cuando lo hiciera para salvar vidas inocentes. El hombre al que había matado unas horas atrás tenía para ella tanta importancia como cualquiera que se cruzara en su camino.

—En cuanto hayamos identificado a los huéspedes que podrían ser el Arponero, tendrás que terminar el trabajo —dijo Orlov—. El resto dependerá de lo que él haga, de cómo actúe. De lo que veas en sus ojos. Probablemente se habrá duchado, pero estará muy cansado. Exhausto.

—El miserable trabaja mucho —se mofó Odette—. Puedo percibir cuando un hombre ha estado trabajando horas extra.

—Lo más probable es que no le abra la puerta al personal del hotel —prosiguió Orlov—. Por lo tanto, si finges ser la mucama o un miembro de la vigilancia lo pondrás en guardia.

—De acuerdo —dijo la joven—. Encontraré una manera de entrar y tomarlo por sorpresa.

—Hablé con nuestro psicólogo —prosiguió Orlov—. Si te topas con él, probablemente se mostrará tranquilo e incluso agradable. Hasta fingirá cooperar. Podría tratar de sobornarte o hacer que confíes demasiado en tus propias fuerzas. O hacerte

bajar la guardia para poder atacar. Ni siquiera lo escuches. Limítate a hacer tu trabajo. No me sorprendería que haya tenido varias trampas. Gas comprimido en los conductos de aire, algún artefacto explosivo, o tal vez una bengala de magnesio para cegarte. Podría haberla conectado al interruptor de la luz o a un control remoto en su tobillo, algo que pueda activar al atarse los zapatos. No lo conocemos lo suficiente como para saber qué sistema defensivo implementaría en un cuarto de hotel.

—No se preocupe —lo tranquilizó Odette—. Lo identificaré y lo neutralizaré.

—Quisiera poder decirte que vayas con un escuadrón de policía —dijo Orlov a manera de disculpa—. Pero no es aconsejable. Un grito, una modificación en el tránsito, cualquier cosa fuera de lo normal podría alertarlo. Creo incluso que el Arponero sería capaz de sentir la presencia de los policías. Si así fuera, seguramente escaparía antes de que ustedes llegaran. Estoy seguro de que ha planeado al dedillo sus rutas de escape. También podría tomar rehenes.

—Entiendo —dijo Odette—. Muy bien. ¿En qué hotel está el Arponero?

—Antes de responderte, me gustaría saber cómo está tu huésped —dijo Orlov.

—Está durmiendo —replicó Odette. Miró al hombre tendido en la cama. Estaba acostado boca arriba, con los brazos a los costados. Su respiración era lenta y pesada—. Creo que la enfermedad que padece fue artificialmente inducida —dijo—. Posiblemente a través de una inyección.

—¿Sigue teniendo fiebre?

—Le bajó un poco, creo —dijo Odette—. Se restablecerá.

—Bien —dijo Orlov—. Despiértalo.

—¿Cómo? —La orden la tomó por sorpresa.

—Quiero que lo despiertes —insistió Orlov—. Lo llevarás contigo.

—¡Pero es imposible! —protestó Odette—. Ni siquiera sé si puede tenerse en pie.

—Se tendrá en pie —le aseguró Orlov—. Tendrá que hacerlo.

—Señor, esto no me ayudará en nada...

—No quiero que te enfrentes al Arponero sin refuerzos experimentados —dijo Orlov—. Ya conoces el truco. Ponió en práctica.

Odette negó con la cabeza. Conocía el truco. Viktor se lo había enseñado. Había que acercar fósforos encendidos a las plantas de los pies. Esa vil estratagema no sólo despertaba a los enfermos o a los que habían sido torturados hasta la inconsciencia... sino que el dolor que sentían al caminar los mantenía despiertos y alertas.

Odette volvió a negar con la cabeza. Por definición, el trabajo de campo era un emprendimiento solitario. Lo que le había ocurrido a Viktor subrayaba el peligro de trabajar con otro, aunque fuese por poco tiempo. Aunque el norteamericano estuviera en condiciones, Odette no estaba segura de necesitar compañía. Enfermo como estaba, sería más una carga que un apoyo.

—Muy bien —dijo. Le dio la espalda al norteamericano y caminó hacia la kitchenette—. ¿Dónde está?

—Creemos que está en el Hyatt —dijo Orlov—. Estamos tratando de ingresar en las computadoras del hotel. Te informaré todo lo que averigüemos a partir de los registros.

—Estaré allí dentro de diez minutos —prometió Odette—. ¿Algo más, general?

—Una sola cosa —dijo Orlov—. Realmente no me agrada enviarlos a atrapar a ese hombre. Quiero que ambos tengan mucho cuidado.

—Lo tendremos —dijo Odette—. Gracias.

Cortó y colocó el teléfono celular en su cinturón. Sacó la tobillera del revólver de la mesa de noche y se la puso. Colocó el arma dentro de la tobillera. La larga falda de su uniforme policial cubriría perfectamente bien la .38. Odette había llevado una navaja al hospital. Todavía la tenía en el bolsillo de la falda. Si no la necesitaba para defenderse, la necesitaría para arrojarla en el camino. Si por algún motivo la detenían, Odette diría que había ido a visitar a un amigo... que por supuesto ya se habría retirado. La joven diría que se había equivocado de puerta y que el Arponero la había atacado. Con su inestimable ayuda —y la información proporcionada por el general Orlov y los norteamericanos—, la policía vincularía al muerto con el atentado terrorista.

Con un poco de suerte, no tendría necesidad de explicarle nada a nadie. Si el factor sorpresa estaba de su parte, Odette podría atrapar al Arponero con la guardia baja.

Caminó en puntas de pie hasta la puerta del departamento. El piso de madera crujía ruidosamente con las pisadas. Qué raro, pensó Odette. Nunca se había visto obligada a no hacer ruido dentro de su propia casa. Hasta ese día, solamente ella había dormido en su cama. Y no lo lamentaba. Viktor era el único hombre que había amado en su vida.

Abrió la puerta. Antes de cerrarla, miró al norteamericano dormido.

Se sintió culpable por haberle mentido al general Orlov. Aunque la moneda corriente de su profesión era el subterfugio y el engaño, Odette jamás le había mentido a Orlov. Afortunadamente, esta situación implicaba "ganar o ganar". Si lograba eliminar al Arponero, Orlov se enojaría con ella... pero no tanto. Si fracasaba, no tendría oídos para escuchar las quejas del general.

Salió al pasillo y cerró la puerta sin golpearla. Si fracasaba en esta misión, probablemente tendría que escuchar las quejas de Viktor. Tendría que escucharlas por toda la eternidad.

Sonrió. Eso también equivalía a "ganar o ganar".

44

Washington, D.C. Martes, 2.08 hs.

Un estoico agente del servicio secreto abrió la puerta de la Oficina Oval e hizo pasar a Paul Hood. La gran puerta blanca se cerró con un ligero clic. El sonido le pareció casi estruendoso a Hood mientras avanzaba raudamente sobre la alfombra hacia el escritorio presidencial. Su corazón latía desbocado. No tenía manera de saber con certeza si Fenwick era un tahúr solitario o formaba parte de un equipo de traidores. Y, aunque Fenwick trabajase solo o acompañado, Hood estaba seguro de que le resultaría muy difícil convencer a los demás de la posibilidad de una conspiración internacional.

El ambiente era hostil. Hood lo sintió aun antes de ver las caras del vicepresidente, Fenwick y Gable. Ninguno de los tres se molestó en mirarlo, y la expresión del presidente era severa. Mike Rodgers le había contado que, en los comienzos de su carrera militar, tenía un comandante cuyo rostro tenía un constante e impenetrable gesto de desaprobación. Según Rodgers, su superior lo miraba como si quisiera arrancarle la cabeza y usarla para practicar tiro al blanco.

El presidente tenía exactamente la misma clase de mirada.

Hood se detuvo frente al escritorio de Lawrence. Por la ventana que estaba a sus espaldas se veía el monumento a George Washington. Iluminada a pleno, la torre se destacaba en la noche llana y oscura. La visión del monumento patrio le dio el golpe de coraje que necesitaba.

—Lamento interrumpir, señor presidente, caballeros —se disculpó Hood—. Pero lo que tengo para decirles no puede esperar.

—En lo que a usted respecta, nada puede esperar... ¿no le parece? —lo provocó Fenwick.

La mejor defensa es un buen ataque, pensó Hood. El miserable era hábil. Lo midió con la mirada. Era un hombre bajo y delgado, de ojos hundidos y abundante cabello blanco rizado. La blancura del cabello resaltaba la negrura de los ojos.

—Su equipo tiene una larga historia de lanzarse a ciegas a resolver crisis en ciernes, señor Hood —prosiguió Fenwick—. Corea del Norte, el Valle del Bekaa, las Naciones Unidas. Son como un fósforo encendido a la espera de la mecha equivocada.

—Todavía no hemos hecho explotar nada —señaló Hood.

—Todavía no —admitió Fenwick. Miró a Lawrence—. Señor presidente, debemos terminar de analizar la información que tenemos para que usted pueda tomar una decisión sobre la situación del Caspio.

—¿Qué tiene que ver Maurice Charles con la situación del Caspio? —preguntó Hood. No le había sacado los ojos de encima a Fenwick. No estaba dispuesto a permitir que el ladino funcionario se le escurriera entre las manos.

—¿Charles? ¿El terrorista? —preguntó Fenwick.

—El mismo —respondió Hood. Y no dijo una palabra más. Quería ver qué rumbo tomaba la conversación.

El presidente miró a Fenwick.

—¿La ANS sabía que Charles estaba involucrado en esto? —preguntó.

—Sí, señor presidente, lo sabíamos —admitió Fenwick—. Pero no sabemos de qué manera está involucrado. Lo estamos investigando.

—Tal vez yo pueda orientarlo en la dirección correcta, señor Fenwick —intervino Hood—. Maurice Charles se puso en contacto con la ANS antes y después del atentado contra la plataforma petrolera iraní.

—¡Eso es mentira! —saltó Fenwick.

—Parece estar muy seguro de lo que dice —observó Hood, no sin sorna.

—¡Lo estoy! —gritó Fenwick—. ¡Ningún miembro de mi organización se pondría en contacto con ese hombre!

Hood había esperado que Fenwick adoptara la triple estrategia: desautorizar, negar y demorar. Pero ni el vicepresidente ni Gable habían intentado defenderlo. ¿Tal vez porque sabían que lo que había dicho Hood era cierto?

Hood miró al presidente.

—Señor, tenemos sobrados motivos para creer que Maurice Charles, el Arponero, estuvo involucrado en la destrucción de esa plataforma.

—¿Quién les proporcionó la evidencia? —exigió Fenwick.

—Fuentes inimputables —replicó Hood.

—¿Quién? —insistió el vicepresidente Cotten.

Hood lo miró. El vicepresidente era un hombre sereno y razonable. Decidió que tendría que tragarse su orgullo y morder el polvo por esa vez.

—El general Sergei Orlov —contestó—, comandante del Op-Center ruso.

Gable negó con la cabeza. Fenwick clavó los ojos en el cielo raso con desdén.

—Los rusos —dijo Cotten. Su voz estaba teñida de desprecio—. Ellos mismos podrían ser los que enviaron a Cherkassov a la región para destruir la plataforma. Su cadáver fue encontrado en el agua, muy cerca del lugar del atentado.

—Moscú tiene todos los motivos del mundo para no querer que intervengamos en la región —acotó Gable—. Si Azerbaiján es erradicada del Caspio, Moscú podrá reclamar mayores reservas de petróleo para sus arcas. Señor presidente, sugiero que posterguemos esta parte del problema hasta que hayamos resuelto la cuestión que más debería importarnos: la movilización iraní.

—Hemos verificado la información que nos envió Orlov y creemos que es correcta —insistió Hood.

—Me gustaría ver esa información —dijo Fenwick.

—La pondremos a su disposición —prometió Hood.

—¿Por casualidad no le habrá proporcionado al general Orlov algunos códigos seguros para ayudarlo a interceptar los llamados de la ANS? —le espetó Fenwick.

Hood ignoró la provocación.

—Señor presidente, el Arponero se especializa en inventar y llevar a cabo operaciones secretas magistrales. Si está involucrado en esta operación, tendremos que analizar cuidadosamente toda la evidencia que llegue a nuestras manos. También deberíamos informar a Teherán que esta acción podría no tener nada que ver con Bakú.

—¿Nada? —saltó Fenwick—. Nosotros tenemos motivos para pensar que los iraníes contrataron al Arponero.

—Y tal vez tengan razón —dijo Hood—. Lo que intento decir es que no tenemos evidencia de nada... exceptuando la presencia del Arponero en la región y su posible participación en el atentado.

—Evidencia de segunda mano —dijo Fenwick—. Además, pasé un día entero intentando abrir el diálogo con Teherán para imple-mentar el intercambio de inteligencia. En resumen: ellos no confían en nosotros y nosotros no podemos confiar en ellos.

—¡Eso no es cierto! —atacó Hood. Se detuvo en seco. No debía demostrar enojo ni resentimiento. Se sentía frustrado y estaba exhausto. Pero sabía que si perdía el control también perdería credibilidad—. La conclusión a la que hemos llegado —prosiguió— es que alguien ha estado pasando regularmente información falsa entre la ANS, la Comisión de Supervisión de Inteligencia del Congreso y la Oficina Oval...

—Señor presidente, debemos concentrarnos en lo que verdaderamente importa —dijo Fenwick con voz serena—. Irán está enviando barcos de guerra a la región del Caspio. Eso es un hecho, y debemos considerarlo como tal sin demora.

—Estoy de acuerdo —dijo el vicepresidente. Miró a Hood con un dejo de condescendencia—. Paul, si está preocupado por los actos del personal de la ANS tendría que presentar las pruebas ante el Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso, no ante nosotros. Ellos se ocuparán de investigar las posibles irregularidades.

—Cuando sea demasiado tarde —dijo Hood.

—¿Demasiado tarde para qué? —preguntó el presidente.

Hood lo miró a los ojos.

—Desconozco la respuesta a esa pregunta, señor —admitió—. Pero creo que no debería tomar ninguna decisión apresurada respecto a la situación del Caspio.

Fenwick negó con la cabeza.

—Para decir lo que dice, Paul Hood se basa en dichos y apreciaciones de los mismos rusos que podrían estar enviando aviones y barcos a la región.

—El señor Fenwick tiene razón —dijo el presidente.

—Es cierto que los rusos podrían tener interés en el petróleo del Caspio —admitió Hood—. Pero ese interés no invalida la inteligencia obtenida por el general Orlov.

—¿Cuánto tiempo necesita, Paul?

—Otras doce horas —dijo Hood.

—Doce horas. Tiempo más que suficiente para que Irán y Rusia posicionen sus barcos en el perímetro petrolífero azerbaijano —acotó Gable.

El presidente miró su reloj. Pensó unos segundos.

—Le daré cinco horas —dijo.

Eso no era lo que Hood quería... pero obviamente era todo lo que iba a obtener. Aceptó el trato.

—Necesitaré una oficina —dijo. No quería perder tiempo volviendo al Op-Center.

—Use el Salón de Gabinete —dijo el presidente—. Así estaré al tanto de sus movimientos. Su plazo vence a las siete de la mañana. A partir de esa hora, nos movilizaremos hacia la región.

—Gracias, señor —dijo Hood.

Dio media vuelta e, ignorando a los otros hombres, salió de la Oficina Oval. La hostilidad era mayor que antes. Hood estaba seguro de haber dado en el blanco. Sólo le había faltado un poco de pólvora.

Hubiera sido un milagro que el presidente creyera todo lo que Hood le había dicho. Incluso después de la conversación que habían mantenido, era obvio que Lawrence no se hacía a la idea de que Jack Fenwick pudiera ser un traidor. Por lo menos no la había descartado de plano. Hood había conseguido un poco más de tiempo.

Cruzó los silenciosos y alfombrados pasillos del ala oeste. Pasó junto a dos oficiales del servicio secreto, igualmente silenciosos. Uno de ellos estaba parado frente a la puerta de la Oficina Oval. El otro montaba guardia en el extremo del pasillo que conducía a la oficina del secretario de Prensa y al Salón de Gabinete.

Hood entró en la habitación oblonga. Una enorme mesa de conferencias ocupaba el centro del salón. En el extremo norte había un escritorio con computadora y teléfono. Hood se sentó a trabajar.

Lo primero que haría sería contactar a Orlov. Debía obtener más información sobre los contactos del Arponero con la ANS. No obstante, aun cuando consiguiera la hora y la ubicación exactas de los llamados, probablemente no podría persuadir al presidente de la existencia de una conspiración.

Necesitaba pruebas. Y, a decir verdad, no sabía cómo hacer para obtenerlas.

45

San Petersburgo, Rusia Martes, 10.20 hs.

El general Orlov había aprendido a leer el mensaje cifrado de las voces en sus épocas de cosmonauta. A menudo ésa era la única manera de saber si un vuelo tenía problemas. En cierta ocasión inolvidable, el control terrestre le había dicho que todo andaba sobre rieles en su misión Salyut. De hecho, una picadura de polvo micrométrico y una nube química expulsada por los propios ejes de la nave espacial habían corroído el sistema de protección solar. Los paneles estaban tan dañados que la estación Salyut perdería potencia antes de que una nave Kosmos enviada desde la Tierra llegara a rescatar a sus tripulantes.

La primera huella del problema apareció en la voz del control terrestre. Su cadencia era apenas distinta de la habitual. Orlov tenía muy buen oído para los matices vocales gracias a su largo período de piloto de pruebas. Insistió en que le dijeran cuál era el problema del Salyut. El mundo entero escuchó la conversación y el Kremlin quedó muy mal parado. Pero Orlov pudo cerrar algunos sistemas no imprescindibles para conservar energía, en vez de sentarse a esperar que los científicos encontraran alguna manera de volver a alinear los paneles que quedaban y protegerlos de una posible corrosión.

Orlov confiaba en Natalia Basov. Absolutamente. Pero no siempre le creía, lo cual no era lo mismo. Cierta vibración en el tono de su voz lo había dejado preocupado. Tenía la impresión de que la joven le estaba ocultando algo. Tal como en el pasado lo había hecho el control terrestre.

Varios minutos después de haber hablado con ella por teléfono celular Orlov llamó al teléfono de su departamento, registrado a nombre de Odette Kolkar. Sonó una docena de veces pero nadie respondió. Orlov esperaba que la falta de respuesta fuera el indicio de que Basov había llevado al norteamericano con ella. Volvió a llamar veinte minutos más tarde.

Esta vez atendió un hombre de voz somnolienta. En inglés.

Orlov miró la pantalla de su teléfono para estar seguro de haber marcado el número correcto. Era el número de Basov. Se había ido sin el norteamericano.

—Habla el general Sergei Orlov —dijo con voz tonante—. ¿Estoy hablando con el señor Battat?

—Sí —replicó Battat, todavía medio dormido.

—Señor Battat, la mujer que lo rescató es mi subordinada —prosiguió Orlov—. En este momento está tratando de atrapar al hombre que lo atacó en la playa. ¿Sabe de quién estoy hablando?

—Sí —replicó Battat—. Claro que lo sé.

—Mi subordinada no tiene refuerzos y me preocupa su seguridad y la de la misión —dijo Orlov—. ¿Usted está en condiciones de salir a la calle?

Hubo una breve pausa. Orlov oyó gemidos y gruñidos.

—Pude pararme y veo mi ropa colgada detrás de la puerta —dijo Battat—. Vayamos paso a paso. ¿A dónde fue?

Orlov dijo no tener idea de cuál era el plan de Odette. Ni siquiera estaba seguro de que tuviera un plan. Agregó que su equipo seguía tratando de ingresar en la computadora del hotel para averiguar cuáles eran las habitaciones ocupadas por un solo individuo de sexo masculino.

Battat le pidió que le mandara un taxi, dado que no dominaba el idioma del país.

Orlov prometió hacerlo y le dio las gracias. Antes de cortar, le dio también su número de teléfono en el Op-Center.

Odette probablemente ya habría entrado en el hotel. Podía llamarla y ordenarle regresar... pero estaba casi seguro de que la chica desobedecería la orden. Y si en verdad estaba decidida a seguir adelante, Orlov no la detendría. Dadas las circunstancias, Basov necesitaba saber que su superior la apoyaba en todo.

Estaba furioso con Odette. La joven había desobedecido una orden y además le había mentido. Pero su enojo se fue calmando poco a poco porque comprendía los motivos que habían impulsado a su subordinada. Su marido también había sido un cazador solitario.

Y había muerto por el descuido de otro.

No obstante, no permitiría que Basov obstaculizara su trabajo.

Y su tarea no se limitaba a la captura o la muerte del Arponero.

Orlov debía asegurarse de que Odette no terminara como había terminado Viktor.

46

Bakú, Azerbayán Martes, 10.31 hs.

Las calles estaban atestadas y Odette demoró un buen rato en llegar al hotel Hyatt. Estacionó en una calle lateral, a menos de una cuadra de la entrada de servicio. No quería estacionar frente a la puerta principal. Todavía quedaba un francotirador allá afuera, el mismo que había matado al diplomático norteamericano a la salida del hospital. El asesino podía estar vigilando el hotel por orden del Arponero. Podría reconocer su auto por haberlo visto en el hospital.

La mañana era soleada y Odette disfrutó la corta caminata hasta la puerta del hotel. El aire parecía llenar sus pulmones con más vigor que de costumbre. Se preguntó si Viktor habría sentido lo mismo en Chechenia. Si los momentos simples de la vida parecían maravillosos cuando uno corría el riesgo de perderlo todo.

Había estado dos veces en el Hyatt. En una ocasión, para socorrer a un cocinero que se había quemado con aceite hirviendo. En otra, para tranquilizar a un huésped que se quejaba del precio de la comida. Conocía perfectamente bien el camino. Irónicamente, Odette supuso que el Arponero usaría la puerta principal para entrar y salir del hotel. Utilizar la puerta de servicio o la ventana del primer piso era la mejor manera de atraer miradas indiscretas. Los terroristas inteligentes se ocultaban a la vista de todos.

Y los cazaterroristas inteligentes los esperaban pacientemente en vez de irrumpir en su guarida, pensó la joven.

Pero Odette no tenía la menor idea de los planes del Arponero. No sabía cuándo abandonaría el hotel. Podría ocurrir en mitad de la noche. O la tarde temprano. O dentro de tres días. Ella no podía montar guardia eternamente. Tampoco sabía si utilizaría alguna clase de disfraz. Pero sí sabía que era capaz de contratar a una prostituta para hacerla pasar por su hija, su esposa o incluso su madre. En Bakú había muchas prostitutas viejas. Y algunas muy jóvenes. Odette había arrestado a varias.

Las posibilidades eran muchas, y todas apuntaban en la misma dirección: Odette debía atrapar al Arponero antes de que el miserable abandonara el hotel. El problema era cómo encontrarlo. No sabía cómo se llamaba ni qué nombre falso podía estar usando.

Con la única excepción de "el Arponero", pensó Odette, riendo para sus adentros. Tal vez le convendría correr por los pasillos gritando ese nombre. Ver cuáles puertas no se abrían. Probablemente el único que no tuviera curiosidad de averiguar a qué se debían los gritos sería el tan temido terrorista internacional.

Dio la vuelta a la esquina y caminó decidida hacia la puerta principal del hotel. Pasó al lado de un puesto de diarios. Los titulares anunciaban que Irán estaba movilizando tropas en la región del Caspio. Habían publicado fotos de reconocimiento aéreo de barcos iraníes. Bakú siempre había estado aislada de las acciones militares. Esto era algo completamente nuevo para la capital de la nación. Probablemente por eso las calles estuvieran tan atestadas de vehículos. La mayoría de la gente vivía en los suburbios. Cuando se enteraran de las últimas noticias, las numerosas personas que regularmente prestaban sus servicios en la ciudad intentarían escapar lo antes posible por temor a un ataque extranjero.

Había una sola persona bajo la arcada verde y dorada. Un portero de uniforme verde y gorra al tono. No había ómnibus de turistas, aunque no era para sorprenderse. Generalmente salían a las nueve de la mañana. Los turistas que habían entrado al país en grupo probablemente no tenían la opción de irse antes de lo previsto... y por lo tanto habrían continuado con sus planes. En cualquier caso, las habitaciones se dejaban después del mediodía. Los huéspedes que hubieran decidido marcharse probablemente estarían saturando las líneas telefónicas intentando reservar pasajes aéreos o ferroviarios...

Claro, pensó. El teléfono.

Orlov había dicho que el Arponero había llamado desde un teléfono seguro. Eso quería decir que probablemente no había hecho ninguna llamada desde el teléfono de su habitación. Tendría que buscar a un huésped individual de sexo masculino que no hubiera hecho llamados desde su habitación.

Entró al hotel. Cruzó el lobby sin mirar hacia el mostrador de entrada. No quería arriesgarse a que la viera el gerente o alguno de los empleados que podrían reconocerla. Dobló a la derecha, hacia el corredor que llevaba al sector de mantenimiento. La oficina de mantenimiento, grande y sencilla, estaba ubicada en la parte de atrás del edificio. En la entrada había una supervisora sentada detrás de un escritorio. A sus espaldas se veía una hilera de carros de limpieza. A su derecha, un tablero con las llaves de todos los cuartos... y una fila de llaves maestras en la parte de abajo. El personal de limpieza retiraba las llaves de los cuartos todas las mañanas. Sólo quedaban dos en el tablero.

Odette le preguntó a la anciana supervisora si podía darle otro sobrecito de champú. La mujer sonrió, se levantó pesadamente de su silla y fue a buscar lo que le pedían en uno de los carros. Mientras estaba de espaldas, Odette robó una de las llaves maestras del tablero. La supervisora volvió arrastrando los pies, con tres botelli-tas de champú en cada mano. Le preguntó si necesitaba algo más. Odette dijo que no, le dio las gracias y volvió al lobby. Una vez allí, se dirigió a las cabinas telefónicas ubicadas bajo una arcada en el fondo.

En ese momento sonó su teléfono celular. Se deslizó en una de las cabinas, cerró la puerta y atendió el llamado.

Orlov le anunció que habían logrado entrar en la computadora del hotel y que tenían cinco posibles candidatos. Odette anotó el nombre y el número de habitación de cada uno.

—Podríamos estrechar un poco más el círculo —dijo Orlov—. Si alguien quisiera salir rápidamente del país, tendría que adoptar una nacionalidad que no contara con las simpatías de los azer-baijanos.

—Iraní —dijo Odette.

—No —dijo Orlov—. Un iraní podría ser detenido por la policía. En este caso, lo mejor es hacerse pasar por ruso. Y hay dos rusos en el hotel.

Odette dijo que podrían estrechar aun más el círculo chequeando los registros telefónicos del hotel.

—Excelente idea —la felicitó Orlov—. Quédate en línea mientras verificamos los llamados realizados. Ah, Odette... quiero decirte algo más.

Odette sintió que se le encogía el pecho. La voz del general escondía un reproche.

—Hace unos minutos hablé con el señor Battat —dijo Orlov.

La joven sintió que tropezaba con una enorme rama caída. Le empezó a doler la cabeza. No creía haber hecho nada malo al dejar a un hombre enfermo descansando en su cama. Pero había desobedecido una orden y no sabía qué argumento esgrimir para defenderse.

—El norteamericano está yendo al hotel Hyatt —dijo Orlov—. Le dije que te buscara en el lobby. Esperarás hasta que él llegue para ir a buscar al Arponero. ¿Entendido, Odette?

—Sí, señor —replicó la joven.

—Bueno —dijo Orlov.

Odette esperó que los hombres de Orlov chequearan los registros del hotel. Tenía las palmas de las manos húmedas. No tanto por nervios sino porque la habían pescado en falta. Era una mujer honesta por naturaleza y la confianza de Orlov le importaba mucho. Esperaba que comprendiera por qué le había mentido. No sólo lo había hecho para proteger a Battat. Había mentido para poder concentrarse en su misión sin tener que ocuparse de un hombre enfermo.

Según los registros del hotel, dos de los cinco huéspedes individuales no habían hecho llamados desde sus cuartos. Uno de ellos, Iván Ganiev, era ruso. Orlov le dijo que también estaban chequeando los registros de mantenimiento. De acuerdo al último informe, completado el día anterior, el cuarto de Ganiev —el 310— no había sido limpiado durante los tres días que el huésped había pasado allí.

En el ínterin, Orlov pidió que investigaran la identidad del ruso. Los resultados de la investigación llegaron casi al instante.

—Ganiev es un consultor de telecomunicaciones con domicilio en Moscú. Estamos verificando la dirección para asegurarnos de su validez. Aparentemente no trabaja para ninguna empresa —dijo Orlov.

—Entonces no contamos con ningún archivo personal para chequear su educación y sus orígenes —dijo Odette.

—Así es —admitió Orlov—. Está registrado en la Oficina Central de Matrículas Tecnológicas, pero las matrículas se consiguen fácilmente sobornando a los empleados. Ganiev no tiene familia en Moscú, aparentemente no está vinculado con ninguna empresa u organización, y recibe su correspondencia en una casilla postal.

Tenía sentido, decidió Odette. Nada de cartas en el buzón, nada de diarios apilados frente a la puerta del departamento. De ese modo, ninguno de sus vecinos podría saber si estaba o no en casa.

—Un momento, tenemos su dirección —anunció Orlov. Se quedó callado un momento, con la vista clavada en el monitor de su computadora. Luego murmuró—: Es él. Tiene que ser él.

—¿Por qué está tan seguro?

—El domicilio de Ganiev está a una cuadra de la estación subterránea Kievskaya —dijo Orlov.

—¿Lo que significa...?

—Allí fue donde perdimos al Arponero las últimas dos veces que intentamos atraparlo —explicó Orlov.

Battat entró al lobby del hotel. Tenía el mismo aspecto que Viktor después de diez rounds de boxeo con otros militares aficionados a ese deporte. Se bamboleaba. Battat vio a Odette y avanzó en dirección a ella.

—Acaba de llegar nuestro hombre —dijo Odette—. ¿Procedemos como estaba previsto?

Ésta era la parte más difícil del trabajo de inteligencia. Tomar una decisión de vida o muerte basándose en una suposición estudiada. Si el general Orlov se equivocaba, moriría un inocente. No era la primera vez que sucedía, y tampoco sería la última. La seguridad nacional no era una disciplina libre de errores. Pero, si tenía razón, probablemente salvarían miles de vidas humanas. También estaba la opción de tratar de capturar al Arponero y entregarlo a las autoridades azerbaijanas. Aunque lograran capturarlo, esa opción presentaba dos problemas mayores. Primero, los azerbaijanos averiguarían la verdadera identidad de Odette. Segundo, y peor aún, probablemente no querrían entregar al Arponero. El tipo había atacado una plataforma iraní. Y edificios rusos. Y embajadas norteamericanas. Los azerbaijanos hasta podrían querer llegar a un acuerdo con él. Liberarlo a cambio de su cooperación, de su colaboración en misiones secretas organizadas por Azerbaiján. Moscú no podía correr un riesgo semejante.

—¿Esperarás a que llegue el norteamericano? —preguntó Orlov.

—Ya está aquí —dijo Odette—. ¿Quiere hablar con él?

—No es necesario —dijo Orlov—. Es probable que el Arponero viaje con equipos de alta tecnología para justificar su identidad falsa. Quiero que recojan algunos de los equipos y todo el dinero que tenga encima. Revisen los cajones y vacíen todas sus valijas. Quiero que parezca un robo. Y decidan la ruta de escape antes de dar el golpe.

—De acuerdo —dijo la joven.

El tono de Orlov no tenía un ápice de paternalismo. Estaba dando instrucciones y revisando en voz alta los pasos a seguir. Se estaba asegurando de que Odette comprendiera lo que debía hacer antes de iniciar la cacería.

Orlov volvió a quedarse callado. Odette supuso que estaría analizando la información de su computadora. Probablemente estaría buscando datos que confirmaran que el tal Ganiev era efectivamente el hombre que debían eliminar. O una razón para sospechar que no lo era.

—Estoy reservando pasajes aéreos para que salgan del país en caso de que sea necesario una vez concluida la misión —dijo Orlov. Esperó unos segundos y por fin dijo las palabras que Odette esperaba escuchar—: Vayan y liquídenlo.

Odette reconoció la orden y colgó.

47

Washington, D.C. Martes, 2.32 hs.

Hood cerró la puerta del Salón de Gabinete. En un extremo, encima de una mesa pequeña, había una máquina de café. Lo primero que hizo al entrar fue prepararse una taza. Se sintió culpable por estar preparando café en medio de una crisis... pero necesitaba un golpe de cafeína para ponerse a tono con la situación. Desesperadamente. Aunque su mente corría a toda velocidad, sus ojos y su cuerpo no le respondían. El aroma del café lo ayudó a despertarse. Mientras esperaba que se calentara, recordó los pormenores de la reunión que acababa de tener. La manera más rápida de acabar con la crisis era desenmascarar a Fenwick y desbaratar los planes que hubiera puesto en marcha. Esperaba conseguir más información, algo que desestabilizara a Fenwick o Gable.

—Necesito tiempo para pensar —murmuró para sus adentros. Tiempo para encontrar la mejor manera de atacarlos si no conseguía más evidencia de la que tenía hasta el momento.

Se alejó de la máquina de café. Se sentó en el borde la gran mesa de conferencias y levantó uno de los teléfonos. Llamó a Bob Herbert para averiguar si tenía alguna novedad.

No, no tenía.

—A menos que la falta de noticias sea en sí misma una noticia —añadió Herbert.

Bob había sacado de la cama a varios conocidos suyos que trabajaban para la ANS o estaban familiarizados con sus actividades. El atrevimiento de llamarlos en mitad de la noche conllevaba la ventaja de sorprenderlos con la guardia baja. Si sabían algo, probablemente lo dirían. Herbert les preguntó si habían escuchado hablar de una propuesta de inteligencia cooperativa con Irán.

Ninguno de ellos sabía nada al respecto.

—Lo que no me sorprende —dijo Herbert—. Un asunto de esta magnitud y delicadeza sólo puede manejarse a nivel ejecutivo. Pero también es cierto que si más de una persona está al tanto de una

operación... el resto del mundo se ha enterado de por lo menos parte de la historia. Y ése no es el caso.

—Tal vez no haya más de una persona al tanto de la operación dentro de la ANS —dijo Hood.

—Es muy probable —coincidió Herbert.

Dijo que estaba esperando noticias de sus fuentes HUMINT en Teherán. Sospechaba que podían saber algo al respecto.

—La única novedad sólida que tenemos proviene de la gente de Mike en el Pentágono —prosiguió Herbert—. Inteligencia Militar ha interceptado señales de movilización rusa en la región del Caspio. Stephen Viens, de la Oficina Nacional de Reconocimiento, lo ha confirmado. Aparentemente, el crucero *Almirante Lobov* ha puesto proa hacia el sur y el destructor Udaloy II *Almirante Chebanenko* avanza en la

misma dirección en compañía de varias corbetas equipadas con misiles. Mike espera vigilancia aérea sobre las plataformas petroleras rusas dentro de unas horas.

—Y todo es un círculo vicioso que inició el Arponero... o más bien el imbécil que lo contrató —masculló Hood.

—Eisenhower fue el primero en emplear esa metáfora en 1954 —dijo Herbert—. Dijo el glorioso general: "Si tenemos una hilera de piezas de dominó y empujamos la primera, todas irán cayendo rápidamente una tras otra, como fulminadas por un rayo." Estaba hablando de Vietnam, pero sus palabras bien podrían aplicarse a esta situación.

Herbert tenía razón. Podían contar con el hecho de que las piezas de dominó no sólo caerían... sino que caerían a velocidad relámpago. Y la única manera de impedir la caída era anticiparse a la cadena y eliminar unas cuantas piezas.

Hood cortó con Herbert, se sirvió una taza de café, se sentó en uno de los sillones de cuero y llamó a Sergei Orlov. El café negro, recién hecho, era su salvavidas. Su cable a tierra. El más pequeño respiro parecía inmenso en medio del caos.

El general lo puso al tanto de las novedades relativas al Arponero. Hood percibió una nota de tensión y desasosiego en la voz del ruso e inmediatamente se identificó con él. Orlov estaba sinceramente preocupado por su subordinada Odette y al mismo tiempo sentía el desesperado anhelo de poner fin a la carrera de un terrorista notorio. Hood había estado en ese lugar. Y había ganado y perdido. La realidad no era una película ni una novela en la que el héroe siempre triunfaba.

Todavía estaba hablando con el general Orlov cuando se abrió la puerta. Sorprendido, levantó la vista.

Era Jack Fenwick. Ya no tenía más tiempo para pensar.

Fenwick cerró la puerta con suavidad. El Salón de Gabinete era amplio, pero repentinamente le resultó pequeño y asfixiante.

Fenwick fue hasta la máquina de café y se sirvió una taza. Hood siguió hablando con Orlov, tratando de disimular su ansiedad. No quería que Fenwick escuchara la conversación. Pero tampoco quería darle indicios de desesperación o angustia.

Finalmente, cortó con el general ruso, bebió un sorbo de café y miró a su imprevisto visitante. Fenwick clavó sus ojos oscurísimos en los de Hood.

—Espero que no le moleste —dijo, señalando la taza de café que acababa de servirse.

—¿Por qué habría de molestarme? —preguntó Hood.

—No lo sé, Paul —Fenwick se encogió de hombros—. Algunas personas son muy celosas de sus bienes y posesiones. A propósito, debo decirle que prepara un café excelente.

—Gracias.

Fenwick se sentó en el borde de la mesa, a poca distancia de Hood.

—Nos hemos tomado un breve descanso —explicó—. El presidente está esperando a los comandantes en jefe y el secretario de Estado para tomar decisiones respecto a la situación del Caspio.

—Gracias por actualizarme.

—De nada —dijo Fenwick—. Podría hacer mucho más que actualizarlo —prosiguió—. Podría predecir el futuro.

—¿Ah sí?

Fenwick asintió decididamente.

—El presidente responderá por la vía militar —dijo—. Enérgicamente. Es lo que debe hacer.

Tanto el Op-Center como la ANS tenían acceso al reconocimiento fotográfico de la ONR. Era obvio que Fenwick estaba al tanto de la movilización rusa.

Hood se levantó a renovar su café. Mientras lo hacía, volvió a pensar lo mismo que había pensado unos minutos antes.

La única manera de evitar que cayeran todas las piezas del dominó era anticiparse a la cadena y eliminar algunas de ellas.

—Lo importante no es saber qué hará el presidente, o qué hará la nación. Lo importante es saber qué hará usted, Paul —dijo Fenwick.

—¿Para eso vino a verme? ¿Para escarbarme el cerebro?

—Vine para estirar un poco las piernas —dijo Fenwick—. Pero, ya que estamos, me gustaría saciar mi curiosidad. ¿Qué piensa hacer, Paul?

—¿Respecto a qué? —preguntó Hood, sirviéndose un poco más de café. El baile había comenzado. Cada palabra pesaba como plomo.

—Respecto a la crisis que estamos enfrentando —replicó Fenwick—. ¿Qué papel piensa desempeñar?

—Haré mi trabajo, como de costumbre —dijo Hood. No sabía si Fenwick lo estaba interrogando o amenazando. Por el momento no podría saberlo. En realidad, ni siquiera le importaba.

—¿Y en qué consiste su trabajo? —insistió Fenwick.

—La descripción general de mi puesto es "manejo de crisis" —dijo Hood, mirando fijo a Fenwick—. Pero, si quiere saberlo, creo que tendré que exceder mis funciones. Tendré que descubrir el verdadero origen de esta crisis y presentarle los hechos consumados al presidente.

—¿Y cuál sería el "verdadero origen"? —preguntó Fenwick. Si bien la expresión de su cara permanecía inalterable, había cierto matiz de condescendencia en su voz—. Obviamente usted no está de acuerdo con lo que le estábamos aconsejando el señor Gable, el vicepresidente y yo.

—No, no estoy de acuerdo con ustedes —dijo Hood. Debía manejarse con cautela. Parte de lo que iba a decir era cierto... pero otra parte era mentira. Si se equivocaba, quedaría en el lugar del pastorcito mentiroso. Y nadie le prestaría atención cuando de verdad llegara el lobo. Fenwick le restaría importancia a todo lo que él dijera. Y usaría sus errores para minar la confianza que le tenía el presidente.

No obstante, eso sólo ocurriría en el caso de que estuviera equivocado.

—Acaban de informarme que capturamos al Arponero en el hotel Hyatt de Bakú —dijo Hood. Debía presentarlo como un *fait accompli.* No quería que Fenwick llamara al hotel para prevenir al terrorista.

—¿Al Arponero? —preguntó Fenwick—. Fabuloso.

Bebió un sorbo de café y lo retuvo en la boca. Hood no quebró el silencio. Luego de varios, interminables segundos Fenwick tragó el café.

—Me alegro —dijo sin mucho entusiasmo—. Un terrorista menos del que preocuparnos. ¿Y cómo hicieron para atraparlo? La Interpol, la CÍA, el FBI llevan más de veinte años buscándolo...

—Hacía varios días que lo estábamos siguiendo —prosiguió Hood—. Lo vigilamos y escuchamos sus conversaciones telefónicas.

—¿Quiénes lo vigilaron?

—Un grupo integrado por el Op-Center, la CÍA y recursos extranjeros —replicó Hood—. Unimos nuestras fuerzas al enterarnos

de que el Arponero estaba en la región. Lo hicimos salir de su escondrijo usando a un agente de la CÍA como anzuelo.

Hood se sentía seguro revelando el papel desempeñado por la CÍA, puesto que era muy probable que el propio Fenwick le hubiera dado información sobre Battat al Arponero.

Fenwick no le quitaba los ojos de encima.

—De modo que tienen al Arponero —masculló—. ¿Y eso qué tiene que ver con el "verdadero origen" de lo que está pasando? ¿Acaso usted sabe algo que yo no sé, Paul?

—Aparentemente, el Arponero participó en el atentado del Caspio —dijo Hood.

—No me sorprende —retrucó Fenwick—. El Arponero trabaja para cualquiera.

—Incluso para nosotros —acotó Hood.

Fenwick se alteró al escuchar esas palabras. Apenas... pero lo suficiente para que Hood percibiera su perturbación.

—Estoy cansado y no tengo tiempo para jugar a las adivinanzas —se quejó Fenwick—. ¿Qué está insinuando, Paul?

—En este preciso instante estamos hablando con él —prosiguió Hood—. Parece dispuesto a decirnos quién lo contrató a cambio de una amnistía limitada.

—No me cabe la menor duda —dijo Fenwick con desdén—. Ese miserable es capaz de decir cualquier cosa para salvar el pellejo.

—Es posible —admitió Hood—. ¿Pero para qué querría mentir cuando sólo la verdad podría salvarle la vida?

—Porque es un degenerado, un imbécil —dijo Fenwick. Presa de la furia, arrojó su taza al cesto y se levantó de la mesa—. No permitiré que aconseje al presidente basándose en el testimonio de un terrorista. Le sugiero amablemente que se vaya a su casa. Su trabajo aquí acaba de terminar.

Antes de que Hood pudiera responder, Fenwick abandonó el Salón de Gabinete con paso raudo. Dio un portazo al salir. El salón recuperó sus dimensiones.

Hood no creía que a Fenwick lo preocupara que el presidente recibiera información falsa. Tampoco creía que se hubiera tomado un descanso para estirar las

piernas. Pero sí creía estar muy cerca de revelar una relación que Fenwick se había ocupado muy bien de ocultar.

Una relación entre un asesor presidencial de alto rango y uno de los terroristas más buscados del mundo. Un terrorista que lo había ayudado a orquestar una guerra.

48

Bakú, Azerbayán Martes, 10.47hs.

Cuando tenía seis años, David Battat enfermó gravemente de paperas. Apenas podía tragar y cada vez que se movía le dolían los muslos y el vientre. Lo cual no era el mayor problema, dado que David estaba demasiado débil para moverse.

Ahora también se sentía demasiado débil para moverse. Y cada paso era un tormento. No sólo le dolían la garganta y la boca del estómago, sino también los brazos, las piernas, los hombros y el pecho. Fuera lo que fuese lo que le había inyectado ese miserable del Arponero, obviamente lo había debilitado al extremo. Pero, en cierto modo, el dolor era una ayuda. Lo mantenía despierto y alerta. Era como si le doliera una muela en todo el cuerpo. Su única energía nacía del odio. De la furia de haber sido emboscado y debilitado por el Arponero. De la furia de haber sido indirectamente responsable de las muertes de Thomas y Moore. Odette se lo dijo mientras subían en el ascensor. Le explicó que todavía había un asesino rondando. Debían moverse con cautela porque podía estar vigilando el hotel o incluso al mismísimo Arponero.

Battat tenía los oídos tapados y debía parpadear constantemente para ver con claridad. No obstante, tenía absoluta conciencia del lugar donde estaba. El ascensor era de bronce lustroso y tenía alfombra verde. En el techo había varias hileras de lámparas pequeñas. En el fondo, una puerta trampa y una cámara de video ojo de pez.

El ascensor estaba vacío, excepto por Battat y Odette. Bajaron en el tercer piso. Odette lo tomó de la mano, como si fueran una joven pareja en busca de su habitación. Chequearon los números de los cuartos: del 300 al 320 a la derecha del cartel. Por consiguiente, el 310 debía estar en el centro del largo pasillo iluminado a pleno. Comenzaron a caminar.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Battat.

—Primero revisaremos la escalera —dijo Odette—. Quiero asegurarme de que el otro asesino no esté vigilando el cuarto desde allí.

—¿Y después?

—¿Cómo se sentiría si estuviera casado? —preguntó Odette.

—Lo intenté una vez y no me gustó —dijo Battat.

—Entonces, probablemente esto le gustará menos —replicó ella—. Le diré lo que estoy pensando cuando lleguemos a la escalera.

Avanzaron en dirección a la escalera, que se encontraba en la otra punta del corredor. Al acercarse a la habitación 310, el corazón de Battat comenzó a latir desesperado. Del picaporte colgaba un cartel de "No molestar". El lugar exhalaba algo peligroso. Battat lo sintió al pasar. No era una sensación física. Era una sensación espiritual. Battat no se atrevía a pensar que podía ser la sensación palpable del mal. Pero el cuarto tenía la misma energía de la guarida de un animal feroz.

Cuando llegaron a la escalera, Odette le soltó la mano. Sacó la pistola de la tobillera y le colocó el silenciador. Adelantándose a Battat, espió por la mirilla de la puerta. No había nadie del otro lado. Giró el picaporte y entró. Battat entró tras ella. Retrocedió contra los escalones de concreto y apoyó un brazo sobre la baranda de hierro. Apenas tenía fuerzas para moverse. Odette sostenía la puerta con el talón para impedir que se cerrara. Miró a Battat.

—Estoy segura de que el Arponero ha protegido su cuarto desde adentro —dijo—. Como probablemente no podremos entrar, trataremos de hacerlo salir.

—De acuerdo —dijo Battat. Estaba exhausto y mareado y debía hacer enormes esfuerzos para concentrarse—. ¿Qué propone que hagamos?

—Tendremos una pelea de amantes —anunció Odette.

Battat comenzó a despertarse.

—¿Sobre...? —preguntó.

—No importa sobre qué —dijo ella—. Siempre que terminemos discutiendo a los gritos sobre cuál es nuestro cuarto.

—Uno de nosotros dirá que es el 312 y el otro jurará que es el 310—dijo Battat.

—Exactamente —replicó Odette—. Entonces abriremos la puerta del 310.

—¿Cómo?

Odette buscó en su bolsillo.

—Con esto —dijo, sacando la llave maestra que le había robado a la supervisora de mantenimiento—. Con un poco de suerte, el Arponero sólo querrá que nos vayamos.

—¿Y si algún otro huésped sale de su cuarto o llama a la seguridad del hotel? —preguntó Battat.

—En ese caso aceleraremos la pelea —dijo Odette. Se quitó la chaqueta, la dobló y se la colgó del antebrazo para disimular la pistola.

Parecía impaciente, incluso un poco ansiosa. Battat no la culpó por eso. Ambos se estaban acercando al Arponero y a lo desconocido. Sabía perfectamente que, de no ser por el torpor mental que le producía la sustancia que le habían inoculado, el miedo superaría con creces la furia que lo embargaba.

—Esto no es una ciencia —añadió la joven—. Lo que vamos a hacer es distraer al Arponero para poder matarlo.

—Comprendo —dijo Battat—. ¿Qué quiere que haga yo?

—Quiero que, apenas yo haga girar la llave en la cerradura, usted abra la puerta de una patada —dijo ella—. Esa acción distraerá al Arponero y me dará tiempo para apuntarle y disparar. Cuando terminemos, escaparemos por la escalera.

—Muy bien —dijo Battat.

—¿Está seguro de estar en condiciones de hacerlo? —preguntó Odette.

—Estoy en condiciones de hacer cualquier cosa que usted me pida —dijo él.

Odette asintió y sonrió para darle ánimo. O tal vez para darse ánimo a sí misma.

Un instante después comenzaron a avanzar por el pasillo.

49

San Petersburgo, Rusia Martes, 11.02 hs.

Josef Norivsky era el contacto del Op-Center ruso con las otras agencias de inteligencia e investigación del país y también con Interpol. Era un joven de espaldas anchas, cabello negro muy corto y rostro largo y pálido. Entró en la oficina del general Orlov con una expresión que oscilaba entre la furia y el descreimiento.

—Algo anda mal —dijo. Norivsky no diseminaba información a menos que estuviera seguro de su veracidad. Por eso, cada vez que decía algo parecía estar haciendo un pronunciamiento.

El joven le entregó a Orlov un conjunto de fotografías de ocho por diez centímetros. El general echó un rápido vistazo a las once borrosas imágenes en blanco y negro. Eran cinco hombres con máscaras de esquí trasladando a un sexto hombre, sin máscara, a través de un pasillo de bloques de cemento.

—Estas fotos fueron tomadas por las cámaras de la cárcel de máxima seguridad de Lenkorán, en Azerbaiján —explicó Norivsky—. Las recibimos hace dos días. El hombre que no tiene máscara es Sergei Cherkassov. El SIE tiene la esperanza de que lo ayudemos a identificar a los demás.

El SIE era el Servicio de Inteligencia Estatal azerbaijano. La organización todavía mantenía relaciones cooperativas bastante estrechas con los grupos de inteligencia rusos.

—¿Consiguieron algo? —preguntó Orlov luego de haber mirado detenidamente las fotos.

—Las armas que portan son Uzis IMI —dijo Norivsky—. Son similares a las ametralladoras que Irán le compró a Israel antes de la revolución islámica. En sí mismas no son indicio de nada. Los traficantes de armas iraníes son capaces de venderle sus productos a cualquiera. Pero observe cómo se mueven esos hombres —añadió.

Orlov volvió a mirar las fotos.

—No veo a dónde apunta —dijo.

Norivsky se apoyó sobre el escritorio y señaló la cuarta foto.

—Los hombres con máscara de esquí han formado la estructura de un diamante en torno a Cherkassov. El de la punta cubre el área de escape, el del fondo vigila los flancos, y los dos de los costados cubren la derecha y la izquierda. El quinto hombre, el único que aparece en las dos primeras fotos, se adelanta al resto del grupo para abrir la vía de escape. Probablemente con un lanzador de cohetes, si hemos de dar fe a los informes —Norivsky se enderezó—. Este es el procedimiento de evacuación estándar utilizado por el VEVAK.

VEVAK era la sigla de Vezarat-e Etella'at va Amniat-e Keshvar. El Ministerio de Inteligencia y Seguridad de Irán.

—¿Por qué diablos querría Irán liberar a un terrorista ruso encerrado en una cárcel azerbaijana? —prosiguió Norivsky—. ¿Para aprovechar sus múltiples talentos y habilidades? Es probable. Pero también es probable que lo hayan raptado para arrojar su cadáver en el lugar del atentado. ¿Cuántos cuerpos se encontraron en las cercanías del

puerto de Bakú? Entre cuatro y seis, según como se combinen los miembros despedazados por la explosión.

—La misma cantidad de gente que lo ayudó a escapar —acotó Orlov.

—Sí —replicó Norivsky.

—Lo cual podría indicar que formaban parte del mismo equipo —dijo Orlov—. Punto final.

—Salvo por la presencia del Arponero —señaló Norivsky—. Sabemos que ha trabajado para Irán en numerosas ocasiones. Sabemos que, por lo general, lo más práctico es contactarlo a través de sus socios en Teherán. Lo que quiero decir, general, es lo siguiente: ¿qué pasaría si Irán hubiera organizado el atentado contra su propia plataforma petrolera para tener una excusa para poder enviar sus barcos de guerra al área del Caspio?

—Eso no explicaría la participación de la Agencia Nacional de Seguridad de los Estados Unidos de Norteamérica —dijo pomposamente Orlov.

—Pero la presencia de Cherkassov sí podría explicarla —insistió Norivsky—. Piénselo un poco, señor. Irán amenaza a Azerbaiján. Los Estados Unidos intervienen en el conflicto. Están obligados a hacerlo. Las reservas petroleras norteamericanas están siendo amenazadas. Si el único villano del cuento es Irán, los norteamericanos no se opondrán a una guerra por mar y por aire. Hace décadas que anhelan devolverle el golpe a Irán, más precisamente desde la crisis de los rehenes del año 1979. Pero imagine lo que ocurriría si Rusia entrara en escena. Cuando fue juzgado, Cherkassov admitió haber trabajado para el Kremlin. Así evitó que lo ejecutaran. Supongamos entonces que Azerbaiján o Irán intentan vengarse atacando las plataformas petroleras rusas en el Caspio. ¿El pueblo de los Estados Unidos se manifestaría a favor de una guerra en la región?

—No creo —dijo Orlov. Lo pensó un momento—. Y tal vez ni siquiera tenga necesidad de manifestarse.

—¿A qué se refiere? —preguntó Norivsky.

—El Arponero estuvo trabajando con la ANS: aparentemente orquestaron juntos el atentado —dijo Orlov—. ¿Qué pasaría si algún alto funcionario del gobierno norteamericano hubiera hecho un trato con Irán antes de la voladura de la plataforma?

—¿La ANS tiene tanto poder? —preguntó Norivsky.

—No creo —dijo Orlov—. Probablemente habrán necesitado la cooperación de algunos funcionarios de muy alto rango. Paul Hood, el director del Op-Center, sugiere enfáticamente que esa clase de contacto podría haberse producido. ¿Qué pasaría si los norteamericanos hubieran pactado retirarse en determinado momento? ¿Si permitieran que Irán tuviera mayor acceso a las regiones ricas en petróleo a cambio de que los Estados Unidos pudieran acceder también a ese petróleo?

—¿Se refiere a la normalización de las relaciones entre ambos Estados? —sugirió Norivsky.

—Posiblemente —dijo Orlov—. Las Fuerzas Armadas norteamericanas estuvieron al borde de destruir a Irán... y luego retrocedieron por alguna misteriosa razón. ¿Pero por qué? Eso también debió haber sido arreglado.

Orlov no conocía la respuesta al interrogante, pero conocía a quien podía conocerla. Le dio las gracias a Norivsky, llamó a su intérprete y marcó el número de Paul Hood.

50

Washington, D.C. Martes, 3.06 hs.

Cuando Fenwick se retiró por fin del Salón de Gabinete, Hood permaneció sentado en la enorme mesa de conferencias tratando de imaginar qué argumento utilizar para convencer al presidente de que la inteligencia que recibía era falsa. Le resultaría sumamente difícil convencerlo con tan poca información. Hood creía haberlo convencido de la falsedad de Fenwick, verdadero Jano bifronte, durante la breve conversación que habían mantenido más temprano. Pero bajo la presión de una crisis en ciernes, quienes deben cumplir la difícil tarea de manejarla suelen recurrir al consejo de sus amigos más confiables y vehementes. Fenwick era vehemente y Cotten era un viejo aliado del presidente. Hood no podría combatir contra ellos sin la dureza de los hechos. Pero lo que más lo preocupaba era algo que Fenwick había dicho antes de abandonar el Salón de Gabinete.

—No voy a permitir que usted aconseje al presidente.

No se trataba simplemente de una situación internacional. También había una pelea territorial en la Oficina Oval. ¿Pero por qué? No solamente por tener acceso ilimitado al presidente de los Estados Unidos. Fenwick había tratado de confundir a Lawrence, había intentado avergonzarlo, desorientarlo. ¿Por qué?

Hood negó con la cabeza y se puso de pie. Aunque no tenía nada que agregar a lo que ya había dicho, quería escuchar la opinión de los comandantes en jefe. Y Fenwick no podía desterrarlo de la Oficina Oval.

Su teléfono sonó justo cuando estaba a punto de salir del Salón de Gabinete. Era el general Orlov.

—Tenemos cierta información comprometedora, Paul —dijo el ruso.

—Dígame —replicó Hood.

Orlov le informó todo lo que sabía.

—Tenemos razones para creer que el atentado contra la plataforma petrolera fue perpetrado por el Arponero y ciudadanos iraníes —añadió luego—. Creemos que los atacantes pueden haber sido los mismos iraníes que liberaron de la cárcel al terrorista ruso Sergei Cherkassov. Mediante esta estrategia, Moscú quedaría directamente involucrado en la voladura de la plataforma.

—Lo que obligaría a los Estados Unidos a ofrecer su apoyo a Azerbaiján para equilibrar la balanza —dijo Hood—. ¿Sabe si Teherán condenó el atentado?

—Es muy probable —replicó Orlov—. Aparentemente, los iraníes trabajaban para el VEVAK o habían sido entrenados allí.

—Para precipitar una crisis que les permitiera movilizar sus tropas —acotó Hood.

—Sí —dijo Orlov—. Y también creemos que la presencia de Cherkassov en el lugar del hecho tuvo el propósito de darle motivos a Irán para amenazar nuestras reservas de petróleo. Para arrastrar a Rusia a la crisis. Es probable que Cherkassov no haya tenido absolutamente nada que ver con el atentado.

—Tiene sentido —coincidió Hood.

—Paul, antes dijo que algunos miembros del gobierno norteamericano, más precisamente de la ANS, entraron en contacto con la delegación iraní en Nueva York. Que un miembro de la ANS se había comunicado con el Arponero en Bakú. ¿Esa agencia podría estar involucrada en el atentado?

—No lo sé —admitió Hood.

—Tal vez la delegación iraní los haya puesto en contacto con el Arponero —sugirió Orlov.

Era posible. Hood lo pensó unos segundos. ¿Por qué diablos ayudaría Fenwick a los iraníes a volar su propia plataforma petrolera... y luego alentaría al presidente contra Irán? ¿Todo formaba parte de un plan para borrar a Irán del mapa? ¿Era por eso que Fenwick le había ocultado sus movimientos al presidente?

Pero Fenwick debía estar al tanto de la presencia de Cherkassov, pensó Hood. Tenía que saber que Rusia sería arrastrada por la marea.

No obstante, seguía sin entender por qué Fenwick había llamado por teléfono al presidente antes de la cena de las Naciones Unidas. El único objetivo de esa jugada había sido humillar a Lawrence. Erosionar la confianza en las...

—... *facultades mentales* del presidente —murmuró Hood repentinamente.

Siguió el hilo de Ariadna. ¿No era eso lo que preocupaba a Megan Lawrence? ¿La inestabilidad mental, real o imaginaria, creada por una cuidadosa y constante estrategia de engaño y confusión? El presidente entra en un pozo depresivo. El país se encuentra ante el precipicio de la guerra, guiado por Fenwick. Lawrence intenta superar la crisis. ¿Y qué ocurre luego? ¿Fenwick mina la confianza del presidente en sí mismo? Lo hace dudar de su capacidad...

¿O hace que la gente dude de su capacidad? se preguntó Hood.

La senadora Fox ya había manifestado su preocupación por el presidente. Mala Chatterjee no lo podía ver ni pintado... y seguramente daría entrevistas para declarar que el presidente estaba absolutamente confundido respecto a la iniciativa Naciones Unidas. ¿Y qué pasaría si Gable o Fenwick filtraban información sobre los errores y dislates que el presidente había cometido durante las últimas semanas?

Los periodistas se tragarían el anzuelo, decidió Hood. Sería fácil manipular a la prensa con una historia de ese tenor. Especialmente si provenía de una fuente confiable como Jack Fenwick.

¿Y si Fenwick y Gable no eran los únicos involucrados en la traición? Un plan de esa magnitud requería la cooperación de alguien o algo más importante que la ANS y el jefe de gabinete del presidente Lawrence.

Cotten, pensó Hood.

El vicepresidente se había puesto del lado de Fenwick y Gable en la Oficina Oval. ¿Y quién saldría más beneficiado si el presidente y hasta el propio electorado llegaban a la conclusión de que Lawrence no estaba en condiciones de guiar a la nación en tiempos de crisis? El hombre que lo sucedería en el cargo, por supuesto.

—General Orlov, ¿sabemos algo de los agentes que están rastreando al Arponero? —preguntó Hood.

—En este momento se encuentran en el hotel donde está alojado el miserable —dijo Orlov—. Pronto intentarán atraparlo.

—La orden es eliminarlo, no capturarlo —dijo Hood.

—No tenemos suficientes hombres para capturarlo —anunció Orlov—. Lo cierto es que ni siquiera tenemos suficientes hombres para eliminarlo. Estamos corriendo un gran riesgo, Paul.

—Comprendo —dijo Hood—. General, ¿está completamente seguro de esta información? ¿De verdad cree que los hombres que atacaron la plataforma iraní son ciudadanos iraníes?

—Hasta que terminen de juntar e identificar las partes desmembradas de sus cuerpos, lo único que puedo darle es mi opinión —admitió Orlov.

—Muy bien —dijo Hood—. Le comunicaré esa información al presidente. Sus asesores lo están presionando para que responda por la vía militar. Nosotros queremos que posponga la decisión, obviamente.

—Estoy de acuerdo —dijo Orlov—. Nosotros también nos estamos movilizando.

—Llámeme en cuanto tenga novedades —pidió Hood—. Y gracias, general. Muchísimas gracias.

Hood cortó la comunicación. Salió corriendo del Salón de Gabinete hacia la Oficina Oval. Los retratos al óleo de Woodrow Wilson y la Primera Dama Edith Bolling Wilson lo observaban desde la pared. Ella había gobernado eficazmente el país cuando su esposo sufrió un colapso. Pero su objetivo había sido proteger la salud del presidente y salvaguardar los intereses de la nación. Nunca había tenido ambiciones personales. ¿Acaso los norteamericanos se habían vuelto más corruptos desde entonces? ¿O la línea que separaba el bien y el mal se había borrado? ¿O tal vez un fin presumiblemente virtuoso justificaba medios corruptos para alcanzarlo?

Era una locura. Hood tenía información suficiente y una hipótesis fuerte, verosímil. Fenwick se había puesto pálido cuando Hood le dijo que el Arponero había sido capturado. Pero Hood no tenía pruebas. Y sin pruebas no podría convencer al presidente de actuar con cautela y lentitud... independientemente de lo que Irán hiciera. Los comandantes en jefe tampoco le serían muy útiles. Los militares esperaban desde hacía más de veinte años un motivo legítimo para atacar Teherán.

Giró a la derecha y llegó a la Oficina Oval. El oficial del Servicio Secreto que montaba guardia en la puerta lo detuvo.

—Tengo que ver al presidente —dijo Hood.

—Lo siento, señor —insistió el joven.

Hood le mostró la identificación que llevaba colgada del cuello.

—Tengo acceso a nivel azul —dijo—. Por favor hágase a un lado.

—Señor, aunque yo me haga a un lado usted no podrá ver al presidente —dijo el agente—. Han trasladado la reunión a la planta baja.

—¿A dónde? —preguntó Hood. Aunque conocía de antemano la respuesta.

—A la Sala de Situaciones —replicó el joven.

Hood dio media vuelta y maldijo. Fenwick había cumplido su palabra. Le impediría ver al presidente. La única manera de acceder a la Sala de Situaciones era

tener la identificación del siguiente nivel, el rojo. Todos los que la tenían estarían reunidos con el presidente. Dejándose seducir y controlar por Jack Fenwick.

Todavía tenía en la mano su teléfono celular. Sintió ganas de arrojarlo por la ventana más próxima. No podía llamar al presidente. Los llamados al Salón de Situaciones pasaban por un operador exclusivo, distinto al resto de la Casa Blanca. No tenía habilitación para el discado directo y Fenwick seguramente habría ordenado que todos los llamados que efectuara fueran rechazados o demorados.

Hood estaba acostumbrado a los desafíos, a las demoras. Pero siempre había tenido acceso a la gente que debía entrevistar y persuadir. Incluso cuando los terroristas habían tomado el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Hood había encontrado una forma de entrar. Lo único que necesitó fue tomar la decisión y contar con los hombres imprescindibles para hacerlo. No estaba acostumbrado a chocar contra las paredes. Se sentía frustrado, miserable.

Se detuvo de golpe. Miró el retrato de Woodrow Wilson. Miró el retrato de la señora Wilson.

—Carajo —masculló.

Miró su teléfono celular. Tal vez no estuviera tan maniatado como creía.

Volvió corriendo al Salón de Gabinete. Estaba dispuesto a apostar que había una vía de acceso que Fenwick no había cerrado.

Aunque quisiera, jamás hubiera podido cerrarla.

Como en el poker, la Reina siempre le ganaba a la Jota.

51

Bakú, Azerbaiján Martes, 11.09 hs.

Odette tenía dos preocupaciones mientras avanzaba por el pasillo.

La primera era que podía equivocarse respecto a la identidad del hombre que ocupaba el cuarto 310. Podía ser que no fuera el Arponero. Odette no sabía cómo era el Arponero. Nadie lo sabía. Tenía la imagen mental de un individuo alto, de nariz aguileña, ojos oscuros llenos de odio y dedos larguísimos. ¿Dudaría de disparar si un hombre bajo y regordete, de ojos azules bonachones y dedos gruesos abría la puerta de la habitación fatídica? ¿La daría la oportunidad —inestimable— de disparar primero?

Un hombre inocente diría "Hola" al abrir la puerta, pensó Odette. Demostraría sorpresa. En cambio, el Arponero estaría en guardia.

Su segunda preocupación tenía que ver con la confianza. Había estado pensando en el tono renuente que había percibido en la voz del general Orlov. Se preguntaba cuál era la mayor preocupación de su superior. ¿Que a ella le pasara algo o que el Arponero escapara? Probablemente las dos cosas. Y aunque trataba de mantener un estilo "Ya le demostraré quién soy yo", la falta de confianza del general Orlov no la ayudaba a cimentar la propia.

No importa, dijo para sus adentros. Debía concentrarse en el objetivo y olvidarse de todo lo demás. La misión era lo único que importaba. El blanco estaba a pocas puertas de distancia.

Odette y David Battat habían acordado que ella iniciaría el ataque. Ella abriría la puerta y entraría en la habitación. Ella controlaría los tiempos. Pasaron de largo frente al cuarto 314. Odette llevaba la llave maestra en la mano izquierda. Todavía tenía la pistola en la mano derecha, bajo la chaqueta que llevaba colgada del antebrazo. Battat llevaba una navaja pegada al muslo. Parecía estar un poco más concentrado que al llegar. Eso no sorprendió a Odette.

Ella también estaba más concentrada.

Pasaron frente a la puerta 312.

Odette miró a Battat.

—¿Por qué te detienes? —preguntó en voz alta, como si estuviera conversando con alguien. El Arponero debía escucharlos acercarse.

—¿Cómo que "por qué me detengo"? —contestó Battat.

Odette avanzó varios pasos. Se detuvo frente a la habitación 310. El corazón le latía desbocado.

—¿No quieres entrar?

—Sí —dijo Battat con un dejo de impaciencia.

—Ése no es nuestro cuarto —dijo Odette.

—Sí, es nuestro cuarto —insistió Battat.

—No —retrucó Odette—, éste es nuestro cuarto.

—No, estamos en el 312 —dijo Battat con convicción.

Odette metió la llave en la cerradura del 310. Ésa era la señal para que Battat se acercara a la puerta. El agente dio unos pasos y se detuvo exactamente detrás de su compañera. Su hombro derecho prácticamente estaba tocando la puerta.

Odette tenía los dedos empapados en sudor. Podía oler el bronce de que estaba hecha la llave. Vaciló. Esto es lo que estabas esperando, dijo para sus adentros. La oportunidad de ponerse a prueba y darle un motivo de orgullo a Viktor. Hizo girar la llave hacia la derecha. La puerta se abrió.

—Te dije que éste era nuestro cuarto —le dijo a Battat. Tragó saliva. Las palabras se apiñaban en su garganta y no quería demostrar el miedo que sentía. El Arponero podría oler el miedo en su voz.

Sacó la llave de la cerradura, la dejó caer en su bolsillo y escuchó. El televisor estaba apagado y el Arponero no estaba en la ducha. Odette había deseado que estuviera en el baño, acorralado. Pero no se escuchaba nada. Abrió la puerta un poco más.

Vio un pasillo corto y angosto, oscuro como una caverna y pavorosamente silencioso. Habían dado por descontado que el Arponero estaría escondido en el cuarto... pero ¿qué pasaría si no era así? Tal vez hubiera bajado a desayunar tarde. Tal vez ya se hubiera ido de Bakú. Tal vez utilizara el cuarto como vivienda segura en caso de necesidad.

Pero... ¿y si nos está, esperando? pensó luego. Conocía muy bien la respuesta a esa pregunta. *En ese caso tendremos que manejar la situación.* Viktor solía decir que en la vida no había nada garantizado.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó Battat.

Sus palabras la tomaron por sorpresa. Miró a su compañero. Tenía el ceño fruncido. Obviamente estaba preocupado. Odette se dio cuenta de que estaba tardando demasiado en entrar.

—Nada —respondió. Abrió la puerta un poco más y metió la mano izquierda en el vano—. Estoy buscando la luz.

Siguió empujando la puerta hasta dejarla abierta a medias. Vio titilar los números rojos del reloj despertador sobre la mesa de noche. Había un reflejo de luz blanca en el centro de las cortinas. El débil resplandor hacía que la habitación pareciera aun más oscura.

La pistola de Odette todavía estaba escondida bajo su chaqueta, detrás de la puerta a medio abrir. Encontró la llave de la luz con la mano izquierda. La bajó. La luz del hall se encendió simultáneamente con las lámparas de las mesas de noche. Las paredes y los muebles adquirieron un tosco brillo amarillo rojizo.

Sin respirar, Odette entró al pequeño vestíbulo. El baño estaba a la derecha. Vio varias toallitas de papel sobre la mesada, junto al lavatorio. El jabón estaba abierto.

Miró la cama. No la habían usado, pero habían sacado las almohadas. Vio una valija en un rincón, pero no vio los zapatos del Arponero. Tal vez hubiera salido.

—Algo anda mal aquí —dijo.

—¿Qué es lo que anda mal?

—Esa no es nuestra valija —dijo Odette.

Battat entró en el hall. Miró a su alrededor.

—Entonces yo tenía razón —masculló—. Éste no es nuestro cuarto.

—¿Y entonces por qué funcionó la llave? —preguntó Odette.

—Ahora mismo bajaremos a averiguarlo —la apuró Battat. Todavía seguía mirando a su alrededor.

—Tal vez el conserje se equivocó y le dio la llave a otra persona —sugirió Odette.

Repentinamente, Battat le aferró el hombro izquierdo y la arrastró al baño a los empujones.

Odette se dio vuelta y lo miró a los ojos. El le puso un dedo sobre los labios y se acercó más a ella.

—¿Qué pasa? —susurró la joven.

—Está aquí —dijo Battat en voz muy baja.

—¿Dónde?

—Atrás de la cama, en el suelo —dijo Battat—. Vi su reflejo en la cabecera de bronce.

—¿Está armado?

—No sé —dijo Battat—. Apuesto a que sí.

Odette apoyó su chaqueta sobre el piso. Ya no había razones para ocultar la pistola. Battat estaba parado cerca de ella, junto a la puerta. Odette vio un pequeño espejo redondo con brazo extensor en la pared de la derecha. Tuvo una idea.

—Toma —susurró, dándole la pistola a Battat. Arrancó el espejo de la pared y fue hacia la puerta. En cuclillas, metió el espejo en el pasillo. Lo colocó de manera tal de poder ver debajo de la cama.

No había nadie.

—Se fue —dijo en voz muy baja.

Extendió el brazo del espejo un poco más para poder ver el resto del cuarto. Lo hizo girar de un lado a otro. No había nadie en los rincones. Tampoco había ningún bulto detrás de las cortinas.

—Definitivamente no está aquí —masculló.

Battat se colocó a sus espaldas, también en cuclillas, y miró por el espejo. Odette se preguntó si su afiebrado compañero habría visto a alguien en realidad o más bien habría sufrido una alucinación inoportuna.

—Espera un segundo —dijo Battat—. Quiero que muevas el espejo para que podamos ver la cabecera de la cama.

Odette hizo lo que le pedía. Las cortinas se estaban moviendo. Parecían agitarse levemente por la brisa.

—La ventana está abierta —dijo Odette.

Battat se levantó. Entró en la habitación y miró a su alrededor.

—Maldito sea —farfulló.

—¿Qué pasa? —preguntó Odette, levantándose del suelo.

—Hay una soga debajo de la cortina —dijo Battat, acercándose a buscarla—. El miserable se habrá colgado...

Repentinamente, Battat corrió de vuelta al baño.

—¡Al suelo! —gritó, empujando a Odette al piso. Se tiró junto a ella, al borde de la bañera de fibra de vidrio. Tapó las cabezas de ambos con la chaqueta de la joven.

Un segundo después, un resplandor amarillo rojizo iluminó la habitación. Se escuchó un zumbido intermitente y el aire empezó a calentarse. El resplandor se apagó poco después, dejando un olor nauseabundo y dulzón que se mezcló con el tufo de las telas y la alfombra quemadas. El detector de humo del cuarto hizo sonar la alarma.

Odette se quitó la chaqueta de la cabeza y se puso de rodillas.

—¿Qué pasó? —gritó.

—¡Había un TEL sobre el escritorio! —aulló Battat.

—¿Un qué?

—Un TEL —dijo Battat, levantándose de un salto—. "Terrorista en lata". Vamos... ¡tenemos que salir de aquí!

Battat ayudó a Odette a levantarse. La chica agarró su chaqueta y ambos salieron corriendo al pasillo del hotel. Battat cerró la puerta y comenzó a arrastrarse hacia la habitación 312. Obviamente tenía dificultades para tenerse en pie.

—¿Qué es un terrorista en lata? —preguntó Odette.

—Napalm con disparador de benceno —dijo Battat—. Parece crema de afeitar y las máquinas de rayos X de los aeropuertos no lo registran. Lo único que hay que hacer es girar la tapa para activar el timer y ¡bum! —La alarma contra incendios no dejaba de sonar—. Dame la llave maestra —dijo Battat al llegar a la puerta del 312.

Odette se la dio.

Battat abrió la puerta. El humo había comenzado a deslizarse por debajo de la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Battat corrió hacia la ventana. Las pesadas cortinas estaban abiertas. Se acercó con cautela, de modo tal de ver sin ser visto desde afuera. Odette se paró detrás de Battat. El norteamericano tuvo que apoyarse contra la pared para no caerse. Miraron la playa de estacionamiento vacía.

—Allá —dijo Battat, señalando algo.

Odette se acercó un poco más. Miró hacia donde apuntaba el dedo de Battat.

—¿Lo ves? —preguntó Battat. Repentinamente se dio cuenta de que habían empezado a tutearse en la vida real—. Camisa blanca, jeans azules, mochila negra.

—Lo veo —dijo Odette.

—Ése es el hombre que estaba en el cuarto 310 —dijo Battat.

De modo que ése es el Arponero, pensó ella. El monstruo parecía un hombre común y silvestre saliendo tranquilamente del hotel.

Pero su andar despreocupado lo volvía todavía más perverso. Muchas personas podían estar muriendo quemadas en el incendio que había provocado para cubrir su huida. Pero a él no le importaba. Odette hubiera querido poder dispararle desde allí. Ansiaba matar al asesino.

—Probablemente seguirá caminando como si nada para no llamar la atención —dijo Battat. Le devolvió la pistola. Estaba jadeando, apenas podía mantener el equilibrio—. Tienes tiempo suficiente para alcanzarlo y eliminarlo.

—¿Y tú?

—Dadas las circunstancias, sería un lastre más que una ayuda —dijo Battat.

Odette titubeó. Una hora antes había deseado que el norteamericano no participara en la operación. Ahora sentía que lo estaba abandonando.

—Estás perdiendo tiempo —insistió Battat. Odette lo empujó con suavidad y avanzó hacia la puerta—. Vete. Llegaré a la escalera y volveré a la embajada. Veré si puedo hacer algo desde allí.

—De acuerdo —dijo la joven, y salió corriendo al pasillo.

—¡Estará armado! —gritó Battat—. ¡No dudes!

Odette se dio vuelta para mirarlo y siguió corriendo.

El pasillo estaba lleno de humo. Los pocos huéspedes que estaban en sus cuartos a esa hora de la mañana habían salido a ver qué pasaba. El personal de mantenimiento y vigilancia estaba empezando a llegar. Los empleados del hotel ayudaban a los huéspedes a bajar por la escalera.

Odette le dijo a uno de los hombres de seguridad que alguien necesitaba ayuda en la habitación 312. Luego bajó corriendo las escaleras.

En menos de un minuto llegó a la calle. La playa de estacionamiento estaba al otro lado del edificio. Corrió hacia allí.

El Arponero había desaparecido.

52

Washington, D.C. Martes, 3.13 hs.

Paul Hood volvió al Salón de Gabinete y cerró la puerta. Respiró hondo. Olía a café. Se alegró. El delicioso aroma tapaba el hedor de la traición. Se recompuso, sacó su Palm Pilot, buscó un número y fue hacia el teléfono. No quería hacer lo que estaba por hacer. Pero era su deber hacerlo. Era la única manera de evitar el golpe de Estado que aparentemente se estaba gestando allí mismo, en las propias entrañas de la Casa Blanca.

El llamado fue atendido inmediatamente después del segundo campanillazo.

—¿Hola? —dijo una voz segura en el otro extremo de la línea.

—Megan, habla Paul Hood.

—Paul... ¿Dónde está? —preguntó la Primera Dama—. Estaba muy preocupada...

—Estoy en el Salón de Gabinete —respondió Hood—. Escuche, Megan. Fenwick está definitivamente involucrado en alguna clase de conspiración. Tengo la sensación de que Fenwick, Red Gable y algunos otros intentan traicionar al presidente.

—¿Por qué querrían que mi marido pensara que ha perdido la cabeza? —preguntó ella.

—Porque también han puesto en marcha una confrontación con Rusia e Irán en el mar Caspio —le explicó Hood—. Si logran convencer al presidente o a la opinión pública de que nuestro jefe de Estado no está en condiciones de manejar la situación, se verá obligado a renunciar. En ese caso, el nuevo presidente continuará la guerra o, muy probablemente, le dará un fin abrupto. De ese modo ganará puntos con el pueblo norteamericano y con Irán. Tal vez nos dividamos los pozos petroleros que hasta el momento pertenecen a Azerbaiján.

—Eso es monstruoso, Paul —dijo Megan—. ¿El vicepresidente está involucrado en esto?

—Posiblemente —admitió Hood.

—¿Y esperan salirse con la suya?

—Megan, están muy cerca de salirse con la suya —le espetó Hood—. La situación del Caspio está a punto de estallar y han trasladado las sesiones de estrategia de la Oficina Oval a la Sala de Situaciones. Yo no tengo habilitación de seguridad para bajar allí.

—Llamaré a Michael a su número privado y le pediré que lo haga pasar —dijo Megan.

—Con eso no basta —dijo Hood—. Necesito que haga algo más.

Megan le preguntó qué debía hacer. Hood se lo dijo.

—Lo haré —prometió la Primera Dama—. Déme cinco minutos.

Hood le dio las gracias y cortó.

La propuesta de Hood consistía en una táctica potencialmente peligrosa para él y también para la Primera Dama. Y, en el mejor de los casos, no sería agradable. Pero era necesaria.

Miró a su alrededor.

Esto no era como rescatar a su hija. Aquello había sido instintivo. Hood había tenido que actuar para que Harleigh sobreviviese. No había tenido opción.

Pero esto era diferente.

Trató de imaginar las decisiones que se habían tomado en ese salón en el transcurso de los siglos. Decisiones respecto a guerras, depresiones, derechos humanos, política exterior. Cada una de esas decisiones había afectado la historia del país y del mundo de una u otra manera. Pero lo más importante de todo era que, erradas o certeras, todas habían requerido un compromiso. Alguien había tenido la convicción de estar tomando la decisión correcta. Algunas decisiones habrían implicado correr riesgos importantes, desde arruinar la propia carrera política o afectar la seguridad nacional hasta salvar las vidas de millones de personas.

Hood estaba a punto de hacer lo mismo. De hecho, estaba a punto de correr todos los riesgos. Pero recordó el proverbio que presidía una de las paredes del aula donde su padre enseñaba educación cívica. Decía así:

"Los primeros errores son de quienes los cometen. Los segundos, de quienes los permiten."

Hood dio media vuelta y salió del Salón de Gabinete. Un tanto sorprendido, comprobó que no sentía el peso de la decisión que acababa de tomar. Tampoco sentía el peligro que esa decisión representaba.

Sólo sentía el privilegio de poder servir a su patria.

53

Bakú, Azerbayán Martes, 11.15 hs.

Habían pasado muchos años desde la última vez que Maurice Charles se había visto obligado a escapar de un refugio seguro. Tener que salir corriendo de un lugar que había preparado cuidadosamente lo llenaba de furia. Pero lo que más lo enfurecía era tener que escapar de algo o de alguien. Ni siquiera le importaba pensar cómo habían descubierto su escondite. Por el acento, los intrusos eran de nacionalidad rusa y norteamericana. Tal vez Moscú y Washington lo habían estado siguiendo sin que se diera cuenta. Tal vez había cometido un error. O tal vez uno de sus socios había cometido un error.

Pero Charles definitivamente no creía que la pareja de entrometidos hubiera aterrizado en su guarida por pura casualidad. Y tenía una buena razón para no creer en coincidencias: él mismo se había quedado con las dos llaves del cuarto 310 al llegar al hotel. El conserje no tenía una tercera llave para entregar. Cuando el clic del picaporte al abrirse lo despertó, Charles supo que algo no andaba bien. Además, había observado atentamente los pies de la mujer y la había escuchado hablar apenas entró en el hall. Todo en ella era tentativo. Si de verdad hubiera creído que el 310 era su cuarto, habría entrado pisando fuerte y encendido inmediatamente la luz. Las mujeres siempre estaban ansiosas por demostrar que tenían razón.

No obstante, y a pesar de su profundo enojo, Charles no estaba dispuesto a dar rienda suelta a su furia. Lo primero que debía hacer era eliminar toda huella que pudiera haber dejado antes de escapar. Eso implicaba liquidar a la pareja que había irrumpido en su habitación. No consideró la posibilidad de llamar a los asesinos que había empleado la noche anterior. No quería que nadie supiera que el Arponero se había metido en problemas. No le convenía que se corriera la voz. Una noticia de ese porte sería perjudicial para su reputación y perjudicial para el negocio.

Recordaba perfectamente bien los pies y la ropa de la pareja.

Eso le bastaría para identificarlos. Tenía su pistola y su cuchillo. Los infelices no llegarían a ver la noche de ese día.

Charles caminó hasta la mitad de la playa de estacionamiento antes de dar la vuelta. Si la pareja estaba mirando por una ventana, quería que lo vieran. Quería que bajaran corriendo las escaleras para impedirle la huida. Así le resultaría más fácil detectarlos. También podría verificar si tenían o no refuerzos. Si habían pedido ayuda, en pocos segundos la playa de estacionamiento se llenaría de patrulleros y personal encubierto. Si no habían pedido ayuda, podría liquidarlos y salir de la ciudad en tren, tal como lo había planeado. Pero no podría llevarse el Zed-4 debido a que la vigilancia sería más intensa en la estación ferroviaria. ¿Qué importancia tenía eso después de todo? Siempre podría conseguir otro.

Luego de haberle dado a la inesperada parejita la oportunidad de verlo, Charles volvió al hotel. Entró por una puerta lateral que conducía a una hilera de tiendas variopintas. Escuchó sirenas de bomberos, pero no sirenas policiales. Ningún vehículo hizo chirriar los frenos en la playa de estacionamiento desierta. Eso no quería decir que Charles se hubiera liberado de sus perseguidores. Pero indicaba que los intrusos estaban trabajando sin refuerzos en el área. Le resultaría fácil perderse entre la multitud que huía del incendio. Sin embargo, primero tendría que eliminar a los infelices que habían osado perturbar su descanso.

54

Washington, D.C. Martes, 3.17 hs.

Durante la presidencia de Harry Truman, la Casa Blanca fue prácticamente derrumbada y vuelta a edificar debido al estado deplorable de sus centenarias vigas y paredes interiores de madera. Los Truman se mudaron enfrente, a la Casa Blair, y entre 1948 y 1952 se cavaron nuevos cimientos y las columnas podridas fueron reemplazadas por vigas de metal. También se construyó un subsuelo, supuestamente para tener más espacio de almacenamiento. En realidad fue construido para que el presidente y sus familiares y asesores tuvieran un refugio seguro en caso de ataque nuclear. Con el correr de los años, el subsuelo se fue ampliando y actualmente abarca cuatro niveles que comprenden oficinas, cuarteles generales, instalaciones médicas, puestos de vigilancia y áreas de recreación.

La única vía de acceso a los cuatro niveles del subsuelo son dos ascensores localizados en el ala este y el ala oeste. El ascensor del ala oeste se encuentra a corta distancia del Comedor Privado Presidencial, a mitad de camino entre la Oficina Oval y la oficina del vicepresidente. Es un compartimento pequeño, con paredes cubiertas de madera y capacidad para seis personas. Sólo se puede acceder al ascensor por identificación de huellas dactilares. Para ello, hay un diminuto monitor verde a la derecha de la puerta. Dado que las áreas de recreación de la Casa Blanca se hallan en el subsuelo, todos los miembros de la Primera Familia tienen acceso al ascensor.

Hood fue a la oficina del vicepresidente y esperó afuera. Como el vicepresidente estaba en la Casa Blanca, había un agente del servicio secreto montando guardia en el pasillo. La oficina de Cotten estaba cerca del Comedor Oficial, que era el punto donde convergían la Casa Blanca original con la más moderna ala oeste.

Menos de un minuto después, Hood vio llegar a Megan Lawrence. La Primera Dama llevaba puesta una falda blanca hasta la rodilla y una blusa roja coronada por un pañuelo azul. Tenía muy poco maquillaje. La transparencia de su piel hacía que su cabello platinado pareciera más oscuro.

El agente del servicio secreto saludó a Megan Lawrence. La Primera Dama le dedicó una amable sonrisa y siguió su camino. Abrazó estrechamente a Hood.

—Gracias por venir —dijo el director del Op-Center.

Megan lo tomó del brazo y empezó a caminar hacia el ascensor. De esa manera podía estar más cerca de Hood y hablar tranquilamente con él sin despertar sospechas. El agente del servicio secreto casi les pisaba los talones.

—¿Cómo piensa manejar esto? —preguntó ella.

—Será una pelea muy ardua, y siempre cuesta arriba —admitió Hood—. El presidente estaba muy concentrado en la Oficina Oval. Si su esposo tenía dudas acerca de su capacidad de funcionamiento, Fenwick y sus secuaces le han administrado el remedio perfecto. Una crisis. No podrían haberlo planeado mejor. El presidente parecía confiar ciegamente en lo que Fenwick le estaba diciendo. Necesitaba confiar en él. Porque de esa manera comenzaba a recuperar la confianza en sí mismo.

—Eso fue lo que usted dijo —señaló la Primera Dama—. Y lo que dice Fenwick es todo mentira.

—Estoy seguro —le aseguró Hood—. El problema es que no tengo evidencias firmes.

—¿Entonces cómo puede estar tan seguro de que Fenwick miente? —preguntó la Primera Dama.

—Lo acusé de mentiroso cuando estábamos a solas en el Salón de Gabinete —dijo Hood—. Le dije que habíamos capturado al terrorista que orquestó la situación del Caspio. Le dije que el terrorista lo había acusado. Fenwick me aseguró que haría lo imposible para impedir que esa información llegara al presidente.

Llegaron al ascensor. Megan apoyó suavemente el pulgar sobre la pantalla verde. Se escuchó un ligero zumbido.

—Fenwick negará haberlo amenazado —le advirtió a Hood.

—Por supuesto que lo negará —dijo Paul—. Y por eso necesito que haga salir al presidente de la reunión. Dígale que precisa verlo durante cinco minutos, nada más. Si yo lo hiciera, Fenwick y sus secuaces me comerían vivo. Pero probablemente no querrán atacarla a usted. Porque si la atacan, el presidente se pondrá en contra de ellos.

—Muy bien —replicó Megan. La puerta del ascensor se abrió y ambos entraron al cómodo recinto. Megan apretó el botón SI: Subnivel Uno. La puerta se cerró y el ascensor comenzó a moverse.

—Hay un guardia abajo —dijo Megan—. Tendrá que anunciar nuestra llegada. Yo tampoco tengo acceso al Salón de Situaciones.

—Lo sé —dijo Hood—. Con un poco de suerte, ni Fenwick ni Gable atenderán el teléfono.

—Suponiendo que consiga hacer salir a mi marido —dijo Megan—, suponiendo que me preste atención, ¿qué le diré?

—Dígale lo que ha venido notando durante las últimas semanas —respondió Hood—. Manifiéstele con toda sinceridad sus temores, dígale que creemos que Fenwick lo ha estado manipulando. Gáneme un poco de tiempo, aunque sea una o dos horas. Necesito tiempo para conseguir la evidencia que evitará una guerra.

Se detuvo el ascensor. La puerta se abrió a un pasillo iluminado a pleno. Las paredes eran blancas y ostentaban los retratos al óleo de numerosos militares norteamericanos y escenas de batallas memorables, desde la revolución hasta el presente. El Salón de Situaciones se encontraba en el extremo del corredor, detrás de una puerta negra de doble hoja.

Un joven guardiamarina, rubio y recién afeitado, vigilaba el perímetro desde un escritorio ubicado a la derecha del ascensor. Sobre el escritorio había un teléfono, una computadora y una lámpara. A la izquierda, sobre un estante metálico, había varios monitores de seguridad.

El guardia se puso de pie y miró a los recién llegados.

—Buen día, señora Lawrence —dijo—. Es un poco temprano para nadar —agregó con una sonrisa.

—Yo diría que es un poco tarde, cabo Cain —sonrió Megan—. Y no he venido a nadar.

—En ningún momento pensé que hubiera venido a nadar, señora —replicó el joven. Sus ojos se posaron en la identificación de seguridad de Hood—. Buen día, señor —dijo, luego de haber leído la placa identificatoria.

—Buen día —contestó Hood.

—¿Podría llamar al presidente, cabo? —dijo Megan—. Dígale que necesito hablar con él. En privado, personalmente.

—Ya mismo —dijo el guardia.

Cain volvió a sentarse, levantó el teléfono y marcó el interno del Salón de Situaciones.

Hood no tenía la costumbre de rezar. Pero se descubrió rogando que no fuera un hombre de Fenwick quien atendiera el teléfono.

Un segundo después, el guardia anunció:

—La Primera Dama ha venido a ver al presidente.

Y se quedó callado. Hood y Megan apenas atinaban a moverse en el pasillo mortalmente silencioso. Lo único que se escuchaba era el zumbido sordo y agudo de los monitores de seguridad.

El guardia levantó la vista.

—No, señor —dijo—. Está con un caballero. El señor Paul Hood.

No era una buena señal. Sólo a un secuaz de Fenwick se le habría ocurrido hacer esa pregunta.

Pasaron unos segundos y el guardia dijo:

—Sí, señor —y colgó. Volvió a ponerse de pie para dirigirse a la Primera Dama—. Lo lamento, señora. Me han dicho que la reunión no puede ser interrumpida.

—¿Quién le ha dicho eso?

—El señor Gable, señora.

—El señor Gable está tratando de impedir que el señor Hood le transmita un mensaje de suma importancia al presidente —dijo Megan—. Un mensaje que podría evitar una guerra. Necesito ver a mi esposo.

—Cabo —dijo Hood—. Usted es militar. No tiene por qué recibir o aceptar órdenes de un civil. Voy a pedirle que repita el llamado. Pida hablar con un oficial y repita el mensaje de la Primera Dama.

—Si el señor Gable intenta meterlo en problemas, yo me haré responsable —dijo Megan.

El cabo Cain titubeó, pero sólo por un instante. Levantó el teléfono y, siempre de pie, marcó nuevamente el interno del Salón de Situaciones.

—¿Señor Gable? —dijo—. Necesito hablar con el general Burg.

El general Otis Burg era el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.

—No, señor —contestó Cain—. Es un asunto militar, señor. Un tema de seguridad.

Hubo una pausa. Hood sintió un sabor amargo en la garganta. Después de unos segundos se dio cuenta de que se estaba mordiendo la lengua. Intentó relajarse.

Pocos segundos después, la voz y la conducta del cabo Cain cambiaron radicalmente. Su postura física era más rígida, el tono de su voz más formal. Estaba hablando con el general Burg.

Cain repitió el pedido. Unos segundos después, colgó. Miró a la Primera Dama.

—Su esposo vendrá a verla —anunció con orgullo.

Megan sonrió y le dio las gracias.

Paul Hood y Megan Lawrence avanzaron veloces por el pasillo hacia el Salón de Situaciones.

55

Bakú, Azerbayán Martes, 11.22 hs.

David Battat comenzó a bajar la escalera a los tumbos.

Muy poca gente salía del hotel a esa hora tardía de la mañana. Algunos de los que pasaban junto a él le preguntaban si necesitaba ayuda. Battat les respondía que había inhalado un poco de humo pero que pronto se repondría. Aferrándose a la baranda de hierro, poco a poco logró bajar por los escalones de concreto. Al llegar al lobby, se apoyó contra la pared cerca de las cabinas telefónicas. No quería sentarse. Se sentía débil y mareado y tenía miedo de no poder levantarse. Un miembro del personal del hotel, gerente para más datos, le preguntó quién era y en qué cuarto estaba alojado. Battat dijo que no era huésped del hotel y que había ido a visitar a un amigo. El joven gerente le advirtió que los bomberos habían ordenado que todos los huéspedes y el personal abandonaran el edificio. Battat dijo que se iría en cuanto recuperara el aliento.

Miró el lobby. Estaba atestado de gente, en su mayoría personal del hotel... además de unos cincuenta o sesenta huéspedes. Los pasajeros estaban preocupados por sus pertenencias y constantemente hacían preguntas respecto a la seguridad del edificio. No parecían apurados por marcharse. El humo no había llegado al lobby y los bomberos estaban recorriendo las instalaciones en busca de focos de incendio.

Battat estaba preocupado por Odette. Se sentía orgulloso de ella. Si la joven había tenido miedo al salir del hotel en busca del Arponero, no lo había demostrado. Hubiera querido sentirse mejor. No le gustaba la idea de que la chica debiera enfrentar sola al temible asesino internacional.

Pocos minutos después decidió volver a la embajada de los Estados Unidos. Si por alguna razón Odette lo necesitaba, seguramente intentaría localizarlo en la embajada. Vio una salida lateral a su derecha, al final del pasillo. La playa de estacionamiento estaba a la derecha, la entrada del hotel a la izquierda. Como los autobombas estaban taponando el frente del edificio, Battat pensó que le resultaría más fácil conseguir un taxi en la playa de estacionamiento. De no ser así, había una avenida importante cruzando la playa de estacionamiento. La había visto desde la ventana de la habitación 310. Probablemente podría tomar un ómnibus allí.

Abandonó la estabilidad de la pared y comenzó a avanzar por el pasillo alfombrado. La fiebre le impedía pensar, aunque no se sentía peor que antes. Su cuerpo estaba luchando a brazo partido contra la sustancia que le habían inyectado. Probablemente eso significaba que era viral y no química. Con un poco de suerte, recibiría los primeros auxilios en la embajada y pronto comenzaría a sentirse mejor.

Pasó junto a las cabinas telefónicas arrastrando los pies. Tenía la vista nublada. Los reflejos de las vidrieras de las tiendas lo confundían. No había nadie adentro, ni clientes ni empleados. Las camisas y las bufandas, las maletas y los juguetes... todo parecía mezclarse en su cabeza. Parpadeó con fuerza para aclarar las imágenes. No pudo. La enfermedad y el ejercicio lo habían agotado más de lo que pensaba. Pensó en volver al lobby del hotel y pedirles a los médicos del departamento de bomberos que lo llevaran al hospital. Pero no quería ir al hospital por temor a que alguien lo reconociera y le preguntara por el hombre muerto que había aparecido en su habitación. Aunque estaba comenzando a dudar de que le quedaran fuerzas para salir del hotel, mucho menos para llegar a la embajada.

Súbitamente, algo cruzó su línea de visión. El norteamericano se detuvo en seco y entrecerró los ojos. Era un hombre de jeans azules y camisa blanca. Tenía unas tiras en los hombros...

Una mochila negra.

Dios santo, pensó Battat al ver que el hombre se aproximaba. Sabía quién era. Y no tenía la menor duda de que el hombre lo había reconocido. Y que también sabía por qué estaba tan débil. Después de todo, probablemente ése era el mismo hombre que le había inyectado el tóxico en la playa.

El Arponero.

El asesino acababa de entrar por la puerta lateral. Estaba a pocos metros de distancia. Aparentemente tenía un cuchillo en la mano derecha. Battat ni siquiera podría defenderse. Tendría que tratar de volver al lobby.

Se dio vuelta... demasiado rápido. La vista se le nubló y tropezó contra una de las vidrieras de las tiendas. Tomó envión empujándose con el hombro. Empezó a caminar. Si solamente pudiera llegar al lobby, aunque cayera de cara al piso, alguien podría socorrerlo antes de que lo alcanzara el Arponero.

Llegó a las cabinas telefónicas. Extendió el brazo izquierdo y lo

usó para impulsarse contra la pared. Un empujón, un paso, un empujón, un paso, un empujón, un paso.

Iba por la mitad de la hilera de cabinas telefónicas cuando sintió el roce de una tela áspera en la garganta. Una manga. Un brazo comenzó a sofocarlo con violencia desde atrás.

—La última vez que nos encontramos te necesitaba vivo —murmuró hoscamente el asesino—. Esta vez no. A menos que me digas con quién estás trabajando.

—Ni lo sueñes —jadeó Battat.

Sintió una rodilla en la cintura. Si el Arponero pretendía matarlo de pie, no tendría más remedio que desilusionarlo. Se le aflojaron las piernas y cayó al suelo. El Arponero lo soltó inmediatamente y dio media vuelta. Se colocó a horcajadas sobre Battat y le clavó la rodilla en el pecho. El norteamericano sintió un golpe agudo en el costado y dejó escapar un aullido. El Arponero le había roto una o más costillas. El asesino apoyó el cuchillo sobre el costado izquierdo de su garganta y comenzó a hundir la afilada hoja justo debajo de su oreja.

—No —susurró, mirando a Battat con odio—. Esta vez ni el demonio te salva.

El norteamericano no tenía fuerzas para pelear. Sabía que el Arponero le cortaría la garganta de oreja a oreja y lo dejaría ahogarse en su propia sangre. Pero no podía hacer nada para defenderse. Nada. Absolutamente nada.

Sintió un pinchazo en la garganta. Un segundo después oyó un "pop"... un ruido sordo, como si algo se destapara, y vio saltar un chorro de sangre que le anegó los ojos. Siempre había pensado que un degollamiento sería más doloroso. Pero, salvo el pinchazo inicial, no sintió dolor. No sintió la hoja cortándole la piel. Y todavía podía respirar.

Un momento después... oyó un segundo "pop". Parpadeó para sacarse la sangre de los ojos. Vio al Arponero encorvado sobre su pecho. La sangre salía a borbotones de

su garganta. Su cara no tenía expresión, nada había en ella que revelara la espantosa magnitud de sus crímenes. Sólo una mirada pasajera de confusión y sorpresa. Luego... el asesino cerró los ojos, soltó el cuchillo y cayó al suelo, desplomado, entre Battat y las cabinas telefónicas.

Battat no se movió. No supo qué había ocurrido hasta que vio aparecer a Odette desde atrás. Pistola en mano, miró con desprecio el cadáver del Arponero.

—¿Estás bien? —le preguntó a Battat.

El norteamericano se tocó la garganta. Excepto por un rastro de sangre en el costado izquierdo, parecía intacta.

—Creo que sí —dijo Battat—. Gracias.

Se las ingenió para incorporarse a medias y arrastrarse un poco mientras Odette se agachaba a examinar el cadáver del Arponero. La chica mantuvo la pistola apuntada a la cabeza del terrorista mientras le buscaba el pulso. Luego apoyó los dedos debajo de su nariz para comprobar si acaso seguía respirando. Pero le había metido una bala en la garganta y otra en el pecho. Su camisa blanca estaba empapada en sangre.

—Me alegra que lo hayas seguido —dijo Battat. Sacó un pañuelo del bolsillo y lo apretó contra la herida que tenía en la garganta.

—No lo seguí —admitió Odette, poniéndose de pie—. Lo perdí. Pero luego pensé que probablemente volvería a eliminar las huellas que había dejado. Y supe a quién de nosotros dos reconocería.

En ese instante, una empleada de mantenimiento que pasaba por el lobby vio el cadáver y gritó. Battat se dio vuelta para mirarla. La mujer los señalaba y pedía ayuda a grito pelado.

Odette pasó por encima del cuerpo para ayudar a Battat a levantarse.

—Tenemos que salir de aquí —lo urgió—. Vamos. Dejé mi auto cerca...

—Espera —dijo Battat. Se inclinó sobre el cadáver del Arponero y comenzó a desatar las tiras de la mochila—. Ayúdame con esto. Aquí puede haber evidencia que nos sirva para identificar a sus socios.

—Sal de ahí ya mismo —dijo Odette sacando su cuchillo—. Yo me encargaré de eso.

Battat se puso de pie apoyándose en el borde una cabina telefónica mientras Odette cortaba las tiras de la mochila. Luego ayudó a su compañero a abandonar el lugar.

Estaban casi en la puerta cuando alguien gritó a sus espaldas.

—¡Deténganse! —aulló una voz masculina.

Battat y Odette se dieron vuelta. El anciano oficial de seguridad del hotel estaba parado detrás de las cabinas telefónicas. Odette recostó a Battat contra la vidrieras de una de las tiendas y sacó su chapa identificatoria del bolsillo de su falda. Sin perder la calma, se la entregó al oficial.

—Soy Odette Kolker, del Escuadrón Tres Metropolitano —dijo—. El hombre que está tirado en el piso es un terrorista buscado. El empezó el incendio en la habitación 310. Asegúrese de que clausuren ese cuarto. Yo llevaré a mi compañero al hospital para que lo atiendan. Regresaré pronto.

Odette no esperó que el anciano oficial respondiera ni que liegara algún otro individuo de vigilancia. Dio media vuelta y ayudó a Battat a salir del edificio.

Battat pensó que la chica sabía conducirse. Le había encomendado una misión al oficial y lo había hecho sentir importante para que no interfiriera con ellos.

El aire fresco y el resplandor del sol lo reanimaron un poco. Pero ya no le quedaba resto. De eso estaba seguro. Apenas sentía las piernas y tenía problemas para mantener erguida la cabeza. Por lo menos el cuello no le sangraba demasiado. Y el pañuelo lo ayudaba a contener la sangre.

Battat tomó conciencia de lo que había ocurrido recién cuando llegaron a la parte de atrás del hotel, luego de haber atravesado la playa de estacionamiento todavía desierta. Odette lo había hecho. No solamente le había salvado la vida: además, había eliminado al Arponero. Había matado al terrorista que había logrado eludir a todas las grandes agencias de seguridad europeas. Battat se sintió orgulloso de haber desempeñado un papel menor en la aventura. Lo único malo del asunto era que Odette probablemente no podría quedarse en Bakú luego de lo ocurrido. Le resultaría muy difícil explicárselo a sus superiores en el Departamento de Policía. Y, si el Arponero tenía aliados, indudablemente intentarían liquidarla. Tal vez había llegado el momento de que regresara Natalia Basov.

Cinco minutos más tarde, Battat estaba sentado en el automóvil de Odette rumbo a la embajada norteamericana. El trayecto sería corto, pero había algo que no podía esperar. Battat tenía la mochila del Arponero apoyada sobre las rodillas. Estaba cerrada con un pequeño candado. El norteamericano tomó prestado el cuchillo de Odette y cortó la gruesa tela. Miró lo que había adentro.

Encontró varios documentos y un teléfono Zed-4. Battat había desarmado uno cuando estaba en Moscú. Eran más compactos y sofisticados que los Tac-Sat norteamericanos.

Sacó el teléfono de la mochila. Tenía un teclado alfanumérico y otros botones. En la parte superior, una pantalla de cristal líquido. Battat tocó el botón de menú, ubicado a la derecha de la pantalla. Las instrucciones estaban en inglés para que el Arponero pudiera entenderlas.

Y, por primera vez desde que había llegado a Bakú, David Battat hizo algo que verdaderamente extrañaba hacer.

Sonrió.

56

Washington, D.C. Martes, 4.27 hs.

El Salón de Situaciones era un recinto impecable de techo bajo y paredes blancas iluminado con tubos fluorescentes. En el centro había una mesa de conferencias y tres de las cuatro paredes estaban cubiertas por prolijas hileras de sillas. En los brazos de las sillas había monitores de computadoras, que proveían información actualizada minuto a minuto a los asesores y consejeros presidenciales. En la cuarta pared había un monitor de televisión de alta fidelidad. La pantalla estaba conectada con la Oficina Nacional de Reconocimiento y podía emitir imágenes satelitales en tiempo real con magnificación de objetos. La mayoría de los progresos en tecnología de alta fidelidad se habían llevado a cabo durante los cuatro años anteriores utilizando un presupuesto de más de dos billones de dólares que había sido asignado a la restauración de los sectores de recreación de la Casa Blanca, entre ellos el natatorio y la cancha de tenis.

Hood y la Primera Dama entraron por la puerta situada debajo del monitor de alta definición. Los jefes del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea y el comandante del Cuerpo de Marines estaban sentados de un lado de la mesa con su comandante en jefe, el general Otis Burg. Burg era un cincuentón robusto, de pecho amplio y vientre prominente. Tenía la cabeza afeitada y ojos color gris acero endurecidos por la guerra y la burocracia política. Detrás de los comandantes en jefe estaban sentados sus ayudantes. Del otro lado de la mesa se encontraban el presidente, el vicepresidente, el director de la ANS Jack Fenwick, el jefe de gabinete Gable y el asesor adjunto de Seguridad Nacional Don Roedner. A juzgar por la tensión de sus caras, el encuentro era particularmente difícil o decididamente no apreciaban la interrupción de los recién llegados. O tal vez ambas cosas.

Varios miembros del comando en jefe de las Fuerzas Armadas no ocultaron su sorpresa al ver a Hood en compañía de la Primera Dama. El presidente tampoco. A decir verdad, estaba a punto de levantarse para hablar con ella en la oficina contigua. Lawrence se quedó helado. Miró a Megan, miró a Hood, volvió a mirar a Megan. Los recién llegados se detuvieron en la cabecera de la mesa de conferencias.

—¿Qué pasa? —preguntó el presidente.

Hood miró a los comandantes en jefe y vio una barrera de impaciencia. Todavía no podía discernir si estaban molestos por su repentina aparición en escena o por el tema que venían tratando. Lo único que sabía era que no tendría demasiado tiempo para presentar su hipótesis.

—Señor —empezó Hood—, tenemos cada vez más evidencias de que el atentado contra la plataforma petrolera iraní no fue perpetrado por los azerbaijanos sino por ciudadanos iraníes dirigidos por el terrorista internacional conocido como el Arponero.

El presidente se recostó en su silla.

—¿Por qué? —preguntó.

—Para que Irán pueda justificar la movilización de sus barcos hacia la región y apoderarse de la mayor cantidad de recursos petrolíferos disponibles —dijo Hood.

—¿Arriesgándose a una confrontación militar con los Estados Unidos? —preguntó Lawrence.

—No, señor —replicó Hood. Miró a Fenwick—. Creo que se ha pactado un acuerdo que garantiza la no intervención de los Estados Unidos. Luego, cuando las tensiones se diluyan, simplemente le compraremos petróleo a Teherán.

—¿Y cuándo se pactó este acuerdo? —preguntó el presidente.

—Ayer, en Nueva York —respondió Hood—. Probablemente después de muchos meses de negociaciones.

—¿Se refiere a la visita de Jack a la delegación iraní? —dijo el presidente.

—Sí, señor —replicó Hood.

—El señor Fenwick no tiene autoridad suficiente para hacer una promesa de ese calibre —aclaró el presidente—. Si la hubiera hecho, no tendría validez.

—Podría tener validez si usted no detentara la presidencia del país —acotó Hood.

—¡Esto es ridículo! —saltó Fenwick—. Visité la delegación iraní para tratar de ampliar nuestros recursos de inteligencia en Oriente Medio. Ya lo he explicado y puedo documentarlo. Puedo decirles con quiénes me reuní y cuándo.

—Todo forma parte de una gran mentira —le espetó Hood.

—El señor Roedner estuvo conmigo —dijo Fenwick—. Conservo las notas que tomé y para mí será una satisfacción mencionar los nombres de mis contactos. ¿Qué tiene usted a cambio, señor Hood?

—La verdad —replicó Hood sin vacilar—. La misma que tenía cuando usted juró que me impediría hablar con el presidente.

—Lo que juré fue que le impediría molestar al presidente —insistió Fenwick —. Acuerdos secretos con Irán. El presidente fuera de sus funciones. Ésa no es la verdad, señor Hood. ¡Eso es paranoia!

El vicepresidente miró su reloj.

—Perdóneme, señor presidente, pero estamos perdiendo un tiempo valiosísimo. Necesitamos seguir adelante con lo nuestro.

—Estoy de acuerdo —dijo el general Burg—. No es mi intención dirimir cuestiones de entrecasa ni es mi tarea decir cuál de estos caballeros está en lo cierto. Pero, ya nos juguemos por la ofensiva o la defensiva, tendremos que tomar varias decisiones rápidas si queremos estar a la altura del despliegue militar iraní.

El presidente asintió.

—En ese caso prosigan con la reunión, señor presidente, general Burg —dijo Hood—. Pero por favor posterguen las acciones militares todo el tiempo que les sea posible. Denme unas horas para terminar la investigación que hemos iniciado.

—Le pedí pruebas que respaldaran sus dichos —dijo el presidente sin perder la calma—. No las tiene.

—Todavía no —admitió Hood.

—Entonces debemos proceder como si la amenaza del Caspio fuera real —concluyó el presidente.

—¡Y eso es precisamente lo que ellos quieren que usted haga! —bramó Hood. Estaba empezando a exaltarse y tuvo que reprimir sus impulsos. Un estallido de nervios

minaría irremediablemente su propia credibilidad—. Creemos que se está gestando una crisis, una crisis que pondrá en cuestión su capacidad de gobernar.

—Hace años que la gente cuestiona mi capacidad de gobierno —dijo el presidente—. Sin ir más lejos, seis años atrás votaron a mi opositor para la presidencia. Pero no tomo decisiones basándome en encuestas de popularidad.

—No estoy hablando de un debate político —insistió Hood—. Estoy hablando de su estado mental y emocional, señor presidente. Ese será el ojo del huracán.

Fenwick sacudió la cabeza, entristecido.

—Señor presidente, el ojo del huracán es la salud mental del señor Hood —dijo sin levantar la vista de sus papeles—. El director del Op-Center ha vivido momentos genuinamente estresantes durante las últimas dos semanas. Su hija adolescente está mentalmente desequilibrada. El señor Hood ha iniciado los trámites de divorcio. Creo que necesita unas largas vacaciones.

—No creo que el señor Hood sea quien necesite tomar licencia

—dijo la Primera Dama. Su voz sonó clara y teñida de furia, sumiendo a los presentes en el más absoluto silencio—. Señor Fenwick, hace varias semanas que vengo viendo a mi esposo recibir malos consejos e información falsa. El señor Hood investigó la situación por pedido mío. Su investigación ha sido metódica y creo que sus hallazgos tienen mérito —miró a Fenwick con ojos encendidos—. ¿O también piensa llamarme mentirosa?

Fenwick no dijo palabra.

El presidente miró a su esposa. Megan se irguió, recta y estoica, al lado de Hood. No mostró el menor indicio de querer disculparse. El presidente parecía cansado, pero Hood notó que también parecía estar triste. Lo que no podía saber era si su tristeza se debía al hecho de que Megan hubiera hecho algo a sus espaldas o a la incómoda certeza de haberla decepcionado. Ninguno de los dos dijo nada. Era obvio que aclararían las cosas más tarde, en privado.

Un momento después, el presidente volvió a mirar a Hood. La tristeza seguía nublándole los ojos.

—Su preocupación es tenida en cuenta y apreciada —dijo Lawrence con voz seca—. Pero no perjudicaré los intereses de la nación por proteger mis propios intereses. Especialmente porque usted no me ha proporcionado ninguna evidencia de que corran peligro.

—Lo único que pido son unas horas —dijo Hood.

—Lamentablemente, no tenemos unas horas para otorgarle —replicó el presidente.

Por un segundo pareció que Megan iba a abrazar a su esposo. No lo hizo. Miró a Fenwick y luego a los comandantes en jefe.

—Gracias por habernos escuchado —dijo—. Lamento haber interrumpido —dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta.

Hood no sabía qué más decir. Tendría que volver al Salón de Gabinete a trabajar con Herbert y Orlov. Tendría que obtener rápidamente las pruebas que el presidente necesitaba.

Dio media vuelta para seguir los pasos de la Primera Dama. En ese momento se escuchó un bip. Un teléfono celular. El sonido provenía del bolsillo interno del traje de Fenwick.

Hood pensó que Fenwick no tendría que haber recibido señal. Las paredes del Salón de Situaciones estaban revestidas de chips que generaban impulsos eléctricos azarosos o redes de impedancia. Estas redes tenían el objetivo de bloquear transmisiones clandestinas a y desde los distintos niveles del subsuelo de la Casa Blanca. También bloqueaban los teléfonos celulares, con una sola excepción: las transmisiones emitidas por el satélite gubernamental Hefesto.

Hood se dio vuelta y vio que Fenwick deslizaba una mano en el bolsillo de su chaqueta. El director de la ANS sacó el teléfono y bajó el volumen.

Bingo.

Si había pasado el sistema de redes de impedancia tenía que ser un llamado del Hefesto. Máxima seguridad. ¿Con quién no querría hablar Jack Fenwick en ese preciso momento?

Hood se inclinó sobre el director de la ANS y le arrancó el teléfono de la mano. Fenwick intentó arrebatárselo pero Hood dio un paso atrás.

—¿Qué diablos está haciendo? —bramó Fenwick. Empujó su silla hacia atrás y se levantó de un salto. Comenzó a caminar hacia donde estaba Hood.

—Estoy jugándome la carrera a una corazonada —dijo Hood. Abrió el celular y respondió el llamado—. ¿Sí?

—¿Quién habla? —preguntó el que había llamado.

—Es el teléfono de Jack Fenwick en la ANS —respondió Hood, avanzando en dirección al presidente—. ¿Quién habla?

—Mi nombre es David Battat.

Hood sintió que el peso del mundo abandonaba sus hombros. Sostuvo el celular de modo tal que el presidente pudiera escuchar la conversación. Fenwick se detuvo en seco. No trató de arrebatarle el teléfono. Se quedó inmóvil. Hood comprobó a dónde había ido a parar el peso del mundo.

—Señor Battat, habla Paul Hood, director del Op-Center —dijo.

—¿Paul Hood? —preguntó Battat—. ¿Por qué está atendiendo el teléfono del señor Fenwick?

—Es una larga historia —dijo Hood—. ¿Cuál es su situación actual?

—Creo que es muchísimo mejor que la del señor Fenwick —contestó Battat —. Acabamos de eliminar al Arponero y recuperamos su teléfono seguro. Este número fue el primero que apareció en el menú de discado automático de Maurice Charles.

57

Washington, D.C. Martes, 4.41 hs.

Paul Hood se retiró a un rincón para terminar de hablar con Battat. Era importante que consiguiera toda la información posible acerca del Arponero y de todo lo que había ocurrido.

El presidente Lawrence se levantó de su asiento. Miró a su esposa, que estaba parada junto a la puerta, y le sonrió. Fue una sonrisa breve, sólo para demostrarle que se encontraba bien y que ella había hecho lo correcto. Luego miró a Fenwick. El director de la ANS todavía estaba parado cerca de él. Tenía los brazos rígidos a los costados del cuerpo y una expresión desafiante en el rostro. Los otros hombres permanecieron sentados alrededor de la mesa de conferencias. Todos tenían los ojos clavados en Fenwick y Lawrence.

—¿Por qué motivo el Arponero tenía su número directo y el código de acceso al Hefesto? —preguntó el presidente. Su voz sonaba confiada, segura.

—No puedo responder esa pregunta —dijo Fenwick.

—¿Usted estuvo trabajando con Irán para orquestar la toma de los depósitos petroleros azerbaijanos? —preguntó el presidente.

—No, señor.

—¿Estuvo trabajando con alguien para organizar la toma de la Oficina Oval? —insistió el presidente.

—No, señor presidente —replicó Fenwick—. Estoy tan confundido como usted, señor.

—¿Sigue creyendo que el señor Hood es un mentiroso?

—Creo que está mal informado. No tengo manera de explicar lo que está ocurriendo —contestó Fenwick.

El presidente volvió a sentarse.

—No tiene manera de explicarlo.

—No, señor presidente.

Lawrence miró a los demás.

—General Burg —dijo—, haré que el secretario de Estado y nuestro embajador en las Naciones Unidas comiencen a investigar el caso. ¿Qué opina de coordinar un alerta de nivel medio en la región del Caspio?

Burg miró a sus colegas. Nadie protestó. El general miró al presidente.

—Teniendo en cuenta la confusión del momento respecto al verdadero enemigo, le diré que un estatus amarillo me resulta aceptable.

El presidente asintió. Miró su reloj.

—Nos reuniremos en la Oficina Oval a las seis y treinta minutos. Así tendré tiempo para trabajar con el secretario de Prensa sobre los noticieros de la mañana. Quiero tranquilizar a la gente respecto a la movilización de nuestros efectivos y al estatus de nuestras reservas de petróleo —miró al vicepresidente Cotten y a Red Gable—. Le pediré al procurador general que investigue el resto de esta situación lo

más discretamente posible. Quiero que verifique si se han cometido actos de traición. ¿Tienen algo que sugerir?

Había una nota de desafío en la voz del presidente. Hood cortó con Battat y volvió a la mesa. No obstante, se quedó en el rincón. Todos estaban expectantes.

El vicepresidente se inclinó hacia adelante y cruzó las manos sobre la mesa. No dijo nada. Gable no se movió. El adjunto de Fenwick, Don Roedner, no apartaba los ojos de la mesa de conferencias.

—¿No tienen ninguna sugerencia entonces? —insistió el presidente.

El silencio se prolongó unos segundos. Luego, el vicepresidente dijo:

—No habrá ninguna investigación.

—¿Por qué no? —preguntó el presidente.

—Porque antes del mediodía usted tendrá tres cartas de renuncia sobre su escritorio —replicó Cotten—. La del señor Fenwick, la del señor Gable y la del señor Roedner. A cambio de sus renuncias no habrá acusaciones, ni juicios ni más explicación que una diferencia política entre algunos miembros del gobierno.

Fenwick enrojeció de furia.

—¿Tres cartas, señor vicepresidente? —masculló.

—Eso fue lo que dije, señor Fenwick —replicó Cotten, sin molestarse en mirarlo—. A cambio de amnistía absoluta.

Hood no pasó por alto el subtexto. El presidente tampoco. El vicepresidente también estaba involucrado. Les estaba pidiendo a los otros tres que se sacrificaran por él... aunque no demasiado. Los funcionarios de alto rango que renunciaban a sus puestos generalmente caían muy bien parados en el sector privado.

El presidente negó con la cabeza.

—Tenemos aquí a un grupo de funcionarios de gobierno que

aparentemente conspiraron con un terrorista internacional para robar el petróleo de una nación y dárselo a otra, negociar beneficios políticos y, durante el proceso, desplazar de su cargo al presidente de los Estados Unidos. Y usted se queda ahí sentado y dice con toda arrogancia que esos hombres recibirán amnistía de facto. Y que uno de ellos, aparentemente, seguirá ocupando su puesto... a la espera de que algún día quede vacío el sillón presidencial.

Cotten miró a Lawrence.

—Sí, eso fue exactamente lo que quise decir —dijo—. La alternativa es un incidente internacional en el que los Estados Unidos darán la impresión de haber traicionado a Azerbaiján. El resultado será una serie interminable de investigaciones y juicios que ensombrecerán al gobierno y se convertirán, finalmente, en su único legado. Sin olvidar el penoso detalle de un presidente que desconoce por completo lo que traman sus asesores más próximos. Un presidente cuya propia esposa teme por su salud y estabilidad mental y emocional. Esos antecedentes seguramente no cimentarán la confianza de la opinión pública en su capacidad e idoneidad de gobierno.

—Nadie será juzgado —dijo con furia el presidente—. ¿Se supone que debo estar de acuerdo con semejante infamia?

—Nadie será juzgado —repitió el vicepresidente sin perder la calma.

—Señor vicepresidente —dijo el general Burg—. Señor... sólo quería decirle que si en este momento tuviera mi arma encima le volaría el culo de un balazo.

—General Burg —dijo Cotten con un dejo de sorna—, dado el lamentable estado de nuestras Fuerzas Armadas, estoy seguro de que le fallaría la puntería. —Miró al presidente— Nunca pensamos seriamente en la guerra. Nadie iba a matar a nadie; nadie iba a dejarse matar. Hubiéramos firmado la paz con Irán, las relaciones entre ambos países se habrían normalizado, y los Estados Unidos habrían tenido garantizada su reserva de petróleo. Más allá de lo que pueda pensarse de los métodos, todo lo que hicimos lo hicimos por el bien de la nación.

—Cuando se viola la ley, nunca es por el bien de la nación —señaló el presidente—. Pusieron en peligro a un país pequeño y trabajador para sacar una buena tajada de la torta post soviética. Buscaron contrariar la voluntad del electorado norteamericano. Y traicionaron la fe que yo había depositado en ustedes.

Cotten se puso de pie.

—Yo no hice ninguna de esas cosas, señor presidente —replicó—. De lo contrario, estaría presentando mi renuncia. Los veré en la reunión de las seis y treinta.

—Su presencia no será necesaria —anunció el presidente.

—Ah —dijo Cotten—. Tal vez prefiera que vaya a "The Today Show" a discutir la política del gobierno en la región del Caspio.

—No —replicó el presidente—. Y atribuya su renuncia a un estado de profundo agotamiento mental. No lo convertiré en mártir de las facciones anticonstitucionales. Búsquese otra clase de trabajo, señor Cotten.

—Señor presidente, le advierto que está despidiendo al hombre equivocado —insistió Cotten.

—No creo —replicó el presidente. Sus ojos y su voz adquirieron la firmeza del acero—. Tiene razón, señor Cotten. No quiero un escándalo nacional ni internacional. Pero los padeceré con gusto antes de permitir que un traidor a la patria tenga la más remota probabilidad de ocupar el sillón presidencial. O renuncia ya mismo... o a cambio de la amnistía prometida les exigiré al señor Fenwick y sus secuaces que le digan al procurador general todo lo que saben acerca de su participación en esta operación fraudulenta.

Cotten se quedó mudo. Rojo de furia y mudo como una piedra.

El presidente levantó el teléfono y apretó un botón.

—¿Cabo Cain?

—¿Sí, señor presidente?

—Por favor envíe ya mismo a un agente desarmado al Salón de Situaciones —dijo Lawrence—. Algunos caballeros aquí presentes deben ser escoltados a sus oficinas y luego a la calle.

—¿Desarmado, señor? —repitió Cain.

—Eso dije —masculló Lawrence—. No crearán problemas.

—En seguida, señor.

—Cuando haya terminado espere al lado de la puerta —agregó el presidente—. Los caballeros que le mencioné saldrán enseguida.

—Sí, señor.

El presidente cortó la comunicación. Miró a los cuatro traidores.

—Una cosa más —dijo—. La información relativa a su participación en estos eventos no saldrá de estas cuatro paredes. La amnistía no se basará en nada que yo desee hacer por ustedes. Perdonarlos sería un gravísimo pecado. La amnistía se basará pura y exclusivamente en la falta de noticias.

Los hombres dieron media vuelta y caminaron hacia la puerta.

Megan Lawrence dio un paso al costado.

Sus ojos se cruzaron con los de Hood. La Primera Dama no cabía en sí de orgullo. Obviamente, ambos estaban pensando lo mismo:

Ella era la única Lawrence que daría un paso al costado ese día.

58

San Petersburgo, Rusia Martes, 12.53 hs.

En la mayoría de las agencias de inteligencia es difícil distinguir la noche del día. Dado que la conspiración y el espionaje jamás descansan, los comandos antiterroristas y los cazadores de espías deben trabajar las veinticuatro horas del día. Por eso, las agencias siempre están despiertas. La diferencia es todavía menos notable en el Op-Center ruso, ya que sus instalaciones son subterráneas y no tienen una sola ventana.

Pero el general Orlov siempre sabía cuándo llegaba la tarde. Lo sabía porque era entonces cuando su amante esposa lo llamaba. Masha siempre lo llamaba poco después de almorzar para saber si a Sergei le había gustado su sandwich. Ese día también lo había llamado, aun cuando no había tenido tiempo de prepararle la vianda del almuerzo antes de que se marchara.

Lamentablemente, el llamado fue breve. A menudo era así. El matrimonio solía mantener conversaciones más largas cuando Sergei estaba en el espacio exterior que cuando desempeñaba su cargo en el Op-Center. Dos minutos después del llamado de Masha, Orlov recibió un llamado de Odette. Le dijo a su esposa que volvería a comunicarse con ella. Ella entendió. Masha siempre entendía.

Orlov cambió de línea.

—¿Cómo estás, Odette? —preguntó ansiosamente.

—Muy bien —replicó la joven—. Cumplimos nuestra misión.

Orlov se quedó sin saber qué decir. Se había preocupado por Odette y por el resultado de la misión. El hecho de que su subordinada y protegida hubiera salido sana y triunfante del desafío lo llenaba de orgullo.

—Tuvimos algunas complicaciones —prosiguió Odette—, pero todo salió bien. No hubo heridos.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Orlov.

—En la embajada de los Estados Unidos —dijo Odette—. El señor Battat está recibiendo atención médica. Luego iré al cuartel de policía. Tuve que mostrarle mi placa a un empleado del hotel, pero creo que podré solucionar las cosas con mi superior. El Arponero inició un incendio... puedo decirle al capitán que fui a ver si podía ayudar.

—¿Entonces no quieres irte? —preguntó Orlov.

—Creo que este episodio desencadenará varios problemas interesantes —dijo la joven—. Me gustaría quedarme un tiempo más.

—Ya hablaremos de eso —prometió Orlov—. Estoy orgulloso de ti, Odette. Y sé que otra persona también lo estaría.

—Gracias —musitó ella—. Creo que Viktor me estuvo cuidando. Lo mismo que David Battat. Me alegra que le haya pedido que me acompañara.

Odette le contó brevemente lo que había pasado. Acordaron volver a hablar seis horas más tarde. Si era necesario que Odette abandonara Bakú, podría tomar el vuelo de Aeroflot de las veinte horas.

Orlov se tomó unos minutos para saborear las múltiples recompensas de la victoria. Primero, haber ganado la batalla contra un enemigo tenaz. Segundo, haber

tomado la decisión correcta de que Battat y Odette trabajaran juntos en la operación. Tercero, haber ayudado a Paul Hood. No solamente porque así pagaba una vieja deuda sino porque, con buena fortuna, este episodio abriría la puerta a futuras colaboraciones entre ambas agencias.

Odette le había dicho que Battat había llamado a Paul Hood. Orlov no tenía nada que agregar. No obstante, lo llamaría dentro de unos minutos. Sin embargo, primero quería informar a los miembros de su equipo que habían participado activamente en la cacería.

Estaba a punto de mandar llamar a Grosky y Korsov cuando ambos aparecieron en la puerta de su oficina. Korsov tenía un papel enrollado bajo el brazo.

—General —dijo el extrovertido joven—, tenemos noticias.

—¿Buenas noticias? —preguntó Orlov.

—Sí, señor —dijo Korsov—. La información que nos dieron los norteamericanos sobre la identidad rusa del Arponero ha resultado de suma utilidad.

—¿Cómo? —preguntó Orlov.

—Nos ayudó a pensar cómo hizo el Arponero para entrar en Moscú y desaparecer sin dejar rastro —dijo Korsov. Se acercó al escritorio de Orlov y desplegó el rollo de papel que llevaba bajo el brazo—. Este es un mapa de las viejas rutas ferroviarias del ejército soviético —explicó—. Como usted sabe, llegan mucho más allá de Moscú por vía subterránea y tienen varias paradas en distintos puntos de la ciudad.

—Fueron diseñadas para trasladar clandestinamente a las tropas, para sofocar revueltas o incluso ataques foráneos —agregó Grosky.

—Las conozco —dijo Orlov—. Las he utilizado más de una vez.

—Pero probablemente no sepa nada de ésta —dijo Korsov, señalando con su lapicera una débil línea roja que iba desde la estación subterránea Kievskaya a varias otras estaciones de la ciudad. Korsov tenía razón. Orlov no conocía esa ruta.

—Como puede ver con sus propios ojos, no está marcada... aunque se une al recorrido principal —prosiguió Korsov—. Pensamos que podría ser un túnel de servicio, pero estudiamos un mapa más antiguo de los archivos de la GRU para estar seguros. Era el viejo túnel de Stalin. Si el ejército alemán hubiera entrado en Moscú durante la Segunda Guerra Mundial, Stalin habría sido evacuado a través de este sistema. Sólo sus asesores militares más próximos conocían su existencia —Korsov retrocedió un paso y se cruzó de brazos—. Señor, creemos que lo único que necesitamos hacer para cazar a nuestra rata es colocar cámaras de video en la entrada y la salida del túnel. Tarde o temprano, el Arponero se dará una vueltita por allí.

Orlov observó el mapa durante unos segundos y volvió a sentarse.

—Es probable que hayan resuelto un enigma inexplicable —dijo—. Los felicito.

—Gracias, señor —dijo Korsov, reluciente de orgullo.

—Afortunadamente —prosiguió el general—, el Arponero fue eliminado esta mañana. Las únicas ratas que utilizarán el túnel serán las de cuatro patas y pelo gris.

A Grosky se le torció la boca. Korsov pareció desinflarse como un globo.

—Pero... pero... pero —los consoló Orlov—... no podríamos haberlo capturado sin ustedes, y eso es lo que escribiré en mi informe al director de Supervisión de

Inteligencia —prometió. Se puso de pie y estrechó la mano de sus colaboradores—. Estoy muy orgulloso de ustedes y agradezco profundamente lo que han hecho por el bien de nuestro país y el bien de la humanidad.

La desilusión de Korsov se evaporó como por ensalmo. Pero la boca de Grosky siguió torcida, sumida en su propia mueca. Sin embargo, ni siquiera la eterna amargura de Grosky pudo estropear la belleza del momento. Una mujer inexperta, un hombre enfermo y dos antiguos enemigos habían unido sus fuerzas para atrapar a un pez gordo.

Era una sensación extraordinaria.

59

Washington, D.C. Martes, 5.04 hs.

Una vez que el vicepresidente y sus secuaces fueron expulsados del recinto, el presidente le pidió a Hood que lo esperara. Hood salió del Salón de Situaciones. Michael y Megan Lawrence se quedaron solos, hablando junto a la mesa de conferencias. El presidente tomó la mano de su esposa y la besó. Parecía recompuesto, nuevamente dueño de sus actos.

Los comandantes en jefe abandonaron rápidamente el lugar después de la partida de los traidores. Antes de subir al ascensor, el general Burg miró a Hood y le estrechó la mano con simpatía y admiración.

—Hizo un gran trabajo, muy inteligente —dijo el general—. Y tuvo las agallas de hacerlo. Lo felicito, señor Hood. Me siento orgulloso de estar trabajando con usted. Orgulloso de ser norteamericano.

Viniendo de cualquier otra persona, en casi cualquier otra circunstancia, ese sentimiento hubiera parecido cursi. Pero el sistema había funcionado a pesar de las enormes fuerzas y presiones que habían intentado desmoronarlo. El general Burg tenía sobrados motivos para sentirse orgulloso. Hood también.

—Gracias, general —dijo sinceramente.

Con la partida de los comandantes en jefe el pasillo quedó en silencio, excepto por los susurros distantes del presidente y la Primera Dama. Hood se sentía aliviado aunque un poco impactado por lo que acababa de ocurrir. No creía que la prensa aceptara las explicaciones que pensaban dar respecto a la renuncia masiva del vicepresidente y los funcionarios de mayor jerarquía del gobierno. Pero ésa era una batalla que deberían pelear otros guerreros, otro día. Hood y sus colaboradores habían salvado al presidente y derrotado al Arponero. Lo único que anhelaba era escuchar lo que el presidente tenía para decirle, volver a su hotel y acostarse en la cama. Dormir. Dormir largamente.

El presidente y la Primera Dama salieron del Salón de Situaciones. Parecían cansados pero contentos.

—¿Tuvo alguna novedad de su hombre en Bakú? —preguntó el presidente acercándose a Hood.

—En realidad no, señor —respondió Hood—. En este momento se encuentra en la embajada norteamericana. Volveremos a hablar más tarde. Si recibo información de inteligencia se lo haré saber inmediatamente —prometió.

El presidente asintió y se paró frente a él. Megan lo tomó del brazo.

—Lamento haberlo hecho esperar, pero la señora Lawrence y yo queríamos agradecerle personalmente —dijo el presidente—. Megan me ha contado que usted ha estado trabajando en esto sin parar desde el domingo por la noche.

—Ha sido el día y medio más largo de mi vida —admitió Hood.

—Está invitado a dormir en uno de los cuartos del piso superior si lo desea —dijo el presidente—. También puedo pedirle a uno de mis choferes que lo lleve a su casa.

—Gracias, señor —dijo Hood. Miró su reloj—. La hora pico empieza a las seis, así que tendré tiempo de llegar tranquilo. Tengo ganas de bajar la ventanilla y tragar unas cuantas bocanadas de aire fresco.

—Como usted prefiera —dijo el presidente, tendiéndole la mano—. Tengo mucho que hacer. Megan lo acompañará arriba. Y gracias nuevamente. Por todo.

Hood estrechó la mano del presidente.

—Ha sido un honor, señor —dijo.

El presidente se retiró a cumplir sus funciones y Megan miró intensamente a Hood. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Usted lo salvó, Paul —musitó conmovida—. Yo vi cómo se quitaba de encima la red que lo había sofocado.

—Él solo se liberó —dijo Hood—. Pero yo no hubiera podido hacer nada sin su ayuda, sin sus advertencias, sin su confianza.

—Por una vez en su vida, Paul, admita el valor de sus acciones —dijo Megan—. Basta de modestia. Usted corrió todos los riesgos. Si las cosas hubieran sido distintas, en este momento estaría arruinado.

Hood se encogió de hombros.

Megan sonrió con dulzura.

—Usted es imposible —dijo—. Sin embargo, Michael tiene razón en algo. Se lo ve muy cansado. ¿Está seguro de que no quiere dormir un poco antes de volver a su casa?

—Estoy seguro —dijo Hood—. Tengo que arreglar algunas cosas y quiero llamar a Sharon. Ayer no pudimos hablar.

—¿Cómo van las cosas con ella? —quiso saber Megan.

—Como era de esperarse —admitió Hood.

Megan le tocó el brazo.

—Si necesita hablar con alguien, recuerde que estoy a su disposición —ofreció.

Hood le agradeció con una sonrisa. Salieron juntos y Hood fue a buscar su auto. A lo lejos se oía el motor de un avión. Mientras abría la puerta del vehículo, Hood levantó la vista al cielo. El sol comenzaba a asomar al otro lado de la Casa Blanca.

Por alguna razón, todo parecía estar en orden.

60

Washington, D.C. Martes, 6.46 hs.

Hood estaba asombrosamente despejado cuando llegó a su oficina.

Mike Rodgers se había ido. Dos horas antes había dejado un mensaje en el que lo informaba sobre una situación militar que se estaba desarrollando en la frontera entre India y Paquistán. Rodgers se había ido a descansar un poco antes de la reunión a la que debía asistir en el Pentágono. Aunque el general estaba oficialmente vinculado al Op-Center, solían convocarlo para evaluar y resolver situaciones de conflicto en todos los rincones del mundo.

Bob Herbert todavía estaba despierto y "enchufado", como él mismo acostumbraba decir. Entró en la oficina de Hood y rápidamente le comunicó todas las novedades enviadas por Orlov respecto al Arponero y sus movimientos. Luego le preguntó cómo habían ido las cosas en la Casa Blanca.

Herbert escuchó atentamente el escueto relato de su jefe. Cuando Hood terminó de hablar, lanzó un prolongado suspiro.

—Estuve aquí sentado, reuniendo inteligencia, mientras tú estabas allá afuera, en acción, salvando a los Estados Unidos y su Constitución de la locura de un demagogo —murmuró consternado.

—Algunos tipos tienen suerte —le espetó Hood secamente.

—Sí —dijo Herbert—. Pero no es a ti a quien envidio.

-¿No?

Hood lo pensó un momento. Y antes de que Herbert dijera lo que atormentaba su corazón, Hood supo instintivamente cuáles serían sus palabras.

—Hubiera querido ser yo el que apretó el gatillo del arma que mató al Arponero —dijo Herbert. Su voz adquirió una tonalidad baja, monótona. Tenía los ojos fijos en el vacío. Su mente estaba en otra parte—. Lo hubiera hecho lentamente. Muy lentamente. Lo hubiera hecho sufrir tanto como me hizo sufrir él a mí al quitarme a mi esposa.

Hood no sabía qué decir. No dijo nada.

Herbert lo miró.

—Tengo tiempo de vacaciones acumulado, Paul —murmuró—. Voy a tomarme un descanso.

—Te vendrá bien —dijo Hood.

—Quiero ir a Bakú y conocer a esa mujer... Odette —anunció Herbert—. Quiero ver el lugar donde ocurrió todo.

—Comprendo —lo tranquilizó Hood.

Herbert sonrió. Tenía los ojos húmedos.

—Sabía que comprenderías —se le quebró la voz—. Mírame. Tú eres el que les ha puesto el culo a las balas durante las últimas dos semanas. Pero yo soy el que ha estallado en añicos.

—Hace casi veinte años que venías arrastrando ese dolor y esa frustración —dijo Hood—. Tenías que sacarlo de algún modo —sonrió sin ganas—. Yo también me

quebraré, Bob. Algún día el episodio de las Naciones Unidas, lo de la Casa Blanca... todo caerá sobre mí como una avalancha y me arrastrará al fondo.

Herbert sonrió.

—Trata de sostenerte de una rama hasta que yo vuelva de mis vacaciones. Por lo menos, podré ayudarte a juntar los pedacitos de tu alma —prometió.

—Trato hecho —dijo Hood.

Herbert dio la vuelta al escritorio y abrazó estrechamente a Hood. Luego hizo girar su silla de ruedas y abandonó la oficina.

Hood llamó al general Orlov para agradecerle todo lo que había hecho y proponerle buscar una manera de integrar los dos sistemas de inteligencia en algunos niveles. Sugirió crear una Interpol para manejo de crisis. Orlov estuvo completamente de acuerdo. Prometieron hablar al día siguiente para ultimar detalles.

Después de cortar con Orlov, Hood miró el reloj de la computadora. Era demasiado temprano para llamar a su casa. Decidió volver al hotel y llamar a Sharon y a los niños desde su cuarto. Allí no recibiría otras llamadas ni estaría expuesto a ninguna clase de distracción. Sabía que la conversación que mantendría con Sharon sería tensa. Su futura ex esposa no le había dejado ni un solo mensaje. Eso quería decir que estaba enojada, probablemente porque Hood no la había llamado desde que se había desatado la crisis iraní.

Es una ironía, pensó con tristeza. Ésa era la dinámica que había destruido su matrimonio. Como si la separación se hubiera basado en las diferencias que existían entre ambos y en las emociones que indefectiblemente las acompañaban. Lo más perturbador era comprender que probablemente jamás lograrían limarlas.

Hood salió de su oficina y subió a la planta baja. Saludó a los miembros del Op-Center a medida que iban llegando: Darrell McCaskey, Matt Stoll, Liz Gordon. Les pidió que fueran a ver a Bob Herbert para actualizarse respecto a lo que había pasado. Les dijo que hablaría con ellos en el transcurso del día.

Cuando por fin llegó a la playa de estacionamiento se encontraba al borde del desmayo. La cafeína había hecho estragos en su sistema nervioso. Su cuerpo estaba a punto de colapsar. Al acercarse a su auto, vio que el vehículo de Ann Farris entraba por la puerta principal. Ella también vio a Hood, le hizo señas y avanzó en dirección a él.

Farris bajó el vidrio de la ventanilla.

—¿Estás bien? —preguntó.

Hood asintió.

—Sólo estoy un poco cansado —dijo luego—. Bob todavía está en su oficina. Él te pondrá al tanto de lo ocurrido. No obstante, no tenemos nada que decirle a la prensa. No todavía.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—De vuelta al hotel —dijo él—. Necesito descansar un poco.

—Sube. Te llevo —se ofreció ella—. No pareces estar en condiciones de conducir.

—No sé cuándo volveré a trabajar —le advirtió Hood—. Necesito el auto.

—Volverás esta tarde —decretó Ann—. Te conozco. Dos o tres horas de descanso reparador y estarás de regreso con nosotros. Llámame cuando te despiertes y pasaré a buscarte.

El ofrecimiento era tentador. Hood no tenía ganas de manejar.

—De acuerdo —aceptó.

Abrió la puerta y se dejó caer al lado de Ann. Cerró los ojos. Estaba tan cansado que Ann tuvo que sacudirlo para que reaccionara cuando llegaron al hotel. Hood no tenía un gramo de energía en su cuerpo. Ann dejó el auto frente al hotel y lo acompañó hasta su cuarto.

Regresó unos minutos después, se deslizó tras el volante y se quedó inmóvil un momento.

—Al diablo con todo —murmuró. En vez de seguir viaje, estacionó en la playa del hotel. Esperó unos minutos para que Hood terminara de hablar con Sharon. Luego volvió a la habitación.

Hood acababa de concluir su breve e insatisfactoria conversación con Sharon. Su futura ex esposa le había dicho que nada había cambiado. Por su tono monótono, Hood supo que no sólo estaba hablando de Harleigh. Nuevamente estaba descontenta con él. Pero estaba demasiado cansado para dar explicaciones. Le pidió disculpas una vez más —una enorme, susurrada disculpa destinada a limpiar todas sus faltas, reales o imaginarias— y cortó.

Se quitó los zapatos y la corbata. Estaba comenzando a desabotonarse la camisa cuando oyó que golpeaban su puerta. Debía ser el botones con un fax de la oficina o de su abogado. Nadie más sabía que estaba allí. Sacó un dólar de su billetera y abrió la puerta. No pudo ocultar su sorpresa al ver a Ann.

—Gracias —dijo ella—, pero no volví a buscar mi propina.

Hood sonrió y la invitó a pasar.

Ann todavía llevaba puestos la chaqueta y el pañuelo, pero lucía distinta. Había algo más accesible en ella. Estaba en sus ojos, decidió Hood.

Cerró la puerta. Al hacerlo, descubrió un nuevo motivo de sorpresa. Lo alegraba inmensamente que Ann hubiera regresado.

EPÍLOGO

Bakú, Azerbayán Martes, 15.00 hs.

Durante las últimas horas de la mañana y las primeras de la tarde la vida se transformó en una caja de sorpresas para Ron Friday. Y cada nueva sorpresa era más asombrosa aún que la anterior.

En primer lugar, se sorprendió al encontrar a David Battat en la embajada. El agente de la CÍA estaba siendo atendido por el médico oficial. Supuestamente tendrían que haberlo matado en el hospital. Friday creía que la policía había encontrado el cadáver de Battat y que el asesino contratado por el Arponero había logrado escapar. Obviamente ése no era el caso.

En segundo lugar, se sorprendió todavía más al enterarse de que una mujer policía local había eliminado al Arponero. El propio Friday no habría sabido cómo encontrarlo ni qué aspecto tendría. Ni siquiera podía imaginar cómo había hecho para atraparlo una simple mujer policía. Tal vez por accidente. O quizá se habían equivocado. Probablemente habían confundido al Arponero con otro. En cualquier caso, las autoridades habían llegado a la conclusión de que el Arponero estaba detrás del atentado contra la plataforma petrolera iraní. A instancias de los Estados Unidos, la movilización militar había sido postergada hasta que finalizara la investigación.

Pero la mayor sorpresa de todas fue el llamado de la secretaria de Jack Fenwick, Dori. Su jefe, Don Roedner, Red Gable y el vicepresidente renunciarían a sus puestos esa misma mañana. Dori no sabía nada sobre la operación que Fenwick estaba llevando a cabo y el anuncio la había dejado perpleja. Friday también estaba perplejo. No podía imaginar cómo los habían descubierto. No podía imaginar cómo se estaría sintiendo su antiguo mentor. Hubiera querido hablar con él, decirle algo reconfortante.

Pero Friday no había podido comunicarse con Fenwick por teléfono celular. Otra persona había atendido y él había cortado inmediatamente. No sabía si el director de la ANS sería investigado, ni tampoco si la investigación alguna vez lo alcanzaría. Por lo general, Friday no se reportaba directamente a Fenwick. Se reportaba a T. Perry Gord, director adjunto de Asuntos Sudasiáticos. La investigación no tenía por qué salpicarlo. Gord no sabía nada de las otras actividades de Fenwick.

No obstante, después de sopesar las ventajas y desventajas de permanecer en Bakú, Friday decidió que la mejor opción sería marcharse.

Afortunadamente, en la frontera entre India y Paquistán se estaba desarrollando una situación que correspondía a la jurisdicción de Gord. En vez de que enviaran a alguien desde Washington, Friday arregló que lo transfirieran a la embajada norteamericana en Islamabad, donde se ocuparía de reunir inteligencia en la red. Tomaría el vuelo de Pakistán International Airlines que salía de Moscú a la mañana siguiente. Esa misma noche abandonaría Bakú.

Friday pensó que hubiera sido lindo que las cosas le salieran bien a Fenwick. Con Cotten en la Casa Blanca, Fenwick habría tenido acceso indiscriminado al poder. E indudablemente habría recompensado a todos sus compañeros de ruta. No solamente por su colaboración, sino por su silencio. Además, Friday había elegido el trabajo de inteligencia porque implicaba una buena dosis de desafío. Y por el peligro. Había hecho su trabajo. Y había gozado al hacerlo; había disfrutado eliminando a un agente de la CÍA que se jactaba de pertenecer a la CÍA.

Muy bien, pensó Friday. Las cosas no habían salido bien. Tendría que concentrarse en el próximo proyecto.

Ésa era otra de las cosas que Ron Friday disfrutaba del trabajo de inteligencia. Nunca era monótono. Nunca sabía con quién —o contra quién— trabajaría. En Islamabad, por ejemplo, no sólo era cuestión de enviar a un hombre capaz al punto de conflicto. Era cuestión de enviar rápidamente al hombre correcto. Gord había escuchado que el Op-Center había mandado a alguien a investigar la situación India-Paquistán y que probablemente visitaría la región. En los últimos años, el Op-Center se había hecho cargo de buena parte del trabajo que solía realizar el equipo de Fenwick. Eso había provocado reducciones de presupuesto y despido de personal en la ANS. Y había transformado una rivalidad civilizada en odio feroz.

Con sumo cuidado, Friday desarmó y guardó el rifle que había usado para matar a Moore. También guardó dos cajas de municiones. Dado que viajaría a Islamabad con pasaporte diplomático su equipaje no sería revisado.

Superar al Op-Center era importante. Pero, tal como él mismo lo había demostrado en Bakú y en muchos otros lugares, superar leal-mente a un rival no es la única manera de eliminarlo.

Fuera quien fuese ese Mike Rodgers, Friday se encargaría de que aprendiera muy pronto las duras reglas del juego.

FIN